MVNDO HISPÁNICO



NUMERO EXTRAORDINARIO
DEDICADO AL
CONGRESO EUCARISTICO
INTERNACIONAL
DE BARCELONA

N.º 50-51
MAYO-JUNIO
1 9 5 2

108 PAGS.

30 PTAS.

SUPERPRODUCTION
by CHAMARTIN



DIRECCION

LADISLAO
VAJDA

RONDA ESPAÑOLA

* JOSE SUAREZ * ELENA SALVADOR * MANOLO MORAN * Mª ESPERANZA NAVARRO
JOSE Mª RODERO * CAROLINA JIMENEZ * JOSE ISBERT * MILAGROS LEAL * CLOTILDE PODEROS *

y COROS Y DANZAS DE ESPAÑA

¡¡ UNA PELICULA DE IRRESISTIBLE SIMPATIA, EN LA QUE EL CORAZON
DE ESPAÑA LATE EN SUS DANZAS Y CANCIONES !!

MVNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES
MEXICO - BUENOS AIRES - MADRID
DIRECTOR: *ALFREDO SANCHEZ BELLA*
SUBDIRECTOR: *MANUEL SUAREZ-CASO*
SECRETARIO: *JOSE GARCIA NIETO*

NUMS. 50 - 51 :-: MAYO - JUNIO, 1952 :-: AÑO V :-: 30 PESETAS

SUMARIO

TEMAS EUCARISTICOS

ASI ES ESPAÑA

TEMAS GENERALES

SUPLEMENTO DE ACTUALIDAD

Colaboración artística de Castro Arines, Ubieta, Luis González y Daniel del Solar.

DIRECCION Y REDACCION:
AVENIDA DE LOS REYES CATOLICOS (CIUDAD UNIVERSITARIA)
TELEFONO 24 87 91 - MADRID

ADMINISTRACION:
ALCALA GALIANO, 4. DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS: APARTADO DE CORREOS NUM. 245

EMPRESA DISTRIBUIDORA: EDICIONES IBEROAMERICANAS (E. I. S. A.). PIZARRO, 17. MADRID

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION: MAGISTERIO ESPAÑOL. SOCIEDAD ANONIMA (MADRID) :-: HUECOGRABADO Y OFFSET: HIJOS DE HERACLIO FOURNIER (VITORIA)

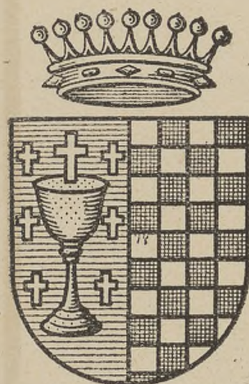
Heráldica Hispanoamericana

HERALDICA EUCARISTICA

Por DALMIRO DE LA VALGOMA Y DIAZ-VARELA

«Está aquí mi Señor. Su Esencia entera—bajo esta blanca Forma se ha ocultado,—y, aunque del pan las especies no ha trocado,—Cristo es en él Sustancia verdadera.»

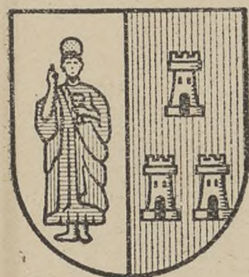
(Del libro «Huellas de amor», del marqués de Villarreal de Alava.)



Trascendida dichosamente la vida de España de muy católicas esencias, no podían dejar de acusarse éstas también en nuestra heráldica, reflejo, al fin, del ser nacional. Y así los armoriales hispanos—de burgos y de linajes—, diciendo de numerosísimos blasones, cuyas piezas y figuras, en mera significación de empresas «parlantes», o con alcance más hondo, traducen constantemente una verdad teológica, en cuya secular comunión tonifícase el alma colectiva de la patria.

Una gran urbe—Barcelona—será, en el actual mes de mayo, escenario magnífico de las Jornadas Eucarísticas, a cuya glosa dedica MVNDO HISPANICO la acendrada pleitesía de este número. Allí no sólo los fervores peninsulares, pero también de países ajenos, unánimes en honrar al más alto Señor, presente en la Santa Eucaristía, para balbucir ante El, en pluralidad de idiomas: «Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar.»

Caballeros de la Orden ecuestre del Santo Sepulcro—una de las que originariamente custodiaban la Tumba—y de la Soberana Orden militar de San Juan de Jerusalén o de Malta, de historia tan ligada a los Santos Lugares; miembros de otras corporaciones nobilícas—militares Ordenes y Reales Maestranzas—y los caballeros del Real Cuerpo de la Nobleza de Cataluña, quienes, por especialísima merced, gozan del privilegio de portar las varas del palio a la entrada y salida de la catedral barcelonesa, en la procesión del Corpus Christi, formarán en los cortejos eucarísticos aludidos para su mayor realce, conscientes del precepto aquel de Pedro de Gracia Dei—Coria y 1489—, en su «Blasón General», señalando la obligación de ser católico a cualquier caballero de buen linaje.



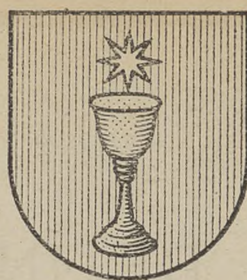
Entre planteles tales de hijosdalgo, o en la muchedumbre total asistente, genuflexa y orante ante Jesús Sacramentado, irán tal vez quienes ostenten heráldicas de devota expresión y de simbólico alcance muy férvido, o procedentes de Concejos de España, blasonados con caras armerías, a tono con el más acendrado sentir nacional, gratos para un circunstancial recuerdo en esta página, hilvanada de apremiadas citas de pretendida oportunidad.

Así, unos del apellido de San Andrés—asturianos—, blasonados de escudo de gules y la «imagen de San Andrés», con el aspa de oro, bordura del mismo color, cargada de ocho aspas de oro, o los de San Miguel, de Castilla, trayendo en campo de gules un «San Miguel en lucha con el dragón», la bordura de azur cargada de ocho aspas de oro.

Con ellos, los Danús—mallorquines—, timbrados de escudo de plata y un brazo vestido de gules, teniendo en la mano un «rosario» del mismo color, moviente del flanco siniestro. Y los Urigüen—vizcaínos—, que se blasonan de escudo de gules y un poblado con su iglesia, de plata. O los Mori—de Asturias—, trayendo, en campo de sable, una calavera y dos tibias cruzadas, de plata, y esta leyenda, en letras de sable: «Moride»... (Macabros emblemas, puestos ahí, como en el escudo conferido a fray Francisco Manosalbas, ido a América con Garay, para darle a la estirpe—escribíase por uno alguna vez—metafísicas consignas, muy de la época, congraciada con el morir.)



Otros férvidos simbolismos aun—entre incontables más—en los Montoya—vascos—, que ponen en bordura de sinople del íntimo blasón—de azur, diez panelas de plata—el cordón de San Francisco, de plata. Y en los O'Donnell, ya españolizados, y duques y condes de Castilla, con su escudo jironado de oro y gules, brochante una cruz latina de gules, mantenida por un dextrocero. O los Laguna, entroncados con los Vinuales, que traen escudo cortado, y, en la primera partición, la imagen de la Purísima, con aureola de oro.



Y veneras, y pascuales corderos, y anagramas de Cristo, y ruedas de Santa Catalina, y cruces de varia índole, expresivos de aquella españolísima fe, para la que no podía faltar—tal cual vez—ese sumo simbolismo de la Sagrada Forma o del Sacro Vaso, sublimando sus distintos cuarteles.

Así, exactísimos para su remembranza del instante, las prelaticias armas del beato Juan de Rivera, arzobispo y virrey, trayendo al escudo de adopción un cáliz, superado de la Sagrada Forma, y en los flancos dos pebeteros ardientes. O las de otro mitrado—éste del último siglo—, don Ramón Torrijos, obispo de Badajoz, que ponía, en escusón de gules, un cáliz superado de estrellas de cinco puntas. Y unos Irigoyen—de Añoa y de San Juan de Pie de Concha—, que traen escudo partido: primero, de plata, con la apostólica imagen del evangelista San Juan, vestido de túnica azur y manto de gules, sosteniendo en la mano siniestra un cáliz de oro, del que sale una serpiente de sinople, y segundo, de gules, tres castillos de plata, aclarados de sable, puestos uno y dos.

O los alcurniados Copons, con escudo de gules y un copón de oro, grigolado de tres cabezas de serpiente de sinople. En tanto, doña Emilia Pardo Bazán, la ilustre novelista, componía su heráldica de escudo partido: primero, de azur, el copón de oro, con hostia patente, acompañado de siete cruces llanas del mismo metal; segundo, ajedrezado de sable y plata; al timbre, la condal corona de su título, ligado al propio apellido galaico.

De Galicia precisamente son varios de los escudos concejiles, organizados con los excelsos blasones a que se contraen estas breves notas heráldicas. Y así, los del ilustre reino, de inexcusable referencia aquí («que no queden sin cuento, y sepan las gentes su ser y su arte», como querría el inefable licenciado Molina), y cuya organización no ha sido invariable, compuestas de escudo de azur—antes de gules—, la custodia de oro, con hostia patente, sumada de cruz llana, acompañada de otras tres a cada lado, puestas en palo, parece que evocadoras del presunto Concilio de Lugo.



Y las de esta última ciudad misma—como es sabido, privilegiada con la rara merced de la exposición permanente, en el sagrario de la catedral, de Su Divina Majestad—, cuyas armas organízanse hogaño de escudo de azur, cáliz de oro y la hostia patente, acompañada de dos ángeles orantes, sostenido de torre de su color, y dos leones empinantes a ella.

El prócer Municipio de Vivero, también en Galicia, se timbra de escudo de gules, la custodia de oro, sostenida de puente y superada de un león. Y las ciudades de Cuenca y Felanitx, blasonándose, como aquéllos, respectivamente, de escudo de gules, el cáliz de oro, superado de una estrella del mismo metal, y de escudo de azur, el cáliz de oro, con la Sagrada Forma patente.

Ellos todos—familias y concejos—y tal cual más de parigual composición heráldica y mellizo sentir devoto, muy entrañable—Cambados, Calig, Mondoñedo...—, haciendo suya la leyenda del apuntado blasón de Galicia, que une para la misma reverencia a los españoles de acá y acullá—mapa de España y geografías ultramarinas—: «Hoc Misterium Firmiter Profitemur»...



Vista de una calle de Damasco.

VIAJE POR LAS TIERRAS *de* "LAS MIL Y UNA NOCHES"

Pocos viajes tienen tanto poder de evocación como aquellos que se realizan hacia el lado por donde sale el sol, sobre el mar Mediterráneo, pues se trata del Antiguo Oriente, donde nacieron las primeras grandes civilizaciones y aparecieron las religiones reveladas. Además, el poder de evocación aumenta si para ir allí se parte de España, porque en la Península española fueron depositando, a través de los siglos, muchas de las mejores esencias de ese Oriente, las cuales, al mezclarse con otras esencias hispanas, se perfeccionaron, dando en España precisamente sus mejores frutos. Así, pues, el viaje que ahora ha realizado por los Estados árabes el ministro de Asuntos Exteriores de España, señor Martín Artajo, con la Misión extraordinaria que le ha acompañado, no ha sido solamente una



El Presidente de la República del Líbano, Bechara Jalil el Juvi (en el centro), acompañado de su ministro de Asuntos Exteriores, Tackla Bey, y del doctor Martín Artajo, contempla uno de los retratos de Su Excelencia el Jefe del Estado español que existen en la Presidencia libanesa. El Líbano fué el primer país árabe visitado por la Misión.



Domingo de Ramos en Jerusalén, entre palmas y ramos de oliva. Al fondo, la basílica del Santo Sepulcro. Tras ella, el monte de los Olivos. Los miembros de la Misión española se hallaban en Jerusalén en los días de la Semana Santa.

visita de diplomacia y de buena amistad, sino que ha adquirido el significado de una fecha simbólica, tanto por lo histórico como por lo emocional.

Todo comenzó en el Antiguo Testamento, cuando los textos de un profeta hacían referencia a las naves de Tarsis, ágiles veleros que iban y venían desde las costas de Fenicia a las de Cádiz y de las de Cádiz a las de Fenicia. Los siriolibaneses de entonces, encontrando y dando nombre a Hispania («escondida para todos, menos para ellos», según alguna vez se ha dicho sagazmente), iniciaron la más antigua de las amistades conocidas. Llegaron después con el cristianismo y procedentes de Siria los «varones apostólicos», que acompañaban al Apóstol Santiago. Alcanzó el apogeo la conexión de España, en los países del Levante u Oriente mediterráneo, en el califato de Córdoba, continuador del de Damasco. Y, por último, han vuelto a juntarse los siriolibaneses, jordánicos, mesopotámicos, egipcios, etc., con los españoles en los países americanos de las emigraciones árabes recientes.

Por éstos y tantos otros motivos, el viaje del ministro español señor Martín Artajo ha tenido, en la forma, la sugestión de un retorno a sitios que evocan fondos culturales y emocionales de inagotable contenido y profundidad, tanto en lo hispano como en lo propiamente árabe o levantino. Entrando por la antigua tierra fenicia, que dió origen a muchas ciudades españolas, el repicar de las campanas de los templos y monasterios cristianos, a veces milenarios, coronados todos por el santuario de la Virgen del Líbano en el monte de Karissa, frente al mar, parecía responder al eco de las campanas de la universitaria y española Salamanca, donde el Patriarcado Maronita tiene establecido su más notable seminario. Luego, todo el paisaje libanés, que en gran parte se compone de escalonadas terrazas, con huertas como jardines colgantes montañosos trepando hacia el sitio de los cedros legendarios, que son aún un resto de los contados en los textos bíblicos. Cedros sagrados acurrucados en cimas muchas veces nevadas, asomados sobre los abismos, desde donde se deslizan a saltos las espumas del río Kadischa, recogiendo entre sus espesas ramas negras las sombras, siempre gratamente olorosas. Bajando desde allí hasta el mar, están Trípoli, de Siria, y Laodicea, donde aun quedan descendientes de caballeros españoles de las cruzadas, a los cuales dejó Saladino que allí permaneciesen.

Jordania siguió al Líbano, y, dentro de la Jordania, la parte vieja de la santa ciudad de Jerusalén acumula las cúpulas esféricas de sus santuarios entre murallas, hasta ir luego a terminar al borde del valle, en hondo, que tiene enfrente las pendientes suaves del monte de los Olivos, desde lo que fué tumba de la Virgen, al pie, hasta el jardín de Getsemaní, donde árboles nuevos y platabandas de flores rodean los ocho secos olivos milenarios, junto a la cueva de la Oración. Todo esto son los Santos Lugares, sobre los cuales, desde el año 1323, el rey de Aragón Jaime II obtuvo del sultán mameluco An Nasir el privilegio de que religiosos católicos españoles se encargasen de custodiar el Santo Sepulcro y la Na-



El ministro español de Asuntos Exteriores, don Alberto Martín Artajo, a su llegada a Beirut, es recibido cordial y afectuosamente por su colega el ministro de Negocios Extranjeros libanés, Philippe Tackla Bey



El ministro español de Asuntos Exteriores, acompañado de su esposa y de los marqueses de Villaverde, durante la visita al santuario de N.ª Sra. del Líbano, en Harissa, donde fué recibido por la comunidad.

El jefe de la Misión española, acompañado del ministro de Asuntos Exteriores libanés, pasa revista a las fuerzas militares que le rindieron honores en el aeropuerto de Beirut, a su llegada al Oriente Medio.



Damasco. Tras la torre, el arranque de la Calle Cubierta, que conoció San Pablo.



Los marqueses de Villaverde, con el ministro de Asuntos Exteriores de España y su esposa, llegan al santuario de Nuestra Señora del Líbano, en Harissa, acompañados por el hijo del Presidente del Líbano, Cheik Kabil el Khonry.

tividad de Belén, privilegio que conservaron hasta que en los siglos recientes varias intrigas internacionales introdujeron elementos exóticos que no eran del país ni hispanos. Quedaron, sin embargo, privilegios posteriores de la custodia, concedidos luego por los Papas. Y ahora, la esperanza de que a la confusión creada desde 1948 sustituya una fórmula de internacionalización de los Santos Lugares que los proteja eficazmente. Y lo hispano se amplía con la emoción de Belén y los pueblecillos próximos, donde los vecinos, tanto cristianos como mahometanos, salen gozosamente hablando un español de cadenciosos acentos argentinos, chilenos, peruanos o de las Islas Canarias, como resto de emigrados repatriados y de mezclas por matrimonios.

En cambio, al pasar el Jordán, las impresiones y halagos de los sitios van dejando las frecuentes evocaciones hispanas recientes, para sumergirse en lo clásicamente oriental más remoto. Así, en Ammán, la Misión española ha dado efectividad a un Centro de estudios en lengua de Cervantes, sobre el mismo suelo en que el emperador sevillano Trajano incorporó un trozo de Arabia a la universalidad romana de su tiempo. Pero allí mismo, y desde el término de la rojiza zona de barrancos de Moab o de Petra—que más abajo es como un arábigo cañón del Colorado—, comienzan las altiplanicies calientes, secas y abiertas, del eterno desierto, por donde aun andan las tribus de los caballeros y ganaderos beduínos, amantes del espacio y de los poemas, lo mismo que los gauchos del mundo árabe. Cosa lógica, porque si en la Pampa se han visto gauchos de origen beduíno, es además evidente la semejanza de Antarat y Martín Fierro, de Hatin Tai y Guemes, de Ibn Ibrahim Mosuli y Santos Vega.

Siguiendo luego, al norte, por tierra o por aire los espacios interiores de revueltos suelos quemados, sobre los cuales las nieves aisladas del magnífico monte Hermón parecen flotar en el espacio como una nube quieta, todo el paisaje parece volverse hacia Damasco, «la madre de las ciudades», fija en el corazón de las rutas del Próximo Oriente como una rosa de los vientos de piedra; Damasco, que ha sido ahora tercera etapa hacia el lado del este del viaje del ministro español, pero que fué en los tiempos de nacer el Islam la etapa inicial de un período de brillo, de cuyo apogeo quedan en suelo andaluz maravillas de mezquitas, salones y jardines de Córdoba, Sevilla y Granada. Hoy se ha convertido en una ciudad abierta y moderna, pero aun queda allí el encanto de viejos rincones, donde la vida de los cuentos, tan abundantes y característicos, de la literatura arábiga, se ha recogido y conservado. Encanto de las calles tapadas en los bazares, siempre olorosos de aromas espesos o de perfumes quemados; bazares llenos con los productos de una minuciosa artesanía, de marfil y oro, joyas, tapices, sederías y cueros. Todo el golpear de tazas metálicas de los vendedores de refrescos y el lento moverse de una muchedumbre que lo hace con aire de gran espectáculo.

Después del desierto otra vez, y sobre el aire de la ruta de vuelta, que pasa sobre Rotba, la llegada a Bagdad. ¡A Bagdad! A la ciudad cuyo nombre junta a la realidad de una capital visible la otra realidad soñada que los relatos de Shehrazada desgranaban lentamente en la encadenada fantasía de las deslumbrantes *Mil noches y una noche*. Relatos ya diluídos y desvaídos entre el tráfago automovilista de sus interminables calles lineales, que afirman la capitalidad de un país petrolífero, aunque todavía evocadores, cuando en las noches claras la luz de la luna se desliza sobre las cúpulas de oro de viejos santuarios islámicos o sobre los pórticos de relucientes cerámicas azules. Y más al sur está el contraste silencioso de las largas murallas de ladrillo de Babilonia, donde se ven los restos del palacio de Nabucodonosor y el festín de Baltasar.

Arabia-Saudía, quinto país visitado por la Misión española, es la nación donde el pasado medieval se conserva bajo la forma de una monarquía patriarcal, teniendo su anverso y su reverso de un interior cerrado de pastores guerreros y un exterior litoral que es tierra de peregrinaciones por los musulmanes de todas las partes. Por último, Egipto, el sexto país, y la tierra del Nilo, que es la más antigua nación de la Historia y une a la supervivencia de solemnes tiempos faraónicos el aparato de sus ciudades cosmopolitas, donde los lujosos hoteles turísticos de hoy se alzan junto a las afiladas torres caladas y doradas de las quinientas famosas mezquitas en El Cairo. En El Cairo, que es a la vez urbe de paso internacional y sede próximo-oriental de la Liga Arabe.

Es decir, de aquella organización interarábiga de Estados, cuyo secretario general Abderrahman Azzam Bacha, ha manifestado tantas veces que la auténtica amistad de todo el arabismo con España es la mayor esperanza y el punto de unión insustituíble entre el mundo árabe y los países de Hispanoamérica, que tanto hacen por la causa de la paz y la justicia internacionales. Lo cual ha dado motivo para destacar cómo teniendo árabes e hispanoamericanos ciudades y cruces familiares en la Península Ibérica, unos y otros tienen también motivos para dar a España el sonoro nombre de «madre patria».

E incluso cuando, aparte del arabismo y el americanismo de dicha Península, se recuerde que por arriba está unido a Europa, España siempre será para americanos y arábigos «su Europa propia», es decir, una cabeza de puente que americanos y arábigos tienen tendida hacia la punta más occidental de todo el Viejo Continente. Confirmando así una vez más España sus valores universales.

RODOLFO GIL BENUMEYA



El valle de Kidron, por donde anduvo Jesús. En él se halla la tumba de Absalón. Al fondo, el jardín Gethsemaní.



El doctor Martín Artajo visita al patriarca maronita de Antioquía, monseñor Avida, con el que conversó cordialmente.



En la capilla de la Ascensión, en el monte de los Olivos, ante las huellas de los pies de Cristo, se postran los fieles.

Un aspecto del tradicional mercado de Potter, en la puerta de Jaffa, en la antigua ciudad amurallada de Jerusalén.



·Miembros de la Misión española en el Oriente Medio visitan las ruinas de la Ciudad del Sol, la antigua Heliópolis.



El recuerdo se transforma

No aludimos aquí al fenómeno psicológico, por todos observado, según el cual los objetos del recuerdo: un rostro que hemos amado, un paisaje o una ciudad que hemos admirado, van transformándose lentamente hasta dejar de ser lo que eran, sembrando en nosotros la melancolía.

Nos referimos, por el contrario, al objeto «recuerdo», al conocido «souvenir de...», «recuerdo de...», que todo viajero no puede resistir la tentación de comprar, aun cuando, a menudo, no encuentre más que objetos de gusto dudoso o francamente feos. ¿Cómo se explica que estos objetos, a menudo tan absurdos, sean adquiridos con tanto interés? Simplemente, porque el hombre desea poner todos los medios a su alcance para luchar contra la melancolía del olvido.

En el curso de los últimos años, el concepto del «recuerdo» se ha transformado. Antes, el viajero se veía obligado a comprar, en cualquier parte del mundo, la misma cajita fabricada con pequeñas conchas, la vil reproducción en plomo dorado de un monumento significativo: la torre Eiffel, la Puerta de Alcalá, la cúpula de San Pedro o el monumento a Colón, y el muñequito de fabricación casera, revestido de una arbitraria indumentaria popular.

Afortunadamente, este concepto del «recuerdo» se ha transformado, y hoy vemos pasar, por las calles de las ciudades turísticas, damas elegantes y lindas muchachas que se atan al cinturón, al cuello o a la cabeza la llama multicolor de los pañuelos estampados, que constituyen el más artístico, sugestivo, útil y transportable de los «recuerdos».

Con motivo del XXXV Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona, por ejemplo, la casa TEXMO, S. A., ha editado, en exclusiva, una interesante serie de pañuelos estampados, de la cual se destacan, por su interés, tres dibujos excepcionales. En uno de ellos, con la sobria coloración de los bronces antiguos, figuran, alrededor de una vista de la Sagrada Familia, símbolo de Barcelona, treinta y cuatro medallones con otras tantas vistas de todas las ciudades del mundo en que se han desarrollado los anteriores Congresos. En otro, entonado como un aguafuerte y realizado con vivos colores, la catedral de Barcelona aparece acompañada de múltiples banderas y los blasones del Papa Pío XII y del obispo Gregorio, de Barcelona. En el tercero, de una gran riqueza de colorido, la paloma de la paz y una corona de uvas y vides centran la visión de la catedral barcelonesa, Santa María del Mar, la Sagrada Familia y las montañas de Montserrat, resumiendo con ello las ideas de jerarquía, pasado, futuro y perenne patronazgo mariano de la cristiandad barcelonesa.

Pedro ROCA



Día de fiesta en la Diagonal barcelonesa.

BARCELONA

BARCELONA, como todas las ciudades de la vieja Europa, tiene su mayor encanto en su variedad urbana, en esas tres o cuatro Barcelonas que, una dentro de otra, van desde el «Barrio Gótico» o clásico «Barrio de la Seo», como lo llamaron en tiempo los barceloneses, que reúne en un conjunto de edificios antiguos sobre esa pequeña loma que en las proximidades del mar fué primer célula urbana—núcleo romano de la ciudad desde hace dos mil trescientos años—, hasta la Barcelona de los siglos XVII y XVIII y la moderna y monumental del XIX, con sus grandes palacios, sus Ramblas y Diagonales y su moderna Plaza de Cataluña. Y, por último, la Barcelona actual, con sus actuales construcciones de hormigón, de urbana geometría internacional, y las «torres» que saltan hacia las faldas verdes del Tibidabo, porque los barceloneses acomodados gustan mucho de esta vida mixta entre campo y ciudad.

Y queda después la otra gran Barcelona, la obrera e industrial, la capital de mayor industria de España y una de las más importantes del mundo, sobre todo en la fabricación de tejidos e hilaturas.

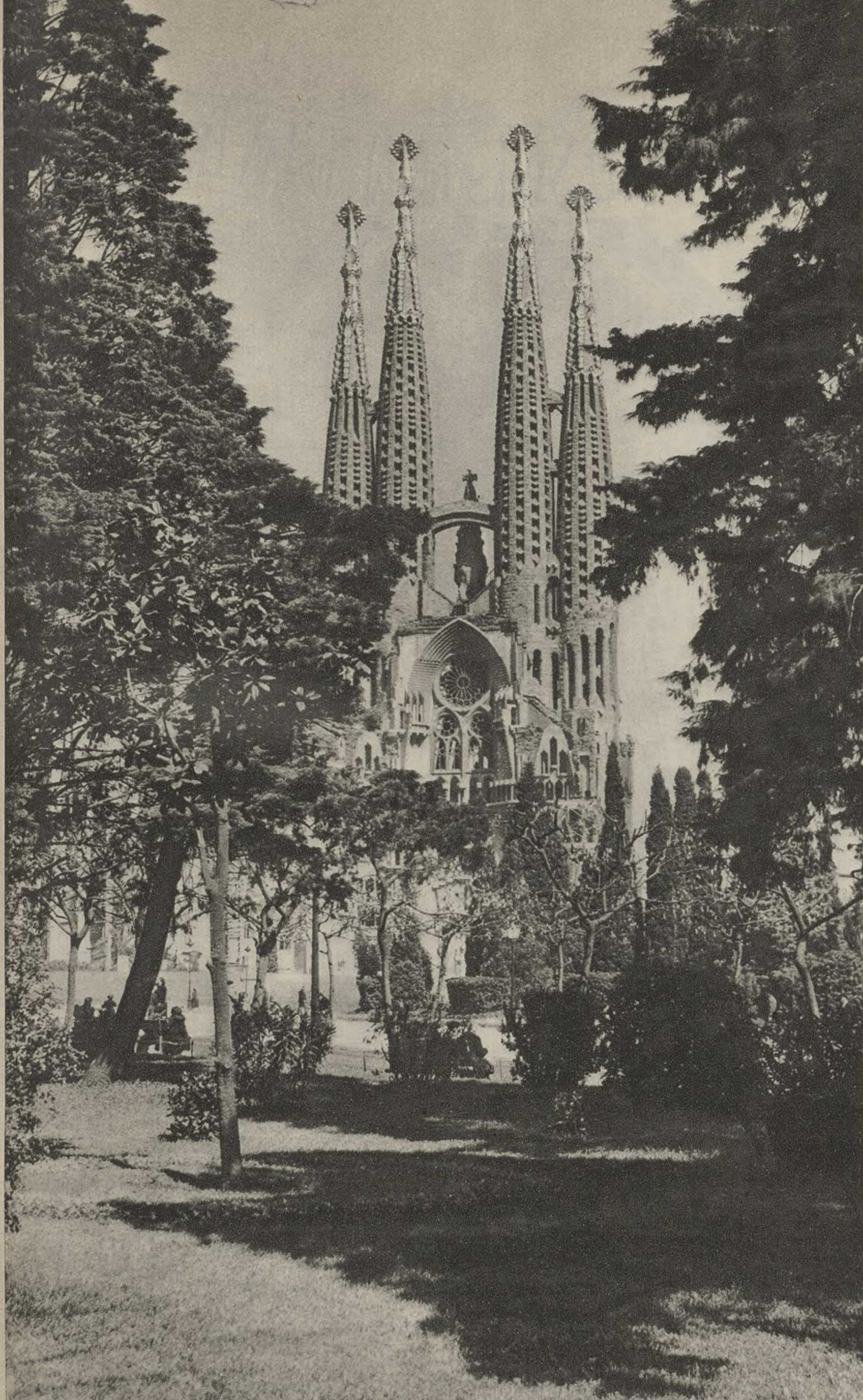
Todas estas Barcelonas viven y conviven en esta gran ciudad mediterránea, que con su millón y medio de habitantes ofrece al mundo una característica peculiar: la de su indiscutible laboriosidad.

La celebración del XXXV Congreso Eucarístico Internacional en Barcelona dará lugar a los barceloneses, tan enamorados de su ciudad, para demostrar a los peregrinos de todo el mundo su hospitalidad.

Sol sobre las Ramblas. Una bella perspectiva.



Niños, ancianos y palomas toman el sol en la bulliciosa plaza de Cataluña.



La plaza de la Sagrada Familia. Al fondo, la famosa iglesia del arquitecto Gaudí.

Desde la plaza de la Universidad, ofrece una gran perspectiva la Ronda de San Antón.





Moderna plaza de la Universidad.

Sorprendente perspectiva del barrio gótico.



EL MONTSALVATO Y EL SANTO GRIAL ESTAN EN ESPAÑA

LA CATEDRAL DE VALENCIA GUARDA EL SANTO CALIZ DE LA CENA

Por MARTIN DOMINGUEZ

ENTRE las tres o cuatro rutas jacobeas que, cruzando los Pirineos, unieron durante la Edad Media a la cristiandad europea con Santiago de Galicia, una de ellas —puntualiza el itinerior y sus pueblos el famoso Códice Calixtino—penetraba en tierra española, desde Francia, por el puerto de Aspe, y se dirigía a Puente de Reina—nudo de otros caminos de Santiago—por Canfranc, Jaca, Tiermas y Monreal.

Este camino pasa no lejos del monasterio de San Juan de la Peña. Los peregrinos no solían apartarse de su camino, sobre todo si, como en el caso del monasterio pirenaico, la cercanía geográfica estaba neutralizada por lo abrupto del terreno y los peligros de la época. Pero en San Juan de la Peña se conservaba desde principios del siglo VIII una reliquia magna—el Santo Cáliz de la Cena—, custodiada primero por aquellos ermitaños que salvaron entre estas breñas los restos de la cristiandad hispana al producirse la invasión árabe y que tornaron después al monasterio insigne, nido de valerosos varones, mitad monjes, mitad soldados. Es imposible no asociar estos hechos al nacimiento de todo ese caudal legendario y poético que puede registrarse en la Europa del medievo en torno al



Montsalvato, las fantásticas e impresionantes historias de Perceval y del Caballero del Cisne, el Santo Grial, etc., que recogería la poesía germánica de los «minnesinger», especialmente Wolfram de Eischenbach y Cristian de Troyes, culminando modernamente en el Lohengrin y Parsifal de Ricardo Wagner.

¿Cuándo llegó el Sagrado Vaso a este apartado y abrupto rincón del Pirineo aragonés? Las grandes reliquias del Salvador y las tradiciones apostólicas carecen, hasta muy avanzada la Edad Media, de otra documentación que no sea esa tradición viva que han ido guardando celosamente las iglesias y los fieles de las respectivas localizaciones geográficas. Según una venerable tradición apostólica, el Cáliz del Cenáculo llegó a Roma, bien llevado por San Pedro, que oficiaba con él como cabeza de la Iglesia, de Jerusalén a la Iglesia romana. Parece ser que fué éste el Cáliz Papal. A este respecto se ha señalado que en el Misal Romano —universalizado hoy—, al llegar al canon de la consagración del vino, no se diga: «Esta es mi Sangre» (como en el de la otra especie se dice: «Este es mi Cuerpo»), sino que las palabras exactas sean: «Hic est enim Calix Sanguinis meis» («Porque éste es el Cáliz de mi Sangre»). Este cáliz, es decir, el mismo Cáliz del Cenáculo.

Bajo el pontificado de Sixto II, era Lorenzo el primero de los diáconos de la Iglesia romana y administrador de los bienes eclesiásticos, con los que se socorría a innumerables desvalidos. La persecución de Valeriano arreció en Roma, figurando entre las primeras víctimas el propio Papa, San Sixto. Tres días después sería martirizado San Lorenzo, cuya pasión había de conmover al mundo antiguo. Pero antes distribuyó a los pobres todos los remanentes de los caudales que administraba y puso a salvo las más insignes reliquias de las que era custodio. El Santo Cáliz, con una carta suya, envióla a Huesca, bien porque tal vez ésta fuera su patria—tradición que no ha sido probada—, o bien por la confianza que podría despertar una comunidad cristiana como la oscense, alejada del todo de tal persecución y de un temple que acreditaría medio siglo después el martirio de Vicente, el otro émulo de Lorenzo.

Lo cierto es que la llegada a Huesca del Santo Cáliz, con una carta de San Lorenzo, es tradición venerada e inmemorial en Aragón, y de la que se hacen eco muchos documentos del medievo y multitud de autores. Al producirse en el 711 la invasión árabe, otra vez la Iglesia española se sintió amenazada. Los cronistas aragoneses hablan del obispo de Huesca, a la sazón Adalberto, que hacia el año 713 se refugió en una de las cuevas del Pirineo de Jaca, donde moraba un ermitaño llamado Juan de Atarés, el cual había levantado en un risco vecino una ermita a San Juan Bautista, germen del futuro monasterio, que había de ser una de las cunas de la reconquista cristiana.

Iba a comenzar el siglo XV. Alboreaba el Renacimiento. La época, entre otros efectos, produjo esa especie de deshielo que fué sangrando las cumbres medievales, maltrayendo las linfas a los valles. Toda la Edad Media parece que fué derritiéndose, licuándose y descendiendo así desde sus cimas, por mil regatos, a las llanuras de los huertos en flor.

El Santo Grial, que el monarca aragonés Martín el Humano había deseado insistentemente atesorar en su relicario, bajó al fin desde el Pirineo a Zaragoza, desde San Juan de la Peña al palacio real de la Aljafería. La escritura de donación, otorgada por el prior y suscrita por Berenguer Sarta (secretario y notario del rey), está fechada el 26 de septiembre de 1399. A partir de entonces, el Cáliz de la Cena formará parte del tesoro de la capilla real.

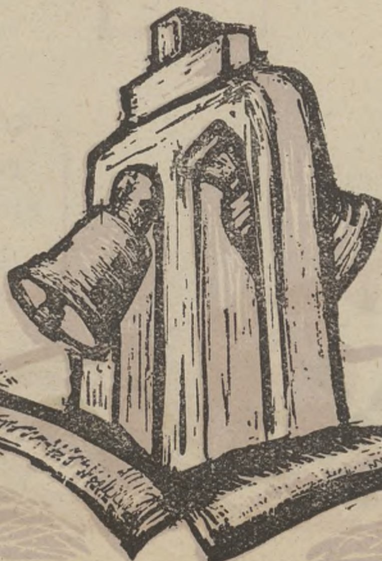
Alfonso V el Magnánimo, uno de los reyes más cultos e ilustres del Renacimiento, cuya Corte, tanto en España como en Nápoles, fué un brillantísimo conclave de humanistas, artistas y sabios, llevó este tesoro a su palacio real de Valencia. Y, al morir el rey, su capellán mayor, pavorde al mismo tiempo de la catedral de Valencia, custodio de este tesoro, por decisión del rey de Navarra, Don Juan, lugarteniente del monarca fallecido, llevó todas las reliquias a la catedral y las puso bajo la custodia del Cabildo; en el inventario figura en primer lugar «el Cáliz en que Jesucristo consagró la Sangre el Jueves de la Cena, hecho con dos asas de oro, cuyo pie, del mismo color del Cáliz, está guarnecido alrededor de oro con dos rubíes y dos esmeraldas en el pie, y con veintiocho perlas comparadas al grueso de un guisante...; dice el perito don Francisco Ferrero que dichos rubíes son granates».

Este documento figura en el archivo de la catedral de Valencia, correspondiente al notal o protocolo de Jaime Monfort, notario del Cabildo, volumen 3.532.

La Santa Copa, que durante siglos ha presidido el magno relicario de la catedral de Valencia, fué conservada—la Providencia manifestóse pródiga—por el canónigo archivero don Elías Olmos de 1936 a 1939, ocultándola en Valencia y en Carlet, poniéndola de este modo a salvo de las furias rojas, que tanta sangre, saqueos y profanaciones hicieron pagar a la cristiandad española. Devuelta al Cabildo tan pronto Valencia fué liberada por el Ejército del Generalísimo, la magna reliquia se venera hoy en la hermosa aula capitular de la catedral—gótico del XIV—, convertida así en capilla del Santo Cáliz.

DEDICACION

SEÑOR tres veces santo, que te has dignado velar tu majestad infinita en el pan y en el vino, para hacerte compañía y alimento de la humanidad, que camina con lágrimas. Señor predicado en nuestro suelo por Santiago y por San Pablo, cuando la Virgen María nos quiso visitar para bendecir con su ternura la semilla de una fe que no había de padecer eclipse. Señor de Recaredo y de Pelayo, de Isabel y Carlos V, de Cervantes, de Arfe, del comunero de Castilla, del soldado de Flandes, del guerrillero del diecinueve y del mozo que ha muerto en nuestros días por devolver a la patria su rosario y su cruz. Señor de la España de todos los tiempos, romana, visigoda, medieval, asombro imperial del mundo, anticomunista y papal. Señor de todos nuestros puertos, bendecidos de ermitas; de nuestros trigales, presididos por el campanario aldeano; de nuestras letras y de nuestras artes, de nuestras disputas históricas, de nuestra fiebre universal. Señor de nuestros santos fundadores, de nuestras monjas expandidas por el mapa, de nuestra familia tradicional. Señor inequívoco de la España entera y eterna..., te adoramos en el Congreso Eucarístico de Barcelona, proclamándote camino, verdad y vida de la encrucijada tenebrosa de esta hora turbada. Frente a la oportunidad moral, al desequilibrio de las ideas, a la falta de esperanza, encendemos el cirio de la fe siempre intacta y te aclamamos hasta enronquecer. Y asomados de puntillas sobre la cresta del Pirineo, llamamos a gritos a Europa, para que despierte de un sueño que te olvida. Y dejando que nos besen las olas que van tan lejos, invitamos a los continentes grandes, del mundo negro y amarillo, de las islas perdidas en la espuma, para que te llamen su Rey. Y se nos hace la voz caricia maternal al abrir camino a los pueblos de América, que vendrán en tumulto, cantando en castellano. Será la más grandiosa fiesta que ha tenido nunca la familia hispana, ortodoxa a machamartillo, hambrienta siempre de procesiones triunfales, con los ojos cuajados de llanto para rezar. Presidido por el legado del Padre Santo, el mundo hispánico se postrará en Barcelona, para pedirte, Señor, la paz.



YBIETA



LOS CONGRESOS EUCARISTICOS:
UN DIVINO ESCANDALO

ESTABA lleno a rebosar el redondel de la Plaza de San Pedro. Ya va siendo frecuente ese flujo y reflujo de marea humana que del castillo de Sant' Angelo al Obelisco lanza emboladas por la vía de la Conciliazione y amontona cientos de miles de personas en el regazo granítico de la columnata. Sólo en Roma he visto que la piedra sea cálida, apta para el abrazo. En Roma, y acaso en Salamanca, donde no es piedra tan firme pero más dorada, si no tan definidora, si no tan piedra fundamental para edificar la Iglesia, sí piedra sabia, piedra empapada en saberes como bizcocho en vino viejo, y por eso, dorada.

Se llena la Plaza de San Pedro y no es fácil concretar luego en las fotografías a qué solemnidad corresponden. Aquella tarde se cerraba en Roma la «Settimana della Fede», con la bendición del Papa a sus diocesanos. Habló el padre Lombardi, que acaudilla un movimiento renovador de métodos apostólicos con una potencia incontenible. Es hombre dulce, hombre de charla, con una dialéctica insobornable a cuya autenticidad se rinden millones de hombres. Aquella tarde no me gustó—al padre Lombardi le admiro como a muy pocos hombres de nuestro tiempo—porque desde el portón de San Pedro nos dió una charla de radio cuando esperábamos una sacudida de entusiasmo que, una vez al menos, encendiera y purificara la sangre de los romanos de hoy haciéndoles comprender que sólo gente brava puede pretender un empalme directo con las legiones que, ¡ay!, se perdieron, según se ve, para siempre.

Pero dijo el padre Lombardi, en un momento de mayor tensión, una cosa impresionante. Muy sencilla. Las verdades son tan sencillas. Así, impresionan. Proclamó, una vez más, el escándalo. Mejor dicho, ratificó un escándalo que hace siglos se proclamó pero que, según camina el tiempo, se verifica con mejores bazas en la mano. Dijo Lombardi allí, a la sombra del alero de la casa del Papa, que los perseguidores de la Iglesia se han estrellado siempre contra la piedra dura. Lo dijo con los nombres concretos de emperadores romanos cuya vida y escondrijos se saben muy bien las gentes que viven en Roma. Y con los nombres de Napoleón y de Hitler. Anunció, esto es lo bueno, que los perseguidores actuales también se estrellarán sin remedio. No puedo asegurar si citó en su salsa el nombre de Stalin. Puede que sí. De todos modos, la indicación era concreta.

Esto es impresionante, es escandaloso. Poder afirmar con la más certera página de la Biblia en la mano que un hombre va a reventar con su imperio, que se le van a saltar los dientes más aprisa cuanto con mayor afán muerda en la piedra fundamental de la Iglesia, es como lanzar a los cielos un halcón tuberculoso o arrojar a la arena un gladiador cuyo corazón ha sido partido de antemano por un cuchillo de fuego.

Aquella tarde, en la Plaza de San Pedro, yo pensaba en el Congreso Eucarístico de Barcelona. Los Congresos son esto: el gran escándalo, el gran atrevimiento de Cristo, que, a fin de cuentas, es el soberano Señor de este endiablado mundo que los hombres manoseamos, que es—decía con gracia un obispo español—el Amo, y puede permitirse el lujo de fundar una Iglesia contra la cual se estrellen las potestades de los hombres y de los infiernos, y poner en el centro de esa Iglesia, como armazón, como esqueleto, el culto al más asombroso misterio: al pedazo de pan convertido en su Cuerpo.

Esto son los Congresos: la presencia de Dios, por su enviado Jesucristo, proclamada limpiamente, soleadamente. A mí no me admira que algunos hombres puedan encontrar difícil el misterio eucarístico. Lo es, ciertamente, por sus más íntimas razones, y ya sonó a demasiado fuerte en los primeros oídos que escucharon su planteamiento. Pero sí me admira, me desconcierta, que, oyendo lo que afirma nuestra fe: «Sobre el altar se muda el pan en Cuerpo de Cristo y en su Sangre el vino, y se celebra la Misa y se reparte la Comunión», que oyendo todo esto pueda alguien pasar por las puertas de las iglesias sin entrar jamás a presenciar el misterio y preguntar por su fundamento y revisar sus posibilidades. Me imagino que a estos soberanos despreocupados el escándalo de los Congresos Eucarísticos Internacionales les resonará como buen aldabonazo en las puertas del alma.

Esto son los Congresos. La anécdota pequeñita de su origen histórico, allá por 1873, con los planes de María Emiliana Tamisier y la intervención del beato Eymard y del padre Chevrier y de monseñor Ségur—que murió dejando ya montado el primer Congreso, Lille 1881—, no tiene importancia, es el cañonazo escondido que Dios premiará. Lo importante es la afirmación del divino escándalo, que, gracias a los Congresos, se ha verificado ya en París y en Jerusalén, en Roma y en Londres, en Colonia y Montreal, en Madrid y en Chicago y en Sydney, y en Cartago y en Buenos Aires... Van, con el de Barcelona, 35.

JOSE MARIA JAVIERRE

PARA SUS DESPLAZAMIENTOS

POR ESPAÑA

Y

EL MUNDO ENTERO

WAGONS-LITS//COOK

(Grupo A. - Tít. 5. - B. O. 4-2-21)

le proporcionará todo cuanto precise

Billetes de ferrocarriles, avión, barco, autocares

Aseguramos reserva de habitaciones en los hoteles

VIAJES TODO COMPRENDIDO

●

Dirigirse a nuestras agencias:

ALGECIRAS:
Ticket Office, Puerto, estación ferrocarril.

BARCELONA:
Paseo de Gracia, 8 y 10.

BILBAO:
Hurtado de Amézaga, 8.

CORUÑA:
Federico Tapia, 1.

GRANADA:
Plaza del General Franco, 5.

IRUN:
Estación.

MADRID:
Alcalá, 23; Palace Hotel, y Avenida Calvo Sotelo, 14.

MALAGA:
Strachán, 20.

OVIEDO:
Cabo Noval, 10.

PALMA DE MALLORCA:
Paseo del Generalísimo Franco, 5 y 7.

SAN SEBASTIAN:
Andía, 2.

SEVILLA:
Avenida de José Antonio, 12.

VALENCIA:
Marqués de Sotelo, 7.

ZARAGOZA:
Costa, 4.

GUIAS TEIDE BARCELONA

UNICA GUIA COMPLETA
Y COMPRENSIVA DE LA CIUDAD

Museos ● Monumentos
Transportes urbanos
Turismo ● Hoteles
Síntesis humana y religiosa de Barcelona.

26 ITINERARIOS

que abarcan, asimismo,

SITGES

y

Cien ilustraciones explicativas como la muestra
Cuarenta reproducciones en huecograbado.

La Sagrada Familia según el proyecto inédito de Gaudí:
1. Fachada del Nacimiento. —2. Fachada de la Pasión.—3. Torre de los Evangelistas. 4. Torre de la Virgen.—5. Torre del Salvador.—6. Sacristía.—7. Claustro.—8. Abside.—9. Puerta de la Fe.—10. Puerta de la Esperanza.—11. Puerta de la Caridad.

CIA. HISPANOAMERICANA DE TURISMO

AGENCIA DE VIAJES - GRUPO A - TITULO 17

BARCELONA: Paseo de Gracia 1. BUENOS AIRES: Viamonte, 545
PALMA DE MALLORCA: Paseo del Generalísimo Franco, 13 bis

●

CIRCUITOS SEMANALES EN LUJOSOS AUTOCARES PULLMAN VISITANDO TODA

ESPAÑA

●

SALIDAS DIARIAS A

MALLORCA

en buque y avión.

●

BARCELONA Y MONTSERRAT

EXCURSIONES A SITGES, TARRAGONA, MONASTERIO DE POBLET, PIRINEOS Y COSTA BRAVA

●

PASAJES MARITIMOS Y AEREOS
BILLETES DE FERROCARRIL

5 DIAS GRANDES

27 DE MAYO

I

EL LEGADO

LLEGARA por la marinera Puerta de la Paz. Las Ramblas tendrán el gozo de esta primicia del Congreso y la púrpura cardenalicia será otra gran flor roja en la vieja vía sacra de la antigua Barcino. Un arco triunfal de gigantescas dimensiones dará la bienvenida a quien representa al Vicario del Príncipe de la Paz, y, en lo alto de un monumento, la estatua en bronce de Colón tendrá al alcance de su mano una cruz luminosa, que recordará la luminosa hazaña que llevó a América del Señor. Todas las campanas—voz de Dios en la ciudad—, desde San Ginés hasta Santa María del Mar, junto al Mediterráneo, serán echadas al vuelo. Las palomas, que serán el gozo de la naturaleza, levantarán el vuelo en enjambre cuantioso; la bronca voz de las sirenas se elevará entre la bruma de las fábricas para acreditar que también ellas están en el espíritu de la ciudad. Las banderas blancas, tremoladas por veinte mil manos inocentes de niños, serán también mensaje de paz.

Tedéum en la catedral y bienvenida a los huéspedes, que formarán el Cortejo del Huésped, que por unos días va a convertir a Barcelona en la ciudad de Dios.

II

EN EL TIBIDABO: QUINCE MIL ANTORCHAS ENCENDIDAS

Tendrá en su cima otra cruz, también inmensa y luminosa. Aquella cruz será la meta de una procesión de quince mil antorchas encendidas: la Adoración Nocturna tendrá allí su vela primera y quedará abierto para siempre el culto perpetuo y permanente al Santísimo Sacramento. Desde ahora, cada barcelonés podrá, como David, levantar sus ojos al monte, esperando el más eficaz auxilio.

28 DE MAYO

III

LA PAZ FAMILIAR: TRIGO, INCIENSO Y FLORES

Mientras en las aulas de la Universidad medio millar de sabios, sociólogos e investigadores comienzan sus tareas científicas y discuten sobre la misión de la familia cristiana en la gran empresa de la paz, en la Sagrada Familia millares y millares de niños, con su blanco vestido de la Primera Comunión, comulgarán por la paz bajo la mirada bendita del beato Pío X, que contemplará desde el cielo los frutos de su amor a la Eucaristía y a los niños.

La plaza de Pío XII será el gran templo abierto donde los niños levantarán sus voces inocentes en una gran plegaria por la paz del mundo. Este acto tendrá toda la emoción que promete en su escueta elocuencia el anuncio del programa: «En el altar de la plaza de Pío XII: Plegaria de los niños por la paz del mundo y homenaje de la familia católica a la Sagrada Eucaristía. Los padres de la familia más numerosa de la que haya dado más vocaciones sacerdotales o religiosas a la Iglesia y más mártires víctimas de la persecución anticristiana, leerán públicamente el acto de consagración de la familia a Jesucristo presente en la Eucaristía. Homenaje de los hijos a sus padres. Ofrenda simbólica de los obsequios espirituales de todos los niños de España por el fruto espiritual del Congreso.»

IV

«EL CUERPO Y EL ALMA, EN PLEITO»: CALDERON DE LA BARCA, EN LA SAGRADA FAMILIA

Quinientos actores plasmarán la genial intuición de Calderón de la Barca sobre la tragedia del pecado y las luchas entre el espíritu y la carne. Gaudí, desde el cielo, verá sus sueños hechos realidad: quiso que sus torres fueran de noche columnas de fuego, y la luminotecnia hará el milagro. La apoteosis del «Banquete Eucarístico» necesitará por retablo toda la fachada del Nacimiento y tendrá por custodia el rosetón maravilloso donde se hace flor el tallo de José.

29 DE MAYO

V

CRISTO, EN EL MUNDO DEL TRABAJO

«Precioso fruto de la pacificación interior de los individuos será la verdadera concordia de la sociedad, cuya desunión tiene sus más profundas raíces no tanto en valores materiales cuanto en una crisis del pensamiento, del sentimiento y de la voluntad.» Cristo, Amor infinito en la Eucaristía, predicará y hará brotar el amor, que es la fuente de la justicia.

La avenida de la Reina María Cristina será estrecha en sus amplias calzadas para abrazar a la multitud de obreros y patronos. Una oración y la ofrenda, que la hará más sincera. El técnico, el productor manual, el jefe de la empresa, los gremios con sus artesanías simbólicas, serán, con la Hostia Santa, los protagonistas de este nuevo esfuerzo para lograr la paz del mundo.

VI

COMUNION DE MEDIANOCHE

Los templos de la ciudad, en el anochecer, abrirán sus puertas: por ellas, con los penitentes, entrará la contrición. Hay que recobrar el sentido del pecado: si es cosa triste pecar, es mucho más humillante no saberse arrepentir.

Esta será la gran hora del Congreso: el dolor de los pecados, el propósito de enmienda, la satisfacción sacramental. ¿Cuántos miles de sacerdotes escucharán nuestra triste retahíla de pobres pecadores bajo el ancho cielo y a la luz conmovida de las estrellas? Porque el templo serán esta vez las propias avenidas altas de la ciudad. La palabra del padre Lombardi recogerá aquí las voces—quizá acusadoras de nuestra conciencia—frente al deber incumplido. Surgirá en esta comunión de medianoche el recuerdo de aquellas



ORACION DEL CONGRESO

¡Señor y Dios nuestro! A vos acudimos con plena confianza, implorando copiosas bendiciones sobre el Congreso Eucarístico Internacional, para que sea lo que todos vivamente deseamos: glorificación de la Santísima Eucaristía y eficaz plegaria de la paz.

Queréis, ¡oh Padre eterno!, ser glorificado en vuestro divino Hijo Jesús, resplandor de vuestra gloria; también nosotros queremos glorificaros, creyendo en El, amándole y adorándole presente con real y verdadera presencia en el augusto sacramento del altar.

Haced, Señor, que nuestro homenaje sea expresión fiel de sincera piedad eucarística y del amor de nuestros corazones a Jesucristo Sacramentado.

¡Oh Dios de la paz!, que en la noche más luminosa de cuantas registra la Historia enviasteis multitud de ángeles que anunciaran, entre nubes de gloria y con himnos de paz, el nacimiento del Salvador del mundo, del Príncipe de la paz.

Por esa paz cristiana clamará la multitud innumerable de fieles de todo el mundo católico que en el Congreso de Barcelona dirigirán su mirada, llena de fe, y sus instantes preces, henchidas de esperanza, a la Hostia Santa, divino tesoro y fuente perenne de unidad, de amor y de paz.

No por nuestros méritos, Señor; no por nuestros méritos, sino por los de Jesucristo, víctima propiciatoria en el altar, y los de su santísima Madre, medianera de todas las gracias, proclamada Patrona especial del Congreso bajo la advocación de Montserrat, y por la intercesión de San Pascual, celestial Patrono de todos los Congresos Eucarísticos,

Haced, ¡oh Dios omnipotente!, que la paz justa, la paz integral, la paz verdadera, objeto constante de las oraciones, trabajos y desvelos de nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XII, reine en las almas por la unción de vuestra gracia, en las familias por su vida ajustada a los santos preceptos del Evangelio; en el mundo del trabajo, por la exacta observancia de la justicia y por la efusión de la caridad sobre los más necesitados de la protección, y entre las naciones, por el imperio de vuestra santa Ley en sus mutuas relaciones.

Todo ello, ¡oh Señor y Padre nuestro!, a gloria y honor de Jesucristo Sacramentado, para incremento y libertad de la Iglesia, para la salvación de las almas y para alivio y remedio de los males que hoy afligen y amenazan al mundo. Amén.

(Indulgencia de 300 días cada vez. Indulgencia *plenaria* con las condiciones acostumbradas si se ha rezado devotamente cada día durante un mes entero.) (Ench. Ind. Núm. 601.)

ceremonias nocturnas de Budapest y Buenos Aires, que nos hablaron del milagro de los Congresos Eucarísticos cuando se trata de convertir a los pecadores y de la vuelta de las conciencias a Dios.

30 DE MAYO

VII

JORNADA DEL DOLOR

Jornada del dolor expiatorio. «La Gracia y la Gloria son frutos del Sacrificio Infinito de Jesús. No habría vida eterna sin muerte temporal. Eucaristía es esencialmente sacrificio. Y el inmenso dolor humano, enfermedad, miseria, desamparo, persecución, martirio, del que somos testigos en nuestros días, es prolongación y complemento del sacrificio cruento y eucarístico de Jesús.» Así explica el «Libro del congresista» el profundo sentido de esta jornada augusta. La santa misa, oración perfecta, se reiterará mil y mil veces «por los enfermos y atribulados de todo el mundo».

En un momento dado en esta mañana de primavera, el Congreso reclamará a la ciudad un rato de meditación, una hora de silencio: será la hora en que de todas las iglesias y capillas saldrá el Señor y visitará personalmente a los miembros doloridos de su Cuerpo Místico. Será ello una preciosa invitación a la caridad y a la beneficencia, un vivo recuerdo de su palabra, tantas veces olvidada: «Tuve hambre y me disteis de comer, estuve enfermo y recibí vuestra visita.»

VIII

LA IGLESIA DEL SILENCIO

Al gran obispo tarraconense ni siquiera la inminencia del martirio le permitió olvidar las necesidades de todas las Iglesias de Occidente y de Oriente. Nuestro olvido de los hermanos que sufren en las cárceles y en la vejación por causa del nombre de Cristo tiene cierto asomo de pecado. El demonio ha prostituído esta vez el silencio y le ha convertido en instrumento de crueldad. Nuestro olvido podría colaborar con este silencio del demonio. La Virgen blanca de la Merced, Redentora de Cautivos, subirá hoy desde su templo a la avenida del Congreso, porque quiere ser ella la que presente al Señor la oración por los cautivos de la Iglesia del Silencio.

IX

EL BRAZO ARMADO DE LA PATRIA

Con cien generales al frente, cuatro mil representantes de todas las Armas y de todas las categorías, y llevando detrás, íntegra, la guarnición barcelonesa, dirán que el brazo armado de la Patria rinde sus bayonetas ante la majestad del Rey Pacífico.

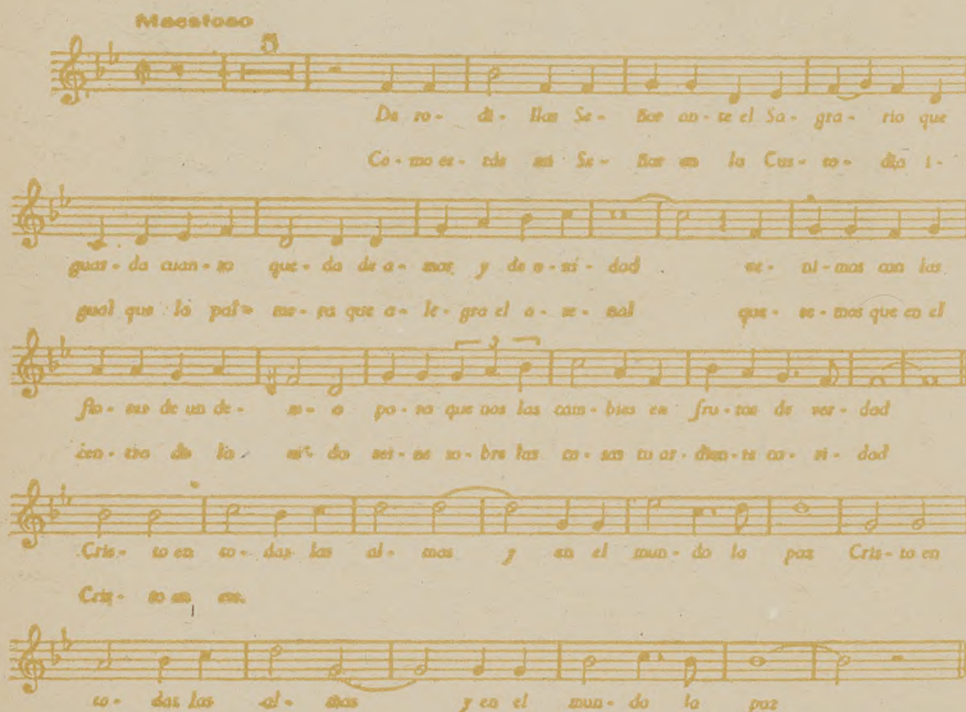
Sin el homenaje del Ejército a la Santísima Eucaristía, sin estos aires marciales, faltaría algo al Congreso, le faltaría algo muy entrañable de España, que tantas batallas ha reñido por la fe cristiana.

San Fernando Rey, caudillo y capitán magnífico, presidirá esta Asamblea; su limpia espada será el espejo donde se mirarán los bravos soldados de España.



EXCMO. Y REVDMO. DR. GREGORIO MODREGO CASAUS, OBISPO DE BARCELONA, PRESIDENTE DE LA COMISION EJECUTIVA DEL XXXV CONGRESO EUCARISTICO INTERNACIONAL

HIMNO DEL CONGRESO



Como ciervos sedientos que van hacia la fuente,
vamos hacia tu encuentro sabiendo que vendrás:
que el que la busca es porque ya en la frente
lleva un beso de paz.

Que las almas gemelas de las almas amigas
se muevan, todas juntas, en único afán,
como el aire ha movido las espigas
que hicieron este Pan.

Tiradas a tus plantas las armas de la guerra
—rojas flores tronchadas por un ansia de amar—,
hagamos de los mares y la tierra
como un inmenso altar.

X

LA PAZ DE LAS NACIONES

«Este será el verdadero Congreso de la Paz.» Así lo han pregonado la mayoría de los obispos católicos del orbe al anunciar a sus fieles el Congreso. En él estarán representados todos los pueblos, todas las razas de la tierra, y la multitud de los cristianos que se juntará en Barcelona tendrá conciencia de que allí les congrega un anhelo de paz auténtica. Por ello aportarán antes que nada la contribución de su buena voluntad. ¡Qué plataforma donde maniobrar a favor de una paz auténtica esta gran Asamblea de hombres y mujeres, que, apretados junto al trono de su Rey y dispuestos a caminar sobre las huellas de sus pies, quieren librar y ganar la batalla contra su propio egoísmo y su codicia, su orgullo, su pereza mental y su sensualidad!

«Después de haberse arrojado, como salvajes, las granadas y la metralla, que mutilaron cuerpos, los beligerantes de ayer vendrán a arrodillarse uno tras otro a los pies de la Custodia, que desde lo alto domina sus fronteras, todavía trémulas de terror. Los destellos de la Sagrada Hostia acabarán fundiendo en sus corazones todo sentimiento de odio. Repudiando las violencias de antaño, se complacerán en cambiar un beso de paz fraterna. Y su unánime oración solicitará del Salvador una bendición para su esperanza en una gran comunidad humana, por fin pacificada gracias al espíritu del Evangelio.»

Esta intención llenará la plegaria de las naciones por la paz del mundo en la tarde de este día 30, bajo las torres de la Sagrada Familia.

31 DE MAYO

XI

LA IGLESIA, MADRE FECUNDA: MIL SACERDOTES EN UNA SOLA ORDENACION SAGRADA

Cosa inaudita hasta hoy en los anales de la Santa Iglesia: en un solo alumbramiento, mil sacerdotes para evangelizar el mundo.

El estadio de Barcelona recibirá sobre su césped el cuerpo tendido de estos mil hombres; allí sus manos serán ungidas y en sus almas quedará, indeleble, el sello de su sacerdocio eterno. Con sus veinticinco obispos ordenantes, mil bocas consagrarán en una sola voz el Cuerpo de Cristo. Desde entonces cada día subirán al altar de Dios, que alegra su juventud, y allí derramarán sobre el pueblo el Cáliz de la Alianza Eterna.

XII

LA UNIDAD DE LA IGLESIA: ANTIGUOS Y MARAVILLOSOS RITOS

Poco le costó a Barcelona ser cristiana, porque era ya urbe romana. El altar de la plaza de Pío XII, visto de lejos, parece una carabela que, viniendo sobre las olas del mar latino, ha anclado en las faldas de San Pedro Mártir; este altar reclama la elegancia y universal simplicidad del rito romano.

Pero los pueblos de Oriente vendrán a mostrar el tesoro de sus ritos fastuosos, policromados, lentos: el rito bizantino, el rito copto, el rito maranita, el rito armenio, el rito sirio..., tendrán sus fiestas litúrgicas en los templos más venerables de la vieja ciudad. Entre las piedras milenarias de San Pedro de las Puellas, que vieron las hazañas del Cid y del «Alt Don Jaume», se remozará, apasionado y profundo, el rito mozárabe.
Dios escuchará la oración de todos para que las Iglesias dispersas vuelvan al viejo tronco de la Iglesia Romana, Madre de la verdad y de la libertad.

1 DE JUNIO

XIII

«UBI PETRUS IBI ECCLESIA»: LA VOZ DEL PADRE

Presente en su legado, el Padre de Roma, en esta Asamblea de su pueblo fiel, presidirá la ingente multitud; por el lado del mar los aires sutiles llevarán la voz augusta del Pontífice: a ella estarán atentos los corazones, porque es la voz de Pedro, como, cuando hace unos siglos, hablaba a los fieles del Ponto, de Galacia, de Capadocia, de Asia o de Bytinia.
Hoy a los «electis advenis» de Barcelona les dirá también el Saludo Apostólico: «Que la gracia y la paz se multipliquen en vosotros» (I, Petri, 1, 2).

«CANTEMUS DOMINO»

Cien mil voces cantarán el «Gloria» y el «Credo» con el tono gregoriano de las grandes multitudes. La polifonía alabará al Señor con dieciocho masas corales disciplinadas bajo la sola batuta de un maestro. La Escolanía de Montserrat abrirá el canto, que seguirán miles de niños, porque aquí también «de la boca de los niños saldrá alabanza perfecta». Para que todas ellas, como un clamor y una oración de paz, ahoguen para siempre el ruido y las estridencias de la guerra.

UN CONGRESO QUE URBANIZA A UNA CIUDAD

El Estado otorga un crédito de treinta y ocho millones para ensanchar con urgencia las entradas de la ciudad por carretera y para reparar las vías férreas de toda la provincia. Ofrece asimismo veintiún millones a la Municipalidad para obras de urgencia dentro de la misma capital; el propio Ayuntamiento une a estos millones otros veinte para la misma empresa y promete que, después del Congreso, toda esta mano de obra se colocará en las grandes obras públicas que tenía estudiadas y previstas. El Congreso, que es una empresa sobrenatural, desborda bienes y los derrama copiosos sobre el ámbito de lo temporal.

EL CONGRESO Y SU SENTIDO HUMANO: UN BARRIO DE VIVIENDAS

Copiamos de un gran diario de París: «Rendirle a Cristo homenaje en la Eucaristía, sin llevarle un socorro a sus miembros dolientes, sería herirle en el corazón.»
El obispo de Barcelona se ha hecho eco de este sentir entre sus diocesanos. Con machacona insistencia ha recordado a los católicos la gravedad de un problema cuya solución es tan urgente en España como en Francia. Después de haber dado la voz de alerta a los organismos oficiales, los cuales son los primeros artesanos de tan gran empresa, acaba de provocar una nueva aportación de iniciativas privadas. Al dirigirse particularmente a las familias pudientes, expresó su deseo de que un millar de ellas consagren cien mil de sus pesetas a la construcción de viviendas baratas.
Escribe el obispo de Barcelona: «¡Cuántas miserias podrán así aliviarse! ¡Y qué gran ejemplo dado al mundo entero, que se acercará a nuestra ciudad! El homenaje que nosotros queremos rendir a Jesús en el Sacramento de su Amor reclama de nosotros este esfuerzo. El acto más emocionante del Congreso será la ofrenda simbólica de nuestros trabajos para dotar de habitación decorosa al mayor número posible de familias.»
Ayer era una iniciativa; las esperanzas de hoy ya aseguran una realidad para mañana: la Obra de las Viviendas del Congreso marcha con franco éxito; un nuevo barrio de Barcelona llevará este nombre: «XXXV CONGRESO EUCARISTICO INTERNACIONAL».

CUSTODIAS ESPAÑOLAS

POR

EL MARQUES DE LOZOYA

CON la devoción a María, el culto fervoroso y apasionado al Misterio de la Eucaristía es una de las constantes del alma española, sobre todo a partir de los siglos triunfales que inician la Baja Edad Media, en los cuales el avance arrollador de la Reconquista produce en los vencedores un sentimiento de alegre optimismo, que se traduce en la ostentación magnífica de la liturgia católica; coincidió esta euforia hispánica con la exaltación en toda la cristiandad del culto al Santísimo Sacramento, especialmente desde que el Papa Urbano IV, en 1264, dispuso la celebración de la fiesta del «Corpus Christi». El concilio de Vienne de 1311, en presencia de los reyes de Francia, de Inglaterra y de Aragón, dió disposiciones para el mayor esplendor de la fiesta, y en 1316 el Papa Juan XXII dispuso ya el ceremonial que ha llegado hasta nosotros: la procesión, la «octava» y, sobre todo, la exposición de la Sagrada Hostia sobre el altar.

Desde entonces, la fiesta del Corpus fué en España uno de los tres jueves del año que relumbran más que el sol. Se celebró solemnísimamente en las ciudades y en las aldeas. Para su esplendor se agotaron los ingenios en toda suerte de invenciones: las «rocas» o carrozas en que se exponían plásticamente las fases teológicas del misterio; las mascaradas representando personajes del Antiguo y del Nuevo Testamento relacionados con la Eucaristía; danzas como las de los «seises» de Sevilla, y, sobre todo, los autos sacramentales, que constituyen una de las expresiones más bellas y genuinas del pensamiento español. González Pedroso, el colector de este género de piezas en la biblioteca de Rivadeneyra, describe así el gozo de este día: «Rayaba la aurora, saludándola, en los más humildes como en los más importantes lugares, campanas y esquilones de oratorios, ermitas, parroquias y catedrales, que anunciaban, unos con solemne compás y otros con alborozados repiquetes, ser llegada la hora de que completase todo morador de España la obra empezada por los comisarios del Corpus.» Las calles de cada ciudad y de cada aldea quedan ese día fragantes de tomillo y de romero, de cantueso y de retama. La fiesta estaba en el corazón de cortesanos y de labriegos, en esa magnífica unidad de sentir en la España imperial. Dice así un poeta del siglo XVII:

> «¡Y qué bien parece loco
> el pueblo! Pues hubo quien
> dijo que el día de Dios
> era cada cascabel
> de un danzante, silogismo
> contra el apóstata infiel.»

¡Silogismo contra el apóstata infiel! En la España que había pasado ocho siglos peleando con los moros y discutiendo con los judíos, la que en el 1600 andaba a mandobles en toda Europa contra turcos y contra protestantes, todo tenía un sentido de polémica: hasta los cascabeles del último de los danzantes de la más pequeña aldea castellana.

Desde que fué preceptivo el exponer el Santísimo Sacramento a la devoción de los fieles, en la penumbra de las iglesias y a plena luz, entre el bullicio de las calles y plazas, fué preciso disponer un trono en el cual el Señor de cielos y tierra se manifestase con toda majestad. Este fué el origen de las custodias. Anteriormente, el Cuerpo de Cristo permanecía oculto en ciborios cerrados, llamados ya «custodias»; al principio, en cajas de marfil o de metal, llamadas turres; luego, en vasos esmaltados en figura de paloma («columba eucharistica»), que se suspendían del baldaquino o se posaban sobre las gradas del altar (una hay en el Monasterio de Silos y otras en el Museo Lázaro Galdiano). España excedió en la magnificencia y en el primor de estos pequeños templos de oro y de plata, enriquecidos con esmaltes y piedras preciosas, en proporción con sus fervores eucarísticos. El barón Davillier, el famoso viajero anticuario por la España isabelina, afirma que en ningún lugar del mundo encontró custodias tan fastuosas. Se encuentran magníficas en las más humildes iglesias pueblerinas.

Los más antiguos ostensorios están en Levante, acaso por la devoción eucarística de los grandes condes-reyes del «Casal de Aragó». Hay en ellos la simple elegancia del gótico catalán. El viril se ostenta sobre un pie, del cual arrancan dos vástagos que sostienen a cada lado figuras de ángeles o santos. El de Vich es de 1412 ó 1413; el de Trahiguera, en el Maestrazgo, obra de Juan Olcina, de 1415; el de Gerona es de mediados del XV. Frecuentemente se utilizaron como custodias relicarios o cálices, como en el caso del famoso retablillo de los Corporales de Daroca, convertido en ostensorio en el siglo XVII. En Castilla, las custodias aparecen más tardíamente, a fines del XV, y revisten siempre la forma de pequeños templos góticos con aspecto de pirámide o de ciprés. Hay toda una arquitectura rica y diminuta en la cual los orfebres-arquitectos imitan, en metales preciosos, los contrafuertes, los pináculos, los arbotantes y las gárgolas de las catedrales de piedra. Menudas fábricas labradas con primor infinito para cobijar al Santísimo, como edificios reducidos de una mística ciudad de Dios.

La familia alemana de los Arfe (del pueblecito de Harff, en la llanura de Colonia) parece consagrada solamente, por espacio de un siglo, a la tarea de construir catedrales de plata para el Santísimo. No solamente construyeron las más bellas custodias que existen en el mundo, sino que escribieron la teoría y dieron los cánones para estos templos de metal. El patriarca es Enrique, con el cual se conciertan, en 1501, los canónigos de León sobre la custodia «que nobo venido a facer». Esta pieza fué fundida en la guerra de la Independencia, pero nos queda su hermana gemela, labrada para el famoso monasterio de Sahagún. Es una construcción aérea y delicada, en la cual los contrafuertes y los botareles dejan el suficiente espacio para que quede bien patente el viril. Los detalles de la hojarasca gótica y las figurillas de ángeles en adoración son, como todo lo que salió de este taller de grandes artistas, algo exquisito. Sánchez Cantón tiene como la más bella custodia de España la de Córdoba, otro de esos cipreses calados en que tanto se complacía Enrique de Arfe: «La impresión que produce—escribe—es inolvidable. Su color es una fiesta de los ojos; no está toda ella dorada, y la plata y el oro con tal sabiduría repartidos, que no se puede imaginar nada más bello.»

No ya en España, sino en toda la cristiandad, es imposible hallar alhaja más suntuosa que el enorme pináculo dorado que en el día del Corpus recorre, bajo una lluvia de flores, las callejas moriscas de Toledo. El encargo fué de Cisneros, y dieron trazas para ella Copin de Holanda y Juan de Borgoña; pero Enrique de Arfe tenía de su arte un concepto demasiado personal para ceñirse a ellas. Se terminó en 1523. El historiador romántico de Toledo Parro, nos ha dejado una descripción minuciosa de la custodia, que, a su juicio, es indescriptible por la multitud de pormenores, ejecutados cada uno con todo primor. Sobre una basa de doce frentes se levanta un plinto exagonal y de él arrancan los pilares que sostienen el esbelto cimborrio con ese arte especial del platero alemán para elevar construcciones a la vez riquísimas y diáfanas. El viril fué labrado, según tradición muy antigua, con el primer oro de América que ofreció Colón a Fernando e Isabel.

En la obra de Enrique asoma tímidamente el Renacimiento, que era entonces novedad aristocrática conocida de pocos. Su hijo Antonio estaba ya al tanto de un sistema que había ya expuesto en sus «Medidas de Romano» Diego de Sagredo. Era todo un mundo de formas paganas que era preciso bautizar y poner al servicio de Jesús Sacramentado. Los artífices del gótico disponían de dos mundos: el de los seres celestiales y el de los monstruos del averno, vencidos y sujetos. Ahora venía a interponerse otro mundo de seres fantásticos que no eran ni ángeles ni demonios, pero a los cuales el artista obligaba a servir a la gloria de Dios con la belleza de su forma. El platero no es ya un decorador que agrupa hábilmente sus figurillas medio ocultas entre la hojarasca como las aves en un bosque. Es un escultor, y cada una de sus pequeñas estatuas tiene la exactitud de proporciones y el modelado de las grandes imágenes en bronce o en mármol. Antonio no olvida del todo la tradición gótica del taller paterno. Todavía sus custodias, construídas con arquitecturas renacientes, tienen forma de pináculos. La de Santiago de Compostela se termina en 1545 y la de Medina de Ríoseco —templete que cobija la figura berruguetesca del Rey David danzando delante del arca—se comienza en 1552. Aun fué escultor de mayores alientos el platero de Cuenca Alonso Becerril, Miguel Angel de lo pequeño, cuyas figurillas, vistas una a una con el auxilio de una lupa, son obras geniales de dinamismo y de modelado. Labró la custodia de la catedral de Cuenca. Juan Ruiz fué el arquitecto de los pequeños templos argentinos de Baza, de San Pablo de Sevilla y de Jaén. Para esta última, el cabildo no le fijó precio, y la tasación habían de hacerla, una vez terminada, ocho maestros.

Juan de Arfe y Villafañe, hijo de Antonio y nieto de Enrique, es la figura más representativa de la generación de artistas de la España de Felipe II. Es, ante todo, un intelectual matemático, humanista, filósofo y algo poeta, que ha estudiado anatomía y conoce cuanto sobre la proporción del cuerpo humano se ha escrito en su tiempo. Le ofendería quien le llamase platero. El se denomina a sí mismo: «Escultor de oro e plata e arquitecto.» Ha publicado un libro: la «Varia conmesuración para la escultura y arquitectura», que, como ningún otro, influye en la estética de su tiempo, y en él dicta con tal precisión las reglas y medidas que ha de tener una custodia, que sus sucesores tuvieron ya muy poco que hacer. Juan de Arfe siguió fielmente su propia doctrina en las custodias catedralicias de Avila (1564-1571) y Sevilla (1580-1587), de la cual decía que era «la mayor y mejor pieza de plata que deste género se sabe», y publicó un folleto para explicar sus alegorías y sus primores.

El arte de la platería es muy sensible a las alteraciones del gusto, y bien pronto los rígidos cánones de Juan de Arfe hubieron de alterarse por las primeras corrientes del barroco. Algo de barroquismo hay ya en el profuso ornato de la custodia del Ayuntamiento de Madrid, construída por Francisco Alvarez en 1568. Todavía la custodia de la catedral de Segovia, obra de Rafael González en 1696, sigue la traza presentada por la «Varia conmesuración», pero su arquitectura es, respecto a las custodias de Avila y Sevilla, lo que las fábricas de Juan López de Mora son respecto a El Escorial: aumenta el éntasis de las columnas, los cánones se olvidan y el adorno es más profuso y menos delicado. Hacia el 1600 el barroquismo triunfante llega a prescindir de la forma de templo y triunfa el modelo llamado «de sol» por el aspecto del viril rodeado de rayos flamígeros. Este «sol» se sostiene en un soporte en forma de balaustre sobre un pie circular. Ya en los últimos años del siglo XVII la custodia pierde todo su carácter arquitectónico. El soporte se compone de grupos de ángeles o se integra con la paloma, el águila o el pelícano simbólicos. Cabezas de ángeles rodean el viril, y el conjunto adquiere aspecto pictórico con el empleo profuso de pedrería multicolor, que hubiera espantado a Juan de Arfe, «escultor de oro e plata e arquitecto». Uno de los más bellos ejemplares de este estilo es el de la parroquia de San Bernardo, de Las Palmas de Gran Canaria. El «rococó», gran época para la platería, consigue tipos de admirable gracia en el dibujo y de maravilloso modelado.

La fiesta del Corpus Christi se celebra en América con la misma solemnidad que en las ciudades españolas. Entre las obras de arte más sugestivas del mundo hispánico están los grandes lienzos que, en la Iglesia de Santa Ana, de Cuzco, conmemoran la procesión del día del Señor por las calles de la ciudad dos veces imperial. Aparecen los lujosos altares adornados con flores exóticas y los carros triunfales cubiertos de plata. En el cortejo figuran frailes e indios, caballeros de las órdenes militares y caciques indígenas, ataviados con maravillosa suntuosidad. Cuando en la paz de Amiens la isla de la Trinidad hubo de ser entregada a Inglaterra, el Gobierno español hizo constar en las capitulaciones que la fiesta del Corpus había de seguir celebrándose con su esplendor tradicional. Y, en efecto, la procesión recorre todos los años las calles de Port Spain, presidida por el representante de S. M. Británica, que en aquel momento representa también a la majestad de la lejana y olvidada España.

La más bella custodia de América es, sin duda, la de la catedral de Santo Domingo. Es una pirámide plateresca (nunca mejor empleada esta palabra) labrada hacia 1540, y lleva el punzón de Sevilla. Luego se labraron ejemplares del tipo «de sol», que superan en riqueza a la obra de los plateros metropolitanos. Así es, por ejemplo, la del convento de la Merced, de Cuzco, con elegantes y profusas labores del estilo «Carlos IV». La de San Agustín, de Lima, era tan bella que tentó la codicia del platero de Huamanga Lucas Valladolid, que sufrió pena de horca por un delito que había cometido «tal vez no estimulado por el afán de la codicia, sino enloquecido o turbado por el arte», según supone Aurelio Miró Quesada.



N. de la R.—Como complemento de este artículo, damos fotografías de custodias españolas en las páginas 38 y 39.

El Congreso de 1911



(CRONICA CON CUARENTA AÑOS DE RETRASO)

Por JOSE LUIS CASTILLO PUCHE

MADRID, aunque corte, era todavía una aldea grande. La calle de Alcalá estaba todavía enarenada y la Gran Vía existía solamente dentro del carpetón de los proyectos. Aquel Madrid se nos quedaba chico por días como el uniforme del colegio.

Eran tiempos agitados. Estaba reciente y fresca la sangre de «la Semana Trágica» de Barcelona. Acaba de nacer el primogénito de Alfonso XIII, con lo cual la institución monárquica parecía consolidada. Pablo Iglesias echaba mítines a diario en los frontones, colocando entre frase y frase de Carlos Marx algún texto evangélico; los albañiles de Madrid se declaraban en huelga. El cascarrabias de Canalejas comenzaba a decir: «No se puede, no se puede», viendo lo difícil que le resultaba retirar el crucifijo de las escuelas y aplicar la «Ley del Candado». La bronca era diaria en la Cámara y también los gritos de «Maura sí, Maura no». Se agudizaba la cuestión de Marruecos y había fanáticos que se tendían sobre los railes, a la salida de la estación, para impedir que marcharan los trenes militares a Melilla. El periódico *A B C* publicaba el folletón *Mater Dolorosa*, de Javier de Montepin, y *La Argentinita* hacía furor en los escenarios. Se rezaba en las iglesias por la nación hermana, Portugal, con su República recién estrenada. Los periódicos de izquierda decían que una pistola y cinco pesetas a los que acudían a misa y a las procesiones. Los semanarios gráficos recogían «fotos» y más «fotos» del Concurso de Aviación de Getafe, donde unos suicidas pintorescos, con chaquet, sombrero hongo, bastón y bigote engomado subían a los monoplanos «a ver lo que pasaba».

Era, por supuesto, aquél un catolicismo todavía poco combativo y eficaz, como heredado del siglo XIX; catolicismo de honores y homenajes, de tómbolas y visitas a hospitales, de mesas petitorias del Jueves Santo y Ropero, de recogida de sellos y papel de plata; pero con muy poca acción social. Sin embargo, aquel catolicismo estaba velando, se puede decir, sus armas para la Cruzada que habría de sobrevenir después, irremisiblemente, y ya apuntaba empresas y obras que iban a cambiar el panorama nacional. La devoción se iba a conciliar con la organización y la piedad con la técnica moderna del apostolado. La modorra había durado demasiado tiempo, pero empezaban ya a correr vientos misioneros de conquista. Muchos católicos habían picado el anzuelo de moda: «sufragio» y «constitución»; pero lo soltaban a tiempo, al darse cuenta de que todo el programa del liberalismo consistía en entronizar un sectarismo oficial y laico.

Sin embargo, la reacción se nota, crece, toma cuerpo. Frente a una revolución disolvente, las fuerzas católicas empiezan a tomar posiciones de vanguardia. De las capillitas cerradas, como si temieran constiparse, los católicos salen a dirigir Sindicatos Agrícolas, Cajas de Ahorro, Juntas de Enseñanza. Surgen apóstoles militantes, que dan la batalla sobre el plano de la realidad, y nacen entonces los Estudiantes Católicos y la A. C. N. de P. (Asociación Católica Nacional de Propagandistas). Como vulgarmente se dice, a los católicos españoles comenzaban «a hinchárseles los bigotes». La persecución nos iba a traer la regeneración nacional, íntegra y hermosa.

Regía la Iglesia del Señor, Pío X. Aquel Congreso se preparó en un ambiente muy simpático. Por una parte, la frialdad y la oposición del Gobierno; por la otra, un entusiasmo desbordado del pueblo sencillo. Se había hecho circular por las logias el bulo de que «correría la sangre» y estallarían bombas por doquier, lo cual ni impidió que llegaran trenes y más trenes de provincianos de los cuatro puntos cardinales.

Comenzaron a llegar turistas y peregrinos por centenares, a los que el pueblo madrileño acogió con regocijo. Las calles cobraron una fisonomía extraña. Es chocante el comentario del *Nuevo Mundo* al insertar la fotografía de unos guardias informando a un grupo de sacerdotes extranjeros: «*La escena que reproduce nuestra fotografía ha sido la nota callejera constante en estos días del XXII Congreso Eucarístico, al que han acudido miles de sacerdotes y seglares de todo el mundo, dando a la villa y corte un aspecto de población turista que, en bien de su progreso, quisiéramos ver reproducido con frecuencia. Cuando escribimos estas líneas, las solemnidades de la magna congregación católica se van realizando con el mayor éxito y sin incidentes perturbadores, buena prueba de la hospitalidad de Madrid, cuyo pueblo está identificado en gran parte con las fiestas eucarísticas. Por su parte, aquellos elementos que no participan del sentimiento que las han inspirado, son lo suficientemente tolerantes para demostrar su respeto hacia la gran masa de católicos que en la capital de España se han congregado estos días.*»

El triste actor Canalejas, jefe liberal, que entonces ejercía la Presidencia del Consejo, cogió una rabieta enorme y tuvo que ir cediendo. A los periodistas les dijo «que garantizaría el orden» porque actos como aquél se habían celebrado incluso en países no católicos como Inglaterra y Alemania. Trató por todos los medios de impedir que Su Majestad el Rey presidiera la procesión, cosa que consiguió sólo a medias. Las calles y los balcones se fueron engalanando. Periódicos como *A B C* crearon premios como si se tratara de un festival. La nobleza española encabezaba con sus nombres las listas de las Comisiones. En la presidencia general figuraba Doña Isabel de Borbón, tan simpática para el pueblo madrileño. Menéndez Pelayo ostentaba la presidencia de la Sección de Letras; legado pontificio era el doctor Gregorio M.ª de Aguirre, cardenal arzobispo de Toledo, fraile franciscano.



Asistió a la procesión la seráfica mademoiselle Tamisier, fundadora de los Congresos Eucarísticos. Ella había logrado reunir en 1875, en la iglesia gótica de Saint-Jacques de Douai (Francia), cien mil peregrinos, y alcanzó la internacionalidad de los Congresos del Papa León XIII.

Tras la custodia, en la comitiva hicieron acto de presencia y acatamiento los poderes todos del Estado: Mesas de los cuerpos colegisladores, altos tribunales, capitanes generales, Administración pública, Diputación y Ayuntamiento, bajo mazas. El partido conservador formó en la totalidad de sus conspicuos, incluso Dato. Pero, sobre todo, fué el pueblo, como siempre, el que dió una sensación de fervor extraordinario, pese al sofocante calor. Pañuelos de Manila y rasos fuertes llenaban balcones y miradores. Las mantillas blancas cobraban vuelo eucarístico por las calles y plazas.

Tan pronto el Santísimo Sacramento hizo su aparición en la plaza de Oriente, la familia real, que estaba en el balcón central, salió a postrarse de rodillas ante la Soberana Presencia. El Gobierno en pleno, masones y todo, tuvo que acompañar a la familia real en esta divina recepción. Canalejas no se figuraba que un asesino le tumbaría pronto en la Puerta del Sol. Liberales y socialistas cambiaron muy pronto de aspecto al saber que Alfonso XIII, por un impulso de su españolísimo corazón, venía a los actos de clausura, dando de lado a los partidos de polo y al tiro de pichón, que tanto le encantaban. Las provincias españolas de Cataluña, Valencia y Murcia enviaron toneladas de flores, claveles y rosas. El tono de voz de Alfonso XIII al leer el acta de consagración nacional fué entero, decidido y valiente. El Padre Postius, que aun vive, pero muy averiado, fué el alma de este episodio eucarístico.

El mismo día de la clausura del Congreso, Canalejas convidaba a comer a los ministros y La Cierva a los moderados. La conjunción republicanosocialista daba un mitin en el frontón Jai-Alai, en el que intervinieron Pablo Iglesias, Melquiades Alvarez, Emilio Menéndez Pallarés y Gumersindo Azcárate. Se leyeron también unas cuartillas de don Benito Pérez Galdós, que no pudo asistir al acto y se excusaba. También aquel mismo día, sobre las calles aun cubiertas de romero y espliego, paseando por la calle de Alcalá, los señores Urquijo Epalza y Angel Herrera decidían crear *El Debate*, periódico católico que tanta importancia iba a tener en la etapa de recuperación de los valores hispánicos.

Aquella misma noche, en una tertulia radical de la Puerta del Sol, un político con perilla y monóculo decía: «Estos *carcas* nos han dado el día.» «Usted, maestro—le llamaban maestro—, ¿cree que tiene importancia?» «Demasiadas mujeres se han echado a la calle y eso siempre es malo», contestó.

Todavía Madrid se alumbraba con la luz de gas y no había letreros luminosos.

La cosa tuvo su importancia. Aquel Congreso actuó sobre la conciencia española como un poderoso estimulante del sistema heroico. El catolicismo atónico y pusilánime iba a encontrar en esta concentración punto de arranque para una propagación más vigorosa y adaptada del apostolado. Iban a surgir figuras y obras de relieve que plantarían su tienda de campaña a pleno día. Una atmósfera cargada de retórica y cobardías comenzaba a morir poco a poco. Con el tiempo brotarían generaciones ásperas y tajantes, para las que la lucha iba a tener un significado categórico de «sí o no». En aquella inmensa llamarada del Congreso de 1911 muchos vicios nacionales vieron que su destino era el fuego purificatorio y un celo arriesgado vibró en el aire. Para que se salvara España era necesario, sí, un milagro. El milagro de la voluntad de unos pocos.

EL CATOLICISMO ESPAÑOL ENTRE DOS CONGRESOS

POR

JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO

SABEMOS con certidumbre de fe que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia de Cristo; pero no se nos ha dicho si el modo de subsistencia de la Iglesia será siempre Catedral o podrá ser otra vez Catacumba. Pues bien; cuando en otras partes iniciaron los cristianos un avance hacia la transacción o una retirada hacia la Catacumba, siempre hubo miles y miles de españoles dispuestos a defender tenaz y gallardamente la perduración de la Catedral.»

Más de una vez he citado este párrafo, en el que Pedro Laín caracteriza con exactitud nuestro catolicismo: el estilo que nuestra peculiaridad nacional ha impuesto en el aspecto humano, histórico y contingente de nuestra religión. No ha faltado quien ha creído encontrar la explicación de este estilo en la ausencia, aquí, de los sucesivos embates (Reforma, Revolución, Anticlericalismo) que en otros países redujeron al catolicismo a la condición de «catolicismo residual» y a la defensiva. Ahora bien; es verdad que, en España, la compenetración de Iglesia y Estado fué durante siglos tan íntima que servir al uno lo interpretábamos—con exceso, a veces, pero justamente en muchas ocasiones—como servir al otro; que nuestros heterodoxos carecen de entidad, tomados en un conjunto, para hacer sombra a las nupcias de la Iglesia y Nación y que la subsistencia de una sola tradición, la católica, ha facilitado esa mentalidad de «defensa de Catedral» a que se refiere Laín. Pero no sería prudente ir muy lejos en ese camino. Si no la Reforma, la Revolución sí se nos entró en casa con el siglo XIX, si el capítulo de las persecuciones no se abre en 1936, entonces culmina con once obispos y más de siete mil sacerdotes asesinados en menos de tres años. Si los españoles acogemos con cariño la idea del Estado católico, no es por rutina ni porque hayamos conocido al Estado perseguidor, sino como reacción nada inexplicable de un país que, antes que ningún otro de Occidente, pasó por la prueba del fuego.

EL CONGRESO EUCARISTICO DE 1911

El 25 de mayo de 1911 se inauguraba en la iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid, el I Congreso Eucarístico celebrado en España. El 28 de mayo se clausuraba. Sus frutos fueron prontos y duraderos.

«Años duros para la Iglesia española fueron los del primer decenio del siglo XX», escribe el padre Montalbán en su reciente «Historia de la Iglesia», años de prueba, que le sirvieron para despertar vivamente su conciencia y dejar a un lado mezquindades y rencillas, aunando sus fuerzas y disponiéndolas para la lucha. «Aquella católica Monarquía, que, por boca del propio monarca, consagraba al pueblo español ante Cristo Sacramentado, presente en las manos del legado pontificio, con ocasión del Congreso, y que, años adelante, entronizarían públicamente el Corazón de Jesús en el Cerro de los Angeles, era poco más que tronco hueco flotando sobre los remolinos de una política que, de tiempo atrás, enfrentaba a unos católicos, para los cuales "en la reverencia a los obispos estaba cifrada la seguridad de la Iglesia en España", con fuerzas subversivas tercamente empeñadas en desviar las apetencias revolucionarias de las masas hacia el callejón de un anticlericalismo artificial y sin salida pacífica posible, por lo mismo que chocaba con las características de un país del que todavía en 1931 escribía Salvador Madariaga que era "profunda y sinceramente religioso".»

Tan impolítica terquedad (que sólo extrañará a quien desconozca que el liberalismo aquí nunca fué liberal y que jamás cuajó en España un socialismo pacífico y colaboracionista, por el estilo del que conocieron otros países europeos), obtuvo importantes éxitos, más que por su fuerza, por la debilidad de sus adversarios. Unos católicos que componían la mayoría de la nación, pero abandonados al catolicismo «más consuetudinario que realmente vivido», que denuncia al padre Oromí, o, en el mejor de los casos, a un catolicismo estrictamente piadoso, no podían oponer nada a la corriente anticlerical que un día, el 23 de diciembre de 1910, prohibía, en la llamada «Ley del candado», el establecimiento de nuevas Congregaciones religiosas y aprobaba la ruptura de relaciones con el Papa, y otro día incendiaba treinta y seis iglesias en Barcelona, con ocasión de la «Semana trágica», sangrienta reproducción de los más sombríos capítulos de unas luchas que, como todas las de nuestro



siglo XIX, sólo eran políticas en apariencia, y en el fondo, religiosas. Las fuerzas del carlismo, inequívoca y gloriosamente católicas, pero acampadas extramuros del régimen, de hecho eran suficientes contra los avances diarios del anticlericalismo. El Congreso de 1911 aceleró la constitución de otras fuerzas, cuya posterior actuación política sería muy discutida y discutible, pero de las que no sería justo negar que, como dice José María Claver, «es imposible enumerar rectamente las vicisitudes del catolicismo en este medio siglo sin que «El Debate» figure en los puntos más tensos de la línea». Dicho diario representó, en efecto, la voz de un grupo de españoles dispuestos a «poner en forma—utilicemos la expresión de Ortega—nuestro catolicismo inerme», a rehacer sus cuadros, sus instrumentos de propagación y a hacerle volver, en fin, a la vida pública.

Ni esta nueva fuerza, fruto de la inspiración del padre Ayala y de la ejecución de Angel Herrera, ni las ya existentes pudieron evitar que, tras el paréntesis frustrado de la Dictadura, llegara la República, término natural de un largo proceso, con todos los vicios de cuanto en ella desembocó, pero constituyeron los presupuestos indispensables de la que, tras la República, formaría etapa absolutamente nueva para el catolicismo español.

LA CRUZADA

Las doscientas iglesias incendiadas el 11 de mayo de 1931, cuando no hacía un mes de la proclamación de la República, fueron la verdadera definición del régimen. Con el tránsito de la bandera tricolor a la roja y del himno de Riego a la Internacional, se descubrió quiénes iban a mandar en él y cómo, y en el anticlericalismo, que entonces sólo se iniciaba, y que alguien tan poco sospechoso de clerical como Madariaga califica de «estrecho y vengativo», se adivinaba que iban a resolverse los problemas enconándolos. La República no resolvió nada; ni aun hizo la reforma social que podía haberla justificado como empresa revolucionaria. Se desvió por el fácil y peligroso camino de una Constitución laica y persecutoria de la Iglesia, que hizo en ella encarnación de cuanto a lo largo del siglo habían realizado parcialmente (retenidos, al fin y al cabo, por las exterioridades de una Monarquía católica) los más aprovechados representantes del triste equipo de resentidos, jacobinos y sectarios, a los que ahora añadiría su fría eficacia el comunismo, que muy pronto quedaría como señor de todos. Con ceguera difícilmente concebible se despreció sistemáticamente desde el Poder la oferta de colaboración, mantenida más allá de donde era prudente por las fuerzas católicas a las que últimamente me referí, no sin agrias discrepancias con otros católicos. En todo caso, la prolongación del arriesgado experimento pudo disipar los últimos escrúpulos. Con tranquila conciencia, la España católica afrontó una guerra que sería ofensivo contemplar como «una militarada» o como un movimiento político cualquiera, y no como lo único que fué: la legítima defensa de la Religión y de la independencia de una patria, a la que se recurría cuando todos los otros medios habían fracasado.



Es conocida la Carta colectiva que los prelados españoles dirigieron el 1 de julio de 1937 a los católicos del mundo. Frente a lo que en la zona roja llega a revestir tales características de «vesania colectiva», que «las formas de profanación son inverosímiles y no se conciben sin sugestión diabólica», la guerra se presentó a los católicos como «la garantía de la continuidad de su fe y de la práctica de su religión». Si el sacrificio que, sin una apostasía, sufrieron millares de españoles en la zona roja («el hecho más glorioso y puro en medio de la iniquidad que lo produjo, el ejemplo más alto que de virtud cristiana se ha dado desde los primeros siglos del cristianismo», recordaría el cardenal Gomá) probó nuestra capacidad para el martirio, fueron también muchos los españoles que en todos los siglos se ganaron el cielo como el que reposa en una capilla de Amberes: con la espada, y fueron así millares los que se lanzaron a una guerra donde los estímulos religiosos predominaban sobre cualesquiera otros, y en que el «muerto por Dios y por España» de las esquelas de todos los días no era sino la escueta expresión de una verdad, sin la cual no se hubiera dado el prodigio de aquella victoria que, calculando sólo con medidas humanas, parecía imposible. Como que con ellas, según palabras de Pío XII, dimos «la prueba más excelsa de que por encima de todo están los valores de la religión y del espíritu».

Tampoco fué una vanidad sin fundamento llamar a aquella guerra Cruzada.

EL NUEVO ESTADO

¿Por qué, tras la victoria, íbamos a prescindir del Estado quienes nos habíamos visto perseguidos desde el Estado? Considerábamos, por una parte, que el Estado católico no es mera cuestión de táctica, sino principio permanente, del que sólo se puede hacer caso omiso por razones que, evidentemente, no concurrían en la España de la que el Convenio de 1941 con la Santa Sede decía que «la religión católica romana, con exclusión de cualquier otro culto, continúa siendo la única de la nación española». Por otro lado, presentíamos el espléndido instrumento que el Poder puede llegar a ser. Pero comprendíamos también que los riesgos que la posesión del Poder origina, y el principal, la falsa sensación de confianza, solamente podrían orillarse considerando al Poder nunca como fin, sino como mero instrumento para hacer católica a una sociedad que, en grandes zonas, ya sólo podía llamarse así en cuanto conservaba una atmósfera católica y subsistían en ella las primitivas vivencias católicas, aunque desvitalizadas.

Es posible que para esta tarea nos falte aún un más exquisito sentido del presente, toda la sensibilidad de asimilación y de crisis que se requiere. Pero juicios como el del francés padre Bosc «sobre la intensa renovación espiritual» y «la obsesión de santidad y de apostolicidad de la Iglesia española», nos dicen que poseemos lo principal. «El vigor español—sigue el padre Bosc—tonifica. El pueblo español, que, en su conjunto, toma en serio los valores morales, que sin pudibundez ni puritanismo sabe distinguir el bien del mal, ofrece un ejemplo precioso y raro.» Aun sopla sobre nosotros un viento impetuoso de Cruzada, que nos redime de muchas miserias, impide que aceptemos el «hecho consumado» y nos incita a despreciar el camino llano, cuando puede ser también el camino indigno, aunque también nos haga, a veces, ser, por todo eso, «los amigos comprometedores», a quienes se tolera, pero a disgusto. Mas es un español quien, tras reconocer cómo sabemos defender hasta la muerte la Verdad, observa que quizá sea «porque no la sabemos realizar del todo en vida». Por esto, es satisfactorio consignar cuanto, al lado de esta firmeza en la fe, se ha hecho desde 1939 por convencer a los vencidos de entonces. Con razón escribió A. Valencia que, durante la Cruzada, «el ejército en marcha era como un viento que arrancaba el polen del Cristo y su Iglesia, para hacerlo florear en todos los caminos», y que «la cosecha religiosa de la España actual se sembró ahí». Esa cosecha es copiosa, y la interna corrosión que nuestra sociedad, como todas las sociedades, sufre, quizá la compense la religiosidad creciente de las juventudes de empleados y estudiantes, el aumento de vocaciones religiosas y sacerdotales y el que éstas se susciten, no sólo en el campo, sino en medios y clases donde, antes de 1936, resultaban insólitas.

Mas aun en el inmediato pasado, donde «la santa España», «la crucificada España», que cantó Claudel, espera ser tratada por todos los católicos como «la hermana España» que vió también el mismo poeta, queremos por eso dirigirnos, ante este II Congreso Eucarístico que se celebra en España, al porvenir. Pues para él puede asimismo servirnos este otro texto de Laín, que también en él es voz de todos nosotros:

«Repudiamos, desde luego, la interpretación no católica de Torquemada, pero nuestras preferencias van mucho más hacia el ardor misional y creador de San Pablo que hacia la fiebre coactiva y conservadora del inquisidor.»



LA CRUZ EN EL AIRE

(Evocación del Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires.)

Por ARTURO BERENGUER CARISOMO

Mil novecientos treinta y cuatro. El balcón era el del viejo, ya desaparecido, teatro Mayo, sobre la avenida del mismo nombre. La espera se hacía angustiosa y proyectaba un anhelo hacia la calle, densa y apretujada, donde el sol tibio ponía lampos dorados sobre el asfalto enanerado y sobre el verde tierno de los árboles de octubre. La carroza cruzó, al fin, la calle de Lima; miles de miradas, como flechas, cayeron sobre la púrpura flamígera del legado—flaco y ascético—, que bendecía con gesto de cristiana amplitud; ancho, profundo, el signo, como para llegar—y así nos llegaba—directo, individualizado a cada uno.

En la vieja avenida de Mayo había un estremecimiento nuevo; parecía como si hubiese cambiado el signo. Era el preludio de una de esas sacudidas espirituales capaces de señalar un nuevo rumbo en la historia.

Sobre el otro extremo de la ciudad se levantaba la cruz y el altar. En el aire fino, primaveral, de Palermo alzaba sus brazos blancos, un poco oblicua, como si quisiera recoger en el gesto de amor todo el área inmensa de cielo y tierra que le servía de ámbito. Y un crucero natural, basílica hecha de aire y vegetal, lo formaban las dos grandes arterias del bosque, cuyos vanos se henchían de árboles y sol.

No recordaba Buenos Aires multitudes más densas, más fervorosas, más constantes: hombres y mujeres, llegados de todas las patrias cristianas, de los más lejanos rincones católicos del mundo, se apiñaban junto a la cruz monumental, blanca como la eucaristía, en la mañana azul para contemplar, recordamos, aquella comunión de cerca de medio millón de niños, en acto memorable, que el futuro Vicario comparó *con el cielo;* en las tardes rosadas, para la diaria bendición, cuando sólo la campanita mística se oía por toda la inmensidad del bosque, en medio de un silencio crepuscular, casi sonoro.

Y, perenne en el oído, una voz—la voz ya para siempre unida y hecha eco del Congreso—una sola voz, la voz de monseñor Napal, que regía, imploraba, ordenaba, exaltaba, explicaba, todas y cada una de las ceremonias, difundida y alada como invisible potencia rectora por aquella vasta catedral de cristal transparente y verde translúcido.

Los hombres comulgaron una noche cálida en la plaza de Mayo. La plaza desbordó los límites hacia la avenida epónima que le sirve de acceso. El Sagrario debió llevar su fuente de vida más allá del previsto comulgatorio. Iba a pasar algo inaudito, casi un milagro. Como en las edades legendarias corrió una especie de contagio religioso, de fervor repentino ineludible, de alucinante crispación mística; se confesaba por los canteros de la plaza, por las aceras, por las esquinas; la sagrada forma debió llevarse apresuradamente, con reclamo de angustia, aprovechando la celeridad del *Metro,* del *subterráneo,* como decimos en Buenos Aires, por calles y calles distantes. Muchos de aquellos hombres anónimos no habían recibido el sacramento hacía meses o años; algunos, como niños, realizaron bajo las estrellas su primera comunión. La noche quedó temblorosa, transida de una emoción nueva; algo despertaba de un letargo prolongado con exceso; al amanecer de aquella noche, la ciudad, el país, ya no iba a ser el mismo. Y no lo fué.

Llegó la tarde de la clausura. Pareció encenderse entonces un ascua—fuego y bronce—como en los altares barrocos. Los altos vitrales del cielo hicieron a la catedral de Palermo azul y dorada como en las visiones cándidas de Fra Angélico. El legado condujo la Custodia, hierático, recortado en perfil inolvidable, igual que se ve en los frescos cálidos de Giotto, y el ardiente del rojo cardenalicio, las suaves violetas arzobispales, la opaca teoría de colores de los hábitos monásticos, ponía en blanco, en gris, en negro, en ocre, luces calientes bajo el sol en tramontana de fuego, como si fuese la empastada policromía de la escuela religiosa veneciana.

La basílica de aire se colmó de luz, de color, de sonora algarabía triunfal cuando el legado depositó la forma en el altar. Entonces—¡oh recuerdo imborrable!—se alzó un clamor inmenso, transcrito en una inmensa nube de pañuelos blancos agitados por un millón de fieles que bloqueaban las dos ramas del crucero. Pero bastó un signo, una voz, una orden y, por encantamiento, sólo un piar de pajarillos en busca del refugio nocturno acompañó, con franciscana inocencia, la palabra que, desde la cátedra de San Pedro, nos enviaba la santidad de Pío XI.

Se esfumaba la tarde. El Congreso había concluído. Una claridad verdosa soslayaba desde el cielo sobre la cruz tonalidades misteriosas y profundas. La multitud se deshilaba por todos los rincones del bosque enorme con un orden severo, recogido, tembloroso, en grupos, en copos, en individuos. Perduraba el rumor, la emoción, la sacudida tremenda; por todo Buenos Aires el himno del Congreso se desgranaba en fragmentaria melodía como un eco inconcluso y persistente:

Señor Jesucristo, que en la última Pascua...

El Legado, el futuro sucesor de Pedro, había pedido, en impecable español, que aquel entusiasmo no fuese pasajero ni de brillo transitorio *como flores caducas,* sino indestructible, tenaz, constructivo, sacrificado si fuese necesario. La Argentina cumplió la promesa: un renacimiento beligerante de la fe, un anhelo de catolicidad férrea y combatiente, un nuevo estilo de conducta, inclusive en el arte y la poesía, se impuso a la conciencia del país. Para la juventud, sobre todo, fué como el grito para San Pablo...

Ya van pasados muchos años y el signo no cambia. Y fué sólo por razones exclusivamente técnicas, de artesanía; pero a veces la casualidad—¡Dios quizá!—compone mejores símbolos que la imaginación de los hombres: la gran cruz de Palermo en la basílica de aire se levantó sobre el soporte del monumento que España había ofrendado a la Argentina para sellar la amistad definitiva después de 1910.

La cruz se alzaba en el aire, llevando en su entraña piedra española, con un gesto de hidalguía. Las cruces de los misioneros evangélicos, la cruz férrea de las empuñaduras de Pizarros y Mendozas, llevaban también en sus entrañas locuras y gestos de hidalgos cuando se alzaban en el aire virgen de la América recién nacida...

Madrid, 4 de abril de 1952.



CATOLICISMO HISPANOAMERICANO

Por SANTOS BEGUIRISTAIN



PARA pensar sobre la fe de Hispanoamérica se necesita escenario. No se puede apartar el tema, tan sabroso, de su propia sinfonía perfumada y colorista. Estas líneas se han escrito en la dehesa de Extremadura, florecida en abril. Cae la tarde sobre las ondulaciones verdes: sobre el olivo, sobre la encina, sobre el alcornoque. En la placita campera se lidian, por espontáneos, vaquillas inocentes todavía.

Suena la dulzaina. Hay fiesta en las entrañas, que rezuman la gracia de Dios. Porque hoy ha sido el día de subir al puerto y honrar a la Patrona. La Virgen es rubia y opulenta, es gótica, es maternal; y amamanta a su Niño, desnudito, tocada con una pamela de paja y de flores. Una vez al año se desplaza la ciudad entera—el obispo y la Cofradía, el Ayuntamiento, las representaciones—, y todos los mocitos que tienen amores, y las madres con sus pequeños, y los viejos que se quieren despedir. La misa es con sermón de campanillas, que los altavoces extraen de la ermita y transportan sobre la calzada romana a los canchales de la perspectiva, a la linde del valle, muy lejos. Hay chucherías, vino en pellejo, medallas y mendigos. Y luego, sobre todo, hay procesión, con pujas por llevar a la Virgen y por entrarla otra vez a su casa, y por subirla al camarín donde estará sentadita un año entero, esperando cuentos de penas. Y la procesión es un delirio de lágrimas y de voces triunfales, y de querer estar cerca, y de quererla tocar, y de cohetes, y de sol, y de un misterioso «no sé qué» celestial, que deja más entero para ser consecuente, más bueno para perdonar, más niño chiquito sin costras resentidas ni pasionales.

Pues así es la Virgen del Puerto, mirando a Gredos y a la Peña de Francia, y así es Guadalupe, y la Virgen del Cobre, y la de Corocoro, y de Copacabana, y del Carmen chilena, y la de Luján...

Y el cristianismo hispano es masivo, y popular, y cargado de emoción, con Cristos que reviven su Pasión en Semana Santa, con pecadores que prometen y cumplen, con caminatas de devoción, y con una solera de muchos años, cuatro siglos por un lado y muchos siglos por otro, porque la Cruz que se plantó en los Andes o en el Plata estaba ya cansada de plantarse en el Auseva, en las Navas, en Granada...

¡Qué fácilmente se disparata con juicios sintéticos y comparaciones injustas!

Hispanoamérica está bautizada toda entera, de Texas a Punta Arena; y no es escaso beneficio que todos sepan rezar el Avemaría y cantar las mismas coplas que piden perdón. Y toda entera tiene orfebrería sagrada y monjas claustradas, y teólogos agudos, y organizaciones seglares que ayudan a los obispos y a los «padresitos».

Lo que ocurre es que allí las distancias son infinitas; los caminos, eternos; las alturas, espantosas; las selvas, impenetrables. Allí no ha llegado la organización urbana a zonas inmensas, ni la escuela, ni la asepsia, porque no ha sido hora todavía, y, aunque han llegado la estampita y el día del Patrono, se necesitan años aún para que cuaje en cristiano la vida entera. Hay encrucijadas calientes donde es difícil la consecuencia, porque todo es explosivo y no cabe la matemática. Anteayer se mamó la fe, pero ayer se conjuraron contra ella todos los abismos. ¿No estaba España carcomida la última centuria que gobernó las Américas? Y, luego, el estandarte de la independencia, si no fué sectario en sus albores, fué ganado pronto por los males de una época presumida que en el mundo entero vociferaba libertad y aherrojaba al Papa, como si el progreso exigiera blasfemar. En las mismas entrañas fué herida la cristiandad hispánica cuando empezó a llamarse extranjero al sacerdote nacido en la vieja metrópoli. Desaparecieron los grandes conventos, que derramaban pregones de la Iglesia por los horizontes sin camino. Desaparecieron, aunque quedasen sus grandes pa-

tios con zócalos de Talavera y retablos barrocos, porque quedaron solitarios e ineficaces. La enseñanza quiso tocar las crestas de la cultura, sin catecismo y sin mandamientos. Quedó a infinita distancia la Roma de los Papas. Todos reñían, todos jugaban a parlamentos; el clima era de juventud imprudente y volcánica. Y los Gobiernos nuevos querían heredar la «protección» a la Iglesia, como si tuvieran siglos de experiencia y de méritos. Y en tanto los mil indios distintos y los mil negros, en un misterioso aislamiento, juntando a la fe nueva sus ancestrales paparruchas sin sentido...

Cada pueblo, solidificado ya, trabaja, buscando sus raíces, para un crecimiento definitivo. Todos hacia arriba, como anhelando recuperar tiempos perdidos. Ayer, el Congreso de Cuzco, el de La Habana, el de Buenos Aires; este año pasado, el de Valparaíso, dejan flotando una auténtica primavera.

América necesita sacerdotes, y los pide a gritos. Entre canción y canción, va el padre José Guadalupe Mogica diciendo que la familia no puede llamarse cristiana sino cuando ofrece tributo de sangre al santuario. Y le escuchan con lágrimas en todos los teatros del continente, en Quito, en Bogotá, en La Plata.

Porque grandes zonas agonizan sin pastores, en una insaciable sed de justicia. A la vez, la vida se materializa más al tornarse más confortable cada día. Extensas regiones con subsuelo de petróleo, de hierro, de estaño, despiertan de repente a la riqueza, cambiando la paz solitaria por el amasijo de gentes aventureras, de capitales extranjeros, de trabajo, de ambiciones. Y los protestantes embisten más cerradamente cada día, en una propaganda a la vez negativa y de atracción. Mientras exageran los defectos de la Iglesia tradicional, el culto de los santos, las defecciones de algún clérigo manchado, montan escuelas y clubs, dispensarios, emisoras... Nada nuevo traen al entendimiento; ningún camino de honor marcan al alma; pero desunen, malbaratan, confunden, abusan de la ignorancia y la pobreza... Hasta zurcen un tinglado grotesco con la «caverna» de la colonia y las tradiciones auténticamente católicas de cada pueblo: «Porque no es cubana la Virgen del Cobre, sino española, para embaucar vuestra ingenuidad.»

Todo se remediará, al remediarse el número y la categoría de los sacerdotes. En todo el mapa se construyen seminarios nuevos: Mercedes, Managua, Yucatán... Se multiplican las obras de propaganda vocacional. Sólo hay un problema: el de los jefes. Con ellos rezará toda la selva, se afianzará el sentir cristiano de las leyes, serán asimiladas en las grandes ciudades las zonas del arrabal, siempre generosas para emigrantes y desplazados, y el sentimiento religioso más auténtico del mundo tendrá, a la par, una mentalidad y una vida, que serán orgullo.

Nos toca preguntarnos si en este renacimiento titánico de Hispanoamérica aún tenemos que hacer. O si nos basta con el contento de las plantaciones de otros siglos, que todavía rinden su cosecha. Dejaríamos de ser españoles si durmiéramos bajo el arco de las viejas glorias, desatentos al futuro. Fuimos antes al Caribe, y a Nueva España, y a la Patagonia, cuando nadie nos llamaba de allí, acuciados tan sólo por la exigencia mística que les hervía en las almas, lo mismo a Reinas que a navegantes. Ahora esperamos que soliciten nuestra vieja experiencia y nuestros brazos, cansados de bautizar. Barcelona será una gran coyuntura. España ha de ofrecerse, una vez más, a la tarea que América tiene en camino, al renacer para la Cruz.

Y la Iglesia cantará su gran victoria cuando la tercera parte de la catolicidad haya vigorizado sus cuadros y se haya impregnado de luz, y se ponga también en la ruta del Pacífico, siempre hacia tierras nuevas, que aguardan el mensaje.





MOVILIZACION MISIONAL

EL IMPETU MISIONERO DE ESPAÑA HIZO POSIBLE QUE MUCHAS NACIONES DEJARAN DE SER TIERRA DE MISIONES. EL ESPIRITU DE ESPAÑA NO HA DECAIDO Y SU CATOLICISMO DE VANGUARDIA TIENE UN SIGNO VISIBLE EN ESTOS GRAFICOS, QUE DEMUESTRAN EL INCREMENTO Y LA ACTIVIDAD DE LAS ORGANIZACIONES MISIONALES DE ESPAÑA, QUE SE ENCUENTRAN EN PLENA MOVILIZACION DE ORACIONES, SACRIFICIOS Y LIMOSNAS.



LOS FRUTOS QUE SE RECOGEN

OBRA PONTIFICIA DE LA PROPAGACION DE LA FE

PARA LA FORMACION DEL *Clero indígena*

RECAUDADO EN LOS 10 ULTIMOS AÑOS
11.658.253 Pts.
EN 1951: 2.044.927 Pts.

961	589	179
BECAS PERPETUAS	ADOPCIONES COLECT. ANUALES	ADOPCIONES COLECTIVAS PERM.TES

PROPAGACION DE LA FE

RECAUDACION TOTAL DESDE 1941 A 1951
84.185.246 Pts.
DE ESTE TOTAL
63.674.263 Pts.
PERTENECEN AL DOMUND

EN 1951:
RECAUDACION DE LA "PROP. DE LA FE"
15.551.323 Pts.
PERTENECEN AL
DOMUND: 13.154.997 Pts.

Colaboración misional

U.M.C. UNION MISIONAL DEL CLERO
16.789 ASOCIADOS
U.E.M. UNION DE ENFERMOS MISIONEROS
26.658 ASOCIADOS
C.M.E. CRUZADA MISIONAL DE ESTUD.TES
3?.000 ASOC. EN 820 CENTROS DOC.TES



A. L. PADIAL

EL CATOLICISMO ESPAÑOL ANTE VOSOTROS, PEREGRINOS

Por JOSE MARIA DE LLANOS, S. J.

No es hora de hacer ante el Señor de la humildad, silencioso en el Sacramento; no es hora de hacer un balance de méritos nacionales, un cuento de aplausos y vituperios ni una nueva cruzada en defensa propia, no. Tampoco en esta fecha y ocasión, signada de amor y de universalismo, tampoco dividiremos a nuestros hermanos en la fe según su grado de amistad y comprensión, tampoco. Ni siquiera con estas líneas, llenas de sinceridad, pero arriesgadas; ni siquiera nos es lícito algo que pudiera parecer como proclamación de un catolicismo hispano. Porque no conocemos otro catolicismo que el «católico», el que no es de nadie con aspecto de apropiación, porque es de todos.

Luego apenas resta nada para explicar el motivo de este artículo; no resta apenas otra cosa que un afán de sinceridad fraterna, saliendo al paso de nuestros visitantes hermanos para orientarlos en su comunión con nosotros durante estos días del Congreso. Ellos vendrán interrogando, tocados más o menos por toda esta serie de impugnaciones y defensas sobre nosotros que han llenado infelizmente las columnas de tanta Prensa. Queremos salirles al paso, serenando su expectación, aclarando meridianamente nuestra actitud y abriendo nuestros brazos de veras hacia todos los que vienen a unir sus voces con las nuestras en la alabanza del Señor de todos.

Vendrán unos con el ojo avizor para topar con nuestra «herejía», la que atenta contra ese «dogma», hoy en cabeza de todos los dogmas naturales: la libertad religiosa. Vendrán imbuídos ingenuamente en el prejuicio de nuestra fatal Inquisición. Vendrán mezclados con los otros hermanos excesivamente creídos en nuestro papel de campeones de la fe. Pues bien: ante esas dos actitudes antagónicas, exageradas, nosotros, sencillamente, tendremos que decirles aquello de siempre, aquello que estos años hemos querido acentuar en el confusionismo ambiente. Para nosotros tiene importancia capital creer que la verdad es verdad y que el error es error. Nada más, ni más campeonato, ni más herejía. Mientras otros acentúan otras actitudes, necesarias en la Iglesia, a nosotros parece que nos tocó alzar esta bandera. Y lo hemos cumplido como hemos podido. A nuestros jóvenes les molesta que se dé más importancia a este servicio. Aunque, naturalmente, también ha podido molestarles que al servicio se le llame fanatismo. Pero no hay más.

Vendrán otros acusando, por rutina también, la vieja impugnación acerca de nuestro catolicismo hipócrita, de mucha fachada y poco contenido. Vendrán entre los admiradores de nuestra piedad, siempre propensa a exteriorizarse barrocamente y hasta estruendosamente. Ante aquéllos y ante éstos nos mostraremos como somos, sin tener que renegar de un original modo de encarnar en nuestras costumbres la de nuestras almas, pero sin temor a reconocer que esta tendencia es arriesgada y a veces degenera. La antigüedad en la fe tiene sus ventajas innegables, pero—para humillación del católico viejo—también tiene sus peligros. Lo reconocemos y desearíamos que lo reconociesen. Y así, entre todos, cada uno desde su ángulo histórico, alabásemos al Señor Sacramentado, cada uno en su idioma y su manera, con su historia correspondiente a su espalda y hasta con sus posibles ofertas costumbristas, ante las cuales el corazón católico y comprensivo ha de saber más descubrir un índice que una mueca.

Vendrán los impugnadores acalorados, que descubrieron en nuestra fe una situación de injusticia social. Ellos habrán leído todo lo que se ha escrito sobre la riqueza de la Iglesia española y su alianza con la aristocracia y la burguesía. Vendrán a descubrir nuestras llagas y quizá vengan con ellos los que negaron su actitud con ese apelar a nuestros esfuerzos contemporáneos por legislar en católico y remediar la enorme injusticia de los tiempos que nos llevaron a la guerra. Unos y otros mirarán en torno, y ya les aseguro que su balance será el de encontrar entre nosotros algo más que una legislación católica y valiente y algo menos que una sociedad justa y equitativa. Encontrarán una situación de crisis, en la cual una vieja sociedad pugna por sacudirse viejas injusticias y por acomodarse las exactas normas pontificias, recogidas por nuestros gobernantes en su gobierno. Por lo cual no habrá demasiado lugar ni para la excomunión ni para la alabanza. Quizá sí para la ayuda, ayuda con sus oraciones y sus apoyos. Eso verán, y nosotros no se lo ocultaremos.

Vendrán los que no cesaron de creer en aquello de la teocracia española, el mando y predominio del Clero en toda la vida nacional. Y vendrán los admiradores entusiastas de lo que creen que entre nosotros una fórmula ideal de concordia entre ambos poderes, fórmula hecha, terminada, depurada, puesta como ejemplar entre más naciones, y verán los laicistas y verán los «imperiales», verán a nuestro Estado dar el culto debido al Señor de los señores. Y verán que tal actitud no implica una confusión de jerarquías, ni de misiones, ni de mandos. No menos verán que tampoco por ello España, carente hoy de concordato definitivo con la Santa Sede, se cree en posesión de la fórmula mágica para la Nueva Cristiandad. Sencillamente, un Estado que quiere ser católico y una jerarquía eclesiástica que le bendice y ayuda. Y un deseo por formular y encajar, según los tiempos actuales y sus exigencias, ambos poderes y misiones entre nosotros. Y todo ello en construcción. Nada más y nada menos.

Vendrán, por último, los impugnadores más sutiles o los que se dejaron por ellos influenciar. Aquellos que achacan a nuestro catolicismo su falta de vigor y autenticidad, precisamente por falta de tensión y de lucha. Con ellos, y negando u aserto, encontraremos a los eternamente glorificadores de un catolicismo armado y combatiente, como dicen a lo español. Nuestra respuesta también quisiera ser elemental y sincera. Reconocemos cierta vocación nacional para la espada, como reconocemos que otros pueblos la tienen para la pluma, en la común empresa. Y no negamos que la tal espada, que en otros tiempos se empleó por Europa, hoy no tiene este empleo herético—aunque hace pocos años bien se entintó de sangre—. Pero sabemos que los enemigos están dentro, sabemos que los peores son el mundo, el demonio y la carne, y procuramos tener en tensión nuestra fe combatiente luchando contra estas eternas tentaciones, que seguimos entre nosotros llamando tentaciones. Hay, pues, tarea; creemos que hay tensión. Conscientes de nuestras faltas y de nuestras pasiones, no sólo personales, sino colectivas, procuramos luchar... Y lo verán y dejarán quizá unos de llamarnos pasivos y otros de llamarnos quijotes. Simplemente hombres de nuestro tiempo, que pelean por mantener su fe intacta y expresada en sus costumbres. Y que luchan unas veces con brío, otras con desgana, una veces con éxito, otras con humillación.

Esto y nada más. Y cuando esto vean, porque lo verán, supuesta nuestra tenaz ingenuidad en no ocultar luces y sombras, cuando esto lo vean los hermanos en Cristo, los que no vengan a celebrarle a El, unidos con nosotros, creo que toda esa tinta vertida en impugnaciones de nuestro catolicismo, que no lo es nuestro, sino de Cristo, y todas las defensas correspondientes, habrán perdido su razón de ser. Y nuestra hermandad será más firme, fundada en la verdad. Magnífico fruto, por cierto, de un Congreso de amor y de luz.



IDEALISMO Y ESPIRITU DE COMBATE POR LA FE EN LOS AUTOS SACRAMENTALES

POR

NICOLAS GONZALEZ RUIZ



El exaltado idealismo español y nuestra decidida actitud de combate contra la herejía se manifiestan en el siglo XVII por todo el ámbito de nuestra patria mediante la procesión del Corpus y la representación subsiguiente del auto sacramental. Era una jornada que del amanecer a la anochecida se destinaba a proclamar fervorosamente la devoción al Santísimo Sacramento y la fe sin vacilaciones, por la que podía y debía jugarse la vida un español en la presencia real de Jesucristo. El pueblo acompañaba, cantaba, ensalzaba con inmenso fervor y alegría al propio Redentor, al mismo Hijo de Dios, que estaba allí realmente, llevado en hombros y bajo palio. Después de verlo pasar de rodillas, se disponía a aplaudirlo en la apoteosis del auto sacramental. Presenciemos este hecho, limitándonos, por falta material de espacio, al Madrid de Calderón de la Barca.

ANTES DE LA REPRESENTACION

El pueblo, que aguardaba ansiosamente la parte teatral de la gran fiesta, ponía en ella sus esperanzas, pero no percibía más anticipo que el de ver pasar sobre una de las carretas a los actores del auto, que iban en la procesión sirviendo de nexo entre la parte puramente religiosa de la fiesta y la parte literaria. La procesión del Corpus en Madrid, a mediados del siglo XVII, salía de Santa María la Real, que estaba en lo último de la calle Mayor. Su vanguardia era alegre y danzarina. La iniciaba el «Mojigón», figura de máscara provista de una vara, de cuyo extremo colgaban unas vejigas, con las que aporreaba a los muchachos. Un cortejo de moros bailaba a su alrededor. Iban después los monaguillos con sus campanillas, gaita y tamboril. Y luego, la «Tarasca», monstruo de cartón en forma de sierpe ventruda, erguida y paticorta, chata de cabeza y abierta una bocaza de espantosa dentadura. Esta vanguardia, desatada y frenéticamente jubilosa, era la que se cerraba con la carreta de los cómicos del auto, que bailaban y ejecutaban pantomimas grotescas y jocundas, haciendo a la gente reír a más y mejor.

Prólogo popular intensamente festivo, indicador de que puede y casi debe enloquecerse de júbilo al celebrar el grandioso misterio de la Eucaristía, milagro permanente de caridad y de amor. Una vez había desfilado ese cortejo alegre, iniciábase la parte solemne de la procesión. Son de trompetas y tambores, los estandartes y cruces de las parroquias de Madrid, las Comunidades religiosas por orden de antigüedad, los caballeros de las Ordenes militares luciendo sus vistosos hábitos, los miembros de los Consejos Reales, pajes de Su Majestad con antorchas, y entonces... la Custodia de plata y oro. Las varas y los cordones del palio los llevaban los regidores de Madrid. Rodeaban al Santísimo hasta dos docenas de sacerdotes con incensarios. Era el centro de la procesión. A la algazara sucedía el recogimiento. La gente, postrada, percibía a lo lejos el rumor que despertaba en otros la cabeza de la procesión, y el aire perfumado le traía el son de las ya lejanas trompetas y el canto de los niños. De los balcones y ventanas caía una lluvia de flores. El suelo estaba cubierto de hierbas olorosas. Todas las galas de la naturaleza y del hombre se rendían al Santísimo.

La tercera parte del cortejo la formaban, inmediatamente detrás de la Custodia, el rey; después, los grandes de España, las altas jerarquías de la Iglesia, los gentilhombres, embajadores y larga fila de personas de elevada representación social. A ambos lados, la guardia. Cerraba la marcha una compañía de arqueros. La procesión iba pausadamente hasta el Palacio Real, desde donde la reina y sus damas la veían pasar. En la época a que nos referimos se había preparado ya el «balcón de la reina» en el Ayuntamiento y la ruta de la procesión era: calle Mayor, plaza Mayor, calle de Toledo, calle de Latoneros, Puerta Cerrada, plaza del Cordón, callejuela del Cordón, plaza del Salvador, calle de Santa María y vuelta a Mayor para regresar al templo. Había comenzado a eso de las diez de la mañana y terminaba cerca de las tres de la tarde. La gente iba a procurarse algún sustento y se disponía a asistir al auto sacramental.

LA REPRESENTACION

Desde tiempos del propio Felipe II, en pleno siglo XVI, preocupó a las autoridades la evitación de la inmensa algazara popular, que en algo parecía desdecir de la solemnidad del Corpus. Ni el deseo de este rey, ni prohibiciones de Felipe III y Felipe IV, pudieron frenar las manifestaciones populares, que, por otra parte, la Iglesia veía sin disgusto, porque se daba cuenta del fondo de idealismo y de fe que en ellas alentaba. No se acabó de verdad con los autos sacramentales hasta que, con Fernando VI y Carlos III, llegaron los ministros tocados de extranjerismo y masonería. Fueron éstos los que sintieron tan hondo «respeto» a la religión, que acabaron con las representaciones de los autos sacramentales, aquellas piezas alegóricas de gran valor dramático y elevada poesía, escritas siempre «a honor y gloria del

Pan» y que son la manifestación eucarística más grandiosa de que puede ufanarse la literatura universal.

Por la época del siglo XVII, de la que estamos hablando (entre 1640 y 1650), las representaciones de los autos sacramentales constituían una verdadera manifestación de júbilo popular. Desde luego, no se daba una representación sola, ni tampoco de un solo auto, aunque la que pudiéramos llamar representación ritual era frente a Palacio y en la tarde del día del Corpus, como segunda parte del gran festejo religioso. Ya es sabido que la tramoya del auto se distribuía en carros y se montaban tres, cuatro y hasta cinco. Calderón de la Barca cuidaba personalmente este montaje, que procuraba llevar en secreto, para darle espectaculares sorpresas al público. Del 1642 se conserva un documento que relata el orden de las representaciones de los autos, que fué el que sigue, en aquel año: el día del Corpus, por la tarde, jueves, cuatro carros ante el Palacio Real. Conforme iba terminando cada uno de ellos, se trasladaba a la plaza de la Villa para representar ante el Consejo. El viernes por la mañana, representación ante los Consejos de la Inquisición y de Cruzada, y después, ante el Consejo de Hacienda; por la tarde, los cuatro carros en la plaza de San Salvador, representando para la Villa, y por la mañana del sábado, los cuatro carros ante el presidente de Castilla, y luego, dos ante el Consejo de Italia y dos a representar «para el pueblo».

Claro está que para el pueblo había sido todo, pues éste rodeaba el tablado en todas las representaciones, y las autoridades, en honor de las cuales se daban, las veían desde un balcón o desde palcos o gradas construídos al efecto, ya que nadie soñaba siquiera en prohibir a la multitud que ocupase todos los huecos posibles y presenciase su más querido espectáculo. Frente al Alcázar se acondicionó un vasto palco para la real familia y séquito. Por la plaza tomaba posiciones la multitud desde que terminaba la procesión. La algazara y bullicio eran impresionantes. Se cantaba. Había danza de gigantones y la multitud se apiñaba y se entretenía hasta la aparición del primer carro del auto sacramental, que era recibido con indescriptibles aclamaciones. Al comenzar a oírse los versos, que por aquellos días eran casi siempre calderonianos, se hacía el silencio, y la multitud, que había resultado, como todas las multitudes de todos los tiempos, escandalosa y hasta soez, sorbía y saboreaba los alambicados conceptos teológicos, se emocionaba, rugía de entusiasmo y daba muestras de la más alborozada fe.

Nos hemos complacido demasiado en imaginar aquella masa de espectadores de los autos como un gran congreso de teólogos. No deformemos una hermosa verdad. Aquella multitud, por fuera, era como todas, y los letrados estaban en una exigua minoría. Las gentes se empujaban, reían alborotadamente o tenían sus broncas, y el confuso rumor que formaban era espontáneo y primitivo, como lo es siempre el de la multitud. Sucedía, en cambio, que aquellos españoles poseían una robusta fe, un exaltado idealismo, y habían mamado en la leche materna unas nociones teológicas muy claras, que Sancho sabía explicar muy bien cuando venía el caso, aunque era incapaz de leer y escribir. Los autos sacramentales eran la solemne afirmación de aquellas nociones, y así como escritores de nuestros días han confundido la virginidad de María Santísima con su Inmaculada Concepción o han llamado de buena fe «símbolo» a la Hostia Santa, aquel pueblo iletrado sabía muy bien lo que significaban la Concepción y la Presencia Real. Al ver tan hondas verdades espectacularmente proclamadas en versos rotundos, y por medio de una representación lo más fastuosa posible, se entusiasmaba y sentía arder su corazón en una fe que no era vaga y sentimental, sino concreta en su línea dogmática y teológica.

ESPECTACULO

Los autos sacramentales calderonianos supusieron una gran lección de arte teatral y constituyen el más claro y prestigioso precedente de la moderna escenografía. Las acotaciones de Calderón, que no están en el texto de los autos, como algunos creen, sino en pliegos y pliegos de escritura, muchos de ellos de su puño y letra, que él llamaba *Memorias de apariencias*, son sumamente detalladas y revelan que el poeta, buen conocedor del público, huía de todo sintetismo y se entregaba a un despliegue de decorado corpóreo, trucos, canales y escotillones, que produjesen el más sensacional efecto.

Bástele al lector, para tener idea de cómo se concebían y ejecutaban estas representaciones, con el guión del decorado que dispone Calderón para el primero de los cuatro carros que integraban la tramoya del auto *La vida es sueño:* «El primer carro ha de ser un globo, lo más capaz que pueda dar de sí la fachada del carro. Su primer cuerpo ha de estar pintado de boscajes, y entre ellos varios animales, y el globo lineado como mapa de esfera terrestre, y entre sus líneas cuajado de rosas y flores, lo más hermoso que se pueda. Ha de haber delante dos árboles de recortado, en que descanse a su tiempo el medio globo, que se ha de abrir en dos mitades, y de la que quede fija ha de salir una mujer caballera en un león corpóreo.»

Con este detalle nos han quedado de Calderón muchas «apariencias» precursoras de los grandes montajes modernos, en los cuales lo espectacular y de bulto es lo que más satisface al espectador. Agregado a este lujo de escenografía, Calderón manejaba el fondo musical y canciones intercaladas, logrando efectos que modernos directores de cine se creen que los han inventado ellos, y no digamos de los Reinhardt de andar por casa.

España tuvo la fortuna de contar en aquella altura del siglo XVII con el gran poeta que supo plasmar en forma dramática su idealismo religioso y su espíritu de combate por la fe y con un pueblo que supo sentir e interpretar tan honda manifestación de arte religioso.



LOS AUTOS SACRAMENTALES EN ESPAÑA

TEOLOGIA AL AIRE LIBRE



La puesta en escena por la compañía Lope de Vega, que dirige José Tamayo, del auto sacramental de Calderón de la Barca «El gran teatro del mundo», y la reciente representación única de «El hospital de los locos», al aire libre, por la compañía del teatro María Guerrero, de Madrid, que dirige Luis Escobar, nos lleva a reconsiderar de nuevo este actual y eterno problema que plantearon en tiempo y plantean hoy los autos sacramentales —atrevida innovación teatral—, aun en estos tiempos, en que menudean las experiencias artísticas con novedades más de forma que de fondo, en que la gran audacia estética y espiritual de Calderón no ha sido ni igualada ni mucho menos superada.

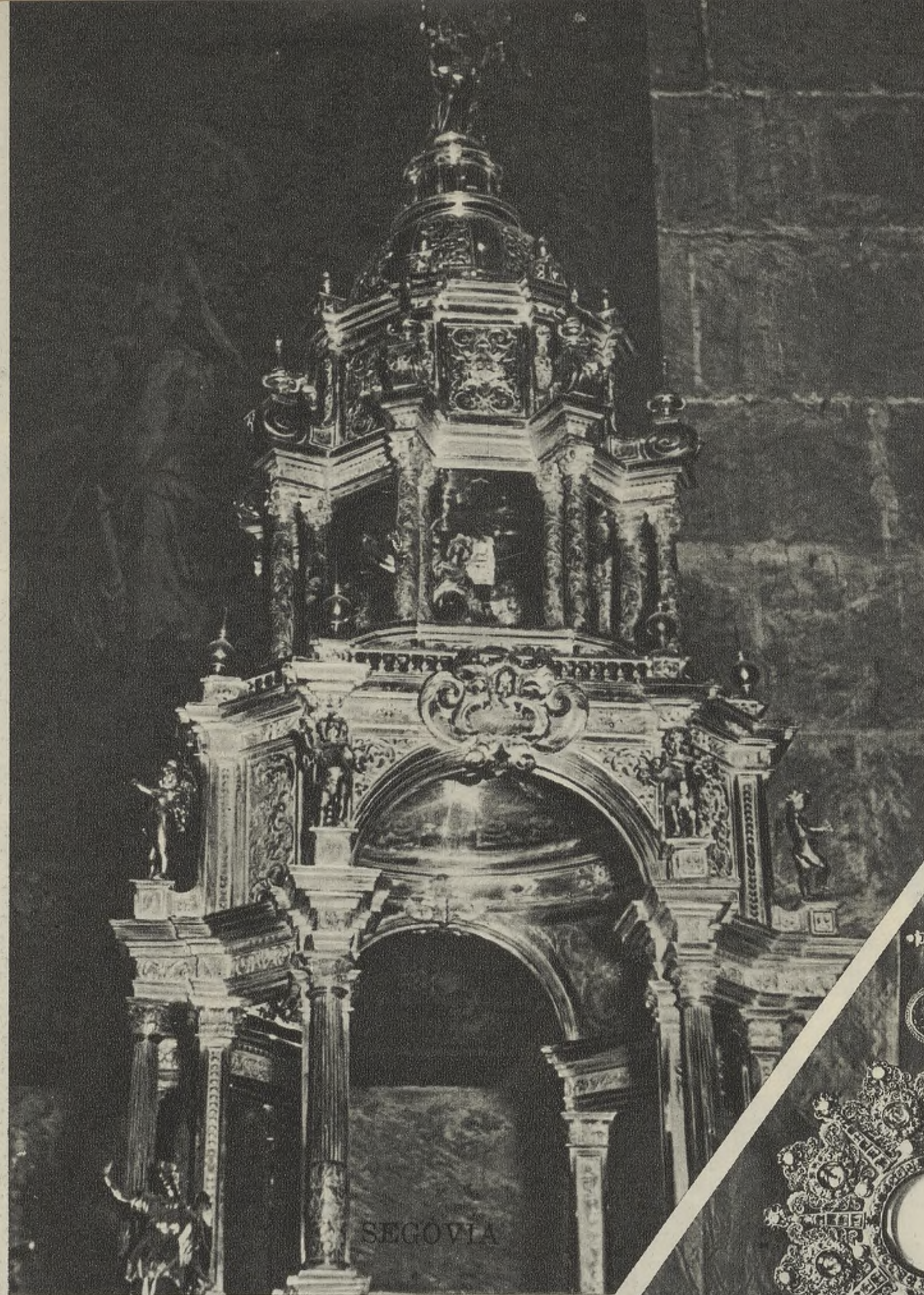
Desde que Goethe descubrió Calderón a los alemanes, ha sido Alemania como la segunda patria del genial dramaturgo español. Es en Alemania donde se rehabilita el autor de los «autos» como un verdadero Santo Tomás poeta, que da forma lírica y plástica a una verdadera «Summa» teológica y simbólica. Audacia teatral la suya, que hizo representables los conceptos más abstractos de la filosofía y de la teología escolásticas. Al paso del tiempo, y pese a los muchos enemigos de su técnica teatral, Calderón resucita más cada día y puede decirse que en España, donde todos los años se representa alguno de sus «autos», cada vez adquieren mayor vigencia sus alegorías teatrales, verdaderas sinfonías de símbolos eternos.

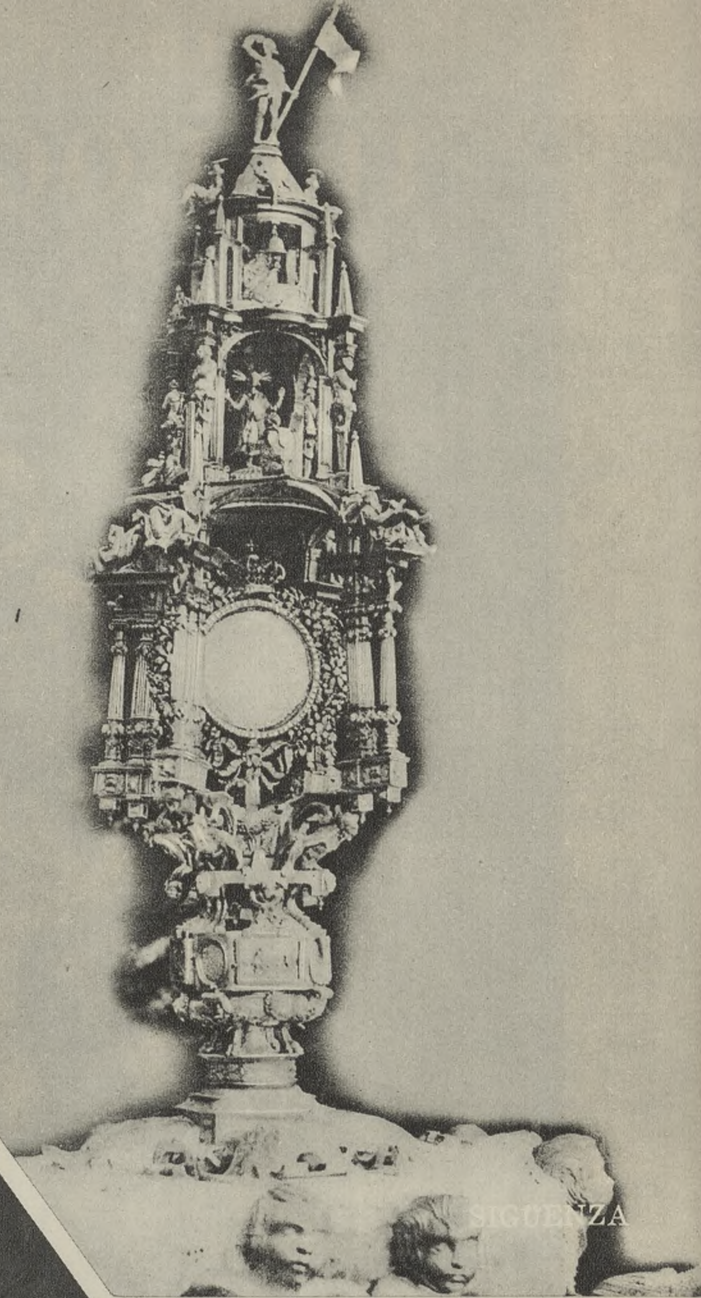
Fué Menéndez y Pelayo quien, siguiendo a los alemanes y a los franceses, volvió sobre la obra de Calderón y logró su rehabilitación crítica en España. Más tarde, ya en pleno siglo XX, se resolvió un viejo pleito entre Calderón y Lope, no por odiosas comparaciones, sino por delimitaciones de horizontes espirituales, por una clasificación inteligente de valores.

Los conflictos a la vez humanos y teológicos llevados al teatro por Calderón son conflictos de conceptos. Es siempre el alma y sus potencias lo que combate y lucha. La acción se desarrolla en la tierra, pero ante un telón de fondo que cubre el inquietante misterio de las «postrimerías» del hombre.



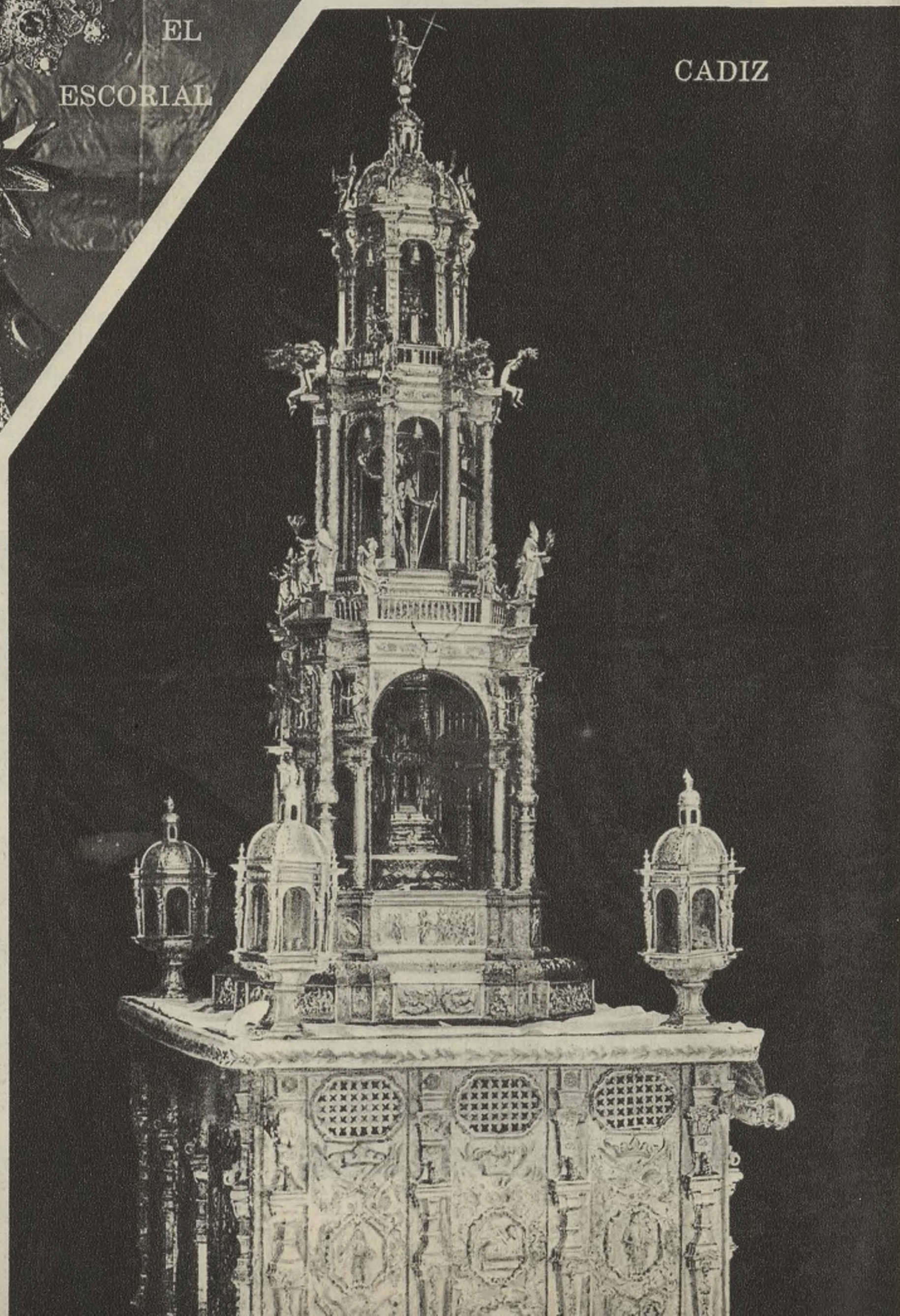



SEGOVIA


SIGUENZA

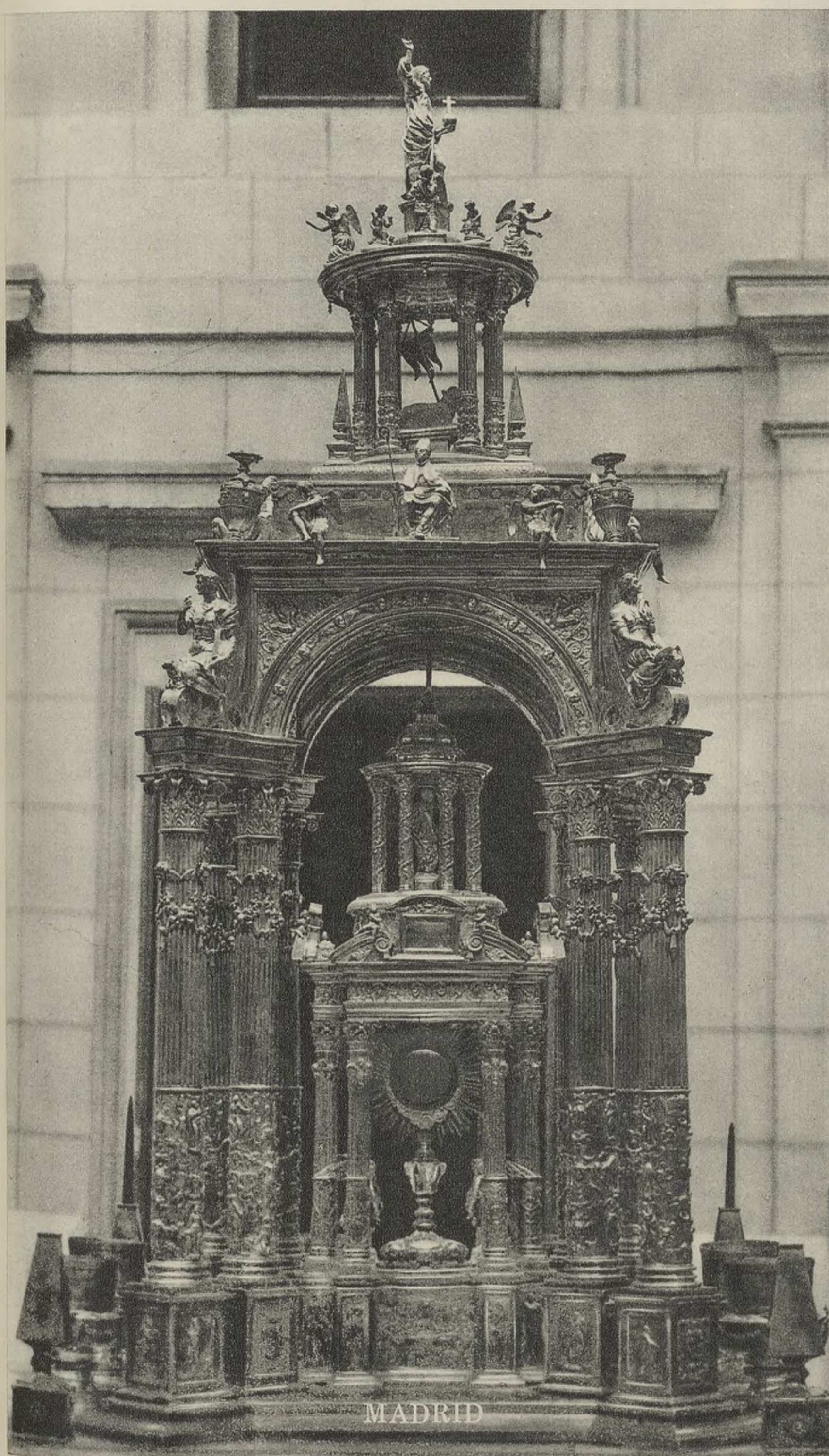

EL ESCORIAL


JATIVA


CADIZ

CUSTODIAS ESPAÑOLAS

En España es tradición que el Dios-Eucaristía disponga de templos como palacios y de custodias como catedrales. Hasta el pueblo más pequeño y escondido ha reunido oro y piedras preciosas para forjar tronos suntuosos a la milagrosa Presencia. A las custodias regias con arquitectura monumental y fastuosa hay que agregar los miles de repujados y pequeños templetes del más afiligranado primor. Ciudades imperiales y aldeas desperdigadas tienen custodias ricas, trabajadas por la artesanía de verdaderos artistas que sentían su fe con arraigo y arrancaban al oro y a la plata formas insospechadas. Plateros y artífices de todos los tiempos han extremado su celo y su talento para conseguir tan preciadas joyas del tesoro religioso. Arfe, la de Toledo; Francisco Alvarez, la de Madrid; Rodríguez de Babia, la de Sigüenza; Antonio Suárez, la de Cádiz..., y tantos nombres ilustres más que nos dejaron con el relicario para la Hostia Santa creaciones ingeniosas y variadísimas. Centenares de ellas se reúnen hoy en Barcelona.



MADRID

TOLEDO



MISTERIO-AMOR

El vínculo de amar es invisible,
se nos prende en el seno del espíritu
y lo enciende de densa paz caliente.
Donde acaba el encuentro de las manos,
cuando fechas y montes se interponen
al cruce de los ojos y su brillo,
en la ausencia intangible, ¡oh dulcedumbre
del poso añejo en el hondón del alma,
oh apretura impalpable de distancias,
oh secreto entender, quietud estrecha!

Sólo al mirar amante transparece
la calma submarina; sólo muestran
al silencio telúrico del pozo
las diurnas estrellas su hermosura;
la noche sólo, su ceguera muda,
nos iguala el vivir fraternalmente.

Cuando hemos ya palpado las entrañas
de todos los objetos, y sabemos
de memoria los pliegues subterráneos,
las esferas de azul, del hombre el llanto;
y vamos golpeándonos los cuerpos
en un cosmos escaso, y aturdiéndonos
con voces inmediatas, explosivas,
porque es ya todo próximo, resuelto,
aún nos falta el amor, el invisible.
Y en lejanía astral de corazones,
desde islotes autárquicos sin brisa,
buscamos sudorosos el misterio.

Auras de mar latino al sudor nuestro
brindas, Ciudad Condesa, y en sus plumas
pacificantes de volar romano
el Misterio levantas.
Van cayendo,
uno a uno, impotentes, los sentidos;
se quiebra la razón ante la blanca
opacidad trigueña, y ya desnudo
se nos quema el espíritu en la Llama.

Es más cierto el no ver que la mirada.
Este Pan, ya no pan, es más caliente.
Nos vence el magnetismo del Misterio
cuando en la espiga Amor chisporrotea.
Misterio-Amor que tiene un solo nombre,
un nombre de caricia y de esperanza:
nombre de niño, verbo en cruz escrito,
palabra pronunciada antes del tiempo.
Misterio-Amor que se hinca pecho adentro
en nuestro islote individual, anárquico,
y estremece las vísceras del alma
con un gozo vibrante hacia las aguas
vecinas, como un arpa, hacia las islas,
playas que tiemblan a su beso, mientras
un fraterno calor baña los mares
de azul ya transparente que acarician
pacíficas, rasantes, las gaviotas.

Hermanos en la frente que rendimos
a la Verdad oculta, en la alta fiebre
de incandescente trigo que nos quema
la boca y las entrañas: levantemos
—lección a los mortales—en las manos
—palomas mensajeras, eucarísticas—
al Amor encontrado junto al mar.

Jorge BLAJOT, S. I.
En el XXXV Congreso Eucarístico Internacional, de Barcelona.



Buenos Aires, 1934

POR

✝ ROBERTO J. TAVELLA

ARZOBISPO DE SALTA

¡12 de octubre de 1934! El sol que se mostró ese Día de la Raza fué apenas un reflejo del sol eucarístico, que brilló extraordinariamente en Buenos Aires al celebrarse el XXXII Congreso Internacional de la Eucaristía. El brillo de este sol, fecundo y sosegado, quedó tan grabado en el alma y en la pupila del Cardenal Legado, el entonces Cardenal Pacelli, que cuando Pío XI comentó el éxito del Congreso de Buenos Aires, interpretando la vívida reseña que le hiciera su Legado, afirmó que constituía el mayor homenaje público que hasta entonces había recibido Jesucristo a través de los siglos. A los mismos argentinos nos desconcertó tamaña afirmación. No dudábamos de la veracidad del Papa—¡cómo íbamos a dudar!—, sino del grandioso y extraordinario éxito que pudo alcanzar el esfuerzo de nuestro pueblo, con poca o ninguna disciplina para estas demostraciones colectivas de fe católica, manifestada aquí con las infinitas modalidades de todos los pueblos que llegaron emigrados a nuestras playas. Naturalmente, pasó el desconcierto y admitimos la realidad del éxito, éxito que se mostró desde la primera jornada con el espectáculo que ofreció la comunión devota y preparada de 107.000 niños y que se continúa hoy como corriente que manó de la Eucaristía y determinó las nuevas y grandes bendiciones con que se enriqueció el catolicismo argentino.



¿Cuáles fueron estas bendiciones? ¿Y quién podría enumerarlas y apreciarlas debidamente sino el mismo Dios, que las derramó en forma tan generosa? Pero si algunos hemos de reconocer y agradecer en primer término, diré que las supera a todas el aumento de la jerarquía eclesiástica. Pasamos de uno a siete arzobispados y de nueve a veintidós diócesis, para terminar poco después con el cardenalato del Arzobispo de Buenos Aires, Primado de la Argentina. Y así como la unción en Aarón bajó, a través de sus barbas, desde la cabeza hasta el ruedo de sus vestidos, así también la bendición del Congreso Eucarístico de la jerarquía, a través de la Acción Católica, que sólo contaba con tres años de existencia, bajó a todo el pueblo.

Aquello fué la consagración de nuestra Acción Católica. Esta tuvo el privilegio de comprobar, desde su inicio, cuánta era su fuerza y su eficacia para influir en la masa popular, porque, verdaderamente, lo que entonces vimos fué a todo un pueblo devotamente sentado a los pies de Jesús, recibiendo—como lo dice San Juan en el capítulo VI de su Evangelio—la doctrina de la Eucaristía, que debía conducirle también a él a la realidad sacramental del Cenáculo. En tal sentido podemos afirmar que nuestra Acción Católica nació adulta, milagrosamente crecida con el Pan que engendra la vida.

Dije que el Congreso Eucarístico de 1934 nos infundió una disciplinao una capacidad para organizar los grandes actos colectivos de la vida católica nacional, y sabemos que si el catolicismo, con su doctrina de caridad fraterna y su influencia en la organización social, tiende a las grandes manifestaciones colectivas, el centro, a la vez que la fuerza aglutinante, reside en la Eucaristía, centro del culto y de toda la vida católica. Pero Jesucristo, que se goza en demostrar que no es totalitario, condiciona la taumaturgia de su atracción sobre el pueblo a la aniciativa y colaboración que éste quiera prestarle. Todo esto lo vimos bien patentizado en 1934. La fusión del Gobierno y del pueblo fué amplia, y así lo manifestó el Cardenal Verdier cuando, desde el monumental altar de Palermo, contemplaba al Legado Papal pasar triunfante y fraternalmente su estilizada figura entre los niños que acaban de comulgar. «Esto no podríamos hacerlo en París», exclamó. Un poco ingenuamente le preguntamos si por falta de espacio. «No—respondió el Cardenal—, sino porque esto supone la colaboración del Gobierno, lo que allá no tenemos.» ¿Recordaría acaso el Congreso Eucarístico de Lourdes de 1904, que se llamó el Congreso de la tristeza?

El sol eucarístico va a brillar ahora en la Ciudad Condal. En los trágicos momentos actuales tendrá el significado trascendental que resume el tema de estudio: la paz. Para nosotros tendrá un significado más. Lo expresó anticipadamente Gomá y Tomás, entonces Primado de España, en su discurso de Buenos Aires, porque sus palabras, referidas a nuestro Congreso, con mayor justificación aún deben referirse al Congreso de Barcelona, esto es: que este Congreso es «como un refrendo del espíritu católico de la hispanidad, el vínculo de nuestra unidad y el signo que indique las orientaciones y los destinos de nuestra raza».

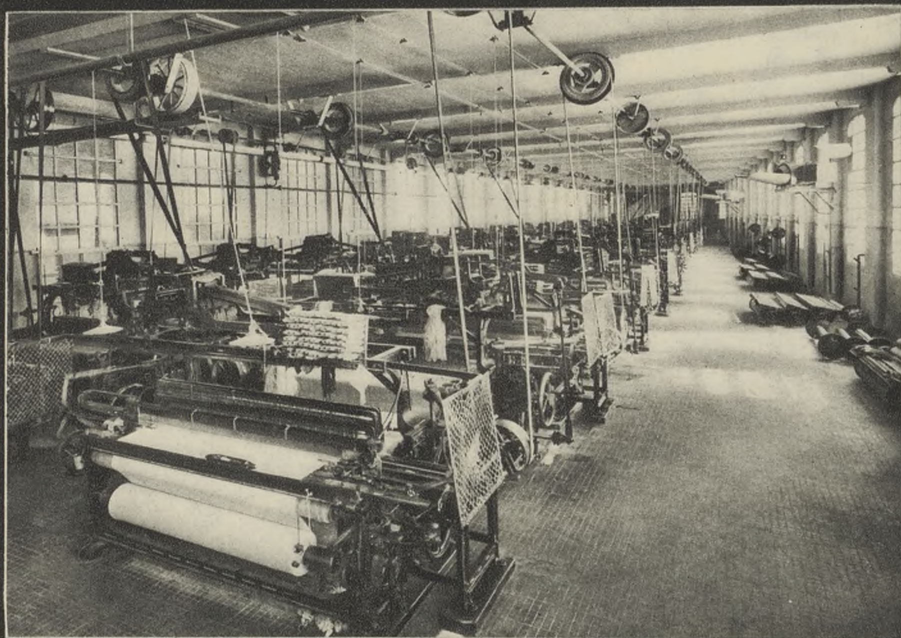
Para las naciones americanas, el espíritu católico de la hispanidad es fuerza instintiva. La razón se contiene en esta estrofa de nuestro himno eucarístico de 1934, que continuamos cantando:

Pasearon el **Corpus**
Por nuestros solares
Los hombres que luego
Fundaban ciudades
Y abrían los surcos
Para los trigales...
Espigas dan hostias,
Y leños, altares.

✝ Roberto J. Tavella
Arz. de Salta

IMPORTACIONES Y EXPORTACIONES DE LANA, S. A.

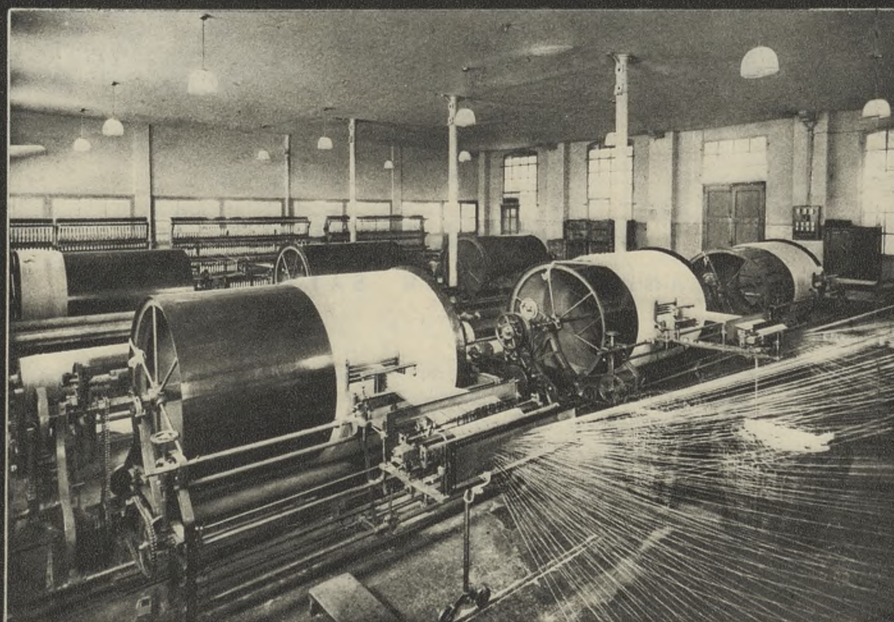
(I. E. L. S. A.)



Vista de los telares de una de las fábricas I. E. L. S. A.

AUSTRALIA, como todo el mundo sabe, es el país donde se produce más lana. Sin embargo, antes de 1800 no se conocían las ovejas en el continente y llegaron a ella gracias al teniente Mac Arthur, que compró unos restos de ejemplares merinos españoles en Africa del Sur. Así fué como Australia comenzó la cría de ganado lanar, hasta alcanzar en la actualidad más de *ciento veinticinco millones de carneros* y una cabaña de producción de *cuatrocientas cincuenta mil toneladas* de lana.

La mayor parte de esta producción la dedica Australia a la exportación mundial, siendo España uno de sus consumidores.



Máquinas urdidoras de una fábrica catalana.

Nuestro país produce gran cantidad de excelentes y finísimas lanas, entre ellas la merina, abasteciendo de sobra el mercado interior y pudiéndose decir que no hay límite a la cantidad y variedad de tejidos que la industria textil española puede producir en sus modernas y magníficas fábricas.

Más del 80 por 100 de esta industria se encuentra establecida en la región catalana, destacando Barcelona, Tarrasa y Sabadell, embajadoras universales de sus inmejorables productos, entre los que destacan los famosos paños y estambres de pura y auténtica lana merina, preferidos y usados desde hace más de cincuenta años por los más exigentes mercados mundiales.

Para seguir mereciendo del exterior esta preferencia y para velar por el prestigio, perfección e incremento de la industria textil española, se constituyó en el año 1946 una gran empresa comercial, registrada con el título de IMPORTACIONES Y EXPORTACIONES DE LANA, S. A. (I. E. L. S. A.).

Esta Sociedad está integrada por las siguientes fábricas asociadas: FONTANALS, S. A., de Tarrasa (Barcelona); ANONIMA FONT BATALLE, de Tarrasa (Barcelona); FRANCISCO SAMPERE HERMANOS, de Sabadell (Barcelona); M. COROMINA, S. A., de Sabadell (Barcelona); JOSE FREIXA HIJOS, de Barcelona; HIJOS DE SABINO SANTOS, S. A., de Madrid.

El domicilio social radica en Madrid, calle de Sagasta, número 11, teléfono 23-16-93, y una Delegación propia en Barcelona, avenida de José Antonio, número 627.

La Gerencia y Dirección de I. E. L. S. A. está encomendada a una personalidad relevante: DON SALVADOR DEL REAL MORGADO, gran técnico internacional en los negocios textiles de los mercados mundiales.

Esta pujante empresa, cimentada por el prestigio de sus componentes, dedica la mayor parte de su producción textil al envío de sus manufacturas a todos los países de América, Europa, Medio Oriente y Suráfrica, siendo sus especialidades todas las clases de tejidos para caballero y señora: abrigos, gabardinas, tropicales, franelas, sargas, etc., etc.

Recogemos en las fotografías que ilustran esta información unos aspectos de la moderna maquinaria instalada en las fábricas asociadas de IMPORTACIONES Y EXPORTACIONES DE LANA, Sociedad Anónima (I. E. L. S. A.), con la que se realiza todo el ciclo textil de producción: lavado, peinado, hilado, tejido, tintado, acabado y aprestos. El personal que trabaja en estas fábricas alcanza la respetable cifra de 1.500, entre técnicos, empleados y obreros.

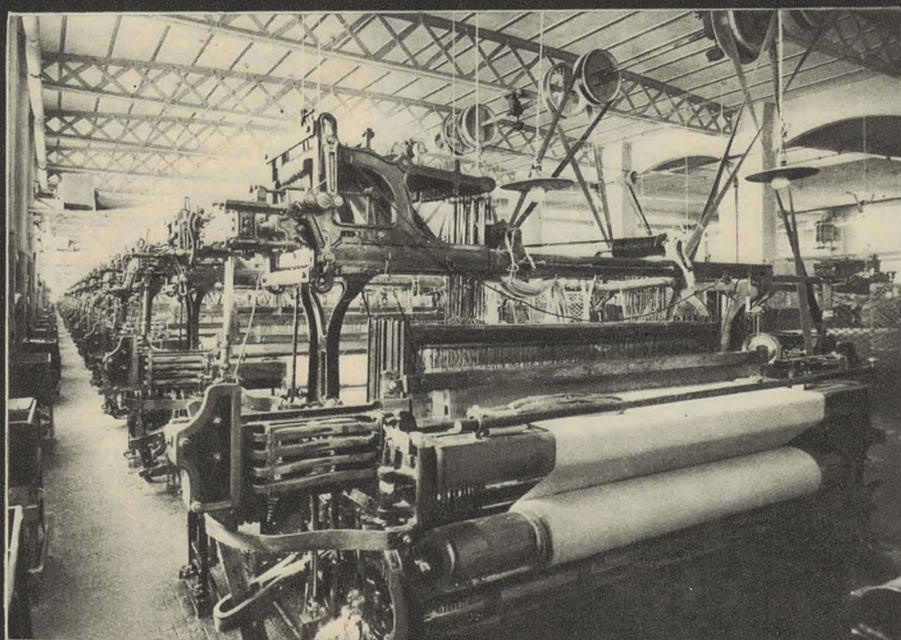
I. E. L. S. A. asegura su producción textil para la exportación por las importantes importaciones de lanas finas que realiza de Australia.

Igualmente importa de varios países de América y Europa maquinaria textil moderna, como tintes y colorantes para el suministro a sus fábricas y a la industria nacional.

IMPORTACIONES Y EXPORTACIONES DE LANA, S. A. (I. E. L. S. A.), envía, a través de la revista MVNDO HISPÁNICO, un afectuoso y cordial saludo a todos los pueblos de América, Europa, Medio Oriente y Suráfrica, y especialmente a sus clientes, a los que garantiza que, CUANDO LA CALIDAD DE UN GENERO ES LA PRIMERA CONSIDERACION, NO HAY SUSTITUTOS para los tejidos que fabrican sus fábricas asociadas.

VALDIVIELSO

Otro aspecto de los telares de la fábrica I. E. L. S. A.



ASI ES ESPAÑA

Este número de MVNDO HISPÁNICO, dedicado especialmente a los miles de personas que visitan España en estas fechas con motivo del magno Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona, no podía dejar de ofrecer una visión a sus lectores, por somera que fuese, de lo que es España y lo que son sus ciudades, su vida y sus costumbres. El espacio de que disponemos exige que esta muestra no sea sino parcialísima y limitada. Dedicadas ya en lugar preferente unas páginas a Barcelona, ciudad capital del Congreso, quien sienta inquietud por el conocimiento de España podrá encontrar seguidamente algunos de sus múltiples aspectos y de sus incomparables riquezas artísticas.



El Alcázar de Segovia.



Silueta de la popular Telefónica en la Gran Vía.



Entre las modernas construcciones, la iglesia de las Calatravas.



Cúpula de San José, entre los Bancos Vitalicio y Bilbao.



En la Gran Vía y plaza de España, el mayor rascacielos de Madrid.

MADRID

Sobre la austeridad del campo castellano, bajo un cielo velazqueño de luminosidad única, Madrid, capital de España, ofrece hoy el aspecto exterior de una modernísima ciudad europea o americana, si bien en su visión panorámica, sobre los horizontes de cemento geométrico de las modernas azoteas, con alguna cuadriga de bronce bancario, algún Mercurio comercial o un Fénix que protege con sus alas simbólicas una compañía de Seguros, aparece una cúpula herreriana o de ese característico estilo madrileño, que nos habla de un estilo y un espíritu. Claro que dentro del Madrid de hormigón internacional se conserva el Madrid medieval, cargado de poesía, y el Madrid de los Austrias, neoclásico y barroco. En cada uno de estos Madriles vive el espíritu de una época y todos juntos forman el Madrid actual y el Madrid de siempre, con ese especial atractivo que lo hace inolvidable.

Coincidencia de la Gran Vía con la calle de Alcalá



Plaza del Callao. Al fondo, el edificio Capitol.



La Gran Vía desde la Red de San Luis.



GRANADA

TEXTOS: VALBUENA BRIONES

FOTOS: NICOLAS MULLER



Conocer Granada es vivir una historia nunca oída y fantástica, crear un recuerdo siempre vivo, entender un poco mejor nuestra tierra.

Los versos se empobrecen al querer describirla y la palabra tiene vergüenza de sí misma. ¡Granada, síntesis de civilizaciones y costumbres, tan quieta, tan silenciosa, tan inmutable!, ¿qué poder tienes tú para transformar el ruido de las aguas en música? ¿Por qué la tristeza pensativa de tus palacios? ¿Por qué las leyendas en tu luz y en tu cielo?

Granada es compleja, difícil y escondida como la belleza de sus cármenes. Dicen que sobre la Alhambra pesaba la maldición de las 4.000 víctimas del año 1066. Y en las sagradas cuevas del Sacro Monte fueron quemados San Cecilio y sus colegas, y aun hoy la actual parroquia, que lleva el nombre de este santo, tiene el privilegio de tocar una campana en la tarde del Jueves Santo, media hora antes de anochecer. Todavía se oye hablar de la Torre del Aceituno, llamada así porque en ella había una fuente y un olivo, adonde la gente se dirigía una vez al año. Ocurría entonces que, al nacer el sol, la fuente arrojaba gran cantidad de agua y en el árbol aparecían las flores, cuajando luego las aceitunas, que al anochecer maduraban. Y todo esto acaecía en una única jornada.

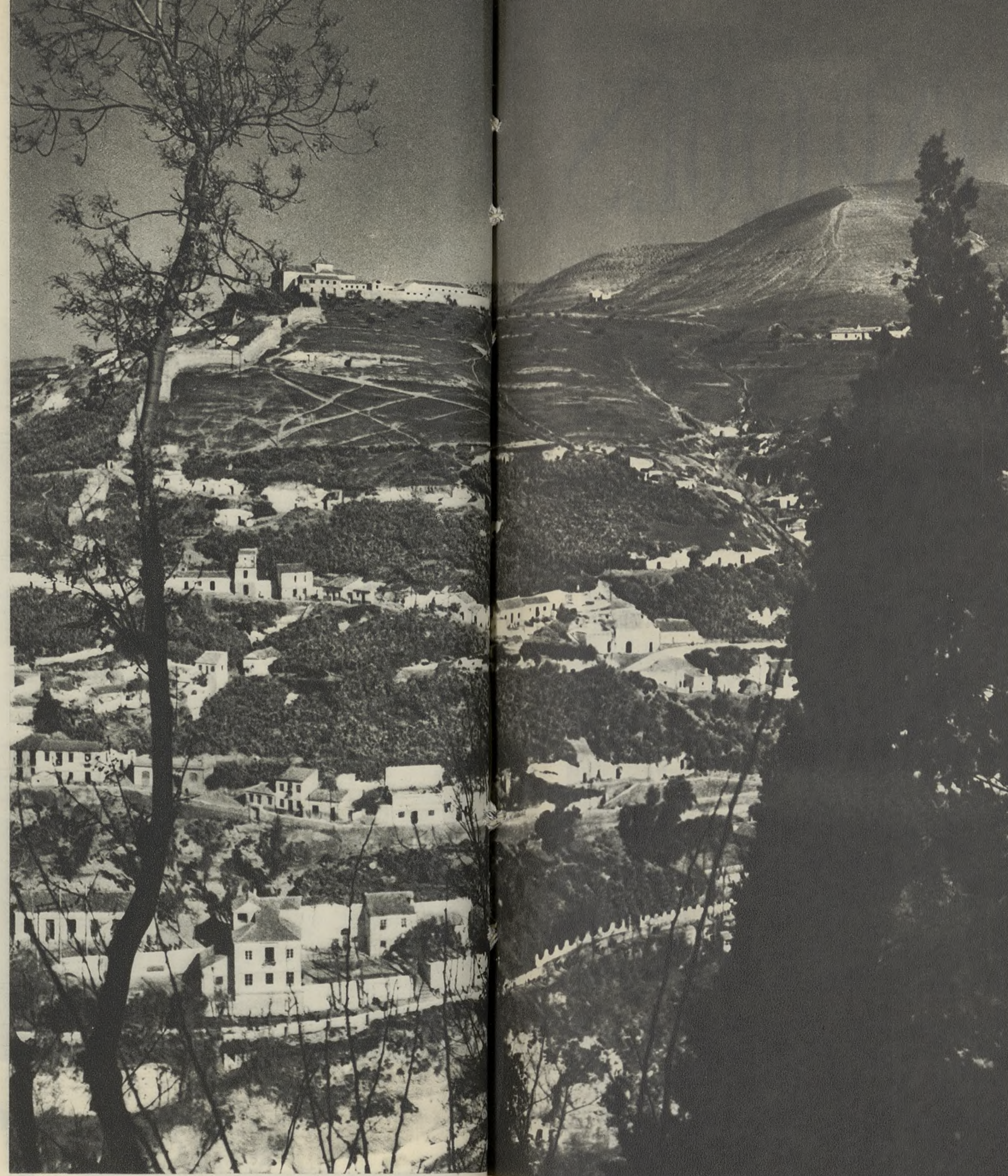
Granada es tierra de prodigios. ¡Cuántas ciudades en una sola! Ocupa casi el centro de una hermosa vega tendida como un tapiz a los pies de Sierra Nevada. Los huertos, los jardines, los cármenes, se entremezclan y son surcados por arroyos y ríos y acequias. Entre esta exuberancia de color y de vida, Granada ha sabido mantener su fe católica en todos los tiempos. Y los tres hijos de la ciudad más famosos son expositores de esta preocupación religiosa: en el sentimiento, Fray Luis de Granada; en la inteligencia, Francisco Suárez; en la forma, Alonso Cano.

La emoción de Granada es siempre triste y la música un sollozo.

El ruido cobre de la pasión en las cuevas de los gitanos, el esplendor de la luna llena en las silenciosas y torcidas calles del Albaicín, la gran ciudad y su catedral, cuya puerta del Perdón acoge siempre a los descarriados, y en la ciudadela, la Alhambra, con su inmutable hermosura, dan testimonio de la belleza de esta ciudad, que lleva el nombre de la fruta más sangrienta: la granada.

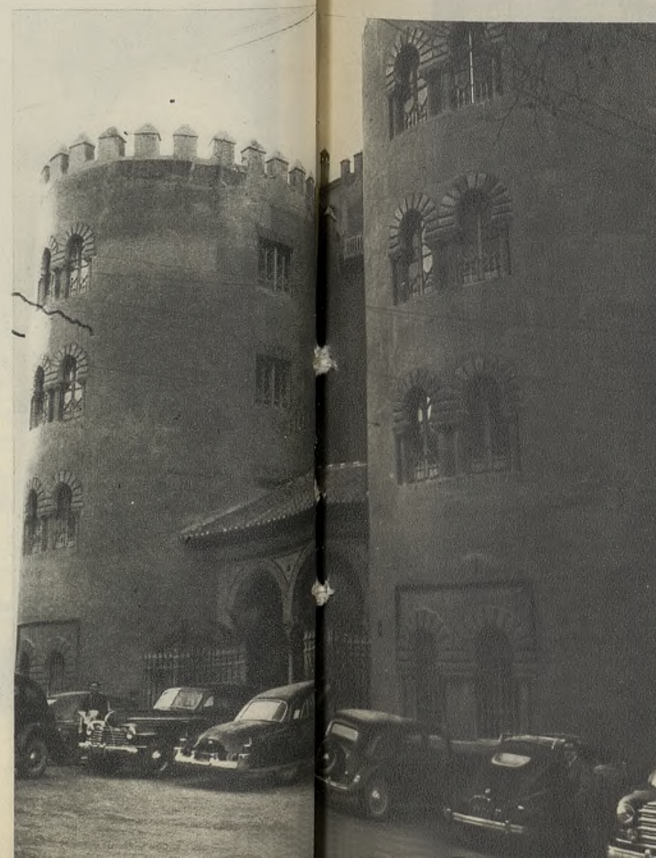


Este es el célebre patio de los Leones de la Alhambra. Alcalá Alhambra, que quiere decir fortaleza roja, fué designada así por el color rojizo de su tierra o por sus sedas escarlatas, teñidas con el quermes de sus espesuras. Mohamed Alahmar, fundador de la dinastía nazarita, comenzó a edificar, hacia la mitad del siglo XIII, este soberbio alcázar real.



Los jardines del Generalife, cuyos vergeles y fuentes eran recreo y delicia de los moros nobles durante los veranos calurosos, fueron construídos por Omar. Su nombre, Gennat-Alarif, significa jardín del zambrero. Las bellas decoraciones, las figuras geométricas, tan sabiamente dispuestas; las aguas cantarinas, el famoso y gracioso ciprés de la Sultana.

Este edificio, con aires de fortaleza árabe, es el hotel Alhambra-Palace, cuyos interiores, instalados con todo el confort moderno, están bien lejos de lo que su exterior parece representar, como lo demuestra los modernos automóviles detenidos a su entrada, en los que turistas internacionales visitarán las maravillas de la tierra andaluza desde la vieja ciudad.





La actual Granada es una ciudad nueva, provista de hermosos edificios modernos, grandes alamedas y amplias plazas. La ciudad que más invita a la contemplación y a la poesía, cargada de historia, también vive el ritmo moderno de las grandes capitales del mundo occidental, ya que poco a poco va la ciudad, incorporando los avances del progreso urbano.

La espaciosa vega, dominada por la antigua ciudadela, invita a la meditación. Ante una naturaleza plácida, geométrica, y unos vergeles ahitos de verde, y con el próximo ruido del chorro de agua de una fuente, el granadino aprende el ejercicio de la imaginación y las cosas se tornan poesía.

¡Qué serenidad y qué hermosura posee la avenida de los Cipreses! Sensualidad y meditación, naturaleza y muerte, se unen en una perfecta armonía. ¡Cuántas veces el rey moro atravesó, meditabundo, esta calle para trasladarse a los jardines y alcázar Dar-Alarosa, donde se encontraba la favorita!



SARDANA en CADAQUÉS

FOTOS: JAIME



En la villa marinera y pescadora de Cadaqués, cuando el sol del atardecer reverbera en las ondas tranquilas del viejo mar, los jóvenes bailan con solemnidad de rito y «contenida alegría», según mandan los cánones, a los clásicos compases de la sardana, en las tierras del Ampurdán.

Y también en el marco de esta moderna plaza de la villa marinera, unas jóvenes sardanistas de Cadaqués danzan con pasos serios, rigurosos y exactos. En el centro del corro de danzantes, las niñas ya se adiestran en los pegadizos ritmos folklóricos de la sardana y hacen su aprendizaje.





EN LAS TIERRAS MAS PROMINENTES DEL CABO DE CREUS—ESA PROA GEOLOGICA QUE AVANZA SOBRE EL GOLFO DE ROSAS AL ENCUENTRO DEL MAR LATINO—, MARITIMA ORILLA DE LAS TIERRAS DEL AMPURDAN, SONRIEN AL SOL INVERNAL LAS FACHADAS DE LA VILLA DE CADAQUES. EN EL AMPURDAN—COINCIDEN EN ESTE EXTREMO TODOS LOS FOLKLORISTAS CATALANES—ES DONDE SE BAILAN LAS MEJORES SARDANAS. DONDE ESTA DANZA, TAN ANTIGUA QUE YA LA DESCRIBE HOMERO EN EL CANTO VIII DE «LA ILIADA», CONSERVA TODOS LOS MATICES Y LA SOLEMNIDAD DE SU PROBABLE ORIGEN RITUAL. YA EL LIRICO MARAGALL, TAN BUEN CATADOR DE LAS ESENCIAS POPULARES DE SU TIERRA, DECIA DE LOS SARDANISTAS: «SACERDOTES LOS LLAMARIAMOS DE UN CULTO». EN EL AMPURDAN SE ENCUENTRAN TODAVIA LOS MAESTROS DIRECTORES DE LA SARDANA, QUE RECIBEN Y TRANSMITEN, COMO UN SAGRADO DEPOSITO DE LAS GENERACIONES, LAS REGLAS INALTERABLES DE ESTA DANZA

Frente a las blancas casas de la villa, que parecen sonreír al tibio y claro sol invernal, se organiza en cualquier momento la sardana. Los ampurdaneses de uno y otro sexo no necesitan más que estar reunidos para dejarse llevar del embrujo misterioso de la sardana, que se baila sin otra música que el acompañamiento de la voz humana cuando no hay otra.



Gracioso y alegre anfiteatro urbano este que forman las casas de la villa de Cadaqués sobre la tranquila rada, donde los pescadores amarran y reparan sus barcas. Sobre las calles tranquilas y sobre las leves ondas del mar parecen alentar en el aire los ritmos vivos y dulces de una sardana que, aunque nadie baila en estos momentos, está en el ambiente.

Y de nuevo la sardana en la calle. Con un horizonte de tranquilo Mediterráneo, danzan estos jóvenes al compás de ancestrales melodías. Se diría que todo Cadaqués es como una inmensa y sonora caracola, donde sus habitantes siguen escuchando, siglo a siglo, las griegas notas de la sardana, que lo son a su vez de los himnos homéricos de «La Ilíada».



La belleza esplendorosa de la amazona subraya lo que hay de tradicional en el saludo de los Hermanos Mayores. La Romería del Rocío es una de las más típicas fiestas andaluzas.

El sol del mediodía impone el descanso. A la sombra del pinar se detiene la comitiva de peregrinos que van al Rocío, en una estampa de fe y color que Andalucía repite todos los años.



LA ROMERIA DEL ROCIO



FOTOS: SERRANO

CUANDO el verano ha comenzado a dorar los frutos de la tierra, en la plenitud litúrgica de la Pascua de Pentecostés, se celebra en la Andalucía baja la romería del Rocío.

«De varios pueblos de Huelva—y de Sevilla la llana—van saliendo las carretas—al despuntar la mañana.» Así describe el verso sencillo, tejido en la magia del cante «jondo», el comienzo de la procesión del Rocío. La partida de los romeros es apoteótica. La cegadora luz del sol de Andalucía

subraya el bullicio policromo de trajes, rostros y flores, que se recortan sobre la blancura hiriente de las casas, recién encaladas. Cada carreta de las que forman la caravana es como un trono desde el que señorea la belleza de la mujer andaluza...

Las Hermandades llevan, como joya preciosa, el «Sin Pecado»: un cuadro de la Virgen del Rocío, que hace el viaje con los romeros en un trono de plata, sobre una carreta más ricamente enjaezada que las restantes. Y a su alrededor, como guardias vigilantes que custodiasen un tesoro, caracolean los jinetes sobre briosos caballos.

Se inicia la romería. Las rutas están marcadas ya por la tradición. Las jornadas, los descansos, son siempre los mismos. Tres días se emplean en el viaje de Sevilla a Almonte, en Huelva, donde se alza el santuario de la Virgen del Rocío. No hay calzadas que marquen una ruta abierta. Se camina a través de trochas y veredas, de atajo en atajo, a la sombra movediza de pinadas y encinares, vadeando riachuelos y surcando montes, sin prisas, entre cantos y rasguear de guitarras.

Y sobre el santuario de la Virgen convergen, como las rayas de una estrella de alegría y devoción, las caravanas de romeros, que acampan en torno a la ermita para acompañar a la Virgen en su procesión solemne. Sólo para acompañarla, porque nadie que no sea de Almonte puede llevar las andas de la imagen.

La pólvora, los gritos, los cantos, las músicas, los bailes, saludan a la pequeña imagen milagrosa durante su recorrido. El blanco metal de las varas de los mayordomos, enhiestas y refulgentes al sol, es como un índice de cada uno de los pueblos y ciudades de la Andalucía baja que rinden pleito homenaje a la Virgen.

Y después, el regreso. Otra vez los peregrinos vuelven a desandar lo andado, fatigados y alegres, con el recuerdo lleno de luz, de músicas y cantos, de palabras de amor, de rezos y súplicas a la milagrosa imagen que reina sobre las marismas del Guadalquivir...

Así es la romería del Rocío en Andalucía, la «tierra de María Santísima»...





Bajo la opulenta encina, y en torno del «Sin Pecado», los romeros gozan de su descanso bullicioso, contemplados por la mirada triste y comprensiva de los viejos bueyes, tantas veces caminantes por las mismas rutas. El maravilloso paisaje de las tierras de Andalucía presta su aire, su luz única, a esta manifestación de fe.

La carreta es como un palacio andaluz montado sobre ruedas. Blanca, cegadoramente blanca, su interior tiene la frescura de un patio de Sevilla, colmado de revuelo de volantes, perfume de albahaca y risas de mujer. Gran parte de la belleza de esta típica romería se localiza en la teoría de carretas que van hacia la ermita.







EL ESCORIAL



A cincuenta kilómetros de Madrid, El Escorial—arquitectura y paisaje—, considerado como la octava maravilla del mundo. Ese Monasterio de colosales proporciones y austera geometría granítica, concebido por Felipe II para conmemorar la victoria de San Quintín y realizado por el arquitecto Herrera, dió lugar al estilo llamado herreriano. El Escorial—villa y monasterio—es hoy uno de los lugares de España más visitado por cuantos extranjeros llegan a la Península. Allí la historia está viva en la piedra y el alma de una época y de una raza se manifiestan a todo aquel que sea capaz de sentir, a la vista de las grandes obras humanas, lo que sobre la materia flota de espíritu y de símbolo.





GALERIA DE
FIGURAS HISPANICAS

(Reproducción del óleo de Benedito existente en el Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid.)

S. E. el Jefe del Estado Español
FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE

SEGOVIA



Detalle arquitectónico del Acueducto de Segovia.



Esta «foto» da idea de la gran esbeltez de los arcos.

Al pie de escueta y sólida arquitectura de piedras romanas, que desafían la acción destructora del tiempo.

Otra gloria segoviana es su templo catedralicio, en que se reúnen varios estilos.



He aquí la silueta—piedra y cielo—del Alcázar segoviano, tan cargado de historia.



Toledo

Si España tiene para el viajero infinidad de rutas en las que siempre una sorpresa monumental o paisajística detendrá los ojos, ávidos de contemplar la belleza, Toledo habrá de destacarse en primera línea de atención para el buen conocedor de España. Su emplazamiento prodigioso, con el Tajo a sus pies, que en una curva pronunciadísima rodea casi totalmente la base de la eminencia donde se emplaza la ciudad; su riqueza histórica incomparable, sus iglesias, sus conventos, sus murallas, sus puertas, sus puentes, sus cobertizos y, sobre todo, el encanto inenarrable de una ciudad que aparece eterna e inmutable a través de los siglos.

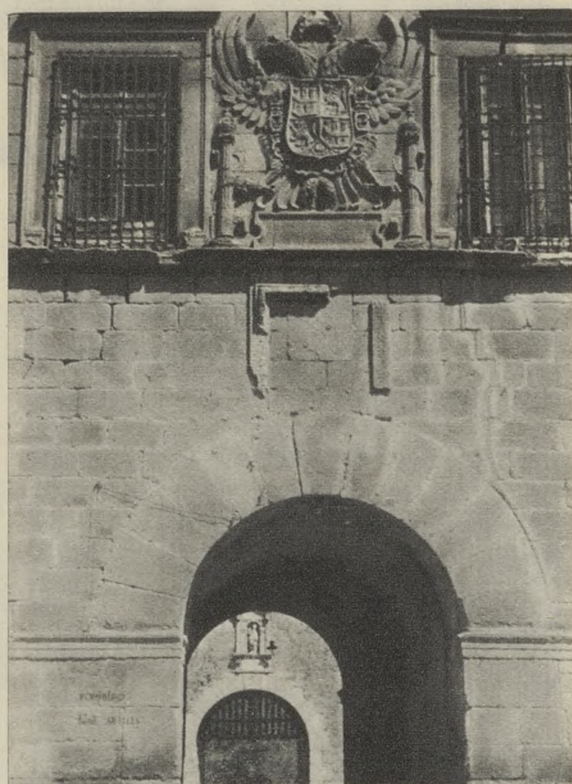
Ciudad de la historia y del misterio, multitud de civilizaciones han pasado por ella dejando las huellas del arte y de la tradición. Ciudad hecha para ser cuidada y defendida, ha tenido que llegar hasta nuestro tiempo, donde todavía le quedaba una batalla que reñir. Como símbolo de su permanencia y de su antigua solidez mística y trascendente, en la más reciente Cruzada española había de servir para que las fuerzas nacionales y anticomunistas dieran desde su Alcázar una de las notas heroicas que con más singulares y tremendos matices pasará a la historia. Toledo, riquísima y variada, castrense y poética a un tiempo, guarda en los altos de su soledad el mejor regalo que puede encontrar quien busque el hondo sentido y el alma de España.

(FOTOS: RODRIGUEZ)

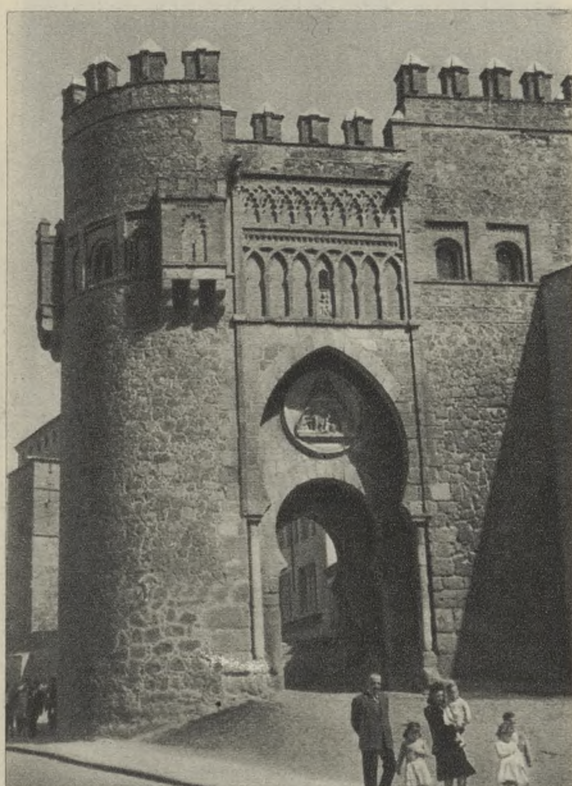
Un verdadero mundo, un auténtico bosque, es la Catedral Primada de España. Es un ejemplar netamente español de la arquitectura gótica. Su primera piedra fué colocada en 1226. No hay catedral que pueda superarla en lo que se refiere a variedad y riqueza. De los siglos XIII al XV fué enriqueciéndose sin cesar, y al gótico se unió el mudéjar y a este estilo el barroco, el plateresco o el neoclásico. Setecientas cincuenta vidrieras la llenan de color.



El río Tajo, que irá a templar el acero de las espadas toledanas, abraza a la ciudad como protegiéndola. De Alcántara a San Martín, sus puentes, corre sosegado, sin quebrarse. Y la ciudad, colina arriba, se aprieta y se recoge en sus calles, sobrias, enhiestas, de torre en torre, de portada en portada.



Esta es la Puerta de Bisagra, una de las que da entrada a la ciudad. Muestra arriba el águila bicéfala.



La Puerta del Sol, del más puro estilo mudéjar. Un sol sobre su escudo le ha dado el nombre que lleva.

La Posada de la Hermandad, con el yugo y las flechas, emblema de los Reyes Católicos, campeando en su frente.



En esta teoría de tejados destaca la torre de la catedral, asomando siempre y clavándose sobre el cielo.

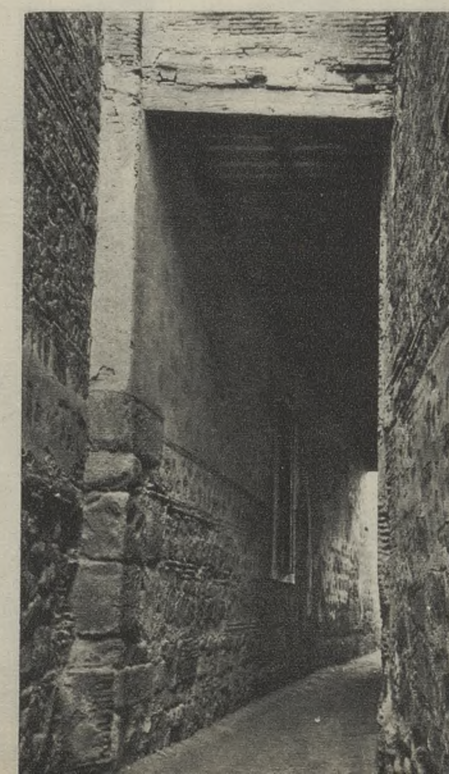


Y siempre la sorpresa de una torre de iglesia al final de una ruta. Esta es la calle de San Ildefonso.



Por el claro de otra calle, empedrada rústicamente, de pronto aparecerá la aguda torre de la catedal. Puertas y rejas celarán siempre el misterio de las casas y de los típicos patios.

Y cuando a la calle no le basta su angostura para hacerse íntima y solitaria, todavía se cubre y se convierte en estos peculiarísimos «cobertizos», donde una cruz guarda la noche.









En las rutas que Toledo ofrece, ésta, que debe hacerse bajo la luna y que pasa por el cobertizo de Santa Clara, nos lleva a Santo Domingo el Real, palacio, vivienda y convento, tan valioso en el interior como sobrio en la arquitectura de la entrada.

Arriba, a la derecha.—La Plaza de Zocodover, con el Alcázar al fondo, era así. Es el centro ciudadano, el Toledo que da su saludo urbano a la puerta del misterio.

A la derecha.—Hoy Zocodover ha sido reconstruído sobre las ruinas que la guerra dejó en esta parte de la ciudad. Estos son los nuevos soportales que rodean la plaza.

España o la continuidad en la grandeza



Lo que nos seduce, ante todo, en España es la continuidad de su grandeza. No es, como tantas otras naciones, una burguesía ennoblecida. Hay toda una majestad primitiva en esta tierra, sometida a los más violentos contrastes, descarnada, inundada por la luz de un cielo no azul, sino verde, a menudo desierto y sin matices, tan perturbadora con sus perfumes de hierbas cálidas, de jara y de romero, que brotan de un suelo calcinado. «Vasta es Castilla», dijo Miguel de Unamuno. ¡Y qué belleza en la tristeza en calma de este mar petrificado y lleno de cielo! Los pueblos, apretados en torno a su iglesia, como un pastor embozado en su capa, dibujan contornos claramente recortados a la manera de un aguafuerte. El campesino, frecuentemente silencioso y taciturno, si habla, es «con una flema de rey destronado». Las almas, a menudo, son rudas y hurañas, más fogosas que moderadas, atraídas por los extremos, enérgicas, seducidas por el heroísmo. Caracteres modelados por voluntades crueles a veces, intolerantes... Por encima del deber, el honor.

A esta España, sobre la cual se ha escrito tanto, ¿se le ha reservado una parte suficiente en la historia humana? Luis Bertrand—he conocido muy bien su vasta inteligencia y su humor raro—no lo creía. El ha mostrado, en su *Historia de España*, cómo por el descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo, el país de Colón ha hecho que se hundiera el viejo cercado mediterráneo, ha abierto vías a la actividad, lo mismo que al pensamiento; ha dado nacimiento a un «hombre nuevo», ha suministrado al universo las nociones aportadas por los navegantes, ha abolido la influencia todopoderosa de la antigüedad. «El racionalismo moderno—dice Luis Bertrand, pág. 398—proviene de ahí. Y he aquí lo que el Renacimiento ha debido a España, sin hablar de un arte y de una literatura propias, cuya riqueza y originalidad no tienen par. Se ha exagerado desmesuradamente, en la obra del Renacimiento, la parte de Italia y de la antigüedad grecolatina. La parte más moderna, la más viva y la más llena de porvenir corresponde evidentemente a España.» Yo adopto estas opiniones. No sólo por la conquista del Nuevo Mundo, sino por su duelo de ocho siglos con el Islam, por el advenimiento de la monarquía absoluta y también por sus contactos con Europa, España se ha forjado un destino admirable, que no ha hecho sino reforzar y confirmar sus cualidades primitivas, debidas a la raza y al terruño.

Lo más notable es que, en una historia tan larga y tan variada, España ha conservado su alma propia y ha marcado con los mismos caracteres sus diversas actividades. Sin duda, hay épocas en que se deja llevar para sufrir ciertas influencias exteriores, como, por ejemplo, la influencia francesa al advenimiento de la dinastía borbónica. Pero eso no es más que un accidente; salvo excepciones necesarias para corregir síntesis forzosamente sumarias, son los mismos rasgos los que caracterizan las letras, la pintura y la música de España. Las grandes composiciones líricas de Tomás Luis de Victoria hacen pensar a la vez en Teresa de Avila y en «el Greco». Más cerca de nosotros, el título de *Goyescas*, elegido por Granados, encierra una confesión.

¿Cuáles son, pues—si nos está permitido simplificar hasta el último extremo—, los caracteres comunes de las artes española? Son varios. Por ejemplo, esta obsesión de la muerte, tan sensible en la pintura como en las letras, en los cuadros compuestos por Valdés Leal para el Hospital de la Caridad, en Sevilla; en la escena de la Inquisición, de Eugenio Lucas; en el *Garrote*, de Goya; en las estrofas de Jorge Manrique, en los sonetos fúnebres de Góngora, en ciertas obras de Quevedo, en el acto desesperado de Gavinet. ¿No es una concepción bastante extraña la del Pudridero, la cueva de El Escorial, en la que los cuerpos aguardan durante cinco años su entrada en el panteón?

De una manera general hay, pues, dos caracteres que me parecen definir todo el arte español.

El primero es su realismo o, si se quiere, su naturalismo; su gusto por la pintura de los medios populares, incluso los más bajos. A partir del siglo XII, esta pasión por las emociones atroces se descubre en la trágica *Gesta de los Infantes de Lara*. Estalla durante el Renacimiento, durante el Siglo de Oro; provoca la literatura picaresca, tan poderosamente reveladora del genio peculiar de Castilla; inspira esta *Celestina*, que guarda todavía hoy, en el teatro, todo su vigor de evocación. *El Lazarillo de Tormes*, nacido en un molino, hijo de una madre brutal, ora lazarillo de un mendigo ciego, ora servidor de un cura, de un hidalgo provinciano, de un fraile mercader de indulgencias, de un alguacil, describe, para gozo de su lector, todas las clases sociales castellanas y especialmente las más vulgares. El episodio más emotivo de esta obra, tan rica y tan graciosa y tan a ras de tierra, es, quizá, el del escudero: Lazarillo, deseoso de comer de manera casi regular, se pone al servicio de un hombre de calidad. Muy pronto se da cuenta de que su amo es todavía más indigente y está más hambriento que él. Es un ejemplo de esos pobretones gloriosos que abundan en esa época y que pasean por las calles su orgullo, sin tener un céntimo en el bolsillo. El nuevo amo de Lazarillo ha abandonado su país para no tener que saludar a cierto noble, porque, «exceptuados Dios y el Rey, un gentilhombre no debe nada a nadie». Y es el pobre criado el que le procura los medios para subsistir, con la generosidad del miserable.

La misma inspiración, con la misma moraleja además, en el *Guzmán de Alfarache* o en la *Pícara Justina*. A este género, sustentado en un genio libérrimo, Cervantes, con el inmortal *Don Quijote*, aporta su obra maestra, tan viva y tan reciente hoy como a principios del siglo XVII, en que apareció. Durante la guerra última, en nuestro cautiverio de Evaux, el Ingenioso Hidalgo nos proporcionaba cada mañana nuestra única distracción; lo leíamos con avaricia para no abreviar nuestro placer. Y en las *Novelas ejemplares* también hay una historia adorable, la de *Rinconete y Cortadillo*. Ved en esta posada, en los límites de Castilla, a dos jóvenes andrajosos, sin abrigo, mal calzados, mal vestidos, mal peinados, sucios, con los encajes deshilachados y con las uñas orladas de mugre. Instalados bajo el sobradillo para dormir la siesta, entablan un diálogo encantador y pintoresco. El uno es hábil como ratero; el otro, inimitable en el manejo de la baraja. En Sevilla, donde Cortado roba la maleta de un viajero francés, para sacar de ella dos camisas y un reloj de sol, los dos mozalbetes pillastres van a la orilla del río, donde la vista de dos galeras les hace prever lo que les aguarda. Magnífica ocasión para iniciarse en el provechoso oficio de truhán y para entrar en la cofradía de los ladrones, aprendiendo su jerga.

Hacemos conocimiento con el señor Monipodio, jefe de la congregación, bárbaro ejemplar, de manos velludas, que admite a los dos recién venidos, sin noviciado. Todo ello escrito en un lenguaje adorable, sumamente irónico, como el que será más tarde, en nuestro país, el de Anatole France. En el *Matrimonio engañoso*, el alférez Campuzano quiere explicar al licenciado las felicidades que él ha conocido en su luna de miel. «Mis camisas, mis cuellos y mis pañuelos—le dice—eran un segundo Aranjuez florido y perfumado, hasta tal punto los bañaba ella en agua bendita y azahar.» ¿No es encantadora esta evocación en una frase del primer Aranjuez, del jardín de la primavera? ¡Y qué retratos expresivos, plásticos como pinturas! Pienso en doña Clementina, vestida de satén verde estampado, con pasamanerías y una manteleta de hilillo de oro, un sombrero de plumas encarnado, un rico cintillo con hebilla y un ligero velo.

En cuanto a Quevedo, genio complejo y turbulento, ha pagado con su libertad su pasión por la independencia.

¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Me gusta leer su *Buscón*, obra maestra también del picarismo, en la antigua traducción francesa que dió de ella, hacia el final del siglo XVII, un librero de Bruselas. Buscón es hijo de un barbero ladrón y de una madre, por lo menos, equívoca. La novela nos cuenta sus desgracias, algunas muy obscenas, y sus numerosas bellaquerías. El padre de Buscón ha terminado su vida «en la columna de madera que se llama vulgarmente *(Pasa a la página 67.*

DEL SUEÑO A LA REALIDAD...

EL CAMINO
PASA POR

SUIZA

PAIS DE TURISMO
POR EXCELENCIA



Hoteles de fama mundial. Muchas facilidades de transporte.

Billetes especiales y abonos de vacaciones.

Billetes de familias a tarifas muy reducidas.

¡¡VACACIONES EN SUIZA SON VACACIONES!!

Para informaciones y consejos: Agencias de viaje.

U

OFICINA NACIONAL SUIZA DEL TURISMO

Para la Península Ibérica: Avenida da Liberdade, 158-A, Lisboa

Para América del Sur: Calle Florida, 935 - Buenos Aires

(Viene de la página 65.) horca», muy finamente, por lo demás, no pidiendo a la justicia sino que mande reparar, en interés de los futuros condenados, un barrote roto de la escalera de mano; y para no molestar a la compañía, pasándose él mismo la cuerda «por debajo de la nuez del gaznate». Buscón, que no posee otra cosa sino su sombra, sigue fielmente la tradición paterna. Para aplacar su hambre, comete tantos hurtos, que no puede escapar a la prisión; sale de ella para ejercer el oficio de mendigo, con un crucifijo colgado del cuello y un rosario en la mano; se hace poeta; se casa. Estos son los temas de la picaresca que Quevedo vuelve a tomar y trata con su verbo espiritual.

Estos ejemplos bastan para demostrar el papel de esta humanidad en las letras españolas. Se reconoce su influencia en los grandes clásicos: Lope de Vega, Tirso de Molina y aun en Calderón. Y, siguiendo esta ley de unidad que hemos definido, se vuelve a hallar en la historia de la pintura española, en la serie de bufones, idiotas y enfermos. El cojo de Ribera, tan libremente vestido, tan socarrón con su muleta, llevada como un arma, y su cartel, es el hermano auténtico de Lazarillo y de Buscón. En el mismo estilo, Murillo pinta el *Joven mendigo*, que conserva nuestro Museo del Louvre, y el *Juego de dados*, de la Pinacoteca de Munich.

Velázquez, hasta en sus retratos de Corte, no ha renunciado a su gusto por el realismo; si escapa a la acción de dos ambientes oficiales, es para pintar escenas populares que él ha observado en su juventud. *Los borrachos* y, mejor aún, el bufón llamado por burla *Don Juan de Austria*, el enano *Antonio el Inglés*, el *Bobo de Coria*, el *Niño de Vallecas*, con su mirada a la vez inocente y desesperada. *Esopo* y *Menino* no son más que dos pordioseros. Más tarde, en la obra de Goya, sobre todo quizá sus cartones para tapices, reaparecerá toda la picaresca.

* * *

El segundo carácter del arte español, considerado en su continuidad, es su gusto por el misticismo, por el ascetismo. Luis Bertrand nos narra las palabras de un sacerdote aragonés a quien dió su pésame después del desastre de Cuba: «¡Qué importa! España es el país del mundo donde hay más fe.» Unamuno, en sus ensayos *En torno al casticismo*, nos explica cómo, para la sociedad española, «el bien social más íntimo es la religión». De todos los países católicos, es el más católico... Una sola fe, un solo pastor, un solo rebaño. Unidad ante todo; unidad impuesta desde arriba, y después, tranquilidad y sumisión, y obediencia *perinde ac cadaver*... Fué un pueblo de teólogos, cuidadoso de poner de acuerdo a los contrarios; todos los teólogos, incluso los insubordinados, y los teólogos a contrapelo de los librepensadores. Según Unamuno, la unidad religiosa ha sido, en España, la forma suprema de la unidad social; en ninguna parte fué más vivo el sentimiento de fraternidad entre el sacerdote y el guerrero (nosotros, los franceses, nos hemos dado cuenta de ello a costa nuestra). La religión cubría todo con su solemnidad. Para hacer instruir a los indios en las cosas de la santa fe católica se enviaba a los aventureros a América.

El vigor—o, tal vez, incluso la violencia—del catolicismo español se explica por la aspereza de las luchas que tuvo que sostener. En Córdoba, desde los primeros días de la conquista árabe, los cristianos han tenido que compartir su catedral con los vencedores. Los ejércitos del Califa los obligaban a vivir en condiciones precarias entre los musulmanes y los judíos. Galicia resiste un poco gracias a la peregrinación de Santiago de Compostela, el Campo de la Estrella, que veía llegar cada año a los peregrinos, provistos de la concha simbólica y del báculo. La conquista del Nuevo Mundo tuvo algo de cruzada contra los moros, de tentativa, para vengarse del Islam, cogiéndole de flanco y arruinando su comercio en Oriente. Al descubridor le sostuvieron los franciscanos, y la preocupación de convertir a los indígenas al cristianismo fué la principal preocupación de la conquista. La idea religiosa está constantemente mezclada a la historia de España.

... ...

Sin embargo, no se tendría razón si se creyese que el misticismo español es un formulismo estricto y estéril. La carmelita Teresa de Jesús, de Avila, que representa esta tendencia bajo su forma más ardiente, está ras con ras con los profanos. Ha leído las novelas de caballería; se apasiona por la acción tanto como por la meditación; conserva, en medio de sus momentos culminantes, una especie de graciosa jovialidad; sigue siendo sencilla en su exaltación apasionada:



Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.

Si uno se aproxima a ella sin idea preconcebida, se la encuentra humana ante todo, deseosa de ser amada, franca sin artificio, sensible a las más humildes bellezas de la naturaleza, regocijada ante la vista de un río que corre bajo la ventana de su celda. Aunque ella haya declarado en una carta al P. Mariano que no se logrará conocer a una mujer, ni siquiera cuando se la haya confesado durante varios años, es así como se la imagina uno contemplando la adorable estatua policroma de Gregorio Hernández en el Museo Provincial de Valladolid. Y su buen amigo, su discípulo Juan de la Cruz, expresa en sus versos los mismos ardores que el *Cántico de los Cánticos:*

¿A dónde te escondiste,
amado, y me dejaste con gemido?;
como ciervo huíste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando y eres ido.

No hay necesidad de insistir mucho sobre el lugar que el misticismo ocupa en la pintura española después de ese retablo que el P. Serra ha pintado para la Colegiata de Manresa, cerca de la gruta donde Ignacio de Loyola compuso sus *Ejercicios Espirituales*. En esta obra, de dimensión muy importante, la Virgen también tiene rasgos juveniles y graciosos... Más tarde, ¡cuántas apariciones, cuántos martirios! A menudo el misticismo y el realismo se unen en la misma tela (*San Hugo entre los Cartujos*, de Zurbarán; *el Cristo, en casa de Marta*, de Velázquez). El Greco subordina todos los elementos materiales de la pintura a sus visiones espirituales, a sus espejismos. Con él cobra todo su sentido la célebre fórmula: «La pittura è cosa mentale». Cualquiera que sea la causa que infrinja las normas de la naturaleza, cada uno de los grandes artistas españoles marca con su personalidad la tradición religiosa. No hay de ello — creemos — ejemplo más sorprendente que el cuadro pintado por Goya en las postrimerías de su vida: *La última comunión de San José de Calasanz*. Un viejo apóstol, encorvado, administrando la hostia a un moribundo. Todos los elementos de que se compone esta obra son de la categoría humana; nada hay tomado de lo sobrenatural, nada de lo convencional de la mística. A fuerza de sencillez, de verdad y de concentración, esta escena tan sencilla nos emociona mucho más que todos los cuadros religiosos, no obstante ser tan abundantes, de la pintura española.

* * *

Realismo, misticismo: estas dos definiciones resumen con alguna verdad el arte ibérico, pero solamente marcan unos límites, entre los cuales se manifiestan las invenciones más variadas del espíritu.

La literatura española es un mundo inmenso, en cuyo umbral debemos detenernos. Unicamente hemos querido darnos cuenta de las razones por las que somos tan sensibles a lo que hemos llamado «su continuidad en su grandeza».

Hubo un gran escritor de ese país que, subiendo a su cátedra después de varios años de prisión, comenzó el curso que reanudaba con esta frase: «Decíamos ayer...» (Fray Luis de León.) Admirables palabras, amadas por todos los que han conocido el cautiverio, y que, al volver del destierro, han recomenzado su tarea con la misma fe que la víspera. Palabras dignas de un gran pueblo, llenas de ánimo para cuantos creen en la permanencia de su patria.

EDOUARD HERRIOT

(De la Academia Francesa.)



EL CARÁCTER ESPAÑOL

Por ANDRÉ MAUROIS

(DE LA ACADEMIA FRANCESA)

ES una dicha que el primer contacto de un joven francés con España se haga, casi siempre, a través de Corneille. La lectura del Cid es nuestra primera iniciación en el carácter español. ¿Quién podría desear otra mejor? ¿Quién más indicado que Corneille para interpretar la noble poesía de España? Con un sentido exacto del honor, valiente, un poco brusco, debió de amar a los héroes caballerescos del «Romancero». «Su impetuoso corazón ardiente, su sinceridad de niño, su abnegación inviolable por la amistad, su melancólica resignación en el amor, su religión del deber, su carácter completamente expansivo, ingenuamente grave y sentencioso, lleno de arrogancia y de valentía, todo ello le predisponía mucho al estilo español.» Le prestó un gran servicio, y se lo prestó a Francia, un cierto señor de Châlons, que un día, en Rouen, le aconsejó aprender el castellano, haciéndole leer a Guillén de Castro. Más tarde, Corneille escribió tragedias romanas; pero las veía siempre a través de Séneca y Lucano, ciudadanos españoles del tiempo de Nerón. Se debe a Corneille, verdaderamente, el que el españolismo, en el sentido más hermoso de la palabra, con todo lo que evoca de virtudes heroicas y de valor sobrehumano, entrase en la vida francesa.

EL QUIJOTE

El segundo contacto tuvo lugar para el joven francés a través del «Quijote». Es un libro que se lee, desgraciadamente, demasiado pronto en la vida, de suerte que los episodios cómicos impresionan al niño con mayor viveza que la filosofía profunda de Cervantes; pero la impresión que de ellos se guarda no es menos fuerte. El contraste entre Don Quijote y Sancho Panza, sencillo y vigoroso, resulta para el lector simbólico de la doble naturaleza de España. Esta es, como veremos, una idea justa. Poco después, el descubrimiento de la España de Víctor Hugo, de Teófilo Gautier y de Musset.

Como Corneille, Víctor Hugo merecía sentir y cantar la grandeza española. Amante de los contrastes violentos, Hugo se ha complacido en dejar grabada, en blanco y negro, la oposición entre esta grandeza y las miserias que la rodeaban. Le ha gustado mostrar, al lado de un Ruy Blas, el ceremonial severo y virtuoso de la Corte de España; junto a una reina ardiente y encantadora, el austero rigor de una camarera mayor. Mas ¿no era en esto también muy español y no ha hecho, a su manera, lo mismo que Velázquez hacía a su modo, cuando yuxtaponía sus bufones enanos a sus tristes monarcas? Cuando, más tarde, visité el Palacio de Madrid y vi esta mezcla extraordinaria de esplendor barroco y de majestad romana, estos leones de oro que, con una pata sobre un globo terráqueo, guardan el trono, comprendí mejor la «mise en scène» de Hugo y que su España violenta, exagerada, constituía también una parte necesaria para su iniciación.

Esta sigue con Stendhal, Chateaubriand y Barrès. Para Stendhal, enamorado del honor y del amor, España ha sido el símbolo vivo de todo lo que él amó en el mundo. Dividía el género humano en dos grupos: los españoles y los pícaros. «Considero al pueblo español—decía Stendhal—como representante vivo de la Edad Media. Ignora toda una serie de pequeñas verdades, pero conoce profundamente las grandes y tiene bastante carácter e inteligencia para atenerse a sus últimas consecuencias.» Stendhal ensalza a las encantadoras andaluzas, «seres celestiales», de andar tan vivo y tan ligero.

Chateaubriand, que había estado en Granada para reunirse con Natalia de Noailles, conservó un recuerdo prodigioso de aquellos días de «encantamiento, de seducción y de delicia». Hace con ello una novela, «El último de los Abencerrajes», y no olvida nunca a «esta España, el país de los sueños»; durante largo tiempo creyó ver aún sus paisajes alegres o austeros, sus caminos solitarios, y escuchar las melodías que le habían encantado. Barrès, en fin, que se parecía tanto a los personajes del Greco, encontró en Toledo el reflejo mismo de su alma.

Pero basta de buscar a España a través de los viajeros; vamos a preguntarle a ella misma su secreto.

SECRETO DE ESPAÑA

Es siempre un estudio difícil y discutible el del carácter de un pueblo. A veces se siente uno tentado a negar que una nación pueda tener un carácter: «Ved a esos individuos de la misma raza, tan diferentes todos los unos de los otros. ¿Qué tienen entre sí de común? Pero si se les observa mejor, hay que admitir que poseen muchas maneras e ideas comunes; que es posible, a primera vista, distinguir a una mujer española de una mujer francesa o inglesa; que, escuchando una música, mirando un cuadro, todo hombre un poco culto dirá en seguida: "He ahí un músico español; he ahí un pintor español."» Es preciso, pues, que exista una esencia de España, y yo quisiera tratar con mucha prudencia—porque mi experiencia de ese país fué muy corta—de extraer la esencia de mis impresiones de viaje y de lectura.

El primer punto—y es de suma importancia—es que la esencia de España parece haber existido, con su perfume original, desde los tiempos más remotos. Los mejores ensayistas españoles creen que ya desde Séneca nació la filosofía propia de España. ¿Y cuál era esta filosofía? Su idea capital se halla en ciertos títulos de Calderón: «La vida es sueño», «El gran teatro del mundo». Ningún pueblo ha medido como el pueblo español la vanidad de los bienes terrenales. El éxito en el mundo exterior le fué siempre indiferente. Señor o mendigo, el español tiene un concepto espiritual de la vida. ¿Concepto cristiano y católico? Ciertamente que sí, pero también es concepto estoico o, como suele decirse, «senequismo». En el centro mismo del hombre hay una fuerza inasequible, «un eje de diamante», dice Ganivet, en torno al cual giran los hechos mezquinos que forman la vida cotidiana.

GENEROSIDAD ESPAÑOLA

De ahí se desprenden consecuencias importantes. El español es generoso, más que nadie, porque no concede ninguna importancia a los bienes materiales. Esta generosidad, que es espontánea, confiere una distinción innata a los hombres de toda condición. El maletero, en la estación, si parece por un instante que le habéis olvidado, no reclamará lo que se le debe. Se mantiene apartado, desdeñoso y soberbio, como uno de los hombres de armas en los cuadros del Greco. De esta distinción de alma, común a todos, nace en España una profunda y noble igualdad. No hay ningún otro país en que la desigualdad de clases esté más acentuada: se es inmensamente rico o terriblemente pobre. Pero bajo estas apariencias exteriores, que como hemos dicho, son despreciadas, se encuentra una fraternidad verdaderamente cristiana. El transeúnte llama al mendigo «hermano». El chófer español que me paseaba durante mi viaje a Madrid era un verdadero caballero, generoso de su tiempo y su trabajo, educado admirablemente. El pueblo español es la aristocracia del mundo. Cada cual sabe allí que todas las almas son iguales ante Dios. «Todos somos hijos de Adán y Eva; sólo nos diferencian la lana y la seda.»

Esta igualdad de corazón, que es admirable, hace de España un país difícil de administrar. «¿Cómo gobernar a un pueblo de veintiocho millones de reyes?» Estas almas solitarias e independientes soportan mal el ser dirigidas. Un vínculo, para ser allí tolerado, ha de ser amistoso y patriarcal. El obrero de fábrica, en España, no ama nunca su condición; es, aparte todos los prejuicios de clase, de salario o de métodos, un descontento. A menudo se ha dicho que los españoles son perezosos. Es falso. Cuando trabajan con entusiasmo, trabajan con frenesí. Pero la disciplina de la fábrica les parece denigrante para la persona humana, que es de esencia divina. La verdadera vocación del español es la de conquistador. ¿Hay nada más bello que partir para países desconocidos y empeñarse en combates heroicos y arriesgados?

Lo que importa a los ojos del español no es el oficio o la profesión, no es la riqueza, no es el lugar que ocupa en la jerarquía social, sino el hombre mismo. De ahí esta predilección tan acentuada de los artistas españoles por el retrato. El paisaje, la decoración, son accesorios. El Toledo del Greco es un alma, más bien que una ciudad. Cuando un Rignaud o un Lebrun pintan a Luis XIV, los príncipes de su familia o sus ministros, tratan de representar una función, no a un hombre. La peluca, el brillo del vestido, la nobleza de las actitudes, desvían la atención de los rasgos del rey. Apenas se piensa en que éste tenga un cuerpo. Sin embargo, Velázquez y, sobre todo, Goya—españoles y, por tanto, igualitarios—tratan a sus soberanos como si fuesen un modelo cualquiera. No ahorran ni el ridículo, ni la deformidad. Velázquez fué protegido por una familia real que tenía taras profundas y visibles. Las ha representado «sin olvidar jamás lo que queda de dignidad en los seres humanos, aunque desgraciados». Y esto es muy español, español por católico. Goya hacía que sus soberanos, muy frecuentemente, fuesen grotescos, y los reyes y reinas que él trataba tan severamente, artistas ellos mismos, no sólo soportaban este trato, sino que acogían con orgullo en los salones de sus palacios estos crueles testimonios.

INFLUENCIAS Y CONQUISTAS

¿Cuál ha sido, sobre el carácter español, la influencia de la conquista y de la ocupación árabes? Se obtienen, si se interroga sobre este particular a los españoles, dos tipos de respuestas contradictorias. Los unos os dirán: «Somos, en gran parte, moros. Tenemos su fatalismo, su desprecio a la muerte y, por consiguiente, a la vida humana; su actitud ante las mujeres y el amor. Nuestra música está todavía hecha de las melodías roncas y guturales de los cantantes árabes. Nuestro baile es oriental.» Los otros responderán: «No tenemos nada de árabes. Somos iberos, romanos, vándalos. Pero hemos vencido y expulsado a los árabes, y esta lucha prolongada ha contribuído a formar nuestro carácter. De ella han nacido nuestro Romancero y el tipo del caballero cristiano. Sin esta lucha, Don Quijote y Sancho Panza hubiesen seguido estando unidos en un mismo hombre, como lo están en el resto de la humanidad. En nuestro país, Don Quijote se ha despojado de los intereses materiales y los ha dejado al cuidado de su escudero. El caballero cristiano, de quien Don Quijote—contrariamente a la opinión vulgar—es más una imagen que una caricatura, no quiere esperar, para transformar el mundo, como lo haría un anglosajón, a que la ciencia y la técnica descubran lentamente, en siglos de trabajo, los remedios a nuestros males. Quiere obrar inmediatamente, por su propia fuerza, y sacrificando, si es preciso, su vida. Así es como hemos aprendido del «Romancero» cierto desprecio a la civilización industrial, desprecio que tal vez sea una debilidad de España, pero que constituye asimismo su grandeza y quizá sea un día su fuerza.»

Creo que si se suman estos dos grandes fenómenos históricos—la reconquista de España por los españoles y la conquista, por ellos también, de la América del Sur y de México—, llega uno a explicarse bastante bien la evolución social del país. El Romancero, como la epopeya prodigiosa de los conquistadores, ha dado a los españoles el gusto por una vida romántica, medieval y azarosa y el desdén por la manera de vivir clásica, prudente y serena, que es el ideal de Montaigne o de Molière. Porque los galeones han traído a los reyes españoles, durante varios siglos, tesoros tales, que ningún comercio ni ninguna industria hubieran podido producir, y el rey y los grandes señores que le rodeaban contrajeron el hábito de una vida brillante y fastuosa, que no dependía de la prosperidad de la nación. Mientras que en Inglaterra o en Francia, el Gobierno debía fomentar la formación de una burguesía, porque tenía necesidad de impuestos, la riqueza de la monarquía española provenía de fuentes que estaban fuera del reino. Esto era magnífico, pero peligroso.

Pero se comprende, cuando se visita la América latina, que España haya guardado de este Imperio un recuerdo glorioso que refuerza su arrogancia. Porque, a pesar de las faltas cometidas, lo que ella había hecho allende los mares fué algo muy grande. Sin destruir las poblaciones indígenas (los indios han sido mejor tratados en América del Sur que en América del Norte), propagó su fe, su lengua y su civilización. Las iglesias y los palacios son testimonios de este esfuerzo gigantesco. Puñados de hombres heroicos aprehendieron y luego organizaron este continente. Todavía hoy, y aun cuando todas esas naciones son independientes, subsiste el vínculo. Lima, ciudad de reyes, sigue siendo una ciudad española. Los corazones, las palabras y la poesía son allí españoles. La plaza de toros es una cosa típica, estable y significativa de las capitales sudamericanas. Y se hallan, en almas que han seguido siendo españolas sin saberlo, la generosidad, la arrogancia y el misticismo de España.

La doble lucha contra los moros y contra los indios modeló, pues, almas duras y heroicas. Un español está siempre dispuesto a abandonar una vida terrenal, que no le agrada en absoluto, y a morir por un ideal. Como acepta con gusto el sacrificarse, no concede ninguna importancia al sacrificio de los demás. La vida humana no cuesta cara en las revoluciones y contrarrevoluciones españolas.

LOS TOROS

Los juegos favoritos de este pueblo son, como decía Barrès, los de «sangre, voluptuosidad y muerte». La corrida de toros es un espectáculo noble, porque el torero arriesga su vida y lo sabe. Es aplaudido y aclamado cuando corre riesgos infinitos. La prudencia es silbada. Manolete, el mejor matador de estos tiempos, por un puntillo de honor, llegó hasta el último extremo del peligro y en él murió. Aún más: este juego con la muerte es de cada instante. Conducir un automóvil en España exige una atención constante, porque los chicos, en un pueblo, tratan a este monstruo de la velocidad como a un toro, desafiándole hasta la última fracción de segundo, para esquivarle después, haciendo un quiebro de cintura. Jamás un español se entusiasmará por un plan quinquenal; pero podrá exaltarse al presentársele una ocasión de abandonar la vida de una manera bella. «Nuestras vidas son los ríos, —que van a dar en el mar, —que es el morir.» El más español de los monumentos, El Escorial, es—según dice Victoriano García Martí—un espléndido monumento a la muerte. El más hermoso cuadro español representa un entierro: el del conde de Orgaz.

EL AMOR

Como la vida terrenal no tiene importancia, el español puede pasarla, casi indiferentemente, ya sea en las austeridades del ascetismo, ya en una ociosa relajación. Don Juan es un tipo esencialmente español, como Don Quijote. Don Juan juega con la condenación como Manolete con el toro, quizá con la esperanza puesta en el último asalto, que le valdrá la absolución. Gozar de la vida con moderación es aburrido. Estos corazones hambrientos de peligro no pueden contentarse con una felicidad vulgar. Si no son sanos, tienen necesidad de vivir diabólicamente. Como Don Juan, estarán dispuestos a cortejar a toda mujer, pero conservando el sentido del pecado y la esperanza, mediante un arrepentimiento a última hora, de obtener la absolución. El español, en amor, es un conquistador. No dice «te amo», sino «te quiero». Designio de dueño, más que de amante.

La mujer española es la obra maestra de este país. De gran belleza natural, el rostro; los ojos y los cabellos, admirables; tiene una inteligencia espontánea y un gusto por las artes, la pintura, la música, la poesía y, sobre todo, el baile, que parece innato en ella. «Yo no conozco—decía un francés—ningún país donde haya mujeres más bonitas.» En las iglesias, en el teatro, en los paseos, son innumerables. De cada veinte, hay veinticinco encantadoras, porque las hay que valen «por dos».

Pero la española es madre, antes de ser esposa y amante. El hombre que le da un hijo digno de ella es el que la subyuga para toda la vida. Un drama como «Yerma», de García Lorca, nos muestra que la mujer llega a detestar al marido que no la convierte en madre. El hombre, por su parte, guarda, sobre todo, el respeto a la madre. La devoción a la Virgen representa un papel inmenso en el catolicismo español. Los bonitos nombres de mujeres—Pilar, Concepción, Dolores—han sido tomados de vírgenes particularmente veneradas. Se dice que si a un español se le plantea el famoso problema: «¿A quién salvaría usted en un naufragio, a su esposa o a su madre?», responderá sin vacilación: «A mi madre, porque se puede volver a tener mujer; pero cada hombre no tiene más que una madre.»

De la conquista, una parte de España ha conservado una severidad celosa en el trato con las mujeres casadas. Por ello existe, en las españolas auténticas, un pudor de ademanes y de expresión que realza su belleza. El encanto del baile español clásico está en ese rigor en el vestido y en los movimientos, que cela una sensualidad profunda y no permite a ésta expresarse sino por ondulaciones, apenas perceptibles, de las caderas o del abanico. El bailador gira en torno a su pareja y la incita, sin tocarla. Ella le responde por signos tanto más valiosos, cuanto que son pocos y mesurados. Cuando de esta pantomima casi casta, que acompaña el ronroneo monótono y metálico de la guitarra, surge repentinamente la fogosidad de las castañuelas, se comprende que haga explosión el entusiasmo del espectador, largo tiempo contenido, y que ¡ole!, ¡bravo! y otros gritos estimulen entonces a los bailadores desenfrenados.

EL BAILE

El baile español es, lo mismo que la pintura, revelador del carácter nacional. Baile apasionado, que, por los golpecitos dados con el pie en el zapateado, por el temblor de los músculos, por el ritmo acelerado de los palillos, por la agitación creciente que invade a los espectadores, por los aplausos de éstos, llega casi al frenesí convulsivo de los faquires contorsionistas. Pero es también un baile popular, grande y lleno de civilización antigua, en el que la pasión está encuadrada, domada, por el ceremonial más riguroso. Así como España tuvo la Corte más severa, posee, para reglamentar sus bailes, la más noble discreción.

La bailadora y el bailador expresan el deseo a distancia, por medio de giros extraños



hechos con sus manos, que se retuercen como una llama; por movimientos de las caderas, por una llamada que murmuran las castañuelas. Así, estos bailes fogosos siguen siendo castos. La bailarina levanta apenas su larga falda para dejar ver el movimiento gracioso de los tobillos. El bailarín extiende un brazo por la espalda de su compañera, pero sin alcanzarla del todo. Es esta mezcla de pasión ardiente y de pudor casi religioso lo que constituye la belleza extraordinaria del baile y del alma españoles.

EL ARTE

Es necesario también hablar de la escultura española, tan curiosamente realista. En el resto de Europa, desde la antigüedad, la escultura policroma ha desaparecido poco a poco. Pero España conserva más tiempo sus encarnadores, que pulían las carnes de las estatuas; sus estofadores y doradores, que pulían las telas. Más aún: viste todavía a sus vírgenes y a sus santos con vestidos verdaderos, de seda o de lana, cuyos colores varían con las estaciones y las fiestas, hasta el punto de que toda virgen venerada posee todo un equipo.

España ha creado una escultura de la Pasión esencialmente policroma, porque es preciso que en ella se vea la sangre, que el drama esté vivo y presente, que los verdugos estén vestidos como contemporáneos del artista. Arte casi cruento, con el que contrasta el misticismo transparente y vaporoso de Murillo. Porque España, romántica y naturalista, es toda ella contrastes.

«Santa Teresa—dice Azorín—recomendaba a sus Hermanas, cultivando su vida interior, no abandonar las cosas de la tierra, y añadía: "Date cuenta de que si estás en la cocina, es entre las ollas donde está el Señor".» Esa es la fórmula, esencialmente elástica, del genio castellano, que es una alianza maravillosa de idealismo y de realismo, de poesía y de prosa, de Quijote y de Sancho Panza. Cervantes, en sus «Novelas Ejemplares», nos ha mostrado que conocía los bajos fondos de España—los mendigos picarescos, «los aventureros de la miseria y de la degeneración»—; pero era, a la vez, el héroe de Lepanto, esclavo del Santo Sacramento y Hermano de la venerable Orden Terciaria de San Francisco. Esta mezcla es lo que hace de él el escritor español por excelencia; y Sancho mismo, en una discusión con Don Quijote, dice: «Para ir derechos a la gloria, el camino es que nos convirtamos en santos.» En España, el bufón está muy alejado del santo. En un artista español existe lo sublime y lo grotesco; no hay nunca vulgaridad Es un país de movimientos extremos, país sin clases medias, país sin compromisos cómodos.

En muchos cuadros del Greco, el pintor se complace en representar, en la misma tela, un mundo realista y duro, en el que los rostros están atormentados; los colores son naturales y sombríos, y las actitudes, orgullosas y nobles; arriba, un mundo irreal y divino, en el que los cuerpos se muestran estirados, hasta tomar la forma de sus sombras; los azules, los verdes y los rojos, que no se ven nunca en la naturaleza, animan los vestidos luminosos de criaturas sobrehumanas, y unas llamas, que son las almas, se elevan entre las nubes y los ángeles. Este doble mundo terrenal es una imagen de España. Se entrega, por lo bajo, a una vida terrenal y dificultosa—la de la cocina de Santa Teresa, la de Sancho—; se eleva, por lo alto, con sus santos, sus artistas, sus poetas y sus mujeres, hacia un sublime desasimiento. Lo mismo que Cervantes, el Greco—extranjero éste—ha comprendido el secreto de España. Tal vez él lo haya percibido mejor que otros, porque esta voz era nueva para él.

Es difícil, para un país demasiado joven y sin historia, tener su belleza propia y su poesía. La naturaleza puede ser en él sublime, pero estaró vacía de humanidad. Son los fantasmas errantes los que pueblan los espíritus de los artistas. De ahí la belleza de España, toda ella obsesionada por tragedias y glorias. Cuando se hace una visita, en Madrid, al Palacio Real, se ven grandes salas con tapices espléndidos, en los que están bordados los rostros de los que han engendrado la sabiduría humana. Allí está Platón muy cerca de Aristóteles, y los santos están próximos a los filósofos. Así, los tapices de la inteligencia adornan las paredes de la civilización. Pero estas salas gigantescas y suntuosas darían una sensación de frío si el visitante no se acordase de todas las extrañas figuras que las han frecuentado, de todos los dramas, domésticos y públicos, que se han desarrollado ante estas decoraciones. He ahí una imagen más de España. No es solamente un país de grandes pintores, de grandes poetas y de grandes músicos. Entre sus tesoros rondan espectros sublimes. Muchos de sus castillos son necrópolis. A pesar de las obras de arte que lo hermosean, El Escorial «es una tumba, sólida y mayor en su vastísimo vacío y más perfecta en su grandeza que las mismas Pirámides». He oído, en la capilla del Palacio Real, de Madrid, sonar los órganos que han escuchado los reyes y las reinas de Goya. Así, el pasado en este país, de muy rancia nobleza, siempre aflora en el presente.

INVITACION AL VIAJERO

El viaje a España proporciona a un viajero francés, inglés o americano, goces artísticos incomparables. No hay nada en el mundo que sea más bello que la austera Castilla o la encantadora Andalucía; ningún museo supera al del Prado; ninguna ciudad tiene más carácter que Toledo o Avila. Pero, aparte de estos goces artísticos, y más allá de ellos, hay algo de sano, de tónico, para los pueblos que han aceptado la civilización industrial, en ponerse en contacto con una nación que ha permanecido fiel a un ideal más antiguo. España, en ciertos aspectos, sigue siendo medieval. Esto puede, a veces, perjudicar a su prosperidad material; pero puede también salvarla un día cuando otras naciones sucumban, porque ha conservado una integridad espiritual que es original y fuerte. He hablado a menudo, de manera elogiosa, del caballero inglés. El caballero español tiene otras virtudes, no menos admirables. Su violencia va acompañada de una generosidad y de una grandeza que no las hay iguales en ninguna otra civilización. El huésped de paso es recibido en España como pudiera serlo por los griegos de Homero: con cortesía y nobleza. La fe y el valor que han formado a los conquistadores no se han extinguido, y el papel de España en la historia de los hombres no ha terminado.

Hace algún tiempo, hablando en el Ateneo de Madrid, decía yo esto: «La familia espiritual europea tiene necesidad de España, como tiene necesidad de Italia y de Inglaterra. Nuestros países, nuestra manera de sentir, incluso nuestros estilos, son diferentes; pero, por esta razón, son complementarios. Por no tener las notas de la música el mismo sonido es posible componer melodías. Si queremos que la sinfonía europea sea armoniosa, debemos hacer que figuren en ella tanto las bellezas de Castilla como las de Provenza; la poesía de Calderón, lo mismo que la de Racine o la de Claudel. Y éste es, me parece, el sentido profundo de esta reunión.» También lo es el de este artículo.

UN YANKI *Viajando por* ESPAÑA

Por ALEJANDRO ROGNEDOV

CARTA TERCERA

Mi querida Jean:

El año próximo, si Dios quiere, repetiré mi viaje por España, pero junto contigo, para que tú puedas gozar del ambiente único de Salamanca.

Esta ciudad es una de las más bellas visiones del Renacimiento en Europa, perfecta en la unidad de estilo y en su armonía artística.

Fué aquí, sobre las orillas del río Tormes, donde se puso el sol del barroco. Los rayos de su magnífico ocaso lucen todavía en los retablos de Churriguera, en los vestidos platerescos de sus edificios, que ofrecen una sombra espléndida al peregrino del arte.

Sorprende la maestría con que los arquitectos españoles resolvían, durante siglos, el problema de transición de las formas estilísticas, para no perjudicar la armonía del conjunto. Así, la tierna sonrisa de la iglesia de San Esteban, exquisita en su frágil feminidad, no pierde su triste encanto ante la geometría severa de la plaza Mayor, y la Colegiata, con su tendencia hacia el neoclasicismo del XVII *y* XVIII, *finaliza sin salto alguno por una nota más seca el emocionante libro del arte salmantino.*

En el ambiente de esta ciudad he vivido días felices e inquietos. Me acordaba de Zola y de sus meditaciones sobre la Belleza que evoca la idea de la muerte. En sus paseos por los bulevares de París en días de otoño, días agudos y transparentes, el escritor contempla la caída de las hojas marchitas de los árboles. Entonces, una tristeza infinita invade su corazón: «Nos separaremos inevitablemente de este mundo que es tan bello y que hemos aprendido a querer.»

Salamanca también es una ciudad de belleza otoñal. Sus piedras han bebido la miel fuerte de los siglos y se pintaron de oro opaco. Quizá Unamuno, a quien, mientras estaba en París, siempre le faltaba el río Tormes, se embriagó de la tristeza salmantina, para tomar después su inquietud ante la muerte que late en El sentimiento trágico de la vida.

El itinerario clásico del turista sugiere iniciar el paseo por la orilla izquierda del Tormes, frente a la ciudad. Desde allí se abre la vista general de la urbe sobre tres colinas. El puente romano cruza el río. Por aquí pasaban las legiones de los Césares.

Una mirada hacia arriba y en el verde pálido del cielo matutino surge, como un espejismo vibrante, la ciudad con los contornos de antiguos palacios, conventos, cúpulas, torres, cruces, todo el conjunto dominado por el cuerpo gigantesco de la Catedral Nueva

Se la llama «Nueva» a pesar de que cuenta con casi cuatrocientos años de existencia, para distinguirla de la vieja catedral románicobizantina, comenzada en el siglo XII.

Cruzamos el río. Al subir por un callejón estrecho hacia la Catedral, encontramos algunos muchachos marchando a pie y acompañando unos burritos cargados de frutas. Entramos en la plaza encerrada entre la Catedral Nueva, la Vieja, San Esteban y la Casa del Obispo, todas bañadas por el oro de la piedra salmantina. Tocan las campanas... Un grupo de frailes vestidos de negro pasan en fila bajo las arcadas de una iglesia... Un poco más allá se distingue la Casa de las Conchas, un delicioso juguete arquitectónico del Renacimiento.

¿Adónde ir? Por todas partes, en todos los rincones, surgen maravillas. ¡Por doquier la mirada se encuentra con ventanillas góticas o barrocas, frisos de encaje plateresco, portales de fascinante elegancia, escudos, medallones, imágenes religiosas colocadas en nichos, balcones de filigrana, rejas delicadas, faroles medievales de hierro forjado, contrafuertes en las esquinas, arcos, torres con arabescos, estatuas, fuentes! ¡Todo el vocabulario de las bellas artes entra aquí en acción! Ninguna nota ajena a la antigüedad interviene en el conjunto, y, de pronto, uno comienza a sentir que todos estos objetos no tienen existencia individual, sino que forman parte de un gran ser que posee cuerpo y alma y que se llama Salamanca.

Estamos en la plaza del Patio de las Escuelas, ante la Universidad. Su fachada interpreta la Novena sinfonía del arte plateresco. ¡Esta gama musical de estatuas y guirnaldas escultóricas inunda con sus sonidos rítmicos la plaza y toda la ciudad!

Fray Luis de León, situado sobre un pedestal enfrente, dirige la orquesta de maestros invisibles. Son las sombras de los grandes personajes que pasaban bajo este portal para forjar el espíritu del Siglo de Oro. Eran centenares, pero bastaría evocar entre ellos los nombres de San Juan de la Cruz o Ignacio de Loyola.

Un turista extranjero, por poco sensible que sea, no puede resistirse a la fuerza sugestiva de este lugar, que le revela silenciosamente los secretos del alma de España. ¿Cómo? ¿Este palacio, que parece más bien destinado a las princesas de los cuentos de hadas, es una escuela? Y si lo era en esos siglos misteriosos en que los hombres, vestidos de corazas, andaban a caza de la gloria en las Indias, ¿por qué hoy el edificio sigue funcionando como tal? ¿No sería más lógico transformarlo en un monumento artístico nacional, organizando los estudios en algún otro lugar?

Lo hubieran hecho, quizá, en otro país. En España, no. ¡Al contrario! ¡Se debe seguir con la tradición: la Universidad de Salamanca es inseparable de su ambiente histórico!

Cuando el guía que nos acompañaba por las salas reprodujo, por mil y una vez, la frase de Fray Luis de León: «Decíamos ayer», el eco bajo las bóvedas le contestó: «¡Y repetiremos mañana!»

Este edificio no es un monumento del pasado, sino la expresión simbólica de la España perenne. Aquí se citaron entre sí y establecieron amistad eterna los tres principios básicos del espíritu nacional: la Ciencia, la Religión y el Arte. No hay otro país en el mundo en que estos principios hubieran podido encontrar un terreno tan propicio para su mutuo entendimiento. La síntesis es el rasgo más típico de la tendencia cultural española.

Por eso fué a Fray Luis de León a quien encargaron guardar la puerta de esta Universidad legendaria: reunía en sí al sacerdote, al sabio y al poeta.

* * *

La armonía del ambiente de Salamanca no tiene rival fuera de España. Lo mismo se puede decir de Toledo, Segovia, Zamora, Avila, Soria y Santillana.

Alguien ha dado a Salamanca el apodo de «Roma de España» (o de Castilla). Temo que no es sino falta de imaginación. Roma es Roma. Salamanca es otra cosa, lo que no impide que cada una de ellas luzca a su modo. Es verdad que representan las escaleras de las mismas épocas; también ambas son ricas de barroco.

Pero, en este caso, el criterio abstracto cronológico



o estilístico no sirve, pues las ciudades, como los hombres, tienen su alma y su destino. Con toda la magnificencia de San Pedro, Roma despierta ante todo la imaginación con su antigüedad clásica. Es su Forum, como centro de atención, su rasgo más característico.

En Salamanca es la Universidad cristiana la que le da fisonomía. El barroco de Roma es bello, pero algo pomposo y frío; el peinado de sus frisos tiene canas de invierno. El de Salamanca es cálido y de color rubio oscuro, otoñal.

En ninguna de las iglesias de Roma he visto una luz tan amplia como en la de Salamanca. Juan Gil de Ontañón le ha dado una feliz solución con sus catedrales góticas de Segovia y Salamanca, en las cuales ha resuelto brillantemente el problema de convivencia de la luz con la materia espesa, que antes la escondía o absorbía: sus naves, bóvedas y columnas parecen dibujos geométricos en el aire libre.

¡Por fin, el color! Han hablado mucho del color inimitable de Salamanca, pero él espera todavía a su gran poeta, que multiplicaría su gloria en el universo. ¡No está a mi alcance describírtelo, Jean! El juego de claroscuro que se produce, gracias a la originalidad de este color, entre los encajes platerescos de los edificios salmantinos, no tiene parangón.

Así, por ejemplo, el portal de San Esteban, en su parte izquierda, ha sufrido un poco más la crueldad del tiempo que el resto de la iglesia. Su superficie parece cubierta de polvo fino de ámbar oscuro. En el atardecer, cuando las nubes ligeras pasan delante del sol, eclipsándolo esporádicamente, surgen entre las brisas de esta parte algunas llamaradas que incendian las guirnaldas escultóricas.

Entonces el portal se pone en movimiento, respira, vibra... Las piedras palpitan, emanan olas cálidas de ternura mística, urbi et orbi.

La contemplación de la escultura animac de Salamanca sobre sus edificios quedará en mi memoria como uno de los goces artísticos más agudos que he vivido en mis andanzas por Europa.

No voy a ocuparme, amiga mía, de la descripción detallada de todos los tesoros encerrados en Salamanca. La encontrarás en cualquier guía de calidad o en una buena enciclopedia de las artes.

Te hablaré, a mi regreso, de la Puerta de Oro de la Catedral, de la belleza del patio del colegio de los Irlandeses, de la poesía arquitectónica del palacio de Monterrey, de las capillas con obras de escultura de madera policromada, que no tienen rivales fuera de España; de todo lo que aquí llena el corazón del turista de admiración y entusiasmo. Y también de la nota de dulce tristeza que acompaña a estas sensaciones, pues aquí uno siente cuán fugaz es nuestra vida en comparación con la eternidad del arte.

Salamanca me hizo meditar mucho sobre los destinos del arte en este país.

A mi regreso a Oklahoma City tendré que hablar a mis alumnos sobre el carácter del arte español y sobre los errores admitidos por algunos en su apreciación. Aunque hoy día estos errores se eliminan poco a poco, queda todavía mucho que hacer en este sentido. La historia del arte español, escrita por algunos extranjeros, tiene también algo de «leyenda negra», como la historia de sus conquistas en América; esta leyenda consiste en la tendencia a presentar el arte español como «imitativo», ecléctico, que, por falta de originalidad propia, ha mezclado en sus obras todos los estilos que vinieron del extranjero.

La leyenda negra número 2 tiene, por cierto, las mismas raíces que la primera, que es la envidia de los enemigos de este país.

Entre los países occidentales, lo español ha sido siempre lo más calumniado.

La última década de la historia internacional ha servido para eliminar esta injusticia admitida respecto a España y modificar las opiniones. Y es que la Historia enseña también a los que no quieren estudiarla.

La leyenda negra sobre las conquistas consistía en la tendencia perenne, a través de los siglos, de comprometer una de las más brillantes epopeyas de la Historia universal: el pueblo que ocupaba una parte de una pequeña península en Europa extendió su espíritu por dos hemisferios, desde Filipinas hasta México y desde Cuba hasta el cabo de Hornos. Le han reducido esta epopeya a una especie de invasión, acompañada de crueldades, que terminó por la liberación de los pueblos oprimidos.

Tú has visitado conmigo Cuba y el Perú; hemos podido convencernos de que estábamos en una España tropical, libre de la jurisdicción de la España ibérica. Se conservaron: el idioma castellano, la religión católica, las costumbres, la modalidad social, la belleza de las mujeres, el modo de vestirse, todo, hasta la cocina. Además, predomina la tendencia cultural española. Todo lo que viene de la España intelectual y artística despierta allá el más vivo entusiasmo.

Al lado de este fenómeno, que no da lugar a dudas sobre lo que sienten los pueblos de América hispana hacia España, tenemos el otro ejemplo: las conquistas de algunas otras potencias europeas en el Oriente. Con los acontecimientos de la última posguerra, los colonizadores de grandes países orientales se han visto forzados a irse.

¿Qué quedó allí como huellas de su gobernación durante siglos? Nada. Ni los idiomas siquiera. Es que la colonización de estos países no ha sido más que un negocio comercial. Los conquistadores no se interesaron por hacer a los conquistados a su imagen. Todo lo contrario, se separaron de ellos por un telón de hierro. No vale la pena de explicar que esta dominación no se efectuaba con medios de gran ternura. Bastaría acordarse de la rebelión de los cipayos en 1857.

Mientras tanto, los milagros producidos por Cristóbal Colón y Pizarro siguen desarrollándose. Y la leyenda negra ha perdido su sabor ante la verdad, sin color, sobre la «Conquista» en el Oriente.

La leyenda negra sobre el arte español es menos grave y venenosa que la primera, pero necesita también su aclaración.

España se vió liberada del yugo árabe sólo a fines del siglo XV. Claro está que, dadas las condiciones de la lucha, el genio del pueblo fué absorbido más por la tarea de restablecer su integridad nacional que por los problemas artísticos.

Sin embargo, el país se cubría con una cantidad asombrosa de iglesias románicas, que por su belleza superan a las demás de Europa (Zamora, Segovia). En la época en que España pudo, por fin, respirar libremente, el arte gótico en el Norte estaba ya decayendo e Italia llegó al punto culminante del Renacimiento.

Entonces comienza en España una fiebre de recuperación del tiempo perdido. Los reyes llaman a maestros del extranjero, que producen una gran cantidad de monumentos arquitectónicos. Entre ellos hay muchos de valor artístico, pero no cabe duda de que para el visitante extranjero no son los que representan el mayor interés.

El genio artístico de la raza se manifiesta no sólo en la creación de los estilos, sino también en la capacidad de adaptación de los estilos ajenos y en la interpretación de aquéllos. A mi juicio, las catedrales góticas de Juan Gil de Ontañón, con su junta, tienen más interés que la Catedral de Burgos, pues representan el arte propio español y no unas copias del modelo nórdico.

Las ideas de los estilos nacen con las épocas y es difícil saber qué hubiera ocurrido en España si ella hubiera quedado libre de los árabes en el siglo XII o XIII, pues, por ejemplo, después de la reconquista, Juan de Herrera ha construído su Escorial sin imitar a nadie, y este edificio tiene su estilo y personalidad artística, que no cede en valor a otras obras famosas de la misma época.

En cuanto a los Churrigueras, ellos introdujeron en el barroco tantas ideas originales, que han creado un estilo nuevo, censurado antes y triunfante hoy día. En España no hay mezcla mecánica de estilos, sino una síntesis armoniosa y bien lograda.

¿No sería ridículo, por ejemplo, construir en Toledo una copia exacta de Notre Dame, de París? El encanto de la basílica toledana está en la convivencia, bajo sus cúpulas de arcos ojivales con techos artesonados. «Todos los géneros son buenos, menos el monótono», dijo Voltaire.

A mí no me chocaban estas reuniones de estilos en las iglesias españolas, porque yo no he buscado en esta convivencia una falta de gusto, sino todo lo contrario: he visto en ella una manifestación más del don divino de este pueblo de sintetizar las cosas que a los demás les parecen incompatibles. Así, los españoles hicieron síntesis con los indios, forjando una nueva civilización en otro hemisferio; del mismo modo, amalgamaron la religión con la ciencia, y han producido con la reunión de dos mundos opuestos: occidental y árabe, creando el estilo hispanoárabe.

Queda la pintura. En esto no hay discusiones. Las más grandes autoridades en la materia del arte se inclinaron ante la independencia absoluta y la magnitud del género pictórico español.

Aquí también trataban de manchar un poco. Como no era razonable censurar la forma, atacaron el contenido..., la crueldad de temas de Ribera, Valdés Leal..., los «dos extremos» del carácter español y de su visión del mundo. Greco, con su misticismo, religioso, frenético, por un lado; Goya, con sus pesadillas infernales y la sangre, por el otro...

Ahora ya no hablan más de todo eso. Reconocen que el Greco ha dado alas a nuestra vista para ayudarnos a volar junto con él hacia los misterios de la divinidad; se ven asombrados por la penetración de Goya en los abismos del alma humana y reconocen que estos extremos tienen entre ellos a Velázquez con su perfecto equilibrio.

Esta trinidad del pincel español comprueba perfectamente que su genio nacional contiene en sí la síntesis feliz de todas las corrientes del arte.

En fin de cuentas, ya queda establecido que los orígenes del impresionismo francés están en Goya. A mí me parece que el surrealismo moderno, principalmente en la escultura, tiene su padre en el Greco.

El tren para Madrid sale muy temprano. Me levanté con el alba para poder dar el último paseo entre los lugares que me impresionaron tanto. Las calles estaban vacías. Una vieja mendiga ha dormido sobre la escalera de la Colegiata. Pasé por el patio de Menores, bajo sus arcadas cubiertas de finos medallones. Miré hacia arriba. La masa inmensa de la torre de la Catedral perforaba el cielo y ocultaba el resto de la ciudad.

Una nostalgia aguda apretó mi corazón. ¿Decir nostalgia aguda apretó mi corazón. ¿Decir «adiós» a esta belleza? ¿La veré en el año próximo?

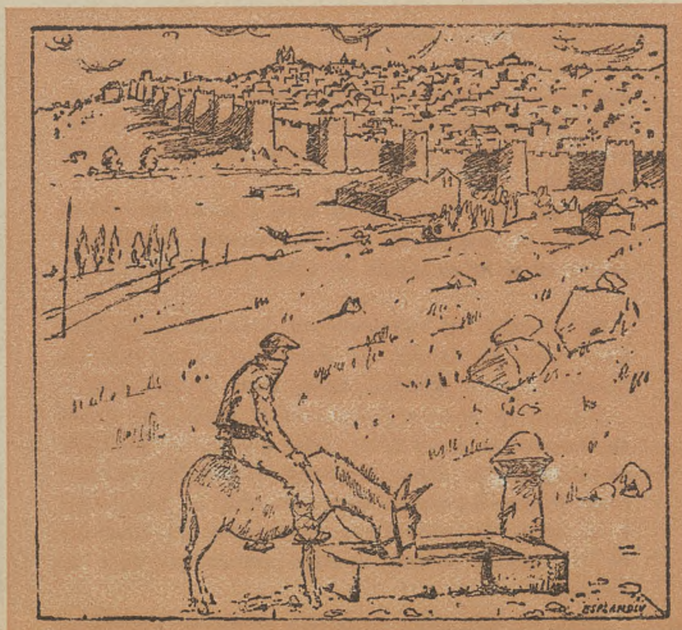
Pensaba en ti, para apagar la melancolía.

Algunos pasos más y estoy sobre la colina, para enviar la última mirada a las lejanías salmantinas.

Otra vez surgió la torre de Santo Domingo y cortó la perspectiva. No pudo ver el horizonte abierto.

Entonces comprendí que todsa las líneas rectas, en Salamanca, no conducen sino a Dios.

JOHN.



LA COCINA ESPAÑOLA

ENSAYO APOLOGETICO

A Philip Bonsal, gran conocedor y, por tanro, gran amigo de España.



N este libro, fundamental, sobre España no podría faltar un capítulo sobre la cocina española. Se ha exagerado al decir que nada caracteriza a un país como su cocina. La cocina es un aspecto de la vida colectiva, cierto que importantísimo, pero no imprescindible para el esquema de la personalidad de las naciones. Reciben éstas, sin duda, su estilo y su genio de actividades más altas que la cocina, como el arte o la industria, e incluso hay pueblos insignes que se caracterizan por la simplicidad de su cocina, prácticamente por su ausencia, en el sentido de nutrirse con alimentos que no exigen apenas preparación o tan sólo la preparación esquemática de sacarlos de sus latas y de sus sobres aisladores y, a lo sumo, someterlos a un breve paso por el calentador eléctrico, sin la larga y sabia serie de transformaciones que supone la palabra «cocina», palabra casi tan grave como la palabra «tradición» y a veces imposible de separar de ella. En este sentido, como expresión genuina de lo tradicional, es claro que la cocina resume muchos sentidos profundos de las vivencias populares. Anotemos, ante todo, que, en general, los pueblos de gran sentido artístico, como son los mediterráneos, poseen excelente cocina, mientras que los pueblos preferentemente industriales sólo exhiben modos de alimentación de notoria sencillez. Otra observación que casi repite la anterior es la de que las cocinas suculentas son propias de pueblos viejos, mientras que las de los pueblos jóvenes apenas pueden llamarse, por su falta de gracia, cocinas. Y digo que esta observación repite la primera porque la capacidad para la creación artística y para sentirla como un hecho natural y no como un lujo adquirido es asimismo propia de las viejas civilizaciones. El hombre colectivo, como el hombre individual, tarda mucho tiempo en aprender ambas cosas: a comer bien y a emocionarse de un modo entrañable y natural por la belleza creada.

Los pueblos mediterráneos, por ser los de más vieja historia, juntan a su sentido artístico su diferenciada, compleja y gustosa cocina. Mi patriotismo, que tanto como español es mediterráneo, o sea, sudeuropeo, norteafricano y proximoriental, se enorgullece al poder escribir, sin temor a rectificaciones, que las tres grandes cocinas del mundo son la francesa, la italiana y la española.

La francesa es la primera de todas. Por una porción de razones geográficas e históricas, el francés ha conseguido construir, sobre la riqueza empírica de la cocina mediterránea, todo un arte culinario, que allí donde se presente se llevará la palma. Hoy podemos tener la certeza de que la cocina francesa, cuyo esplendor culminó en el siglo XIX, no será superada jamás. La civilización puede crear y creará perfecciones nuevas, pero no puede perfeccionar lo que es ya perfecto y, sobre todo, aquellas perfecciones que para existir necesitan, por paradójico que parezca, de un cierto atraso; atraso, bien entendido, en la vida material. El curso, ya largo, del humano devenir nos ha ido enseñando que la floración y el perfeccionamiento de muchas cosas gratas para el espíritu y para los sentidos—que son el espíritu pegado a la materia—requieren ese ambiente de imperfección de los mecanismos sociales que llamamos «atraso» con necia impropiedad, porque si bien supone limitación de algunas fruiciones corporales, consiente y exalta, en cambio, otros goces que, bien considerados, no son, en modo alguno, inferiores a lo que se suele comprender con la palabra progreso. Este progreso, pues, es incompatible, y yo lo digo melancólicamente, con auges nuevos de las actividades que llegaron a su cenit en la civilización antigua, y entre ellas la cocina francesa.

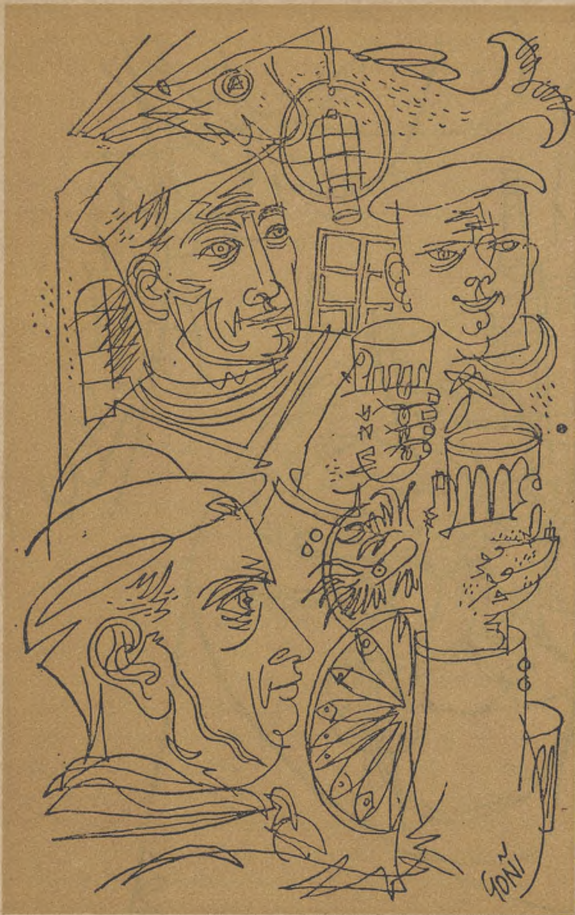
La cocina italiana y la española son cosa distinta. Son grandes y profundas cocinas, creadas por una milenaria tradición, pero sin el perfecto artificio, más depurado y más científico, de la francesa. La diferencia se podría expresar diciendo que la cocina francesa ha dejado de ser una cocina pura para ser, tanto como «cocina, mesa». El gran pontífice de la cocina francesa, Brillat Savarin, disertó con tino sobre las diferencias que separan el placer de comer, el placer de la pura cocina, del placer de la mesa. «El placer de comer—decía—supone tan sólo el hambre y la necesidad de satisfacerla, mientras que el placer de la mesa supone otros mil cuidados que preceden y acompañan a la comida, incluídos la preparación del lugar y la elección de los comensales.» Con palabras fisiológicas podría decirse que la cocina se refiere al modo grato de satisfacer el hambre, y la mesa, a los modos exquisitos de excitar y satisfacer el apetito. Poroue no es lo mismo hambre que apetito. Hambre es la llamada pura de un instinto; apetito es un sentimiento en parte instintivo, en parte intelectual, y, por tanto, aunque creado sobre una base natural, capaz de satisfacerse por modos mucho más delicados que el simple comer.



A de entenderse, empero, esta clasificación sin demasiado rigor. Toda hambre implica una secuela de apetito, y en el fondo de todo apetito hay un elemento de hambre. Mas subsiste siempre la diferencia, y ésta nos permite insistir en que la cocina francesa es propicia para la satisfacción del apetito, y las cocinas española e italiana, para satisfacer el hambre. No pasemos de aquí. No conviene llevar, repito, demasiado lejos la diferenciación entre el apetito y el hambre. No sigamos a Brillat Savarin cuando anota despectivamente que el hambre nos iguala a los animales, mientras que el placer de la mesa, el apetito, es atributo particular de la especie humana. Hay en esto un fondo de verdad. Pero la superioridad del hombre sobre el bruto no consiste tanto en sustituir los instintos por sentimientos, como en ennoblecer los instintos de tal modo, que, sin dejar de serlo, pierdan su sentido de fuerza ciega para trocarse en alegre y consciente necesidad, que se calma, no con lo primero que se halla a mano, sino con recursos previstos por un mecanismo intelectual.

He aquí por qué la cocina española o la italiana, que suponen larga tradición de cuidados y de buen gusto, conservan siempre el sentido empírico y el sabor natural de lo que está cerca de los instintos; mientras que la cocina francesa tiene, en su excelsitud, un acento de artificio que la aleja un tanto de los planos radicales del vivir. Brillat Savarin lo dice muy expresivamente al afirmar que el placer de la mesa—es decir, la comida francesa—es casi siempre independiente no sólo del hambre, sino del apetito, y, por lo tanto, puro, aunque maravilloso, artificio. Y hay un hecho que resueltamente lo confirma: cuando la vida se hace dura, cuando todo empieza a faltar—en las guerras, en las revoluciones—, la cocina francesa se anula, mientras que las cocinas italiana o española resisten, con posibilidades gratas, casi hasta que todo, hasta lo más elemental, ha desaparecido del mercado.

Por GREGORIO MARAÑON (De la Real Academia Española)





HORA vamos a hablar sólo de la recia, empírica y simple cocina española. Y hay, ante todo, que reivindicar su categoría de gran cocina, porque durante largo tiempo ha sido combatida, denigrada, por los mal intencionados y por los poco expertos. Yo no he hecho nunca demasiado caso de la llamada leyenda negra ni de las leyendas de cualquier otro color, porque creo que Dios y la Historia juzgan a los hombres y a sus hechos, no por lo que de ellos se dice, sino por lo que realmente hacen y son. No obstante, en más de una ocasión me he irritado ante la que parece universal confabulación contra uno de los valores más estrictos y más nobles de España, que es su cocina.

En realidad, apenas se hace nada en la vida con mala intención. Casi todo lo que parece mal intencionado tiene su fondo de justicia. Y ese fondo justo existe, y hay que decirlo, en la mala reputación que, en general, ha tenido nuestro comer nacional. La buena cocina española es muy poco propicia para la improvisación; por tanto, para las grandes mesas de los públicos comedores, en suma, para la comida de fonda (yo escribiré siempre con mucho más gusto «fonda» que «hotel»). La cocina española necesita buscar las cosas y prepararlas lentamente. Un buen plato español no sale bien como dos y dos son cuatro, sino que, en su excelencia, pone siempre su último condimento el azar, lo que en el lenguaje cocineril se llama «el punto». En esto, en «el punto», está, a la vez, su peligro y su gloria y es achaque común a toda la vida nacional. El mismo Cajal, prototipo insigne de nuestros hombres de ciencia, cuando ponía en la estufa sus cortes de tejidos, inmersos en una mezcla colorante, operación que tenía mucho de culinaria, no podía olvidar su condición de español popular, y en lugar de esperar tranquilamente, con el reloj en la mano, como los profesores extranjeros, el seguro resultado de la operación, exclamaba, dando un suspiro: «Y ahora, ¡que sea lo que Dios quiera!» Es la misma exclamación de cualquier cocinera española al poner el guisado al fuego. En Dios confía siempre al colocar sobre la brasa lenta el enciclopédico cocido o la policroma paella. Y claro es que el viajero apresurado y de gastos limitados y previstos, el turista, no siempre puede satisfacerse con esta celestial colaboración; ha de atenerse al yantar improvisado, pero fácil y seguro, de la fonda, y en este aspecto nuestra cocina no puede rivalizar, no ya con la francesa, que tiene siempre fórmulas gratas para cada ocasión y para cada apuro, sino con la simple refección sin mantel de los países industriales. La cocina española, en trances de urgencia, tiene que recurrir al frito. Y he aquí por qué el frito, la fritanza, con aceite, muchas veces malo y menos veces muy bueno, recurso invariable del figón poco provisto, ha sido durante varios siglos la fachada de nuestra cocina para el viajero de paso, que es el que después publica sus notas de ruta y forma, más allá de la frontera, la reputación nacional.



ESGRACIADAMENTE, la leyenda de la mala cocina, en parte justificada por lo que acabo de decir, se ha mantenido cuando ya no tenía, como no fuera excepcionalmente, razón de ser. Y se debe esta persistencia a la reputación peculiar de España, reputación de país pintoresco, porque lo pintoresco es siempre una novela amasada con realidades y mentiras, cuya tónica habitual consiste en no parecerse a lo reglamentado, a lo que dicen las Guías, sino exhibir un carácter extraordinario e imprevisto, con algo de incomodidad y unos granos de peligro, para que, en suma, se tenga la impresión de la aventura, que es la suprema aspiración de los mejores viajeros. Hay muchos, a la larga los más apasionados amigos nuestros, que gustan del mesón inundado por la nube de vapor irritante que expelen las sartenes sobre la leña, que hace toser y aun desmayarse, como le ocurrió a monsieur Rostand en su primer alto en España, apenas traspuesta la frontera.

Mas todo esto, que todavía se puede encontrar, y que, en todo caso, lo pueden preparar, previo aviso, los agentes del turismo, no puede representar ya a la cocina española. La verdad es que, no ya en los admirables paradores que creara aquel extraordinario marqués de la Vega Inclán y hoy se alzan en todos los puntos estratégicos de las carreteras de España, sino en las fondas corrientes de los pueblos, y no digamos en los grandes hoteles de las ciudades, se puede comer bien, como en cualquier parte, es decir, con arreglo a ese patrón casi universal que rige en las cocinas públicas de todo el mundo y es uno de los síntomas del rápido declive de la individualidad humana hacia la unificación de vida.

Pero, cuidado; todo esto, que puede estar bien, que muchas veces lo está, no es tampoco la cocina española. Es ésta una realidad esquiva. Requiere, como antes he dicho, lentitud y azar en la confección, y ahora añado que comensales amigos y pocos en número. Es, podríamos decir, la nuestra una cocina «di camera». Y para gustarla hay que vivir en la intimidad de los hogares bien acomodados o en raros comedores públicos, que no faltan, sin embargo, en las ciudades y pueblos de buena tradición gastronómica, cuyos nombres escribiría yo aquí con tanto gusto y con tanta justicia como la de los grandes pintores o escritores o los de los más eficaces ministros de Relaciones Exteriores, si no fuera por mantener esta apología al abrigo de toda sospecha de venalidad.

Es cierto que no todas las regiones hispánicas tienen esa tradición culinaria. En algunas de ellas, de austerísima vida, la tradición es la frugalidad, que, aunque inspira muchas virtudes, no suele ser propicia a los platos suculentos, ya que éstos exigen, no sólo abundancia en el mercado, sino una visión sensual de la vida que acaso sea, a su vez, consecuencia de la abundancia. Son estos pueblos de vida casi ascética, interesantísimos desde puntos de vista de la más alta categoría histórica, arqueológica, sentimental y heroica. Recordemos a cualquiera de los que se alzan en la meseta central. Mas el que quiera gustar estos goces espirituales debe ir preparado a hacerlo en su forma estricta y pura, desdeñando las fruiciones sensuales y con la alforja bien dispuesta. En estas villas y pueblos donde hubo un gran castillo con su recinto de murallas que se alzan todavía, llenas de misterio; donde hay iglesias, con rincones de imprevista belleza; conventos de maravillosa historia y plazas y callejuelas que parecen petrificadas en un siglo remoto; en estos pueblos donde se vive con el espíritu alimentado de recuerdos puros, es inútil preguntar por el mesón donde se comen los platos populares, porque estos platos populares pueden reducirse a pan con tasajo, queso y vino, como en el banquete de los cabreros que elogió, en el momento más inspirado de su gloriosa vida, Don Quijote de la Mancha.

Mas al lado de estos lugares, que acaso son, en muchos aspectos, lo mejor de España, hay otros que a su belleza natural y a la creada por los hombres suman una extraordinaria cocina. Voy a nombrar a algunos, excusándome con los que olvido, porque en otra ocasión en que toqué estos mismos temas hube de recibir protestas enconadas de las fuerzas vivas de los que no había citado y aun amenazas anónimas de gentes que, sin duda, habían vinculado su honor regional a un guiso típico, que yo no conocía u olvidé de alabar.





ON estas reservas he de nombrar, ante todo, a la región vasca, sin duda a la cabeza de las excelencias hispánicas de la cocina, con tan unánime reconocimiento, que basta su mención. Son sus características los guisos gustosísimos con que prepara el pescado de sus pingües mares: la merluza, el calamar, el bonito o ese bacalao que traen sus valerosos marineros de riberas remotas y que, aunque difundido por todos los continentes, no ha logrado convertirse en suculento manjar, con varios matices a cual más peregrinos, sino en los hogares vascos, donde toda mujer, y lo digo como su mejor elogio, hace con portentosa capacidad de hacer feliz a los que coman bajo su férula casera. La buena cocina ha ayudado mucho al sacerdote para el alto nivel moral, que es una de las fuerzas del país vascongado.

También se come de modo excelente en la región de la Montaña, más cerca de Castilla, y, por tanto más austera, pero donde, sin tanta magnificencia, la mesa está tradicionalmente provista del cocido montañés, uno de los mejores de España, de sus peces admirables y de todos los abundantes postres, que pueden confeccionarse con la leche copiosa de su ganadería.

Asturias y Galicia, países ambos de gente de buen diente, se distinguen por la suculencia de sus ollas, en las que la austeridad inicial de las legumbres se enriquece hasta el frenesí con la abundante adición de los productos del cerdo. La fabada asturiana, el lacón con grelos y otros complejos platos regionales de su categoría son difíciles de olvidar, aun en el caso en que no turben la digestión, y las copiosas libaciones que exigen dan a su degustación acentos de pantagruélica alegría. En la calidad y preparación de crustáceos y mariscos emula esta parte de la región cantábrica a Vasconia. Las vieiras gallegas, únicas, ungidas de leyendas piadosas, no tienen rival, ni las ostras de las paradisíacas rías de este «finisterre» peninsular.

En toda la zona de Levante reina, con rutilante y variada gloria, la paella. Maravillosa es la valenciana. Nadie puede poner peros a su calidad, que se mantiene sin desmayos a través de los siglos: desde los días en que un embajador de Luis XIV, sabio en todas las artes culinarias, moría, empero, a los tres días de desembarcar, ahíto de paella valenciana, hasta nuestras horas de hoy, en que uno de los grandes cirujanos de la América actual me confió que por una paella como la que acababa de gustar en Valencia cambiaría todo el Museo del Prado. Pero es justo decir que desde el cabo de San Vicente hasta los Pirineos no hay pueblo, grande o chico, donde en cualquier casa de comidas o en cualquier rancho de pescadores no se guise de modo incomparable el arroz, ya con arreglo a las pautas clásicas de la paella, ya en sus otras variedades, unas más sobrias, otras más ricas, «a banda», a la marinera, con sólo pescado o con representación de toda la zoología y del reino vegetal. Ciudades hay que exhiben por docenas los matices, diversos y todos inspirados y exquisitos, en la forma de preparar el arroz. Y no le van en zaga a éste las sopas de pescado, compuestas con los jugos de increíbles variedades de la fauna marina, de sustancia enriquecida por la salobre densidad del Mediterráneo.



UELE tener fama mediocre la cocina andaluza. Es cierto que allí saben criar el ganado y torearlo, pero no lo saben comer. Y, en conjunto, al lado de la belleza de las cosas y de la gracia de los seres vivos, el deleite de comer queda reducido a un segundo lugar. Sin embargo, el viajero imparcial tiene que contar, entre sus mejores recuerdos gastronómicos, algunos andaluces, como los almuerzos de pescado en la costa de Málaga, con la sopa de rape, que, cuando es buena—y lo es casi siempre—, no admite parangón con las demás que, en España o fuera de ella, se hacen al borde del Mediterráneo; con los chanquetes, «espuma de mar frita», como los llamara don Ignacio Zuloaga; con los consabidos boquerones y con todo lo demás que da el copo de cada día, y que condimenta, más que el arte de los cocineros, el garbo del país. No faltaba razón a un francés muy amigo mío cuando me dijo en una ocasión, saboreando, los dos y otras personas, una de estas ictiósicas comidas, en la playa luminosa, que todo tenía que parecer excelente allí, con el adobo incomparable del sol y de la luz. La decoración, en efecto, forma parte del éxito de la mesa; ya lo decía Brillat Savarin. Pero, aun sin la decoración de la tierra andaluza, el pescado frito, que en cualquier freiduría se compra por poco dinero—aun ahora—y se lleva a casa, en un cucurucho de papel que apenas trasciende de grasa, es bocado exquisito si se come en paz, engranando el espíritu en el ambiente, sutil y

leve, de aquellos parajes y acompañado del dorado vino ligero, que allí alegra de modo distinto que en otras partes el humano corazón.

Siempre me ha admirado que pueda juzgarse con desdén el pescado frito andaluz, porque, en verdad, su exacto punto supone una sabiduría vieja difícil de imitar. Pedid en el mejor restaurante del mundo los platos más difíciles y os los reproducirán, sin más que copiar una receta. Pedid pescado frito a la andaluza y el más hábil cocinero sólo conseguirá una parodia, porque le faltará la gran sartén impregnada del aceite refrito y empapada en marinos jugos seculares, la gustosa variedad de los pescados y el no aprendido «punto», que conserva la frescura de la carne del pez recién pescado bajo el tostado exacto de la piel. No le falta a la incomparable fritura más que unas gotas de limón para no tener par. Y conste aquí mi protesta ante el desdén con que al limón ha tratado un ingenio tan profundo como Eugenio d'Ors. El limón, que Virgilio alabó ya como una fresca y agridulce representación de la adolescencia en la gama de los sabores, tiene virtud suficiente para disimular el mal gusto y neutralizar el peligro de los manjares corruptos; pero a los exquisitos les añade siempre incomparable delicadeza y prestancia.

De la cocina andaluza debe alabarse también la variedad regional del cocido, que, a diferencia del de otros distritos culinarios, es ligero, casi sutil, apenas in otros ingredientes que las legumbres y algunas verduras y verdolagas; pero tan bien compuesto y tan sabroso, que puede competir con los fastuosamente suculentos de Castilla, del Norte o de Levante.


aun queda por encomiar el gazpacho, sapientísima combinación empírica de todos los simples fundamentales para una buena nutrición, que, muchos siglos después, nos revelaría la ciencia de las vitaminas. La vanidad de la mente humana venía considerando el gazpacho como una especie de refresco para pobres, más o menos grato al paladar, pero desprovisto de propiedades alimenticias. Las gentes doctas de hace unos decenios maravillábanse de que con un plato tan liviano pudieran los segadores afanarse durante tantas horas bajo el sol canicular. Ignoraban que el instinto popular se había adelantado en muchas centurias a los profesores de dietética y que, exactamente, esa emulsión de aceite en agua fría, con el aditamento de vinagre y sal, pimentón, tomate majado, pan y otros ingredientes, contiene todo lo preciso para sostener a los trabajadores entregados a las más rudas labores. Con el vino, que casi nunca falta, su eficacia se acentúa, y si pudiera añadírsele un buen trozo de carne—y esto ya es más difícil para los bolsillos populares—, podría considerarse el gazpacho como alimento muy próximo a la perfección. En la misma Andalucía hay numerosas variedades de gazpacho; el de Sevilla difiere del de Cádiz, del cordobés o del granadino, y aun, dentro de cada región o ciudad, pueden gustarse gazpachos diversos, a veces sólo diferenciables por un leve matiz. El buen catador los conoce y diagnostica sin vacilar.

En conjunto, la cocina andaluza se distingue, com acaba de verse, por su sobriedad. Son los suyos platos de poco precio, porque la pecunia de gran parte de los andaluces no da para más; y los ricos suelen contagiarse y ser sobrios también. Extraña al que viaja por Andalucía que en las ciudades más ricas no haya restaurantes lujosos, con largas listas de manjares, sino sólo—fuera de los hoteles de cocina universal—freidurías o tabernillas modestas, donde apenas haya nada que escoger fuera de lo aquí comentado. Pero este tono económico de la cocina andaluza tiene su sentido, que es el montenerla a un nivel poco variable, cualesquiera que sean las circunstancias, que allí, como región muy campesina, cambian fácilmente, según la generosidad del cielo, desde la opulencia que trae la cosecha ubérrima a la angustiosa restricción de los años de sequía.


AS provincias de Castilla la Nueva y la Vieja no son precisamente ricas. Pero tampoco escasean de elementos y de ingenio culinario, y así, su cocina, cuando la manejan manos doctas y no cuidadosas, puede exhibirse como excelente, no sin sorpresa de los que creen en las leyendas que tuvieron su origen en las ventas y fonduchos de tiempos que pasaron ya. No debe olvidarse que en los campos castellanos y en las laderas de sus serranías se cría la ternera de la calidad de la de Avila, tan delicada y sabrosa, que, asada sin adobo alguno, por su propia excelencia, puede figurar en los más encopetados festines; el cordero de Burgos, sin otro rival posible que el de Navarra, de ternura pascual, seco y bienoliente, como nutrido con pastos enjutos y especiosos; los conejos que pululan en sus tomillares, de recio y perdurable olor; las perdices cebadas en las vastas sementeras; las truchas ágiles, de carne enjuta y delicadísima, como criadas en los ríos y arroyos rápidos, ríos sin barro, pedregosos y de arena batida por los remolinos.

La enumeración sería larga. En el orden vegetal, son justamente famosas las legumbres castellanas, las judías—las de la región del Tormes, como el Barco de Avila, dignas de paladares egregios—y el garbanzo, como el de tierra de Zamora, de calidades únicas.

De castellana estirpe es el ajo arriero, con el que se adoba el bacalao o truchuela, convirtiéndolo en bocado finísimo, a pesar del abundante ajo—siempre excelente y saludable—, a pesar de su villanía; plato difícil de confeccionar para quien no posea el tino empírico de su punto; pero, con todo, no raro de hallar, en sus mejores formas, en los figones del camino o en las posadas pueblerinas. Citaré también las humildes, pero sabrosas migas, alimento de pobres y de ricos, hechas con casi nada (pan, sal, pimentón y torreznos, salteados en aceite), que, en toda Castilla y, por extensión, en casi toda España, sirven de excelente desayuno o merienda a rústicos, a cazadores, a monjes y aun a los que disponen de copiosa hacienda.

Con estos y otros sucintos elementos, la cocina castellana elabora variadas suculencias: una perdiz estofada al uso de Toledo; una rosada trucha, cocida, con salsa de cebollas, como se adereza en las tierras de Santa Teresa; un tierno conejo guisado con tomate o desmenuzado y adornado de numerosos aditamentos sabrosos para componer el llamado «gazpacho manchego», delicia de los cazadores en los pagos que recorrió Don Quijote, pueden emular a los platos más incitantes de cualquier otra cocina de la tierra.

Pieza maestra de la cocina castellana es también el pisto, cuya variedad más conocida es la manchega, pero que pertenece a toda la meseta central, desde donde se irradió a la Península entera y atravesó triunfalmente el inexpugnable Pirineo; porque la piperada vasca es—quiéranlo o no algunos intransigentes—imitación del pisto; y otro tanto podría decirse de la chanfaina con que el caudaloso y simpático catalán adoba sus excelentes pollos. El pisto, a base de pimiento y tomate, admite inacabables matices y es siempre ejemplar porque convierte en suculencia, a fuerza de gracia, na sucinta combinación de vegetales modestísimos.

Las tierras salmantina y extremeña, tierras por el norte castellanas viejas, manchegas por su zona central, con atisbos de andaluzas por el sur, tienen también su cocina genuina, de escasa variedad, pero de notable suculencia. Su elemento central es el cerdo, ya fresco, ya salado, ya en las múltiples formas de la chacina y embutido, que a todo proveen los ejércitos de este animal bendito, pobladores de los hermosos encinares de la región; animales negros y enjutos, que condensan en sus músculos el fuerte alimento de la bellota y de las hierbas aromáticas de sus campos.

Algunos de los jamones extremeños, como los de Montánchez, figuran en el universal cuadro de honor de este maravilloso alimento, en noble competencia con los jamones serranos, a cuya cabeza figura la corta pero exquisita cosecha de Trevélez y sus aledaños de las Alpujarras, cuya excelencia débese, en gran parte, al copioso número de víboras que en la región pululan y que este animal devora. Bastarían los jamones de España para hacer insigne su cocina. No he conocido a nadie a quien no entusiasmen, ni a nadie a quien no hagan bien; ni hay una sola enfermedad en la que el médico, si no está inficionado de pedantería, pueda prohibir el jamón con fundamento; su eficacia nutritiva y la levedad con que se digiere le convierten casi en bienhechora medicina.

Capítulo aparte merecen los dulces, las frutas y los vinos de España.

Creo que, sin baladronada, el español puede desafiar a los demás habitantes de la tierra en el terreno de los dulces. Discútanse en buena hora sus guisados, pero que nadie ose rebajar la insigne variedad y dulzura de sus postres, inventados, elaborados y, a través de los siglos, llevados a la perfección por la reunión felicísima de dos circunstancias típicas de nuestra Península: una, la sabiduría de los moros, que, a la vez que sus maravillosos monumentos, nos dejaron las huellas de sus costumbres, y entre ellas, el arte de los dulces, utilizando magistralmente la almendra, el huevo, la miel—tan rica en sabor y variedades entre nosotros—, y, por otra parte, la abundancia de conventos de religiosas, que dedican algunas horas de su tiempo, de su fervor y de su gracia a la confección de estos melifluos productos, que, a veces, parecen anticipo de lo que deben ser las celestiales colaciones. Los confiteteros han industrializado, con más o menos tino, estas recetas, que representan una más de las relaciones—tan bien estudiadas por los sabios de hoy—entre el espíritu musulmán y el cristiano. Pero en las cocinas conventuales, por donde no pasa el tiempo ni la malicia, o en la tradición de los hogares hispánicos, perdura, impoluto, el arte de regalar, con la fastuosa variedad de almíbares, compotas, natillas, pasteles y bizcochos, las horas de la alegría posprandial o los momentos solemnes de la vida, desde el nacimiento del nuevo se hasta la jubilación del abuelo. ¡Con cuánta emoción he visto, en la vasta América, reproducidos por confiteros, a veces de razas exóticas, todos los conventuales dulces de España! En ocasiones, bocados que ellos y nosotros creemos indígenas, son, al igual que muchas de sus expresiones y palabras, supervivencias de realidades que fueron en la Península y que el tiempo extinguió.

Y vamos a las frutas. Casi es un tópico hablar de las naranjas nuestras, a las que en tiempos pasados dediqué un elogio sentimental y científico, que dió la vuelta al mundo, no por su escaso mérito, sino porque lo llevaron a todas partes, rodando como bolas áureas, estos frutos semidivinos, que Eva utilizó, según los bien informados, y no la manzana, para inducir a su primer y trascendente engaño al crédulo varón. Ahí está, en pie y vigente, todo lo que entonces dije. Una naranja que se come va dejando limpios, renovados, frescos, los órganos por donde pasa, y después, los íntimos tejidos, por donde la sangre hace circular su quintaesencia. El litoral de las tierras levantinas, las huertas ubérrimas de la provincia de Murcia y buena parte de Andalucía proporcionan cascadas de esa fruta insigne, oro auténtico para la salud. Y hasta ahora, ni en ninguna otra tierra ni en la nuestra, los progresos del cultivo han logrado superar la finura y la variedad de la clásica naranja española, que, allí donde vaya, pasea sin competencia y sin petulancia (porque no habla) su supremacía.

Todas las otras variedades de frutas, las de estas regiones del Mediterráneo y del Sur, las de las fuertes vegas aragonesas y riojanas, las de algunas tierras de Castilla, las de las umbrías cantábricas, se distinguen por la misma profundidad de su aroma, por la misma agudeza de su sabor. Acaso en una mesa solemne no podría la fruta española competir en fastuosa apariencia con la de otros países, menos ásperos y más trabajada por la ciencia; mas a la hora de gustarlas, dejad, amigos, las exóticas, lustradas, gigantescas naranjas, manzanas, ciruelas o uvas de los pueblos remotos y escoged la fruta nuestra: la naranja, henchida

y sobria como el pecho de una diosa adolescente, o la manzana aromosa y leve de las laderas de Asturias o de la opulenta huerta murciana; el menudo albillo de nuestras parras, o el humilde y copioso melón de secano, exquisito cual ningún otro cuando se acierta, porque, al fin como de España, une a sus realidades excelentes el prestigio de la aventura, ya que, sin saber cómo, puede resultar tan deslavazado y soso como la más vulgar de las cucurbitáceas. En cualquiera de estos hispánicos frutos encontraréis la perfección antigua depurada por los siglos, cada vez más profunda por vieja, y cada primavera, empero, renovada. Las tierras nuevas nunca podrán alcanzar su dionisíaca perfección.



los quesos! Yo no regateo un punto los méritos de los grandes países queseros—Francia, Suiza, Inglaterra, Italia—; pero reverenciemos los quesos españoles, que no siempre son conocidos y apreciados y que, ¡vive Dios!, merecen serlo. Hay en la Península dos tipos de queso: el queso-alimento y el queso-postre. Prototipo del primero es el famosísimo de la Mancha, el que llevaba en trozos, endurecidos como cantos, en sus alforjas, Sancho Panza y el que, con las dulces bellotas de las encinas de la Sierra, formaba el plato fuerte de la cena inmortal de los cabreros.

No hay pueblo de la Mancha donde no se elabore. Acaso los mejores sean los de las tierras de Ciudad Real. Ya tierno, ya seco, ya conservado en aceite, este denso y nutritivo manjar ha sido para millares de españoles, durante días y días, el plato fuerte de su yantar, sin más colaboración que el pan y el vino, y ninguno para este menester como el de Valdepeñas. Mas no siempre este frugalísimo almuerzo es triste recurso del que no tiene otra cosa, porque, aun poseyéndolo todo, nada satisface—cuando, por ejemplo, se viaje por España como debe viajarse, es decir, a pie, a lomos de cuadrúpedo o en automóvil—como el detenerse bajo los álamos de un sotillo o a la sombra de un encinar o de los plateados olivos, y satisfacer el hambre que despierta el aire seco y fino con un trozo de queso manchego, con pan blanco —¡si le hay!—y con unos tragos de vino recio, paisano del queso, con leve sabor a bota. Pavos trufados no sabrían mejor. El queso manchego tiene, además, el prestigio literario, el regusto quijotesco, que tampoco es de olvidar, porque el entusiasmo no admite competencia con los aperitivos y eupépticos que recetan los doctores.

Pero la hispánica quesería no se reduce a esta especie ni a las otras similares que el pueblo fabrica para su sustento, cuando va de camino, o en casa, cuando lo demás escasea. Hay otros quesos, finos, quesos de mesa y postre, de alta calidad y en número y excelencia que aumentan cada día. Yo, que, entre otras muchas mercedes, debo a Dios el saber entusiasmarme por el queso, sin el que ninguna comida es perfecta, conozco, creo que una a una, todas las variedades de nuestra industria queseril, que apenas pueden enumerarse; tan copiosas son. Prodúcense ya en las majadas mismas o en los caseríos, por individual iniciativa, aunque sujeta a las normas de la región; ya en fábricas locales, que han acertado, por lo común, a industrializar la producción sin detrimento de aquellas cualidades de artesanía primitiva, que son su mayor mérito.

Según me saltan a la memoria, citaré el queso ahumado y sabrosísimo, con sabor a Pirineo, de Idiazábal, en Guipúzcoa, que tiene, como los melones, entre otros encantos, el de la sorpresa de sus excelencias, distinta de uno a otro ejemplar e imposible de prever. Excelentes son también los quesos de la Montaña santanderina, entre ellos el frágil de Valle de Pas, cuya corta y sabrosa vida se conserva entre belénicos juncos; los de Galicia y Asturias, menos inocentes, como los de «pestífera fragancia», que decía Galdós, y, por ello, apreciados de los muy entendidos, cual el extraordinario de Cabrales; el también fresco y famosísimo de Burgos; los de Villalón, de casta ilustre, y otros análogos en Castilla la Vieja, y muchos más, sin olvidar los de las islas, los excelentes de Baleares y el canario llamado «de flor», que, en efecto, lo parece por la suavidad de su gusto y por su aroma sutil.

Aquí debía terminar esta reseña apologética del comer español; pero no sería lícito eludir una mención a los vinos ibéricos, cuya abundancia es proverbial, cuya exquisitez, en ciertos caldos generosos, es una de las fachadas más ilustres e indiscutidas de la nacional producción, pero cuya valoración total no se ha hecho todavía en lo que hoy es ya y en lo que será en el futuro.

Precisamente lo que marca el momento actual en nuestra producción vinícola es una leve—seguramente pasajera—disminución de la excelencia de las grandes marcas generosas del Sur y un progreso en la calidad de los vinos de mesa, desde siempre excelentes, pero en muchas ocasiones elaborados sin exquisitez.

Frente al Sur, frente a Jerez y Sanlúcar, frente al Montilla y frente al Málaga, sucesor éste de aquel egregio Pedro Ximénex, que dió en triunfo la vuelta a Europa; sancionados ya todos ellos, se alzan con creciente prestigio los vinos de la Mancha y Rioja, los admirables de Cataluña, los de Castilla la Vieja y la Nueva (magníficos los de las tierras de Madrid), los aragoneses, los de la costa cantábrica, entre ellos los exquisitos del Ribeiro y el chacolí, que, cuando es bueno, compite en su gustosa fragilidad con los mejores mostos de donde se quiera.

Apenas hay lugar en España donde, al sentarse a la mesa a elegir la comida, o comer lo que den, no nos ofrezcan, junto a las posibles botellas de marca, el vino del país. En la duda, elíjase siempre este último, el indígena: era el consejo del gran Ignacio Zuloaga, compañero inolvidable en nuestras correrías por los rincones más apartados de la Península y expertísimo catador de nuestros caldos. Ya hoy no puede hablarse de la rudeza de nuestros vinos de comer, y digo «de comer» y no «de mesa» porque muchos de ellos se hicieron para caer directamente de la bota o del jarro al gaznate, sin la complicación de la botella encorchada, el vaso y el mantel. Los hay todavía que exhiben con franqueza casi feroz sus ásperas cualidades nativas. Pero otros, la mayor parte, han sido elaborados con táctica e inteligencia, y sin hacer comparaciones inadecuadas—porque cada país, como tiene su habla, su cielo y sus costumbres, tiene también su vino, y nada de esto se debe discutir—, hoy podemos afirmar que hay muchos tintos, tintillos y blancos españoles que son insuperables para acompañar a la comida nacional, y algunos, de tan universal bondad, que podrían viajar y degustarse victoriosamente en las mejores mesas extranjeras.

El azar, que preside, en último término, el que una cosecha resulte de mejor o peor excelencia, sube de punto en España. Sobran, entre nosotros, esos calendarios impresos que los buenos bebedores de Europa llevan en la cartera para evaluar, ante la partida de nacimiento de una botella, su probable excelencia. Los años gloriosísimos de cada vino, aquí los pueden recordar, sin notas impresas, hasta los flacos de memoria. Mas no importa, porque la virtud del tinto español no depende de esas cualidades fortuitas, que el tiempo elabora, y el artificio de los bodegueros acentúa, sino de su común y radical y espontánea generosidad. Lo que es esencialmente el vino, lo que significa en el vivir humano, no se acaba de saber frente a una copa frágil, en la que se escancia, a pulso, el contenido de una botella valetudinaria; donde se sabe a fondo es en ese chorro de la bota o del jarro, en el que, tras la caminata en verano, el vino, anónimo como el agua y la tierra, parece que cae, a través de las fauces, en el corazón mismo, como milagrosa transfusión. O bien—¡tristes los que no lo hayan gozado!— en esas comidas, en la catacumba fresca de una bodega riojana, en la que, a muchos metros de profundidad, cerca ya, llegamos a creer, del centro de la tierra, se riegan los viriles manjares de aquella heroica cocina con el vino joven, casi recién exprimido, como el que hizo perder la cabeza a los santos patriarcas; más que joven, niño, y, como tal, capaz de urdir en el cerebro y en el corazón las más extravagantes y las más inocentes diabluras.

He aquí lector de todas partes, una visión sintética de la admirable cocina española. Sólo conociéndola a fondo—y reconozco que no es fácil siempre—puede decirse que se conoce bien el hermoso país que la ha creado. Los paisajes incomparables y diversos de España, su luz de diamante, su alegría, el relámpago místico, trágico o romántico que, sin pensarlo, cruza de pronto su cielo azul; el arte, lleno de original aliento; todo esto está bien; pero no olvides, lector, buscar los rincones en que puedas, con un buen vino a la mano, gozar de los recios o sutiles platos nacionales.

Acaso en ningún otro país encuentres que la cocina tiene una escala tan diversa de matices como en la nuestra, desde el sustento rudimentario de los pastores, que Cervantes comparó al de la dichosa edad dorada, y Keiserling, al de los habitantes de la edad de piedra, hasta los banquetes liberales y copiosos de los palacios y de los ricos labradores, que emulan al romano festín o a la generosidad de Camacho; y, en el centro de estos dos extremos, el cotidiano sustento de los más, sencillo, diverso, sabroso y pulcro, incapaz de hartar ni de aburrir, y, sobre todo esto, sazonado con patriarcal ascetismo. Porque no se olvide que, entre nosotros, Dios vigila los pucheros, y que el propio Altimiras, cocinero y tratadista famoso, dedicaba sus recetas al beato Diego de Alcalá, rogándole, decía: «que dirijáis mis operaciones para que, cumpliendo, a vuestra imitación, las obligaciones de mi estado cocineril, pueda gozar de vuestra compañía en el cielo».

(Del libro «El Alma de España»)

España en cifras

Statistics about Spain



SPAIN'S INHABITANTS









ESPAÑA AGRICOLA

España es un país predominantemente agrícola y al cultivo del campo se dedica el 50 por 100 de su población activa. Hay vestigios de acequias anteriores al descubrimiento de España por los pueblos de Oriente y múltiples pruebas de la preexistencia de una cultura ibérica, basada, como toda civilización, en la agricultura.

Roma, pasados los días de los Cincinato y de los Graco, trocada ya la noble ocupación de cultivar la tierra en bajo menester de esclavos, hizo de Iberia una provincia nutriz, en la que Columela pudo superar las obras de los geopónicos griegos y latinos con su tratado «De Re Rústica», porque éste era un compendio de la técnica indígena multisecular.

Los pueblos islámicos, en gran parte nómadas guerreros, trocáronse en España maestros en las ciencias y en las artes del campo.

Pero la larga Reconquista, las guerras de Religión y las empresas colonizadoras trasatlánticas retardaron el auge de la agricultura en España. Las tierras del Nuevo Mundo, no sólo fueron descubiertas y conquistadas por nautas y guerreros, también fueron desbrozadas, saneadas y labradas, con más continuado heroísmo, por los labriegos españoles, que importaron y aclimataron la mayor parte de los vegetales que hoy constituyen la riqueza natural de América y de Oceanía.

Hoy, al amparo de la paz bien ganada, una tutelar política economicosocial restaura la primordial virtud hispánica: el cultivo amoroso de la tierra.

AGRICULTURAL SPAIN

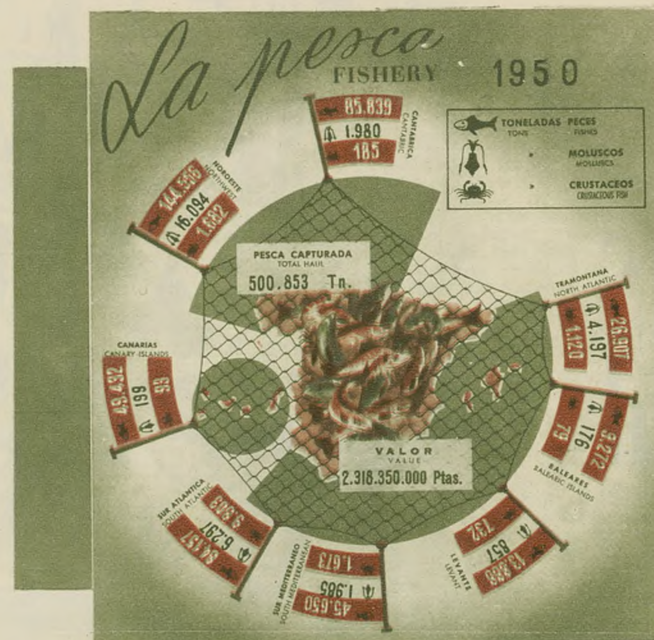
Spain is, essentially, an agricultural country, and fifty per cent of her active population is dedicated to the cultivation of the soil. There are vestiges of irrigation canals previous to the discovery of Spain by the Eastern peoples, and abundant evidence of the pre-existence of an Iberian culture, based—as every civilization is—on agriculture.

Rome, after the times of Cincinnatus and the Graci, when the noble occupation of tilling the soil was considered to be the task of slaves, converted Iberia into a province mainly devoted to the fomentation of agriculture, and Columela was able to improve the works of Greek and Latin agriculturists with his book «De Re Rustica».

The Islamic peoples, of which the larger part were nomadic warriors, became in Spain masters of sciences and agricultural arts. Today they cultivate the El Andalus orchards in the Moroccan Protectorate.

But the long Reconquest, the Religious wars and the transatlantic colonizing enterprises, delayed the development of agriculture in Spain. The lands of the New World were not only discovered and conquered by mariners and warriors; they were cleared of weeds and rubbish and then cultivated by the Spanish farmers, who tirelessly laboured to acclimatize the vegetables which they imported into the New Continent and which today constitute the natural wealth of America and Oceania.

Today, sheltered by a peace won after a hard fight, a protecting economic-social policy is restoring the essential Hispanic virtue a loving cultivation of the soil.







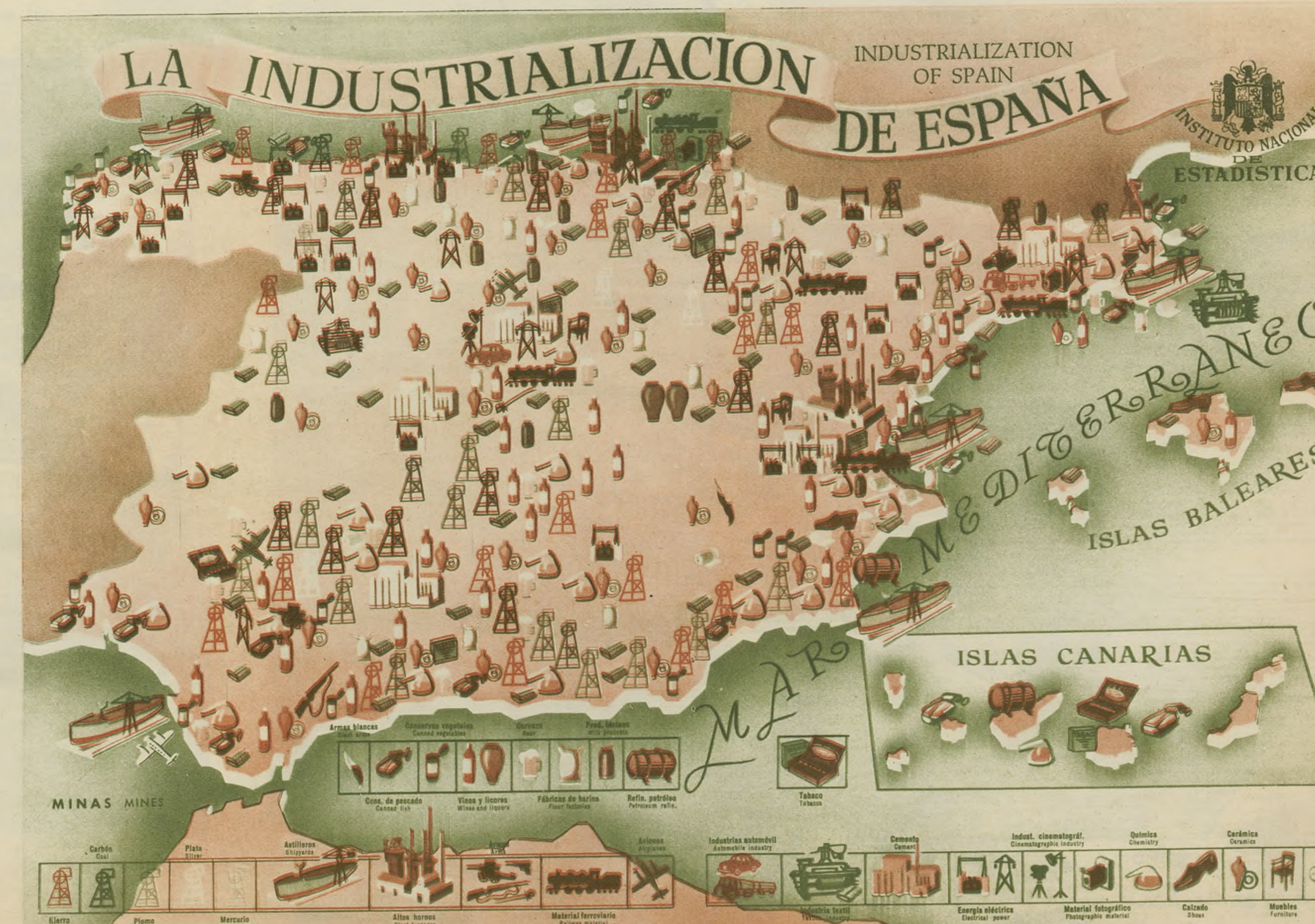




Dieciocho gráficos, en los que encontrará el lector un índice del resurgir económico de España, tanto en la variedad de los productos de su suelo como en el de su industrialización y reconstrucción.

Eighteen graphs in which the reader will find an indication of the economic resurgence of Spain, both in the variety of the products of her soil and in that of her industrialization and reconstruction.





1936: 3.000.000.000 de kwh.

1952: 11.000.000.000 de kwh.

Edificación

BUILDING **1951**

VIVIENDAS TERMINADAS SEGUN TIPOS DE ALQUILER

HOUSES FINISHED IN 1949 ACCORDING TO RENT LEVEL

A	(0 - 100 pesetas)	1.134
B	(101 - 250 pesetas)	3.890
C	(251 - 500 pesetas)	7.751
D	(501 - 750 pesetas)	3.065
E	(751 - 1.250 pesetas)	1.275
F	(1.251 - 1.750 pesetas)	249
G	(MÁS DE 1.750 pesetas)	202

TOTAL 17.566 VIVIENDAS HOUSES

EDIFICIOS TERMINADOS EN 1951 BUILDINGS FINISHED IN 1951

DESTINADOS A VIVIENDAS DWELLINGS 2.630

DESTINADOS A OTROS USOS FOR OTHER USES 45

La crisis de la vivienda es uno de los graves problemas generalizados en los tiempos presentes. En España se ha procurado aminorarle fomentando la construcción, no obstante las dificultades que la escasez y la carestía de los materiales y de la mano de obra originan.

En realidad, la construcción es un vasto conjunto de industrias que abarca desde todos oficios hasta las refinadas creaciones artísticas y las científicas instalaciones, que se basan en las últimas conquistas de la técnica. El auge de la construcción en un país es uno de los índices reveladores de su bienestar y de su prosperidad.

. . .

The housing shortage is one of the most serious problems in the world of today. In Spain every effort has been made to encourage construction, in spite of the difficulties which arise as a result of the lack of materials and labourers.

Construction really envisages a vast group of industries which include from the humblest grades to the more refined artistic creations and scientific installations based on the latest technical discoveries. An intense building activity in a country is the best proof of its well being and prosperity.

Materiales

MATERIALS

LADRILLOS - BRICKS

Número de FABRICAS Number of FACTORIES 129

PRODUCCION PRODUCTION 74.436.913 Kg.

HIERRO - IRON

VIGAS - BEAMS 7.515 Tm.

DOBLE T - DOUBLE T 4.187 "

VENTANALES - WINDOWS 496 "

CRISTAL - GLASS

Número de FABRICAS Number of FACTORIES 13

PRODUCCION PRODUCTION 2.573.000 Kg.

PROYECTOS DE OBRAS DE NUEVA PLANTA EN 1952

PROJECTS FOR NEW BUILDINGS

EDIFICIOS BUILDINGS 4.857

VIVIENDAS DWELLINGS 21.068

PRESUPUESTO BUDGET 1.980.000.000 Pts.

Fibras artificiales en España

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA

PRODUCCION EN MILLONES DE KILOGRAMOS

RAYON

FIBRA CELULOSICA CORTADA *cut cellulose fibre*

14 13 12 11 10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

AÑOS 1940 41 42 43 44 45 46 47 48 49 50

A. L. PADIAL

ARTIFICIAL FIBRES IN SPAIN

LA INDUSTRIA ALIMENTICIA

FOOD INDUSTRIES

TURRONES

...nish sweet usually made of almond-paste

1949 342 Ⓟ 45.600 Tm TURRONES

PASTAS PARA SOPA

SOUP PASTE

360 2465 1949 Ⓟ 121.872 Tm

BISCUITS

GALLETAS 1949 163 Ⓟ 60.276.520 Kg 4.798

...os turrones de Pascuas y, en general, las dulcerías son ...terísticas en España acaso por la herencia del pueblo ...e. El chocolate fué importado en 1519 por los Padres ...dictinos, quienes aprendieron su mezcla de los aztecas. ...que se tiene al italiano Carleti como su introductor en ...pa, cuando éste lo daba a conocer en Venecia el año 1606, ...había publicado en 1585 en Salamanca el libro de Fray ...López, *Instructorium conscientiæ* en el que se resumen las ...siones canónicas acerca de si el chocolate quebranta o ...ayuno.

...a moderna tendencia a facilitar la preparación de las ...das en el menor tiempo posible y prescindiendo del ...cio doméstico, multiplica la elaboración de productos ...enticios aun en los países que, como España, mantie...l criterio tradicional con respecto al hogar y la familia.

. . .

...he Christmas «turrones» (a Spanish sweet usual...ade of almond paste) and all sweets in general, ...always been produced in Spain in large quanti...no doubt as a heritage of the Arabs. Chocolate ...mported into Spain by the Benedictine Fathers ...19, who learned the method for its preparation ...the Aztecs. Although it is said that it was intro...d in Europe by the Italian Carleti, prior to the time ...he took it to Venice, which was in 1606, the ...by the clergyman Luis López entitled *Instructo...conscientiæ*, which made a summary of canonical ...ssions on whether or not chocolate broke the ...had already been published in Salamanca (1585). ...he modern trend to facilitate the preparation of ...in the shortest time possible without the assis...of servants, has intensified the preparation of ...products even in coun...which—as in the case ...ain—preserve traditio...ustoms in connection ...the home.

Producción

PRODUCTION

NUMERO DE FABRICAS NUMBER OF FACTORIES

NUMERO DE EMPLEADOS NUMBER OF EMPLOYEES

Ⓟ CAPACIDAD DE PRODUCCION ANUAL ANNUAL PRODUCTION CAPACITY

NUMERO DE CAJAS AL AÑO NUMBER OF CASES PER YEAR

CHOCOLATE

CHOCOLATES 1.362 7.238 Ⓟ 41.860 Tm.

LECHE CONDENSADA 1950 .... 15 ... 815.956

CONSERVAS Y SALAZONES CANNED FISH

PRODUCCIÓN EN 1950 110.952 Toneladas

IN THOUSANDS OF TONS

Valor de la PRODUCCION en 1950 VALUE OF PRODUCTION IN 1948

612.350.000 Ptas.

CONSERVAS DE PESCADO Y SALAZONES

CANNED AND SALTED FISH

700 FABRICAS FACTORIES

EXPORTACION EXPORTS (Millones de pesetas) IN MILLIONS OF PESETAS

1943 99,7 100,8 113,9 151,7 165,7 185,5 1948

Tan remoto es el origen de la industria de la salazón de pescados en España que, hay noticia de que, antes de la colonización romana, los pescadores de la actual Guipúzcoa, descubridores de la isla de Terranova y por tanto de América, enseñaron a los tirios el arte de salar el bacalao.

Sobre la industria conservera han pesado de modo extraordinario las dificultades originadas por la contienda civil española y por la gran guerra intercontinental. Las limitaciones en el suministro del aceite y de la hojalata redujeron sensiblemente el rendimiento de las fábricas. Vencidos en gran parte estos obstáculos, las cifras de esta plana muestran la proporción en que recobra su pujanza esta industria y cuán rápidamente reconquista los mercados de ambos mundos, en los que las conservas españolas gozan de especial preferencia.

. . .

The salted fish industry in Spain is of very ancient origin. There are reports that, prior to Roman colonization, the fishermen from present-day Guipuzcoa, discoverers of the island of Terranova, taught the Tyrians the art of salting codfish.

The difficulties which arose as a result of the Spanish civil war and the second world conflict affected the canned products industry very directly. The limitations in the supply of oil and tinplate resulted in a sizable reduction of the factories' output. The majority of these obstacles have now been overcome, and the figures on this page show how this industry is regaining its old-time strength and how Spanish preserves are again finding their way into world markets, where they have always enjoyed great popularity.

Instalaciones y Producción

INSTALLATIONS AND PRODUCTION

AÑO YEAR 1951

Fábricas de géneros de punto de algodón Factories for knitted cotton goods 874

Número de máquinas Number of machines 19.399

Fábricas de hilados de algodón Cotton yarn factories 218

Número de máquinas Number of machines 4.509

Husos de hilar - Spindles 2.107.774

Husos de torcer - Twining spindles 317.667

HILADOS DE ALGODON COTTON YARNS

Corrientes - Common

Peinados - Combed

Gaseados - Gauzed

52.2__ Tm.

HILADOS DE LANA WOOL YARNS

Carda - Teazel...... 7.437 Tm.

Estambre - Worsted. 2.758 Tm.

10.195 Tm.

FABRICAS DE ESPECIALIDADES DE ALGODON FACTORIES FOR COTTON SPECIALTIES 811

PRODUCCION PRODUCTION

TEJIDOS ESPECIALES SPECIAL TEXTILES 5.549 Tm.

GENEROS DE PUNTO KNITTED GOODS 7.060 Tm.

Fábricas de tejidos de algodón Cotton textile factories 1.480

Telares mecánicos Mechanical looms 85.128

Telares a mano Hand looms 1.249

Los Turistas Llegan

Los turistas están invadiendo pacíficamente España. Todos los días llegan nuevas caravanas por aire, tierra y mar. Los autocares se dirigen a los cuatro puntos cardinales de la Península conduciendo grupos de turistas que quieren admirar los tesoros artísticos de España, sus paisajes, el sabor de sus pueblos y el embrujo de sus viejas ciudades. Para muchos de ellos, que llegan de países donde la vida es agitación y apresuramiento, España se les ofrece como un remanso de ensueño, de paz y de alegría.



Esta pareja se ha lanzado a recorrer las polvorientas rutas castellanas con su flamante moto. Aquí los tenemos dando la vuelta a la casticísima plaza de la Cibeles. Acaso den el salto al Estrecho y lleguen hasta Egipto.

Familias enteras de turistas se agolpan ante los escaparates que exponen panderetas y pañuelos con toros y toreros pintados. Los comerciantes saben que a ellos les gusta este «folklore». Los hay que se visten y calzan.



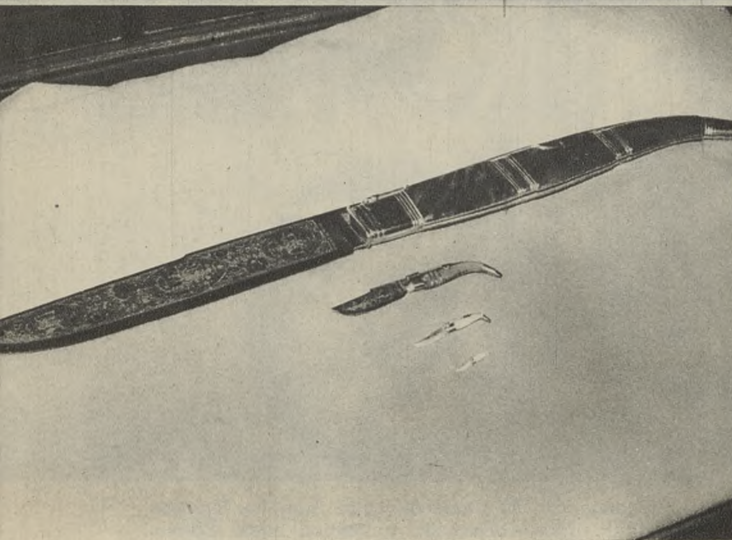
Esta señora hindú se pasea tranquilamente por las calles de Madrid sin despojarse del atuendo típico de su país. Su figura contrasta con la de su acompañante, vestido a la europea. Al madrileño le hace gracia.

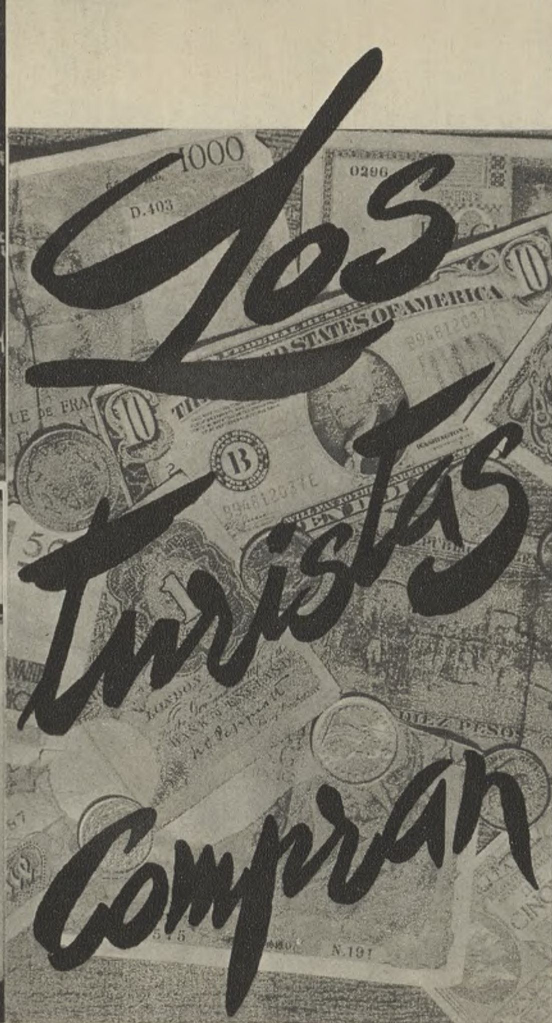


Todos los días salen de Madrid hacia El Escorial, Avila, Segovia, Toledo, Alcalá de Henares, centenares de turistas en espléndidos coches españoles. Veamos una de estas caravanas a la salida de la capital. Al fondo, el Palacio Real y el edificio de la plaza de España.

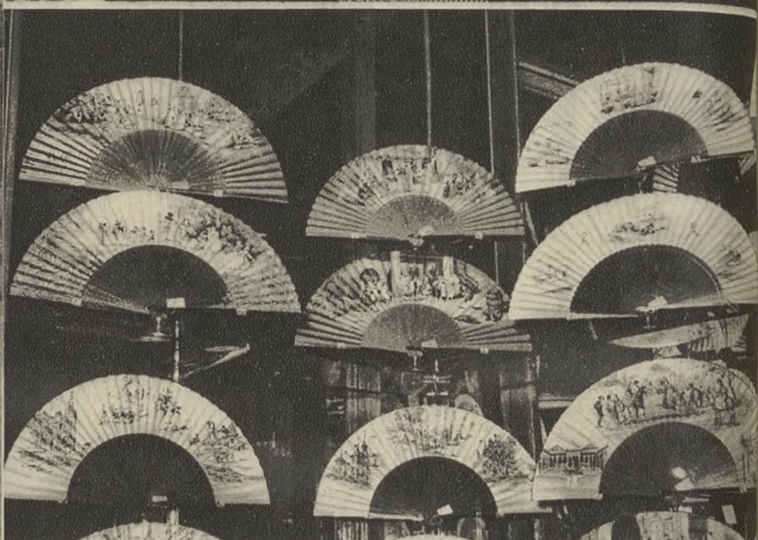












Los turistas compran



Y ya puestos, un mantón de Manila para esta menuda y graciosa brasileña. Estos mantones valen un dineral, y lo merecen. Su rico bordado representa muchos días de paciente y primoroso trabajo de una verdadera legión de artesanas, que en algunos pueblos se dedican exclusivamente a esta tarea. Puede estar segura Mari-Tere de que la prenda causará sensación en Río. Por lo pronto, esta brasileña lleva también dentro del bolso ya unas flamantes castañuelas. Quiere, por lo visto, armonizar la «samba» con las «sevillanas». ¡Que pruebe!

A España llegan, están llegando constantemente, miles de turistas.

Vienen—dicen—a conocer mundo, a gastarse alegremente unos cientos de dólares. Vienen también—aunque no lo dicen—a ver si son verdad todas las gracias y espantos que se cuentan del alma española. Han tenido en sus manos el *Quijote* y han escuchado los dúos de *Carmen* y vienen a España. Hacen bien.

Una vez aquí, ven todo lo que hay que ver: iglesias, castillos, murallas, bailes, corridas de toros, gentes diversas. ¡Nuestro tipismo, en una palabra! Luego suele ocurrir que no encuentran tan fácilmente la hora de la marcha y que inventan «estudios», «negocios», «enfermedades», porque esta tierra desnuda, sin veloces locomotoras y sin rascacielos, pero con mujeres hermosas y vinos calientes, se les cuela por la garganta hasta el hontanar del corazón. Pero hay que irse, porque para eso existen los telegramas y porque un turista tiene que volver siempre al sitio de donde partió. ¿Y entonces?... Entonces el turista compra algo, algo que le recuerde siempre todo eso que aquí se queda y que quizá no pueda volver a ver. El turista, entonces, compra cosas, cosas menudas, cosas triviales, cosas simbólicas, cosas españolas en las que alienta y se sutiliza nuestra alegría, y nuestra historia, y nuestra artesanía...

Acero, encajes, sedas, cueros, guitarras y mantillas, porcelanas, oro, libros etc...., es decir, todo lo que en nosotros es orgullo, devoción, alegría, fiesta, tradición y pueblo. Acaso para los tipos industrializados España no ofrezca ese interés mecánico del *snob* de la técnica. Aquí no habrá muchos automóviles, pero hay catedrales; no habrá muchos barcos, pero hay toros; no tendremos muchos dólares, pero tenemos castañuelas para bailar y dar. Váyase una cosa por la otra. El caso es que los turistas compran.

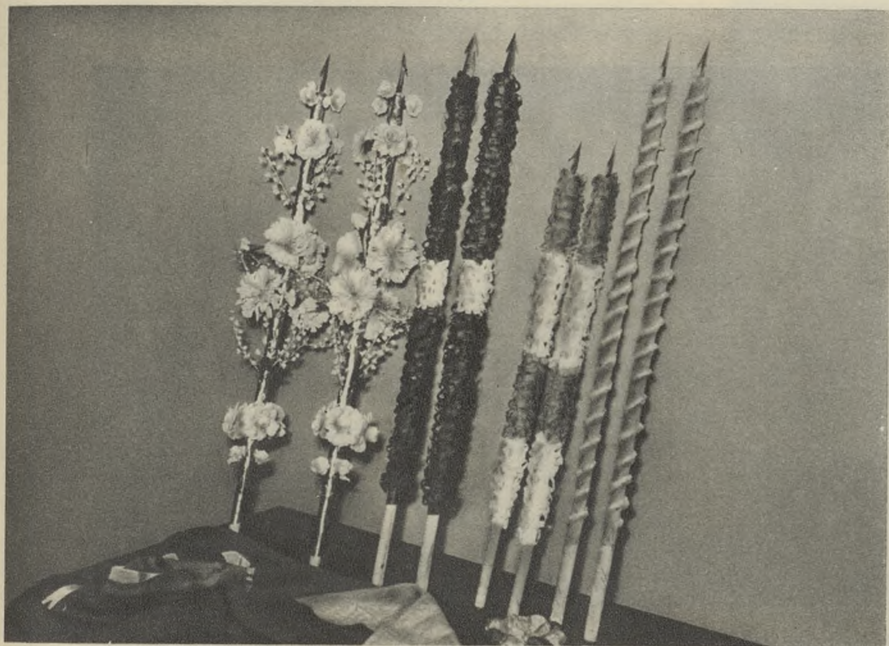
TEXTOS: JULIA FIGUEIRA **FOTOS: BASABE**



La guitarra española dió la vuelta al mundo como un velero fantástico, dejando en cada rincón del globo un sinfín de secretas melodías para entender por lo serio la vida y el amor. No es sólo la guitarra piel tirante y vegetal en la que vibran las venas de nuestra raza para la aventura de la callejuela y el balcón, con puñalada al fondo, tal como corrió hasta por el celuloide, sino que es, además, una especie de arca encantada por cuyas rendijas habla quedamente hasta la voz enamorada del místico. Bajo el brazo de los extranjeros se van, llevándose latidos y secretos de nuestra raza.



Todos los extranjeros compran también una bota. ¿Cómo no? Y no sólo la utilizan cuando se van de excursión a El Escorial o a Cercedilla; sabemos de alguna bota que pasó la frontera llena de coñac Carlos I. No lo decimos para poner alerta a los aduaneros, sino para completar la historia de estos nobles pellejos cargados de alegría.



Ocho banderillas, ocho—sin el bautismo de la roja sangre del toro—, de airoso plumaje y colorida florería, esperan sobre la mesa del hotel a que un norteamericano coleccionista las embale cuidadosamente. Habrán de figurar en un museo particular para producir esa serie de «¡Ahhh!...» y «¡Terrrribles!...» de sus paisanos de Detroit.



Este montón de botijos, recostada la panza y el pitorro avizor, espera su caravana de turistas. Pero a los botijos que compran los extranjeros les espera a casi todos el mismo triste destino de quedarse en el cuarto del hotel, unas veces por olvido y otras porque no cabía en la maleta. ¡Resulta un «trasto» tan molesto para el avión!



Esta joven norteamericana se ha prendado de una mantilla de blonda. Las había visto en el NO-DO y ya suponía ella que a su tez morena y a su figura garbosa le iría muy bien. Que no disimule Peggy: a la legua se ve que desciende de españoles. El Jueves Santo, a visitar los monumentos, y el Sábado de Gloria..., ¡a los toros!

Este «majísimo» niño francés se deja probar pacientemente unas almadreñas asturianas, pintadas y decoradas, que le han gustado a su madre. Lo que no sabe el «gabachito» es que estas zuecas las usan los campesinos de Asturias y Galicia para chapotear entre el barro en las faenas. Su «abuelo» seguramente las usó «en serio».





Estos hispanoamericanos no serán de la Pampa seguramente, a juzgar por la poca disposición que muestran para ponerse los zahones. La verdad es que son unos señores zahones y les van un poco grandes. Buen cuero de Córdoba y bonito trabajo para enamorar a los caballistas de cualquier parte del mundo. ¡Animo, muchachos, una buena hacienda o una plantación serán buen marco para lucirlos! Pero aún es pronto; todavía les queda... ¡Son becarios!



¿Es posible que alguien tenga la paciencia de hacer a mano este minucioso y complicado trabajo? Esta señorita canadiense, de bonito perfil, tiene todo el aire de no creerlo. Eligió una afiligranada caja de tabaco. Y para que tome sabor la piensa llenar de tabaco «canario», aunque en ellas siempre se guarda todo, menos tabaco.



Acero toledano, sí, señor, y del bueno, templado como un soneto de Garcilaso. Este joven americano coge la espada con la delicadeza con que tomaría un violín. Pues en cuanto a la chica de la tienda, más parece escuchar música que otra cosa. ¿Quién tiene música, señorita, la espada o el estudiante americano? Quizá los dos.

¡Muñecas! La perplejidad de esta señorita colombiana es muy explicable: no sabe cuál elegir, se las llevaría todas: las gitanas, las peponas, las manolas y los majos... Y luego allá, en su país, se entretendría en vestirlas y desvestirlas, en cambiarlas los trajes y hablarlas con su dulce acento criollo.





Los jarrones, platos y cacharros de Talavera y de Manises no es extraño que atraigan a los turistas con la originalidad de sus dibujos y la tradición de su manufactura. Este está a punto de emprender un largo viaje: esta señorita de Arizona se dispone a trasladarlo al mundo del plexiglás. Y cuando lo enseñe a sus vecinas, hablará de España y no parará. «Lo que no podré llevarme es este sol», decía.

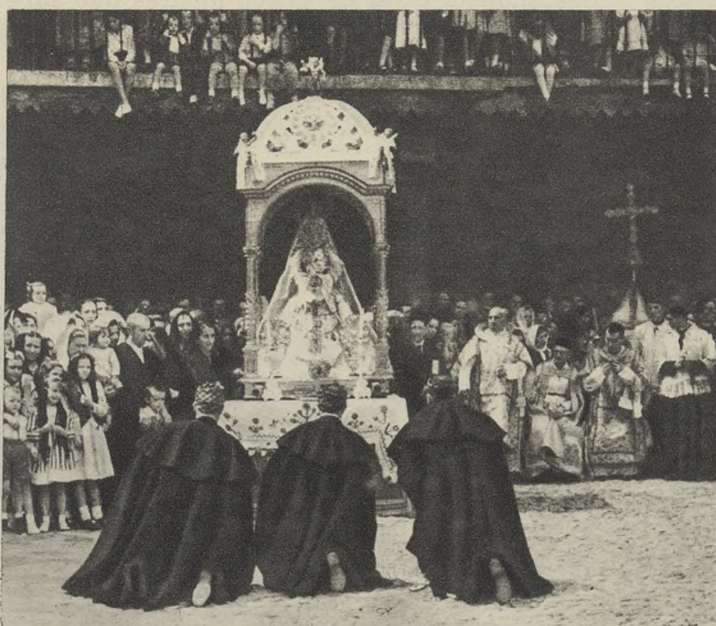
FiESTA MAYOR en la ALBERCA





La procesión, con la imagen en andas, pasa por las empedradas y rústicas calles. Los «cetreros» custodian el «paso». Y los voladizos de madera de las casas, que se inclinan, parecen cubrir del sol y de la lluvia el devoto cortejo.

Entre las provincias castellanizadas del antiguo reino de León se encuentra Salamanca. Y por tierras de Salamanca, allá donde Béjar, al abrigo de la sierra, le saca diariamente industrioso quehacer al río Cuerpo de Hombre, se sucede una serie de pueblecillos extraordinarios, desde el punto de vista etnológico, por la riqueza y armonía de los elementos arcaicos culturales, que conservan y mantienen en toda su pureza. Nadie que las haya visto una vez podrá olvidar esas calles pinas y estrechas de Candelario, donde los tejados se juntan sin dejar ver el cielo, o esos cruceros de La Alberca, al lado de los que pasa una mujeruca enlutada, que se santigua despacio y se pierde después en las sombras que rodean la plaza. En La Alberca tiene lugar cada año esta fiesta mayor, en la que la religiosidad española toma peculiarísimos matices. La devoción mariana se conjuga con la danza y el divertimiento. Rito y fiesta se alternan o confunden en este día, esperado y preparado durante todo el año.



En la plaza Mayor hace alto la Virgen. Junto al Crucero han quedado la «mayordoma» y los «cetreros». Los tres mayordomos, ahora, envueltos en sus pardas capas, harán la ofrenda de ritual. El pueblo, expectante y fervoroso, llenará la plaza, sin perder un momento del rito, y se apiñará para presenciarlo sobre el mirador del típico balconaje de las calles.

Y la danza de los palos—«paloteado»—comienza. Los bailarines llevan pañuelos a la cabeza y se rodean el cuerpo con mantones bordados. En las mudanzas entrechocan los palos, listados de colores El «gracioso» pone su cómica nota, que contrasta con la sobriedad de los oficiantes.



LA MUJER ESPAÑOLA



Esta jovencita que acaba de salir al mundo, anunciándose con el consiguiente escándalo, viene a hacer bueno ese porcentaje que vence al número de los hombres.



Aquí la tenemos ya, tan tranquila. Cuando menos se piense, habrá irrumpido en la vida buscándose su lugar, si no tan cómodo como éste, sí tan importante.



Una, dos tres, cuatro y un poco más es el número de ellas que prevalecerá sobre los hombres entre cien. ¿Quiénes serán esas cuatro jóvenes solteras forzosas?



Poco antes del sueño, cada día, buscará en los ojos de la madre la lección que la ayude a desenvolverse. Y con la primera oración llegarán los primeros sueños.



Más de un millón de niñas llenan los colegios de primera enseñanza en España. Ya en cada rostro podemos descubrir o la alegría o la tenacidad o la fortaleza.



Muchas de ellas se aficionarán a los libros y llegarán a la Universidad. ¿Pertenecerá ésta a la mayoría filosófica o acabará por sacarnos cualquier día una muela?



Pero las manos femeninas son buenas artesanas. Aquí vemos a una de esas 136.000 muchachas que están dedicadas a la labor de las industrias textiles del país.

Es frecuente oír a las mujeres lamentarse de que, para vencer las dificultades que la administración de la vida del hogar presenta, han de pasarse buena parte de su vida haciendo números. Justo es que ahora los hagamos nosotros con, de, en y por la mujer, limitándonos a la mujer española y a que, si abarcásemos el área de la humanidad femenina, sería interminable nuestra relación.

Comenzaremos por contar las mujeres de España, que, según el censo de población de 1940, eran 11.464.124 y representaban el 52,03 por 100 de los habitantes, mientras que los hombres no llegaban más que al 47,97, es decir, que existían un 4,06 por 100 más de ellas que de ellos.

Para actualizar en lo posible este recuento, recurriremos a la última rectificación de los padrones municipales, hecha al final de 1949, en el cual el sexo bello tenía ya 14.765.266 representantes en España, con un aumento de 3.301.142 en nueve años.

Volviendo al censo vigente, descubrimos que, de cada 100 españolas o residentes en España, 56 son solteras, 34 casadas y 10 viudas.

Trabajadoras declaradas sólo hay una mujer por cada diez, o, si se quiere, diez por cada ciento. La ocupación más «poblada» es el servicio doméstico; en España hay 333 millares de criadas, que vienen a ser poco menos de dos mujeres y media por cada centenar.

A las domésticas siguen en número las labradoras, que son 261.000 y se aproximan al 2 por 100 de la España femenina. Después están las que trabajan en las industrias textiles, con la cifra de 136.000 y en la proporción de 1,01 por 100. De las restantes profesiones no llegan a representar ninguna de ellas un 1 por 100. Las dedicadas a la confección con tejidos son 81.000; las comerciantas, 71.000, y las que ejercen profesiones liberales, 68.000. Las mujeres consagradas al culto, es decir, las que pertenecen a institutos religiosos, son 59.489, entre el 4 y 5 por 1.000.

Las empleadas en las distintas esferas de la Administración pública son 5.000; menos que las empleadas en Ferrocarriles, Metro y otras empresas de transporte, que son 6.000.

De los 6.000.000 que, en números redondos, suman las casadas y las viudas, hay 3.000.000 de madres con uno, dos o tres hijos; más de 500.000, con cuatro hijos; más de 250.000, con cinco, y en proporción decreciente se llega a las madres con once o más de once hijos, que suman muy cerca de las 10.000.

El 56 por 100 de las madres españolas no han perdido, afortunadamente, ningún hijo; 20 de cada 100 han perdido uno, y la última cifra de esta escala descendente es la de 11.000 madres que superviven a la muerte de once o más de once hijos. Véase que a esta trágica combinación de números 11, no puede superarla el calumniado 13.

Pasemos a otro capítulo más optimista para consignar que en 1948, y con cifras redondas, nacieron 309.000 niñas, cerca de 27.000 más que el año anterior, y es curioso que, a pesar de haber más mujeres que varones, nacen menos niñas que niños, ya que se hallan en la proporción de 48 y 52 por 100, respectivamente, que es la inversa de como está dividida la población.

*

Llegamos a los ecos de sociedad de la estadística: el capítulo de bodas. Las solteras que en dicho año dejaron de serlo sumaron 208.000, de las cuales 201.000 se casaron con solteros y 7.000 con viudos. Las viudas reincidentes fueron 5.454, y la mitad, poco más o menos, unieron su suerte a otros viudos, y la otra mitad fueron al altar con solteros.

Un 43 por 100 de las novias gozaban de la magnífica edad comprendida entre veinte y veinticuatro años; más de un 33 por 100 se hallaban entre los veinticinco y los veintinueve; el 10 por 100 pasaba la treintena, sin exceder de treinta y cuatro años; el 4 por 100 tenía de treinta y cinco a cuarenta, y el 3 por 100, de cuarenta a cuarenta y nueve. Aun se registran 1.383 novias que contaban de cincuenta a sesenta años y 520 que tuvieron la humorada de casarse pasando de las setenta primaveras.

Debe añadirse, para ejemplo de contumacia en la pueril costumbre de ocultar la edad, que 539 novias lograron casarse sin declararla ni en los papeles de la boda.

Al volver, forzosamente, al tema triste, observemos que hasta las muertes femeninas ofrecen cifras optimistas, siquiera de modo relativo. Mientras, como dicho queda, en 1948 nacieron 309.139 niñas, sólo murieron 144.230 niñas y mujeres, es decir, bastantes menos de la mitad, que serían 154.594, y, además, ese balance luctuoso supone 13.162 defunciones femeninas menos que en el año precedente. La proporción entre mujeres y hombres fallecidos es de 48 y 52 por 100, respectivamente, la misma que en la natalidad, lo que mantiene casi invariable la repetida proporcionalidad en la población.

La mujer española pugna por equipararse en cultura al hombre. En el curso académico de 1947 a 1948 asistían a las escuelas oficiales de Primera Enseñanza 1.214.941 niñas y 9.622 muchachas a las escuelas de adultos, y la matrícula de la Enseñanza Primaria privada sumaba 14.703 niñas. Las maestras del Estado eran 30.030 y las particulares 14.703.

Su instinto maternal lleva a las jóvenes a las Escuelas del Magisterio, en las que hay cerca de 18.000 alumnas, en proporción de 72 por 100 de la matrícula, frente a un 28 por 100 de los alumnos varones.

Terminaron su carrera 3.575 maestras, que también representaban un 72 por 100.

En la Enseñanza Media llegaban a un 35 por 100, con 74.319, matriculadas en los Institutos, y terminaron el Bachillerato 4.882, el 29 por 100 del total.



Por complicada que sea la máquina contable, ella aprenderá pronto a manejarla, y la gracia de sus movimientos humanizará los carros metálicos y sus ruedas.



¿De qué mejores manos podría llegarnos este servicio? Muchas son las mujeres dedicadas a vender. ¿Las dedicadas a comprar?... ¡Ah!, comprar les gusta a todas.



Otras veces, su lápiz, preciso, cubrirá las fichas contables de guarismos y le dará a su trabajo un rigor envidiable. ¿Hará así las cuentas difíciles del hogar?



Buen porcentaje el de las oficinas. La mecanógrafa maneja su piano de teclas redondas y hace un número entre esos millares de la Administración del Estado.



El cuidado de la mujer de servicio está a punto siempre. Aquí la tenéis en sus glorias preparando algo que os deleitará después en la mesa.



Estudiantes y modistillas es frase ya clásica para la historia de la juventud. No se pierde la tradición, y la aguja entra y sale sin descanso.





He aquí una de esas mujeres diferenciadas. La leyenda de habladoras que tienen ellas cobra aquí categoría y razón. La locutora tiene el privilegio de la palabra.

La cuarta parte de la matrícula de las Escuelas de Comercio fué femenina y estaba compuesta por 14.801 alumnas, y terminaron 1.260.

Es evidente que tratan de dar la batalla a los hombres hasta en los estudios universitarios. En las once Universidades estudiaban 6.474 alumnas, que eran el 14 por 100 de la matrícula total. Para que se conozcan en detalle las vocaciones más generalizadas en las jóvenes estudiantes, detallaremos que cursaban: 2.362, Filosofía y Letras, en cuya Facultad estaban en mayoría con el 65 por 100; 1.687, el 46 por 100, Farmacia; 1.625, el 22 por 100, Ciencias; 389, el 3 por 100, Derecho; 290, también el 3 por 100, Medicina; 108, el 6 por 100, Ciencias Políticas y Económicas, y 13, Veterinaria. Se licenciaron 491, de las cuales 214 eran de Filosofía y Letras, 111 farmacéuticos, 110 de Ciencias, 24 de Medicina, 21 de Derecho, 8 de Ciencias Políticas y Económicas y 3 Veterinaria.

En las Escuelas Elementales de Trabajo la cifra femenina alcanza a 1.952 y 219 graduadas en el año. En la de Artes y Oficios llegan a sumar 7.054 y son el 31 por 100 de la matrícula total; en las de Bellas Artes, 143; en las de Cerámica, 85, que representan el 36 por 100; en la de Idiomas, 200, y en los Conservatorios de Música y Declamación, nada menos que 11.561 alumnas y 457 graduadas, cifras que suponen el 76 por 100 del total.

A. PEREZ CAMARERO



Otra muy personal. En las mañanas del Museo del Prado podremos encontrar a estas muchachas copiando los cuadros de los maestros inmortales de la pintura.



Hasta las cifras de la muerte son para ellas optimistas. Es imposible que un médico no detenga una enfermedad si hay unos ojos mirándole.



Hay algunas cuya vida se dedicará al sacrificio y a la oración. Su número es importante. Y servirán de consuelo y de ayuda, encontrándolas siempre dispuestas.

Pero la mayoría elegirá este camino y preferirá formar parte de esos seis millones de casadas. Es una profesión en la que todas creen y que al fin todas esperan.







Y a seguir hasta el final de la ruta. Todavía hay menesteres para esos últimos años. Esta campesina mantiene el fuego constante de su humilde hogar en cualquier aldea.

LOLA "LA PICONERA"

Director:
LUIS LUCIA

Producción:
CIFESA

Argumento:
JOSE MARIA PEMAN

Intérpretes:

JUANITA REINA — FELIX DAFAUCE
VIRGILIO TEIXEIRA — FERNANDO F. DE CORDOBA
MANUEL LUNA — ALBERTO ROMEA
FERNANDO NOGUERAS — JOSE ISBERT

con la colaboración
de
ANA ESMERALDA y JOSE TOLEDANO



Después de la caída de Sevilla, las tropas napoleónicas avanzan sobre las riberas de Cádiz, último baluarte de la independencia, y los invasores lo celebran anticipadamente.



El mariscal Victor da a su sobrino, el capitán Gustavo de Lefèvre, órdenes contra unos guerrilleros detenidos; pero éste salva a Rafael de Otero y le envía con un mensaje.



Cádiz sabe sobreponerse al peligro que le amenaza, y, ante el asedio, canta y bromea y jalea a Lola «la Piconera», que infunde a todos valor, mientras la ciudad es bombardeada.



El mariscal envía a su sobrino Gustavo con un mensaje a la plaza sitiada, exigiendo la rendición. Y Gustavo, con los ojos vendados, es conducido ante la Junta de Defensa.



La Junta, fiel a los principios constitucionales y a la causa de la independencia, rechaza la propuesta de los invasores y decide proseguir la lucha hasta la libertad.



El mariscal Victor vuelve a enviar a Gustavo—esta vez oculto—para fraguar la traición; pero es descubierto y herido y consigue refugiarse en casa de Lola «la Piconera».



El general Alburquerque necesita que el general Ballesteros acuda en auxilio de la plaza, y, por indicación taimada de Acuña, es Lola la encargada de llevar el aviso.



Lola «la Piconera», para cumplir su misión y atravesar sin sospecha las líneas francesas, se incorpora a una caravana de gitanos, siguiéndola Gustavo, su amado enemigo.



Y, en la caravana errante, Lola «la Piconera» y el capitán Gustavo de Lefèvre tienen un sueño de amor, donde fantásticamente cruzan las imágenes del baile y de la guerra.



Lola ha caído en las redes que le ha tendido la traición de Acuña—que es cómplice de los franceses—, y, por cumplir su misión, es hecha prisionera y condenada a muerte.



Y Gustavo, el enamorado fiel, cuando todo se ha perdido, reconoce por la cruz que llevaba al cuello la fusilada a la heroica defensora de Cádiz y a la mujer que tanto amó.

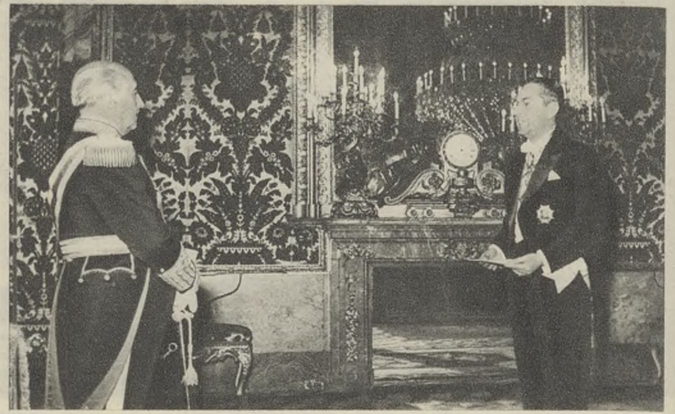
TREINTA DIAS EN OCHO FOTOS



19 marzo.—El equipo «los Millonarios», de Bogotá, juega en Madrid. Los jugadores muestran las banderas de ambos países.



26 marzo.—Se firma en Madrid el tratado comercial hispanoitaliano. Asisten los ministros españoles de Asuntos Exteriores y Comercio, con el embajador de Italia y otras ilustres personalidades.



27 marzo.—El nuevo embajador de la República del Ecuador en España, don Luis Bossano, presenta sus cartas credenciales a Su Excelencia el Jefe del Estado español, Generalísimo Franco.



27 marzo.—En el aniversario de la liberación de Madrid, el Caudillo recibe a la representación del Ayuntamiento de la capital española.



28 marzo.—Momento en que el nuevo embajador de los Estados Unidos de América estrecha la mano de S. E. el Jefe del Estado durante la ceremonia de presentación de sus cartas credenciales.



5 abril.—Bajo la presidencia de don Esteban Bilbao, se reúne el Pleno de las Cortes en Madrid, con objeto de aprobar diversas leyes.



10 abril.—En La Habana, el nuevo Presidente de la República de Cuba, Fulgencio Batista, saluda a los informadores de Prensa durante la primera conferencia en que los recibe después de su triunfo.



19 abril.—Don Víctor Paz Estensoro, jefe del partido boliviano nacionalista revolucionario, se enteró por teléfono en Buenos Aires, donde estaba exilado, del triunfo que le lleva a la Presidencia.



Banquete ofrecido por el Rey Faruk, de Egipto, a la Misión española, después de la entrevista mantenida con el ministro español de Asuntos Exteriores. Rodean al Rey de Egipto y al canciller español miembros del Gabinete egipcio y de la Misión española; entre éstos, el general Mizzian, el marqués de Villaverde y el académico señor García Gómez. Con la visita a Egipto, la representación española cubría la última etapa, en el Oriente Medio, de este viaje, que en tan gran manera ha incrementado el prestigio de España ante el mundo, y durante el cual, a lo largo de veinticinco días, se han cubierto 18.000 kilómetros en avión y más de 4.000 en automóvil, por los viejos países que fueron cuna de varias civilizaciones.

ESPAÑA, PUENTE DE ENLACE ENTRE EL MUNDO MUSULMAN E HISPANOAMERICANO

LA VISITA DE MARTIN ARTAJO AL ORIENTE MEDIO

ORIENTE *es el Oriente, Occidente es el Occidente, y no se encontrarán jamás.* Esta frase de Rudyard Kipling es difícilmente admitida por los españoles, que tienen conciencia de haber sido, a lo largo de los siglos, en ciertos momentos de su historia, vínculo de unión entre ambos mundos.

España, sin embargo, hacía muchos años que, perdido el rumbo y el timón de su historia, dormía sobre sus laureles, mientras otras naciones ocupaban una posición privilegiada en los países musulmanes. Y, sin embargo, aunque apenas nada desde la Península se hacía, los jefes del moderno movimiento árabe se han venido inspirando en la cultura arabigoespañola. Ya en 1901 el jefe nacionalista egipcio Mohamed Farid hizo un viaje a España sólo para contemplar la grandeza pasada de los árabes y buscar razones contra los modernistas vendidos a Inglaterra que consideraban al Islam como incapaz de progreso y condenado a la servidumbre. El mejor pintor libanés, Mustafá Faruck, también fué enviado a Andalucía a buscar inspiración, y escribió un libro con el título nostálgico de *Viaje al país de la gloria perdida*. El príncipe de los poetas árabes, Chawki, pasó varios años en España antes de su reciente muerte y sólo aquí encontró su plena inspiración. El nombre de España, de toda España, la antigua y la moderna, que él supo como nadie hermanar y amar, resuena a través de sus versos inspiradísimos.

Como él y tras él, docenas de intelectuales han reemprendido esta nueva ruta de la comprensión hispana, del amor a lo español. *Si yo debiese tomar partido por un pueblo europeo, sólo lo haría por los españoles. Que Allah les conceda larga vida y les guarde bajo su protección,* decía recientemente Amed Zaki, amigo apasionado del arte hispanomusulmán, primer arabista y primer hombre de acción de su tiempo. Estas palabras, escritas por el más grande de los polígrafos árabes modernos, son muy dignas de ser retenidas. El príncipe de los prosistas y el príncipe de los poetas han dado a conocer la caballerosidad española. El que podríamos llamar príncipe de los políticos panarabistas, el emir Arsdan, también ha vuelto su cara al *paraíso perdido* para respirar el aire puro y vital del nuevo Renacimiento.

No son sólo la política o las finanzas el lazo de asiento entre los pueblos, sobre todo si éstos son de linaje caballeresco. Por encima y por debajo de lo meramente utilitario debe alentar siempre un espíritu unitivo y un ánima concorde. Los árabes ven en la España musulmana el momento de su cenit cultural, y en ciertas virtudes de la España de hoy encuentran como un espejo de sus propias excelencias. La justicia que la ciencia española ha hecho a la civilización árabe ha contribuído todavía más a este acercamiento. Nuestros sabios, como pocos entre los europeos, han sido capaces de llegar a una comprensión y de exaltar las influencias musulmanas en la cultura occidental. La formación filosófica aristotélicoescolástica de nuestros intelectuales es más adecuada que la francesa, inglesa o alemana para la comprensión del fenómeno musulmán. De ahí que el entendimiento entre España y el mundo árabe arranque de lo profundo. Lo español no puede ser en Oriente, como en parte alguna, mera cultura superficial, mero accidente epidérmico de carácter ocasional; por esto entra de lleno y llega al fondo.



Bechara Jalil el Juri, Presidente del Líbano, acompañado del ministro de Asuntos Exteriores libanés, Tackla Bey, conversa con el ministro español, señor Martín Artajo, durante la recepción ofrecida por el Presidente del Líbano a la Misión española que, durante el pasado mes de abril, ha recorrido los países del Oriente Medio en visita fraterna.



El señor Martín Artajo, ministro de Asuntos Exteriores de España y jefe de la Misión que ha visitado el Oriente Medio, entrega a Talal, Rey del reino hachemita del Jordán, en el palacio de Amman, una fotografía del Caudillo de España, dedicada por éste al Rey Talal. Jordania representó uno de los más notables jalones en el viaje triunfal realizado por la Misión española.



La marquesa de Villaverde recibe de manos del Jefe del Estado sirio, coronel Fawzi-al Selo, la condecoración que le fué concedida por aquel Gobierno. En la fotografía aparecen también el señor Martín Artajo, jefe de la Misión española, y el general Mizzian. El acto es un ejemplo de la larga serie de agasajos que han integrado este trascendental viaje.



Abdul Illah, Regente del Irak, tío del Rey Faisal II y heredero del trono iraquí. El príncipe Abdul Illah, que se encontraba en Londres en los días en que la Misión española visitaba su país, habrá realizado su visita a España cuando este número aparezca, visita que hace más patentes los lazos de amistad hispanoárabe, puestos de manifiesto en el viaje de la Misión española.



El canciller de España, señor Martín Artajo, conversa con el Rey Ibn Saud, de la Arabia Saudita, durante la recepción ofrecida por el Monarca. La Arabia Saudita fué uno de los países visitados en este viaje, en que—como ha dicho el parisiense «Le Monde»—, «el amor propio castellano ha tenido motivos para sentirse agradablemente impresionado».



El Rey Faruk, de Egipto, con el doctor Martín Artajo y el embajador de España, durante el banquete ofrecido por el Monarca en honor del ministro español y su séquito. La importancia de la Misión enviada por el Caudillo de España ha quedado puesta de relieve en la extraordinaria atención que la Prensa egipcia y los periódicos de todos los países han dedicado al viaje.

La política española en Marruecos, lejos de servir de discordia, ha venido a significar el comienzo de una nueva base de entendimiento entre España y el mundo árabe. El prestigio de Franco en el mundo árabe, sus corteses y sinceras palabras, producen siempre buen efecto en el mundo musulmán. *Los españoles cumplen cuanto prometen;* es una frase ya habitual y consagrada entre las gentes. No hay, pues, que venir al entendimiento con astucias y adulaciones. Para hablar españoles y musulmanes les basta con la sinceridad, virtud muy española y muy árabe. El Movimiento Nacional significó la definitiva consagración de esta cordial relación y de este alineamiento general de ambos mundos frente al enemigo común. De ahí que, al margen del oportunismo ginebrino antes, o de la falsa mentalidad universalista de ahora—que, en realidad, no hace más que esconder el auténtico predominio de la política de unos pocos—, el mundo hispánico y el mundo musulmán van teniendo conciencia de que la salvaguardia de sus intereses exige una previa coordinación de esfuerzos.

Por si no fuera ya poca la vinculación de ambos mundos, testimoniada en la historia pasada, en la presente, millares de emigrados de los países árabes han fijado en la América española el lugar de su residencia. Las colonias siriolibanesas, modelo por su laboriosidad, por su eficiencia, por su trabajo, por su lealtad, son ejemplarmente admiradas y estimadas en la otra ribera del Atlántico. Y de allí, en trasiego incesante, vuelven las gentes otra vez al lugar de origen, trayendo testimonio de su recuerdo, nostalgias inacabables y el rico tesoro de la lengua castellana que comunicar y trasladar a las nuevas generaciones que hacia allí marchen.

Esta nueva hispanidad mediterránea empieza a ser ya fuerte y pujante. De ahí que se precise como base de la misma una concepción política y estratégica del papel de España en los dos frentes marítimos: el de Europa y el de Africa. Concepción actualizada con poder de vigencia, en virtud de hechos que están por encima de lo puro político: la asistencia, sin desmayo posible, a la religiosidad en la vida de los pueblos y la unificación de un frente mediterráneo de estilos de vida que se oponen hoy, como en los días de Lepanto, a una casi zoológica apetencia de destrucción de los valores que se basan en la dignidad del hombre y que, cambiando de nombre en los siglos, en la hora actual se llama comunismo.

España, juguete antaño de la política internacional ajena, va recobrando el pulso y ocupando su puesto en la historia. Paulatinamente van cubriéndose las etapas de esta difícil marcha: 1936-1939 significó la lucha por la reconquista de la libertad; 1940-1945 fué la defensa de la neutralidad en una guerra en la que se peleaba por intereses extraños a nuestro espíritu; 1945-1951 ha sido la etapa del asedio, del bloqueo; la defensa de la soberanía frente a las arbitrarias decisiones de Postdam. De este duro forcejeo, España ha salido robustecida, fortalecida, prestigiada, respetada, admirada, y esta forzosa ausencia de la palestra internacional, este aislamiento y el cierre de las puertas a influencias foráneas han servido también para adquirir conciencia de los valores de lo propio, para afirmarnos más en el quicio del propio deber y de la propia misión. Y es así como España, de espaldas a los contubernios ocasionales de la política internacional, afirma definitivamente las bases de su política exterior en el marco de sus auténticos intereses: unanimidad de acción peninsular; acercamiento, coordinación de esfuerzos e identidad con la comunidad iberoamericana de naciones; enlace, colaboración y ayuda con el mundo árabe.

Iberoamérica está formada por un conjunto de pueblos con raíces comunes de raza y cultura, cuyo desarrollo ofrece en los campos político y económicosocial una evidente comunidad de intereses. Esta alta pro-



El afecto de España hacia el mundo árabe ha tenido su eco en la entusiástica acogida que, en todos los países visitados, ha tenido la Misión española presidida por el doctor Martín Artajo, a quien vemos aquí conversando con el jefe del Gobierno libanés, Sami el Solh.



El señor Martín Artajo impone, en nombre del Caudillo, la Gran Cruz del Mérito Civil a Tawfik Pachá Aboul Jouda, primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores de Jordania.



El señor Martín Artajo conversa con su colega sirio durante la visita realizada a Damasco por la Misión española. Durante la estancia de la Misión en Siria, sus componentes tuvieron ocasión de comprobar una vez más el afecto de los países árabes hacia España.



El ministro de España en Bagdad, señor Aristegui, presenta al señor Martín Artajo al primer ministro del Irak, Nouri Pashá as Said, con quien mantuvo cordialísima conversación.



El señor Martín Artajo saluda a Shakir Al-Wadi, ministro de Asuntos Exteriores del Irak. El viaje de la Misión española a los países del Oriente Medio ha sido calificado por la Prensa extranjera como la primera gran acción diplomática de España después de la guerra.



Los contactos con los pueblos árabes no se limitaron a los países visitados. Así, en El Cairo, Martín Artajo celebró una amplia conferencia con la representación del Gobierno del Yemen.

Dos momentos de la visita de la Misión española a Egipto. A la izquierda, el canciller español saluda al presidente del Consejo egipcio, Naguib El-Hilali Pachá. A la derecha, el ministro señor Martín Artajo, con el ministro de Asuntos Exteriores del mismo Gobierno, Abdel Yaleq Hassuna Bajá.





porción de intereses comunes da a Iberoamérica una unidad dentro de la organización mundial. Fuera de Hispanoamérica hay, sin duda, pueblos que coinciden en su formación histórica o en las condiciones necesarias para su desarrollo, o en ambas; pero los pueblos hispanoamericanos representan el núcleo en el que un mayor número de naciones tiene un mayor número de coincidencias. La comunidad de intereses es preciso que provoque, de forma natural, un sentimiento de solidaridad entre las naciones iberoamericanas y el mundo árabe. Si unimos nuestros esfuerzos, seremos oídos; seremos más seriamente tomados en cuenta. Poco a poco se va dibujando un presente internacional unitivo del mundo mediterráneo con el hispanoamericano. A medida que tengamos conciencia de nuestra propia personalidad irá resurgiendo, de un modo espontáneo, la unificación de la política internacional de todos nuestros pueblos. Sus objetivos no podrán ser otros que obtener, en el campo internacional, las oportunidades y los medios para desarrollar nuestros intereses individuales y comunes, mantener y afirmar nuestros propios perfiles nacionales y espirituales y, finalmente, favorecer en el mundo el imperio de una concepción de la vida que coincida o tenga afinidades con nuestros propios, más altos, más caros, ideales.

El mundo árabe, colaborador y defensor permanente de los intereses hispanoamericanos; el mundo hispanoamericano, solidario y permanente defensor de los intereses del mundo árabe, y España, lazo de unión entre unos y otros, puente de entendimiento, punto de convergencia.

He ahí las directrices de una acción y los rumbos de una nueva política, de consecuencias trascendentales, que, de un modo espontáneo, se va delineando. Estas y otras cosas son las que nos sugiere el trascendental viaje que el ministro de Asuntos Exteriores de España acaba de realizar al mundo árabe. Notemos una cosa indicativa: a los actos oficiales a que fué invitado se dió acceso al bloque diplomático hispanoamericano. Política de alto bordo, de ambiciosas perspectivas, la que se pone en marcha. Quiera Dios que esta nueva singladura, que este brillante y firme rumbo, se afirme en los años próximos en las más venturosas perspectivas.

A. S. B.

Bien puede calificarse de grandemente significativa esta fotografía, en la que el ministro español de Asuntos Exteriores saluda al presidente de la Liga Arabe, después de haber recorrido casi todos los países que la integran, en un viaje triunfal que ha llevado el nombre de España al primerísimo plano internacional.



NOTAS AL MARGEN DE UNA GUIA PARCIAL DE ESPAÑA

Por CESAR GONZALEZ RUANO

DE PORT-BOU A BARCELONA

«La Costa Brava.»

Pueden ocurrir muchas cosas en el ánimo del extranjero que por primera vez entra en España. Puede, si es persona sensible, al norte de los tópicos, hasta sentir recelos, un como miedo al dejar atrás Port-Bou y respirar de lleno «aire español», ese aire tan ensalzado y difamado, tan alegre y sombrío, tan misterioso...

Seguro que la sensación de esta nuestra tremenda Península granítica se traduce inevitablemente en un recuento mental del manojo de mentiras y de verdades que cada extranjero introduce a través de todas nuestras fronteras en su invisible equipaje espiritual. Las flores extraordinarias que forman ese manojo son el producto incalculable de nuestras virtudes y nuestros defectos sembrados en geografías extrañas. Porque no cabe duda de que, si el español nos parece un ser natural dentro de España, fuera debe de parecer tan singular como singulares, por lo menos, nos parecen a nosotros muchos de los extranjeros en nuestra tierra. Y si es natural que al rodar sobre el acero de las vías férreas y sobre el asfalto de las carreteras, mientras pasan, distraídamente, a los lados Culera o Llansá, y se enfila hacia el ya casi histórico—de novísima historia daliana—Cadaqués, a lo largo de Port de la Selva, se piense aceleradamente en la truculenta leyenda de España; pero no, ya se verá que no. Ya se verá que España es, en efecto, sorprendente; precisamente lo es por lo que no se esperaba. Se ha oído decir siempre que España no es Europa. Y este primer paisaje español que se contempla en nuestro itinerario resulta fundamentalmente europeo, de una Europa quintaesenciada, mística y museal. Es el Patinir. Son las estructuras roqueras o pizarrosas de nuestros primitivos europeos. Y es también el mismo exaltar a Europa—bueno o malo—del europeísmo de Salvador Dalí. En seguida, cualquier caracola de la bahía de Rosas conserva en su interno laberinto, en su eco, nobles ejecutorias de ese europeísmo. Porque por la bahía resonaban cantos marineros en la lengua materna de nuestra cultura occidental. Y allí mismo, las ruinas de la vieja Emporion, griega aún, y todavía la Ampurias romana certifica, con silenciosa elegancia, algo así como 2.500 años de cultura ininterrumpida. Cosas son éstas que seguramente ignoran los apacibles pescadores ampurdaneses, tan distintos del hirsuto y agresivo ibero, que se espera como lo puedan ser los patriarcales burgueses que habitan los chalets de Palafrugell, o de los enlutados caballeros, con tics inquisitoriales, que se suelen imaginar habitando cada casa importante. En lugar de injusticia y pobreza, vamos encontrando vida laboriosa y cordial, viejos patriarcas populares y honrados comerciantes que en esta española Costa Brava toman el mismo sol que dora la piel a otros europeos de la Costa Azul o de la Riviera italiana. Y así, asombrosa y suavemente, sin otro cambio notable que el del idioma, desde Port-Bou, pasando por un paisaje de puro y continuado milagro, y por Cadaqués, Rosas, La Escala, Palamós, San Feliu de Guixols, Tossa, Lloret, hasta Blanes, donde en realidad termina la Costa Brava, se llega a Barcelona.

BARCELONA

Barcelona está, como quien no quiere la cosa, 180 kilómetros España adentro desde la frontera francesa de Port-Bou. Barcelona es una afortunada síntesis de España y Europa. Barcelona es una gran ciudad industrial y moderna, y es, al mismo tiempo, una gran ciudad histórica y artesana. Barcelona ha podido ser Marsella o Madrid, pero es, entrañablemente, Barcelona. Desgaja el acordeón marinero sus melancólicas notas universales al borde de los muelles babélicos del gran puerto, y, al lado, la universalidad de Cataluña rima sus acentos en una sardana con la lengua filosófica y literaria de Ramón Lulio. Mientras las chimeneas fabriles derraman por el cielo catalán el falso algodón de su historia contemporánea, el Barrio Gótico conserva su grandeza medieval, continuación de otras glorias culturales yacentes en el subsuelo de la actual metrópoli. Acaso no se pueda comprender bien la Barcelona de hoy sin antes visitar su recinto histórico. Las tres columnas del entablamiento que se pueden ver aún donde siempre estuvieron (ahora Centro Excursionista de Cataluña) y que acaso pertenecen al templo de Augusto, acreditan, con otros muchos vestigios, que allí estuvo la capital de la Layetania romana.



La Basílica de Santa Eulalia, es decir, la Catedral, muestra su vieja estirpe cristiana en los dos capiteles de mármol que sostienen el ara del altar mayor, pertenecientes a primitivo templo visigodo del siglo V. Sobre esta Catedral, la fe de los barceloneses ha puesto su esfuerzo desde el siglo V (capiteles visigóticos) hasta el siglo XIX (fachada de la plaza de la Catedral). Y si nos acercamos al Palacio Real Mayor, antigua residencia de los Condes de Barcelona, encontraremos el signo del poderío barcelonés. Esa fe de su Catedral se mantiene tan viva en las nuevas manifestaciones religiosas que nos sorprenden con experiencias como las de Gaudí, o en el poder y la capacidad creadora del Palacio Mayor y de tantos edificios medievales que se han transmutado en la gran industria, en la artesanía o en el arte catalanes de hoy concentrados en la capital.

Pero Barcelona no es sólo Barcelona. La ciudad se integra en una unidad ambiental e incluso paisajística, a la manera de las ciudades perfectas del mundo, con sus alrededores.

ALREDEDORES DE BARCELONA

La ciudadela de Montjuich, de signo gallardamente marcial, asocia con su generoso parque plácidas ideas de paz y de bienestar. Del monasterio franciscano de Pedralves llegan viejos sueños, ilustres y piadosos. Vallvidriera ofrece su antigua iglesia y el sentimental relicario de Villa-Juana, donde murió el gran poeta catalán Verdaguer. Una gran bendición permanente desciende sobre la ciudad desde el escarpado y misterioso paisaje de Montserrat. Los cantos de la Escolanía y el perfumado aliento de los incensarios monásticos glorifican a «la Moreneta», la poderosa Patrona protectora de la fe barcelonesa. Más allá, San Cugat del Vallés sostiene dignísimamente severas pretensiones de monasterio románico y guarda el candor y la gran ciencia pictórica de los primitivos catalanes. Y, desde el monte Tibidabo, cuando se desenrolla el mapa vivo de la ciudad a los pies de su vasto mirador, es casi imposible reprimir la natural reflexión de que si los Pirineos existen deben de ser para otras razones que la razón cultural e histórica. Sin salir de esta región catalana, hacia el sur de Barcelona, Sitges completa, airosa y elegantemente, el intrascendente tema del descanso y del abandono que sobre este primer paisaje español que glosamos desarrolla la Costa Brava. Más lejos, ya en los campos tarraconenses, Santa María de Poblet garantiza la continuidad de la piadosa y docta tradición monástica iniciada allí en 1149 por la generosidad del conde Ramón Berenguer IV. Y retrocediendo en la historia y avanzando un poco en el espacio, los signos imperiales romanos aún darán firmeza al viento desde Tarragona, capital de la España romana, con los mismos privilegios que pueda tener la propia Roma.

ISLAS BALEARES

Este garrapateo marginal sobre la guía de España nos trae ahora yodo, olor de algas y un mecer de olas. Durante este breve paréntesis marítimo, rumbo a las Islas Baleares, desde el puerto de Barcelona, nos es inevitable pensar en las probables rabietas que nos van a acometer en los momentos en que la necesidad nos empuja hasta despeñarnos por los bordes de nuestro estrecho margen. Es inevitable este pensamiento en el fastidio de no poder darle espacio al tiempo del estilo y de no poder siquiera glosar todos los más urgentes datos por el mínimo camino vecinal sobre el que editorialmente andamos. ¡Porque son tan anchos los campos españoles y tan robusta la historia que creció en ellos...! Aquí está Mallorca, *Majorica*, la mayor de las islas del archipiélago balear. Rumor de «borevas» se teje con el blando rumor de las olas de un azul purísimo. Aquí vive un pueblo alegre, mediterráneo, que habla un idioma catalánico con sales italianas y pimientas árabes, cuya base racial ibera y



celta está picada de hebreos que ignoran, por supuesto, la ley mosaica y rezan a Cristo y a la Santísima Virgen. Este pueblo fué griego, romano y árabe. Pero, entre el bosque de Bellver, rematado por el castillo y las cresterías góticas de la Lonja, se alza un dato impresionante: la Seo de Palma, la Catedral. Porque dijimos hace un instante que estas islas fueron griegas primero, luego romanas, después árabes. Arabes hasta que la espada del rey Don Jaime I proyectó la sombra de cruz de su puño en el año del Señor de 1229. Y este dato impresionante de la Seo mallorquina empezó a alzarse sobre el dorado panorama pagano, recién bautizado, un año después, o sea, en 1230. Allí reposan cuerpos reales; allí el gótico, patrocinado por la Corona de Aragón, supo hacer el fabuloso rosetón calado, el mayor *oculus* circular que existe. Ahí tenemos el cuerpo del señor obispo cismático, del antipapa Clemente VIII... El tiempo fué haciendo crecer el bello renacentismo del palacio episcopal o de la «Loggia» del Consulado del Mar. Y entre el castillo y la última construcción civil noble, o entre la Catedral y la última iglesia que muestre en algún arco, bóveda o capitel, una digna huella arquitectónica, está escondida la historia cristiana y española de esta venturosa isla. Quien vague por allí sabrá seguramente evocar el latido de esa historia. Otras viejísimas historias podrá casi inventar, si así lo desea, ante los *talayots*, los recintos o las navetas prehistóricas levantadas por los silenciosos abuelos de los insulares de hoy. Y el que guste de historias más jóvenes, sabrá escuchar lánguidos suspiros y famosas frases pianísticas enmarcando los románticos amoríos de Chopin con George Sand en la misma cartuja donde más tarde se habían de enhebrar las modernistas estrofas rubenianas. Los ojos de cualquiera reconocerán placenteramente los paisajes difundidos hasta la saciedad por el mundo entero si pasa hacia Miramar, o la Estaca, o la Foradada, o bien en dirección a Sóller, y contempla el Puig Mayor, el Torrent de Pareys... Entonces surgirá muchas veces, en cualquier idioma, la palabra «dantesco», sobre todo si se desliza en góndola por los laberintos de las grutas del Drach o se va hasta las cuevas de Artá. Pero nuestra glosa, nuestra mínima glosa, tendría que estampar muchas veces el adjetivo «dorado», evocar otras tantas el «azul maravilloso» y citar demasiadas «encantadoras calas» si quisiéramos acompañar al viajero a Formentor y Pollensa, a Alcudia y Estalléns.

VALENCIA, PEÑISCOLA, ALICANTE

«Valencia es la tierra de las flores»... En efecto, de las flores, pero también de otras muchas cosas, y fué un estadículo cristiano, feudatario de los árabes, fundado a punta de coraje por nuestro Cid don Rodrigo, después de haber sido un puerto fenicio o egipcio, y, según noticias históricas, colonia de reposo para veteranos romanos, que aquí cicatrizaban sus heridas honrosas o reponían sus músculos y su espíritu, gastados en combates sobre cualquier tierra del universo mundo.

La partida de nacimiento histórico que nos da estas noticias tan halagüeñas sobre el clima y la virtud sedante de Valencia data del año 136 antes de Cristo. Aparte el heroico capítulo del pequeño estado fundado por el Campeador y deshecho a su muerte, Valencia, entre sus plurales gracias históricas, nos ofrece el legendario romance del moro Omar-Ben-Hafsum, personaje descomunal del mundo islámico español. Hemos de evocar, por fin, a los aragoneses, que, bajo los estandartes reales de Don Jaime el Conquistador, incorporan definitivamente Valencia a la historia propiamente española. En el siglo XV logra la ciudad su máximo apogeo. Valencia imprimió el primer libro en España, lo que nos sirve de índice del nivel cultural que ostentó la ciudad en su época dorada. Este nivel cultural se ha venido manteniendo dignamente a lo largo de los siglos posteriores, junto al próspero y brillante bienestar material de su vida, gracias al lírico cultivo de la seda y de la naranja. Aun en nuestra época, poco propensa a las visiones apacibles, Valencia inspira vivos sentimientos de abandono, entreverado de fiestas, colores y músicas.

Entre el recinto viejo de la ciudad, sobre el que se proyecta a la sombra augusta de la catedral, y los anillos de viviendas cada vez más modernas, las transiciones serán agudas y a veces violentas desde el punto de vista estilístico, pero no si se atiende a esa cierta organicidad vital que se percibe en tantas poblaciones, sobre todo españolas, y que unifica la descarada incompatibilidad arquitectónica. Así, sobre esa gran luz unificadora y esa continuidad histórica que arropa a Valencia contra las intemperies de los siglos, podemos lo mismo gozar del soberano sentido artisticorreligioso que alentó a los artífices de la Catedral cuando, a partir de 1262, sobre la antigua mezquita, empezaron a labrar las maravillas del románico aragonés y del gótico catalán bajo la primera inspiración del maestro Arnau Vidal. Como máximo argumento de nuestro comentario sobre la casi mágica unidad temporal de Valencia, contemplada bajo la gótica ornamentación de la puerta de los Apósto-

tas, las impresionantes reuniones del Tribunal de Aguas. Es acaso este Tribunal de las Aguas una de las más viejas instituciones consuetudinarias de Europa. Sus fallos sobre pleitos del riego huertano son inapelables. Sobre el mundo pasan, como aerolitos de civilidad, instituciones, costumbres, etc., y los conceptos jurídicos se perfeccionan; de las aulas universitarias salen nuevas razones, y los huertanos de Valencia siguen, impertérritos, resolviendo sus asuntos hidráulicos del modo que Dios les dió a entender hace no sabemos cuántos años. Este es el síntoma aplicable a muchos aspectos en esta ciudad del Levante español que supo encontrar las soluciones justas, las que hicieron falta en el momento en que surgieron los problemas a que responden, y que, como casi todas las cosas bien hechas, siguen y seguirán vigentes mientras existan las causas que las engendraron. Una singularidad pequeña, pero digna de anotarse, es el especial significado que acaso desde tiempos inmemoriales tiene el murciélago para los valencianos. El *rat penat*, como ellos le llaman, suele ser un animalejo agorero de signo negativo en el plano universal de las supersticiones. Ellos, sin embargo, le han dado un signo contrario. Quien mata un murciélago es delincuente, y nos parece tener noticia de que en lejanos tiempos matar a uno de estos animales podía costarle la vida a quien tal hiciera.

Las famosas «fallas» de San José, durante la semana siguiente a la festividad del Santo Patriarca (19 de marzo), parece como si fuesen, con sus entusiasmos ígneos, otra manifestación de rito cósmico y elemental, pareja y asociable al singular Tribunal de las Aguas, que tanta importancia concede a este otro elemento. Una paseata por la vieja Valencia, con sus nobles «puertas» militares; por la iglesia de Santa Catalina, por la Lonja de los Merceros, de los más importantes edificios civiles de Europa; una inspección al puerto de El Grao y una paella degustada en la huerta cerrarían la visión de Valencia, la ciudad donde sufrieron glorioso martirio los Santos Valerio y Vicente.

PEÑISCOLA

Dejando poco a poco de escuchar las jotas valencianas y de ver a sus huertanos, con remembranzas aragonesas en su atuendo, acerquémonos hasta Peñíscola, un evocador nombre plantado en medio de uno de los más tremendos pleitos de la cristiandad. Es la aislada e iracunda península rocosa, donde pudo Aníbal haber jurado odio eterno a los romanos, una península templaria gracias al rey Don Jaime, que la entregó a la Orden después de su conquista en 1223. Más tarde, feudo de los caballeros de San Juan de Jerusalén, y después, de los de Montesa, sirvió de refugio a don Pedro de Luna, tras de ser elegido anti-Papa en Aviñón con el nombre de Benedicto XIII.

ALCOY

Nuestra correría por los márgenes de la guía que comentamos nos lleva, en otro pequeño salto, hacia Alcoy, para evocar la mascarada de «Moros y cristianos», expresión de la gran memoria histórica del pueblo. Durante este festival-conmemoración, bajo la maravillosa luz de la primavera levantina, los alcoyanos recuerdan las batallas de la época heroica de la Reconquista, fingiendo con sus trajes vistosos y casi fieles a la realidad que representan la pérdida y reconquista de un castillo de tramoya por las tropas cristianas contra las islámicas.

ALICANTE Y ELCHE

Más abajo, Alicante, con su envidiable benignidad climatológica, sus playas, sus hoteles de reposo y su famoso arroz con costra, completa este benéfico panorama del centro de nuestra costa mediterránea. Sobre todo también, si recordamos a Elche, con sus misterios y sus palmerales, como un trocito de Oriente trasplantado allí por la gracia de Dios.

Y aquí está el final de una primera ruta que puede enfilar la aventura viajera hacia Madrid o hacia Andalucía. Pero sería conveniente pensar en otro posible itinerario desde Barcelona a Madrid: la ruta de Aragón.

LERIDA

De paso por Lérida, anotemos rápidamente que de aquí salieron los más nobles linajes del reino de Valencia. Esta ciudad, hoy sencilla y siempre acogedora, fué centro político importantísimo en pasados tiempos. Presenció un Concilio, vió la jura nada menos que de Don Jaime I y, ya en 1300, poseía Universidad. Su catedral, formidable y rarísima conjunción del bizantino y el gótico, tiene afortunados motivos mudéjares y otros varios testigos arquitectónicos. El particular carácter de las gentes de la ciudad sostiene aún el imborrable eco de las viejas glorias de la romana Ilerda.

ZARAGOZA

La jota y el Pilar no son tópicos al pensar en Zaragoza. La jota y el Pilar son la grande y a la vez la sencilla síntesis de Zaragoza y de Aragón, como el color blanco lo es de los campos nevados o San Pedro puede serlo del Vaticano. En la jota se escucha todo el recio sentido del vivir que presidió siempre los destinos de estas tierras. La jota puede gustar más o gustar menos, pero su carácter es un hecho tan concreto, tan definido y tan arrollador, que casi no admite comentario. Tampoco admite muchos la geografía aragonesa. Como casi todas las grandes cosas del mundo, el paisaje, las gentes y la historia de Aragón hacen enmudecer un poco. Acaso nos sintiésemos con fuerzas para hacer unos comentarios sobre el *cancan* o sobre el *mambo*, pero renunciamos a deslizar una sola interpretativa de la jota. Con escucharla basta. Y así comprenderán lo que significó en la Edad Media el nombre «almogávares», asociado al reino de Aragón, o lo que representó en el gran avatar napoleónico el sitio de Zaragoza.

El Pilar, alzado en el recuerdo de la aparición de la Virgen a Santiago, es la reafirmación moderna—se empezó a edificar a fines del siglo XVII—de la vieja fe mariana de los mañicos y de toda España. Porque esta iglesia que ahora vemos a orillas del Ebro sustituye a la desaparecida iglesia visigótica de Santa María la Mayor, primitivo homenaje a Nuestra Señora cuando su aparición al Apóstol. También su significado haría poco menos que pueril todo comentario. La *Pilarica* es Patrona de España, es nuestra Divina Protectora, a la que inmediatamente confiamos todos aquellos actos buenos o influencias benéficas que están más allá del alcance del cortísimo brazo y voluntad humanos. Debe, pues, comprender el extranjero que nos lea por qué no queremos describir sólo como una obra artística el templo que tan altos valores representa. Sin embargo, no renunciamos a un breve comentario estético de la Seo, el templo metropolitano, que fué trocado en mezquita por los árabes invasores y vuelto a consagrar cristiano en 1119. Si la imaginación de quien nos lee pudiese prescindir de las necesarias y no siempre afortunadas restauraciones que ha sufrido su fábrica arquitectónica, gozaría



seguramente de una emoción poco frecuente. Particularmente, podemos asegurar que hay algo en esta iglesia, una luz, un silencio o una escondida proporción, o acaso el ángel que guardó el cristiano misterio durante la profanación de los moros y aún presta la gracia de su presencia. Algo hay que nos ha conmovido profundamente cada vez que hemos clavado nuestra rodilla en las losas de la Seo.

En un paseo por la ciudad, saltarán a la vista muestras del arte mudéjar con otras de un buen Renacimiento, claros acentos góticos e incluso construcciones árabes. Nuestra guía, la que anotamos, o cualquiera de las tantas de que puede disponer el turista, puntualizará nombres e itinerarios que aquí no son posibles de incluir. Basta con que anotemos la emotiva y cordial actitud de los españoles para todo lo que representa Zaragoza: la nobleza de sus moradores, la grandeza de su historia, la gloria de su santuario, el sentido de sus jotas y el hondo españolismo de su carácter.

MONASTERIO DE PIEDRA

En la ruta de Madrid, pasado Calatayud y al sur de Ateca, allá por el siglo XIII se alzó un monasterio. Todavía se conservan hoy restos en la iglesia de su primitiva fachada bizantina. El claustro ojival es perfecto. Una escalera bellísima con bóveda de ojiva y nada desafortunada restauración del siglo pasado, unidos a la potente expresividad del paisaje circundante, abundante de grutas y cascadas formadas por el río Piedra, constituyen el encanto y la importancia del famoso monasterio. Casi nos avergüenza añadir, junto a tan severas arquitecturas y tan románticos rincones del paisaje, que también este lugar es balneario famoso de aguas bicarbonatado-cálcicas. Pero este rubor puede ser una simple deformación profesional del que escribe, creyendo que el Monasterio de Piedra es un lugar más para soñar que para bañarse.

MADRID

En nuestra guía leemos la palabra «Madrid», y esta misma palabra lee el viajero que llega a la estación de Atocha. Debajo del nombre de la capital de España hay, sin embargo, muchas cosas más: historia, museos, larga enumeración de edificios civiles y religiosos, parques, salas de espectáculos, grandes hoteles, hipódromo, uno de los mejores estadios del mundo, aeropuerto transoceánico... Pero Madrid no es cada una de estas cosas, ni es tampoco el conjunto de todas a la vez. Madrid puede ser feo o bellísimo. Puede ser una gran urbe europea o una inmensa y crecida villa provincial; Madrid no tiene catedral gótica, como la tienen casi todas las capitales que venimos glosando. No, tiene catedral gótica y sí, en cambio, un río escaso en aguas y casi vergonzante, pero entrañable, conmovedor, cargadísimo de algo apenas perceptible a primera vista, pero que suele quedar en el alma como un poso dorado, como la impresión de las cosas más leves que constituyen los puntos cardinales de la vida sentimental de cualquiera. Madrid no tiene catedral, ni apenas alrededores, ni ruinas romanas, ni un recinto medieval. Pero tiene esa cosa apenas perceptible a primera vista, suave e inolvidable, que podríamos llamar provisional, y, con aparente redundancia, «madrileñismo». Esto es acaso lo que más debemos destacar entre las estupendas cosas que la villa de Madrid guarda para todos los que a ella llegan. Esto es también lo único que no puede incluir en su discurso explicativo el truchimán sabio en museos, suelto en perspectivas urbanas y memorión de leyendas adheridas a los rincones típicos más o menos recientemente. Porque esta cualidad madrileña no es fácil que se preste a que se le hagan fotografías en colores, ni se la puede localizar en tal o cual sitio desde las cuevas de Luis Candelas al Museo del Prado. Es probable que esto parezca literatura al lector recién llegado a Madrid. Sin embargo, no lo es. Si el lector resulta, como suponemos, persona sensible, nos dará la razón en cuanto perciba el perfume difícil de las acacias de Recoletos, en cuanto contemple la caída de la tarde en el Campo del Moro, en cuanto observe la universal naturalidad de los viejos habitantes de la calle de Toledo o en cuanto se regocije, con regusto de zoco, en la plaza de Cascorro.

No podrá el extranjero decir que somos absolutamente arbitrarios al asignar ese valor primero al madrileñismo cuando desde la avenida de José Antonio, probablemente una de las avenidas más animadas del mundo, desemboque por el postigo de San Martín a la plaza de las Descalzas, o cuando el conductor de un taxímetro le diga, si no tiene cambio, como a nosotros nos ha ocurrido, que ya cobrará otro día. Irá creyéndonos el lector cuando en cualquier bar elegante vea personajes completamente vulgares en ideas y estirpe, con un aire de príncipes de incógnito que ellos mismos ignoran, y a las gentes gritando en los cafés igual que si estuvieran en su casa, y a un tranviario cantando flamenco, mientras los hacinados viajeros escuchan en silencio. Nos irá creyendo el viajero cuando vea a la Cibeles presidiendo, como si tal cosa, unas perspectivas ciudadanas decantadamente europeísimas. Nos dará más y más la razón cuando observe pequeños escuadrones de desocupados absortos en la tarea de cualquier obrero que levanta en la calle los adoquines o que compone un farol. Claro es que estos encantos podrían no existir y seguiría existiendo en la ciudad la primera pinacoteca del mundo, aparte de otras importantísimas, como la de la Academia de San Fernando, el Museo Cerralbo, el de Lázaro Galdiano, el de la casa del duque de Alba, el del Palacio Real, etc. Soberbias muestras arquitectónicas, como este mismo Palacio Real, son el Museo del Prado, San Francisco el Grande, el Hospicio, la Casa de la Villa, etc., o bien núcleos de importancia científica universal, como la Ciudad Universitaria. También sería Madrid ciudad de primera fila sólo por el lujo y la importancia de sus salas de espectáculos, sus grandes hoteles, sus cafés, sus pistas y estadios deportivos internacionales, por la extensión de su casco urbano, por la magnitud de sus modernas edificaciones y hasta por sus perfectos servicios de Metro, autobuses, trolebuses y servicio de taxis.

¿Debemos hablar de la historia de Madrid, de la remota Mutua Carpetanorum o la cautiva Magerit? Podríamos reseñar las reuniones de las Cortes del Reino y hasta la curiosa anécdota del desgraciado rey León V de Armenia, a quien, por haber perdido su reino, concedió compasivamente el señorío de Madrid el monarca español Don Juan I. Pero todas las anécdotas que pueden referirse sobre el Madrid medieval son, más o menos, las de cualquier ciudad española y la gran historia de la villa cuando, expirando la España política del medievo, ya en el madurísimo Renacimiento, Valladolid cede la sede real a Madrid y éste pasa a ser historia universal. Lo que podamos contar, se supone que todo extranjero lo ha escuchado ya de labios de sus profesores de Historia o en los Liceos y Universidades de cualquier parte del mundo. Al margen de todo esto, nos parece, en cambio, obligación reseñar en esta nota madrileña que la villa es lugar de doctorados taurinos y plaza importantísima para la impar crónica de nuestra fiesta nacional. De tal fiesta ya hablaremos cuando, descansados, al Sur, más tarde.

EL ESCORIAL

Meditemos ahora un instante en el monasterio de San Lorenzo del Escorial. Este monasterio está a dos pasos de Madrid, por lo que se le suele incluir en los itinerarios de la ciudad y de sus alrededores. Para decidirnos también nosotros a ello, tendríamos que enfrascarnos en muy rigurosos razonamientos y no sabríamos al final si incluir El Escorial en los alrededores de Madrid o considerar a España entera como alrededores de El Escorial. Es muy posible que, a la larga de una seria operación intelectual, resultase más apropiada la segunda proposición. Porque se ha dicho muchas veces que el monasterio de San Lorenzo es algo así como la casa en que reside la esencia misma de España. Esto se ha venido diciendo y, además, es verdad.

Verá el lector que la famosa *octava maravilla del mundo* es un edificio. Un edificio como en realidad es el Partenón, la catedral de Ulm, la Opera de París, el Empire State o la casa, simplemente, donde el lector vive. Este edificio a que nos referimos forma un cuadrilátero de 206 metros por 161, y tiene iglesia, palacio, biblioteca, salas capitulares y sacristías, criptas funerarias y varios patios. Como pueda tenerlo cualquier otro grande edificio. Pero resulta que en cuanto nuestro lector entre en el patio de los Reyes notará, con cierto escalofrío, inesperado, que su propio y humano tamaño se ha reducido. Notará que la única referencia humana de que ahora dispone son seis monarcas de Judá y que esos seis tremendos reyes pueden fijarse en él de un momento a otro y corresponden a la medida del edificio y no a la de las cosas humanas. Ya en la iglesia, el escalofrío será más intenso y empezará a sospechar que existen grandes negocios del alma, que andan todos desatendidos, o bien sentirá una especie de miedo. Quizá en las salas capitulares y en la sacristía se sienta reconfortado por las pinturas que maestros, difuntos ya hace mucho, crearon con amor, teniendo muy alejada su atención de las pequeñeces habituales. Si pasa por la biblioteca, nuestro lector podrá calcular unos 40.000 volúmenes, casi todos rarísimos, además de incontables manuscritos griegos, latinos, árabes, hebreos y códices medievales. Luego verá las habitaciones del extraño señor que mandó hacer todo esto a su gusto y sólo al de ciertos hombres a quienes él mandaba. La impresión será aquí más notable. ¿Cómo un hombre tan poderoso, amo de tantas cosas, vivía de esta manera, sin sedas y sin oros, sin amables estatuas clásicas? Por fin, nuestro lector deberá bajar a la cripta funeraria. Allí está el emperador, el propio Felipe II, y también su hijo. Siguen los augustos nombres de la dinastía: los hijos de los hijos, las esposas de todos. Otro rango real empieza: los infantes. Don Juan de Austria... Puede ahora el visitante retirarse unos momentos a la soledad del patio de los Evangelistas y escuchar el rumor de una fontana. Pensará, posiblemente, que este rumor es el rumor mismo de la eternidad, y pensará tal vez en otras muchas cosas.

AVILA

Avila es una ciudad «totalmente» amurallada. Tenemos entendido que es la única que en este sentido existe en Europa. Avila está llena de leyendas, llena de cielo y llena de muerte. En Avila habitan actualmente muchísimas personas; pero lo que se llama vivir, sólo viven allí los muertos, los viejos muertos que hicieron Avila. Porque la ciudad ahora ya no tiene, naturalmente, el sentido que tuvo. Fué tan perfecta, tan compenetrada con su misión, tan fiel a su destino, que cumplido éste ya no es sino una sombra digna al sol mustio de su grandeza. Esta misión, este heroico destino, comenzó seguramente en el momento mismo en que los hombres que vivían al sur del Guadarrama atacaron a los que vivían en el norte o fueron atacados por ellos. Es indudable que los romanos, quienes mencionan al entonces quizá pequeño castro con el nombre de Avila, la utilizaron con fines militares. La historia religiosa va emparejada a la gesta castrense. En el año 65, San Segundo, discípulo de San Pedro, fundó la primera capilla cristiana. En el siglo IV, San Vicente subía al cielo abrazado a la palma del martirio. Los moros amurallan el poblado al quitárselo a los cristianos, y en el siglo IX lo abandonan, obligados por Raimundo de Borgoña, yerno de Alfonso VI. Ya todos los largos años medievales son en Avila un constante rumor de armaduras de los caballeros que al servicio de sus reyes salen a luchar a todos los campos de la reconquista o defienden su ciudad contra intrigas o ambiciones de otros señores coronados. Y, confundido con el rumor de las armas y el piafar de los impacientes caballos de batalla, siempre el rumor de los rezos.

A Avila le tocó ser residencia de reyes niños durante las tempestuosas minorías del reino castellano. Ya en la época imperial la nobleza militar se sigue destacando ahora en las guerras europeas y en las conquistas americanas. Avila ha llegado en estos momentos del siglo XVI a su mayor florecimiento como ciudad orgullosa de sus glorias castrenses y es casi rica por los telares manejados por los moriscos. Pero la expulsión de éstos y el sistemático apaciguamiento de las guerras quitan a la ciudad sus nuevas posibilidades de laureles y sus ingresos. Los intentos posteriores de restaurar el trajín de los telares abulenses han resultado inútiles. Avila, quizá, sabiendo muy bien lo que debía hacer, no quiso ser ciudad industriosa y acallar con el ruido del trabajo el espectro fantasmal de las armas, y Avila, desde entonces, más que vivir, existe. Ahí están sus tremendas defensas; ahí está su catedral, empotrada en la muralla, como todo lo noble de Avila, con su gran muestra de estilos, en los que predomina el gótico de transición. Se puede decir que este imponente templo es el primero gótico de España. Su sistema, de pilares cilíndricos, robustecidos por baquetones, fué copiado después en León y en París.

La abundancia de iglesias y de palacios convierte en una bella aventura arqueológica el vagar por las calles de Avila. La última gloria en el tiempo, aunque señera en la importancia que brindó la heroica ciudad a España, es la Santa andariega y escritora, la infatigable Teresa de Jesús.

SEGOVIA

También apoyada en los montes, con misión histórica similar, casi gemela por su emplazamiento de Avila, pero con destino más afortunado y menos dramático, Segovia nos fuerza casi, casi, a creer en la buena suerte. Desde sus remotísimos orígenes, Segovia ha sido una ciudad importante. De ella hicieron centro de resistencia los celtíberos frente a los romanos, y, si bien es cierto que los soldados latinos aplicaron en ella el máximo rigor, arrasándola al vencerla, también es cierto que, al poseerla, la convirtieron en una de las más notables ciudades hispanorromanas, cosa que a Avila no le ocurrió. Los árabes la hicieron capital. A Avila, no. Alfonso el Sabio la prefirió a Avila para establecer su exquisita Corte en 1284. Isabel la Católica fué proclamada reina de Castilla en Segovia. Don Fernando el Católico juró allí el respeto a los privilegios castellanos, y la rebelión de las Comunidades, en que tanto empeño y riesgo pusieron los caballeros abulenses, intrigó más en Segovia que en Avila. Por fin, Carlos III ordenó instalar en Segovia la Academia de Artillería.

Roma dejó allí el espléndido acueducto; los godos, huellas templarias; los árabes, las pañerías; Alfonso VI, el elegante alcázar... El paralelo con Avila se hace imprescindible. Avila tiene el primer templo ojival de España y Segovia posee la última de las catedrales españolas del mismo estilo. Avila y Segovia son las dos heroicas ciudades, cada una en su puesto

J.B.

geográficamente fronterizo, que defendieron con idéntico esfuerzo, con idéntico sacrificio, las tierras afortunadas del Norte durante los turbulentos siglos en que a punta de espada se creaba la patria contra los invasores ingleses.

ARANJUEZ

En la necesaria excursión a Toledo, desde Madrid, se pasa por Aranjuez. Aranjuez es, sin posible duda, uno de los rincones en que el paisaje de la provincia de Madrid logra mayor fortuna. Por eso, Aranjuez es lo que es. De simple aldea, pasó, primero, a ser residencia de los grandes maestres de la Orden de Santiago y lugar perteneciente a ella. Con los Reyes Católicos, el palacio y la villa pasaron a ser propiedad de la Corona. Merece ser visitado con atención el actual Palacio Real, empezado a construir por Felipe II y terminado bajo la era carlotercista. Fernando VI hizo del lugar residencia real por largas temporadas y fué quien decidió el definitivo trazado de la villa. La Casita del Labrador resulta ser todo lo contrario de lo que su nombre anuncia. El lujo vertido sobre esta casita es digno de las Cortes europeas de la época.

TOLEDO

Dijimos en nuestras notas sobre El Escorial que su monasterio es algo así como la esencia misma de España. De Toledo deberíamos decir que es la historia misma. En esta fabulosa ciudad, la más impresionante de nuestro país y una de las más impresionantes del mundo, el discurso histórico de este pueblo decidido y aventurero, de este pueblo español, no está sintetizado en un esquema simbólico. La historia se muestra aquí planificada como en un vivo y grandioso cuadro sinóptico en el que casi cada año, cada acontecimiento, se señala y distingue claramente respecto a los demás.

No es vana para el visitante, guía en mano, una breve reflexión ante el alcázar y su historia. La biografía de este alcázar es la biografía de la ciudad. Y la de la ciudad, repetimos, es la historia de España, al menos desde que España es una unidad histórica, a la cual correspondemos y de la que somos consecuencia los actuales españoles. Toledo es, por tanto, una de las poblaciones de más compleja y enrevesada crónica y de mayor interés arqueológico. Cualquier buena guía contiene todos los datos que el visitante puede necesitar, y nosotros, comprimidos siempre por la estrechez de nuestro margen, renunciamos a parciales e innecesarias descripciones, que más desconcertarían al lector que otra cosa. Sí nos permitimos, sin embargo, recomendarle al entrar en la imperial ciudad se abandone al natural influjo de su ambiente. Dicen que las ciudades, si no se logran «ver» la primera vez que se las visita, ya nunca abren su secreto para quien fracasó en la inicial experiencia.

Esta es una de las pocas ciudades que absolutamente hacen falta para comprender a Europa. Por muy quintaesenciada que quisiéramos dar una idea de Toledo, la pretensión simplemente enumerativa de monumentos imprescindibles nos llenaría mayor espacio que el de un comentario a media geografía española. Es, pues, imprescindible remitir al viajero a la guía y no al margen, porque este margen se encuentra abrumado de responsabilidad y sería una traición a elementales principios de justicia histórica pronunciarse por una elección parcial de este todo monumental e impresionante. Recordamos que en ocasión de que un amigo nuestro, magnífico conocedor de cuestiones filosóficas, se decidió a obtener su título universitario, el presidente del tribunal que le examinaba le dijo con intención benévola que contase alguna cosita sobre Platón, y nuestro amigo contestó secamente que sobre Platón no se podían decir cositas. Eso mismo creemos nosotros de Toledo: que sobre Toledo no se pueden decir cositas.

SALAMANCA

La imaginaria guía que fingimos anotar diría, poco más o menos, en la página que ahora se comenta, lo siguiente: «Salamanca está enclavada en una suave vertiente al margen derecho del río Tormes.» Es lo que deben decir, más o menos, todas las guías, porque así es. Esta y no otra es la situación de Salamanca, ciudad que un español medio y cualquier extranjero culto asocian inmediata e inevitablemente al humanismo, Fray Luis de León y Miguel de Unamuno. Y, en sus orígenes conocidos, al inevitable Aníbal. Aníbal estuvo en todos los primeros momentos de la vida conocida de cualquier ciudad española y no encontrarse con su nombre resulta poco menos que imposible. No es que ignoremos que este héroe que aparece con la primera cultura del bachillerato tuvo muchísimo que ver con nuestros abuelos celtibéricos, pero eso no nos evita un leve movimiento de admiración compatible con el hastío al encontrarle siempre debajo de cada primera piedra. Así es que, si queremos saber el principio histórico de Salamanca, tenemos que imaginar a Aníbal asediando la ciudad hasta rendirla por capitulación en el año 217 antes de Jesucristo. Luego vinieron los romanos y echaron a Aníbal e hicieron de Salmántica nada menos que el Municipio de la Lusitania. Por Salamanca pasaba la Gran Calzada de la Plata, y esto hace suponer que sobre el Tormes cruzase entonces un monumental puente, derruído Dios sabe cuándo.

Entre otros muchos, Salamanca tiene el honor de ser uno de los primeros puntales del cristianismo en la Península. Luego la ocuparon hordas de vándalos y de alanos, de suevos y de visigodos. Más tarde, el Islam. Las naturales luchas, conquistas y reconquistas por los cristianos, hasta la toma definitiva en el año 1085. Alfonso VI comenzó la reedificación de la capital, y a partir de este momento comienza la gran historia cultural y política de Salamanca. Provista del Fuero otorgado por Fernando II y de la Universidad que fundó Alfonso IX, y que fué honrada por el Papa Alejandro IV, en 1254, con el más alto rango de que gozan estas instituciones, tal como Bolonia, Oxford o París. La cultura musulmana, es decir, la cultura clásica en lengua árabe, se difundió por la ávida Europa gracias al intenso laborar, traductor e interpretativo, de los maestros salmantinos. La Universidad, a través de esta importantísima labor, logró un renombre extraordinario en el Occidente, afianzado ya entonces y después más aún por la incorporación a las tareas magistrales de nombres verdaderamente gloriosos. Baste de muestra el universal prestigio de Fray Luis de León.

En el paseo que nos puede ofrecer la Salamanca actual, y que sostiene el alto significado en orden a la cultura, debe el turista visitar la catedral vieja (Santa María de la Sede), basílica comenzada en el año 1100 por orden del conde Raimundo de Borgoña y terminada en el siglo siguiente, que representa muy bien el momento de transición del románico bizantinizante al gótico. También habría que prescindir con la imaginación de las restauraciones que hoy muestra. La catedral nueva ofrece en su fábrica la nada inarmónica conjunción de tres estilos difíciles de conciliar: el gótico florido, el plateresco y el barroco. Quizá la situación del coro resta grandeza al interior. Des-



pués de la visita a ambas catedrales, debe verse el patio de las Escuelas Menores, en la calle de Calderón, en la que también encontrará el paseante el Archivo, el Hospital del Estudio y los Estudios Mayores, es decir, la Universidad. Su fachada no será espectáculo nuevo para los ojos de cualquier turista del país que sea. Se ha difundido hasta lo increíble. La propia ornamentación de sus cuatro cuerpos platerescos significa para nosotros algo así como el sello del doctoral saber. Allí dentro está el aula de Fray Luis. Obsérvese en la escalera la balaustrada con bajorrelieves, uno de los cuales representa una corrida de toros a la manera del siglo XV. En el segundo piso, la biblioteca, cuyo fundador fué Don Alfonso el Sabio. Todo ello nos parece que puede provocar en cualquiera una noble corriente de emoción, y por eso nos permitimos anotarlo con estos mínimos detalles.

Conviene ver también el Palacio Episcopal, renacentista; la Casa de las Conchas, la iglesia de San Martín y cien cosas más que al visitante será difícil no encontrar. Ni siquiera nos tomamos la libertad de mencionar la famosa plaza Mayor. Y Salamanca, la docta, deja paso a otras ciudades en este desfile singular de lugares que, como se notará, poseen características distintas y muy definidas. El campo salmantino tiene gran tradición taurina por sus dehesas de toros bravos y sus tentaderos, y sus charros, magníficos caballistas, han prestado estilo indumentario e inspiración a los otros famosos charros de ultramar, los mexicanos.

Por el momento, nos despedimos de estas tierras graves, menos conocidas de los extranjeros, para llevar nuestro comentario hacia el Sur, en este caso limitándonos a esbozar levísimamente un personal criterio sobre lo que podríamos llamar rasgos estilísticos de varias ciudades andaluzas; estilo, insistimos, que es un personalísimo y provisional criterio sobre los más salientes rasgos fisionómicos y vitales de las diversas Andalucías.

CORDOBA

En varias ocasiones se nos viene planteando el tópico, de jarras ante nuestro afán de autenticidad, con aire de reto, y nosotros—lo confesamos siempre—hemos vacilado. En unas ocasiones no hemos tenido más remedio que admitirle tal como es; en otras, hemos procurado desfigurarle para que pasase por nuestra prosa un poco como de contrabando. Pero seguramente lo más sincero y auténtico es dar a Dios lo que es de Dios y al tópico lo que es del tópico. ¿Cómo podríamos si no empezar, hablando de Córdoba, sin hablar del sentido romano, del clarísimo matiz estatuario y como neoclásico, aun de la Córdoba y los cordobeses actuales? Podría decirse que los cordobeses son los castellanos de Andalucía. Ese pasado romano, patricio y culto, está—en el mejor sentido—debajo de cada cosa en esta privilegiada ciudad. Cuando se admira la catedral, puede verse claramente que no es más que una mezquita—la Mezquita—adaptada. Pero lo tremendo, lo que seguramente presta ese estar de vuelta vital y cultural típico de allí es que tal mezquita se alzó sobre el solar del templo romano de Jano. Este templo fué bautizado cristiano por la Orden de San Jorge. Luego, Abderramán construyó la mezquita. El que nos lee sabe o debe saber lo que tal mezquita representaba en orden a los valores arquitectónicos árabes en España. Pero tampoco debe ignorar que, si Córdoba romana tuvo gran influencia en la España de aquella época, mucho mayor fué la influencia de que gozó durante los siglos árabes. La antigua Tardula se convirtió en sede y metrópoli del poder musulmán español. La natural represalia cristiana liquidó casi toda la ciudad monumental al reconquistarla San Fernando, y sus habitantes se dispersaron. Hoy Córdoba vive en ese poso de grandezas, poso que, como en sus vinos de Montilla y Moriles, constituye solera, aristocracia, señorío.

La ciudad monumental de hoy ofrece el Hospital de los Agudos, la Casa-Cuna, la puerta del Puente o el puente romano de Julio César; iglesias de San Miguel, San Lorenzo, San Nicolás o Santa Marina, con valiosa y variada muestra de estilos. Es interesante observar ese orgullo que los cordobeses muestran en ser andaluces especiales. Si lo son o no, no es obligación de nadie demostrarlo. Nosotros ya hemos destacado alguna de las que creemos sus notas características. Y dejamos la ciudad verdemora del Califato, nostálgicamente prendida a su alcázar, antigua residencia de los poderosos califas y anteriormente palacio del rey visigodo Don Rodrigo.

GRANADA

Entre la colina de la Alhambra y la del Albaicín vive y vivió Granada. Inevitablemente presidida por tres elementos históricos o presentes, quién sabe: la morería, el profundo e inquebrantable sentido católico y los gitanos. Lo primero está representado por la Alhambra, universalmente conocida y que recuerda que la ciudad fué cabeza del reino árabe de su nombre. Lo segundo, por la tumba de los Reyes Católicos, que a Granada cabe el honor de guardar. Este honor no en balde le fué concedido a la bella ciudad del Darro y del Genil; tras el fin de la Reconquista, ocurrido en su propio recinto, es perfecta y ejemplar la reincorporación al orbe cristiano y al sentido propiamente español.

Y el tercer elemento, el gitanismo, vive, canta, riñe y pintoresquiza y anima ese singular colorido que Granada parece necesitar desde las famosas cuevas del Albaicín.

En Granada, además de las naturales bellezas arquitectónicas, que por sistema renunciamos a enumerar, se da una característica que, dentro de este amago de tipificación andaluza que esbozamos, creemos matiz suficientemente singularizador respecto a las otras «Andalucías». Es el de poseer Granada las más puras formas del cante hondo. Aunque nuestra virtud principal no está precisamente en entender demasiado de cante flamenco, siempre hemos creído de buena voluntad lo que acabamos de afirmar. Así, tenemos una Andalucía seria, casi severa, en el estilo vital cordobés; otra Andalucía más colorista, pero dramática y desgarradora, en la Granada del cante hondo. Pasemos a una tercera Andalucía.

MALAGA Y SEVILLA

Aquí la tierra andaluza se ha hecho costa. Muchas cosas aristadas o graves del interior se han ablandado bajo la suavidad de una vida fácil, la benignidad del clima y la clara belleza del paisaje. Málaga vive feliz a la sombra de su Catedral renacentista. Es importantísima estación turística invernal y no menos importante su puerto, lo cual confiere a la ciudad un carácter quizá excesivamente amable y dúctil y, por ello, poco definido. Málaga también tiene su pequeña historia romana y su más importante historia árabe. De ello es actual testigo la reconstruída Alcazaba—siglo XI—, que resulta ser uno de los más importantes restos arquitectónicos y arqueológicos del mundo hispanoárabe. Aparte de la Catedral, también cuenta Málaga con bellas iglesias y algunos monumentos civiles, así como con sus hermosos jardines frente al mar, la Caleta y los baños del Carmen.

Y llegamos, por fin, a Sevilla, que, según Manuel Machado, no admite ya ningún adjetivo. Y sobre Sevilla quizá nos arriesguemos a decir que entre tantas y tantas cosas propiamente sevillanas que la destacan señeramente, la nota más singular de su tipismo



es la fiesta taurina. Claro que la llamada—bien llamada—fiesta nacional no ocurre sólo en la ciudad del Betis y la Torre del Oro. Pero no se trata de eso. Siendo español, en general, el espectáculo taurino, los sevillanos han sabido mejor que nadie darle el clima psicológico más aparente, el fondo que mejor le va, estilo social que verdaderamente necesita tal espectáculo para adquirir sus máximas proporciones. Es muy probable que no sea demasiado aventurado afirmar que en Sevilla los toros son un espectáculo universal como pocos. Así, vamos a asignar a la Bética —provisionalmente, como todos estos conceptos que, amparados en la situación marginal en que nos hemos colocado, venimos anotando—peculiaridad tauromaca, como nota estilística sobresaliente.

VALLADOLID

Nos aproximamos—desde Madrid—, ya lejos, a nuestras espaldas, la cordillera Carpetovetónica, a Valladolid. Acaso en nuestra ruta hemos pasado ya junto a uno de esos monstruos medievales que tantas cosas buenas podrían inspirar a cualquier mediana imaginación. Pudo haber sido el propio castillo de la Mota, tan vinculado a la católica Reina Isabel. Y entramos en Valladolid. No se puede negar que, a primera vista, es ciudad adusta. Pero luego resulta que no. Que esa adustez aparente es un modo de ser, tanto de la capital como de las gentes que viven en ella. Es una gran seriedad, una seriedad no exenta de ironía, que no sabemos si fué decretada por el conde leonés Pedro Ansúrez al fundar la actual ciudad, o es que viene desde las fuentes mismas del Pisuerga, arrastrada por las aguas lentas y meditabundas. O quizá esta adustez no es más que la actual versión del viejo empaque cortesano de cuando el prudente Austria Felipe II, nacido en la ciudad, celebraba sus impresionantes ceremonias con el rígido estilo hispanoborgoñón. El caso es que ese carácter va muy bien con la arquitectura civil y religiosa que informa los barrios principales de esta ciudad castellana. Los asombrosos bancos de piedra lisa que muestra la fachada de San Pablo, impresionante obra de ornamentación gótica expirante y del primer plateresco. El Colegio de San Gregorio, con su fachada abundosa de góticas filigranas, guarda en su interior un patio acaso de los más bellos de España. Este edificio es ahora Museo Nacional de Escultura, y aquí se puede contemplar la más rica colección de tallas religiosas que existen en el mundo. Este museo suministra en la Semana Santa los «pasos» que forman el impresionante cortejo procesional de Viernes Santo.

Entre las iglesias, la primera en el tiempo es la de Santa María la Antigua, de fines del siglo XI, con una estupenda torre románica. Y la primera en importancia es la catedral, obra inacabada de Herrera, el artífice de El Escorial. Entre estas dos construcciones templarias que citamos existen muchas más, algunas de verdadera importancia. Como edificaciones civiles de valor histórico y arquitectónico no podemos olvidar el Colegio de Santa Cruz y la Universidad.

BURGOS

La gran sombra del Cid sigue proyectándose sobre Burgos, la ciudad en que residieron los condes de Castilla y más tarde los reyes independientes de este enérgico e impresionante reino. El Cid, hemos anotado, es la gran sombra histórica de la ciudad, así como la catedral es la gran joya arquitectónica.

La catedral de Burgos es el templo más representativo del gótico que encierra la Península. Enfrente de la puerta catedralicia del Sarmental se alza el monumental Arco de Santa María. Este arco, de verdadero valor artístico, fué erigido en honor del César Carlos V. Contiguo al arco se puede ver el Museo Histórico y Artístico de la ciudad. La muestra de la arquitectura civil más famosa con que cuenta Burgos es la Casa del Cordón, mansión con definidísimos acentos castrenses, que le prestan un carácter y aspecto realmente imponentes. Fué construída por el condestable Hernández de Velasco en el siglo XV.



SAN SEBASTIAN

Así como el viajero entró por la frontera de Port-Bou en una inesperada España de acentos indiscutiblemente europeos, así va a salir por la frontera de Hendaya, no sin antes ver la capital de Guipúzcoa, esta San Sebastián que frente al mar Cantábrico y a orillas del río Urumea extiende su capitalidad en un amplio y hermoso semicírculo limitado por los montes Igueldo y Urgull. También esto, además de ser España, es, en su más amplio sentido, Europa, hablando así como para entendernos. San Sebastián presenta a los ojos forasteros el labio de dorada arena de la Concha, una de las playas más abiertas y limpias que pueden encontrarse en la plural geografía marítima. En el centro de esta bahía se alza la isla de Santa Clara, puesta allí, sin duda, por la amplia mano de Dios para servir de rompeolas natural que protege la ciudad de los temporales.

La antigua y romana Easo figura ya con el nombre actual en el siglo XI; pero hasta 1200 no se incorpora a la corona de Castilla. A su interés e importancia histórica une San Sebastián una importancia que pudiéramos llamar estratégica y diplomática.

Si la ciudad es una ciudad de lujo y excelente centro de recreo, no deja de tener tampoco su núcleo antiguo, que bordea a la iglesia de Santa María, de estilo barroco. Esta iglesia es del siglo XVIII, y dos siglos anterior a ella, aunque muy reformada, es la parroquia de San Vicente. Los Museos Etnográfico, Histórico y de Pintura, como también ocurre con la Biblioteca Municipal, están en la antigua bahía de San Telmo.

Imaginamos al viajero saliendo por esta verde idílica tierra fronteriza, mitad marinera y aldeana, y damos aquí por terminada nuestra misión, si profesionalmente ingrata, gratísima con aquella lícita alegría que da alas a la pluma literaria para que sus conceptos vuelen, en ilusión al menos, a la altura de la merecida fama que en lo redondo del universo mundo tiene esta ancha piel de toro que se llama España.

¡VENCISTE GALILEO!

POR HUGO WAST



Y sobre la enorme ciudad que el Rosch Silberstein contemplaba como la Babilonia de las profecías, floreció la milagrosa primavera del Congreso Eucarístico.

Podrán pasar mil años de prevaricaciones, como un torrente de lodo, pero no se borrará la marca divina que el Congreso Eucarístico grabó en el corazón de la ciudad.

Ni en los tiempos apostólicos, ni en las Catacumbas, ni en las Cruzadas, los ojos vieron ni los oídos oyeron confesiones de fe colectiva como las que desbordaron en las calles atónitas de la inmensa capital.

Porque Buenos Aires, que conocía toda suerte de pecados, era inocente, por rara misericordia, del pecado nauseabundo de la blasfemia, que ha contaminado a otros pueblos.

Durante cinco días se estancó la vida comercial, política y social. No hubo interés, ni curiosidad, ni tiempo, para otras cosas.

Días radiantes, noches de claras estrellas. Amistad en manos desconocidas. Dulzura en labios amargos. Fervor contagioso en el aire. Banderas de todas las naciones, y un solo escudo, con un solo símbolo, sobre casi todas las puertas.

Buenos Aires se hallaba en estado de gracia.

Centenares de altavoces, a lo largo de las avenidas, desparramaban instrucciones, noticias, plegarias, discursos, cánticos.

El bosque de Palermo, orgulloso de la inmensa cruz levantada en sus jardines, había florecido como la vara de Aarón.

Y en la tarde que llegó el cardenal legado del Papa, hasta los espíritus fuertes sintieron que su indiferencia era simulación ridícula, y se dejaron arrebatar por el torbellino.

Mauricio Kohen obedeció a la mano irresistible que lo empujaba al puerto.

Una incontable muchedumbre llenaba las dos aceras de las calles que iba a recorrer aquel extraordinario embajador de un rey sin ejércitos.

Por primera vez en la historia de la Iglesia, el Papa enviaba allende el océano a su propio secretario de Estado.

Mauricio Kohen, circuncidado en la Sinagoga, bautizado en la Catedral, enemigo tenaz del catolicismo, presenció con fría y hostil curiosidad el desembarco del cardenal, cuya aparición, en la planchada del buque, electrizó a la multitud.

No admiró la evidente majestad del purpurado. No se estremeció, como los demás, bajo la cruz que trazó en el aire su pálida mano consagrada. Y escuchó con displicencia aquella voz, de timbre puro, que en un castellano perfecto, con dulce pronunciación italiana, arroló sobre la ciudad y sobre el mundo, por centenares de miles de altavoces, palabras aladas como una oración:

«Mensajero de la paz de Dios, que el mundo no puede dar... Que ni un solo corazón esquive las llamas del Corazón de Cristo... Sobre nuestros sentimientos flota una esperanza que es una plegaria... En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...»

Lágrimas silenciosas rodaban por las mejillas de muchos.

Buenos Aires se inclinaba sobre su propio corazón para contemplar maravillado aquel encuentro consigo mismo, bajo la bendición del Papa.

Mauricio Kohen, fosco, triste, arrepentido de su curiosidad, medía el abismo que lo separaba de aquellas creencias.

No había puente para cruzarlo, ni en este mundo ni en el otro.

La voz de bronce de las torres lo aturdió. Las banderas, los escudos, los vítores, las músicas militares, exacerbaron el rencor en sus entrañas.

Se refugió en casa de Thamar, lejos del centro.

Thamar le enseñó, en el Libro de Daniel, esta hermosa plegaria:

«Escucha, Señor, la oración de tu siervo y sus súplicas. Vuelve tu rostro "a causa de Ti mismo" sobre tu santuario desolado.

»Mira la ciudad sobre la cual se ha invocado tu Nombre, porque nosotros no derramamos nuestras oraciones ante Ti por razón de nuestra justicia, sino por la grandeza de tus misericordias... Señor, escucha y obra... No tardes, a causa de Ti mismo, porque es tu Nombre el que se ha invocado sobre la ciudad y sobre tu pueblo...»

Mauricio no respondió nada. Thamar abandonó sus profetas, y con esta movilidad de su raza, que tan pronto está en las oraciones, tan pronto en los negocios, le dijo:

—¿Has visto el curso del oro en Londres? Mira esta noticia.

El oro en Londres había empezado a bajar. Hacía tres días que bajaba.

Desde 22 chelines la libra, había subido rápidamente 160, y de nuevo comenzó a cotizarse por onzas. Pero se detuvo y empezó a bajar.

—¿Por qué la baja?—preguntó Thamar—. ¿Es una maniobra? ¿De quién?

Mauricio respondió con despego:

—¡Qué quieres que sepa yo!

—¿Por ventura va a tener razón ese hombre, que no ha comprado un solo gramo? ¿Qué piensas de esto?

—No se me ocurre nada.

—¿Estás cansado?

—Sí.

Eso noche llovió. Pudo temerse que una temporada de lluvias primaverales impidiera las ceremonias del Congreso al aire libre, que se anunciaban con un esplendor inusitado. Pero esa lluvia fué sólo para lavar el cielo de Buenos Aires. Y comenzó aquella serie de días milagrosos, que no se olvidarán.

Mauricio Kohen llamó por teléfono a Marta y no obtuvo respuesta.

Más tarde fué a visitar a la huérfana de Ram y no la halló.

Entonces se encerró en su casa como un lobo enfermo.

SICVT CERVVS AD FONTES AQVARVM

Sobre su mesa se acumulaba el correo. No abría una carta ni un telegrama. Su corazón estaba lejos de los negocios.

¡Incomprensible sensación! Sentíalo rondando aquella inmensa cruz que se alzaba en los jardines de Palermo y que en esos días fué el centro del mundo católico.

A la segunda mañana, la mano irresistible lo empujó hacia ella.

Fué el día de la comunión de los niños.

Los perfumes del bosque, renovados por la primavera incomparable, ascendían en el aire purísimo, semejantes al humo de un incensario.

Y allí, cortando el cielo, sin la más ligera nube, la cruz, maravilla de genio, férrea en su estructura, mas de tal manera graciosa y alada, que parecía hecha de nieve. Adentro de su enorme caparazón blanco se ocultaba el Monumento de los Españoles. España venía a quedar así, providencialmente, en el lugar que le ha dado su historia, en el corazón de la cruz.

A las siete, hora en que llegó Kohen, no había un alma en el vasto anfiteatro. Dos o tres figuras negras se movían sobre la alta plataforma cerca de los cuatro altares en que los cardenales celebrarían la misa. Subió la escalinata y escuchó la conversación que mantenían en francés aquellos señores llegados para las fiestas y, sin duda, testigos de otros Congresos en otras naciones:

—Los argentinos son muy optimistas y anuncian grandes cosas. ¡Vamos a ver! Son las siete de la mañana y aquí no hay nadie. ¿Los cree usted capaces de concentrar los ochenta mil niños que deben comulgar en la misa de las ocho?

El que oía, un sacerdote, no ocultó su inquietud; pero respondió así:

—Ellos afirman que a la hora de la misa estarán aquí los ochenta mil niños.

—¡Imposible! Ni ochenta, ni cincuenta, ni veinte. ¿Calcula usted lo que es traer dos mil camiones y tranvías desde los extremos de una ciudad como ésta, más extensa que París y que Londres, y concentrarlos en un solo sitio en los sesenta minutos que faltan?

—¡Realmente! Pero ellos...

—Yo he visto movilizar cuerpos de ejército. El solo desfile de diez mil soldados exige dos o tres horas... ¿Cómo piensan concentrar en una ochenta mil niños? ¡Sería un milagro!

—Esperemos, pues, el milagro—respondió el sacerdote.

Kohen dió vuelta alrededor de la cruz. De pronto, desde aquella plataforma, que dominaba un enorme espacio, se vieron aparecer las cabezas de las primeras columnas. De todos los rumbos, por calles y avenidas, se aproximaban centenares de automóviles, tranvías, camiones repletos de chiquillas vestidas de blanco y de muchachos con trajes domingueros y moño al brazo. Y aquella cohorte se movía y avanzaba como un mecanismo perfecto, ensayado cien veces. Era una visión estupenda.

—¡He ahí el milagro!—exclamó el sacerdote.

A las ocho en punto los innumerables bancos de las avenida se llenaron con graciosos enjambres de criaturas, bajo el brillante sol de octubre, que hacía resplandecer las velas y los ojos y las almas. ¡Ciento siete mil niños! ¡Veintisiete mil más de los calculados!

Kohen descendía de la plataforma y se detuvo, impresionado por el cuadro bellísimo, y en este minuto las cuatro graderías de la cruz quedaron ocupadas por dignatarios de la Iglesia con ornamentos litúrgicos y sacerdotes de sobrepelliz. No pudo ni retroceder ni avanzar y se encontró acorralado.

Ya sobre los altares, donde cuatro cardenales empezaron a celebrar la misa, resplandecieron trescientos copones colmados de hostias que iban a ser consagradas.

Desde la torre de comando un locutor iba describiendo la ceremonia y su frase ferviente se esparcía por el mundo.

Los cien mil niños, arrodillados, formaban una cruz clara y viviente en medio de la muchedumbre oscura y densa; más de un millón de personas que cubrían los jardines.

Llegó la Elevación. El locutor anunció que dentro de breves instantes Cristo, al conjuro del sacerdote, bajaría real y verdadero y convertiría aquel pan y aquel vino en su cuerpo y en su sangre. Augusto silencio acogió sus palabras.

Kohen sintió que no podía permanecer en pie, ni aun arrinconado como estaba, y cayó de rodillas y adoró sin querer el misterio católico por excelencia, y merced a ese dogma sutil y profundo de la Comunión de los Santos, que hace de todos los fieles un solo cuerpo, la batalla que la gracia libraba en aquel obstinado corazón repercutió dulcemente en un millón de corazones que ignoraban el porqué de su misteriosa emoción.

Cuando Kohen se levantó, confuso e irritado, vió descender por las gradas los trescientos sacerdotes de estola y sobrepelliz llevando el copón cubierto de un corporal para que el viento no arrebatase las sagradas hostitas.

Muchos ocuparon los automóviles que los aguardaban, porque debían dar la comunión a niños que distaban centenares de metros.

El mísero Kohen contempló desde su rincón el arribo de Cristo a las bocas puras, a los pechos inflamados. Comprendió que sus ojos estaban ahora marcados para toda la eternidad. Quien vió aquello lo verá siempre, aunque blasfeme y se apriete los puños sobre las cuencas doloridas.

—Señor—exclamó en voz baja, queriendo hacer una protesta de su fe judía—, yo bien sé que os levantaréos y tendréos piedad de Sión. Porque, verdaderamente, el tiempo de la piedad ha llegado.

Había empleado las palabras de un salmo del rey David, y ellas, por asociación de ideas, le recordaron el versículo del Evangelio de Juan que explicaba la impenitencia de los judíos: «Muchos, sin embargo, aun entre los miembros del Sanedrín, creyeron en El; pero, a causa de los fariseos, no lo confesaron, para que no los echasen de la sinagoga. Y es que amaron más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.» (Juan, 12, 43.)

Ya las misas habían concluído; pero los sacerdotes proseguían distribuyendo la comunión con un orden maravilloso. Media hora después, todos los niños, sin moverse de su lugar, habían comulgado y daban gracias repitiendo la oración que, como otro pan celeste, distribuía el locutor desde su torre. Y todo se realizó en menos de hora y media.

El micrófono entonces anunció al cardenal legado, que apareció al extremo de la avenida bendiciendo al pueblo.

Pasó maravillado en medio de los cien mil pequeños comulgantes, que lo vitoreaban, agitando banderitas papales y argentinas, y se llenaron de lágrimas sus oscuras pupilas.

—¡Esto es el paraíso!

Kohen descendía la escalinata huyendo de la gracia que le perseguía, cuando llegó el cardenal, y tuvo que inclinar de nuevo la cabeza para recibir la bendición del Crucificado

—¡Señor! ¡Tened piedad de Sión!—exclamó, alejándose de aquellos lugares.

Sus oficinas estaban en un vasto edificio de la Avenida de Mayo. Al dirigirse a ellas, más por costumbre que por necesidad, leyó unos carteles callejeros invitando a los hombres a una comunión que tendría lugar en la plaza, frente a la casa de Gobierno, a la medianoche.

Releyó indignado la invitación. ¿Cómo? ¿No les bastaba arrebatar a los niños? ¿Esperaban, acaso, que hombres como él acudirían al llamado del Cristo impostor?

En su escritorio halló una esquela de Thamar, que en alguna forma había llegado a saber su ida a Palermo.

«Efraín se ha apegado a los ídolos. Déjalo.» (Os., 4, 17.)

¡No! Dios era testigo de que en su corazón permanecía íntegra la fe del Talmud. Pero quería presenciar las ceremonias que un tiempo fueron gratas a sus ojos y medir hasta qué punto la idolatría cristiana subsistía en ese pueblo de Buenos Aires, tan trabajado por el liberalismo, el judaísmo, el ateísmo.

¡Explicación vergonzante y mentirosa! En realidad, no pretendió ver ni saber nada. Fué como un ciego tanteando en la oscuridad. Lo impulsaba una mano sin nombre, dulce e irresistible; en sus oídos silbaban las enseñanzas del Talmud junto con versículos del Nuevo Testamento: «Duro es cocear contra el aguijón.» (Hech., 9, 5.)

Pasó la tarde en su oficina intentando prestar atención a sus papeles. Sonó el teléfono y reconoció la amada voz de Marta:

—¡Gracias a Dios que te encuentro! He llamado cien veces a tu casa... ¿Dónde estabas?... Quería decirte que, por fin, esta mañana comulgué. Tengo el alma llena de luz... ¿No me contestas nada?

—¿Para decirme que has renegado tu fe me llamabas?—respondió Mauricio desabridamente.

—Sí, y para pedirte que esta noche no dejes de ver desde tu balcón la comunión de los hombres en la plaza.

—¿Quieres venir a acompañarme tú?

—¡No! Quiero que estés solo... ¿Lo harás?

—¡No lo haré!

Más tarde el cartero le entregó un sobre de luto. Letra de Berta Ram. Dos o tres líneas, que le conmovieron dulcemente:

«He llorado mucho. Pero mis lágrimas son oración por el alma de mi padre y por otra alma.»

Salió y fué a cenar en cualquier parte, sin rumbo y aturdido, y a eso de las nueve regresó.

Desde su balcón vió como un hormiguero de hombres la plaza del Congreso, profusamente iluminada.

Acudían de todos los rumbos. Unos en corporaciones, con estandartes, cantando himnos; otros, aislados, silenciosos, abstraídos bajo las rachas del huracán interior.

En la plaza de Mayo, a dos kilómetros de distancia, estaban los altares y la torre del locutor.

Un sacerdote dictaba por el micrófono los movimientos de la muchedumbre.

Azoteas, balcones, aceras, zaguanes, eran apretadas piñas de gentes sobrecogidas. Lo que ellos veían, lo que ellos oían, ni lo vieron los ojos ni lo oyeron jamás los oídos.

Empezó a correr el río humano. Doscientos mil hombres de toda condición, de toda edad, la cabeza descubierta, confundidos en una franca hermandad, sin armas, sin gritos, sin policía para defenderlos, ni ordenarlos, ni contenerlos, impulsados por un ansia de luz, marchaban en la noche hacia Cristo.

La brisa del río, trayendo en sus alas el sabor del mar lejano, adelgazaba el aire. Desde las suaves estrellas parecía bajar la fervorosa voz del locutor.

Su primera plegaria fué en favor de los enfermos, que no podían presenciar el portentoso desfile:

—Roguemos por los que no han venido y sufren en sus camas. Padre nuestro, que estás en los cielos...

Como el ronco bramido del mar fué la respuesta de la muchedumbre. Y otra vez el majestuoso silencio.

La segunda plegaria, por los que no quisieron ver ni oír.

—Roguemos por los que no han querido venir ni oír: «ritus» fuertes, que creen ateos y no son sino creyentes desesperados, para que el Señor les dé la esperanza de que, si se arrepienten ellos, también serán perdonados. Padre nuestro...

Aquella oración partió la costra de orgullo en muchos corazones. Y se vió desprenderse de zaguanes balcones, negocios, y acudir y confundirse en la marea a los heridos por el rayo de la gracia.

Pero ¡cuántos otros resistieron el impulso interior de arrojarse en el torrente de la sangre de Cristo! ¡Cuántos envidiosos, tristes, irresolutos, aferrados al hierro de un balcón, a un prejuicio, a un pretexto, a un respeto humano, a un bien mal adquirido, a un amor culpable!

—Si yo tuviese el valor de retractarme, de restituir, de romper tal cadena, de huir tal ocasión, de desafiar tal sonrisa, me juntaría con vosotros, comulgaría con vosotros. ¡Rezad por mí, que soy débil y orgulloso, para que vuestro Dios, en quien creo, me haga humilde y fuerte!

Así, con las manos crispadas en el hierro de su balcón, Mauricio Kohen hacía una hora que resistía la impetuosa tentación de bajar hasta la acera. No lo hacía por miedo de que el oleaje lo envolviera y lo arrebatase.

¡Ah! ¡Eso no debía ser! Los pecados de ellos no eran los de él. Ellos no habían renegado de Cristo ni maldecido su nombre en la sinagoga. Cualesquiera que fuesen sus prevaricaciones, ellos estaban dentro del Credo y cualquier sacerdote podía absolverlos. El, no. Habiendo sido bautizado y perteneciendo ahora a otra religión, le exigirían que abjurase antes de permitirle participar de sus misterios.

Aunque él se arrojase en el torrente, el torrente le vomitaría.

De nuevo la voz del locutor.

Seguí, punto por punto, el oficio de Viernes Santo, que indica por quiénes debemos rezar.

—Roguemos por la Iglesia de Dios, a fin de que el Señor se digne darle la paz sobre la tierra.

Kohen pensó cuántas veces en veinte siglos los enemigos de Cristo, movidos por la Sinagoga, habían perseguido a la Iglesia. A unos, ella los había convertido en apóstoles, como a Pablo de Tarso. A otros los había visto hundirse en la eternidad blasfemando, como Juliano el Apóstata: «¡Venciste, Galileo!»

—Roguemos también por nuestro Santo Padre el Papa...

Kohen pensó:

«¡Extraño destino el de los soberanos de la Iglesia! El mundo ha visto a los herederos de cien reyes despojados de su herencia. Y no ha visto nunca la corona de un Papa, que no tiene herederos, caer en manos de sus enemigos. Dinastía inmortal. ¡Cuántas veces se ha anunciado que el Papa reinante sería el último! Y la profecía cada vez aparece más distante de cumplirse.»

—Roguemos también por nuestros obispos y sacerdotes y por todo el pueblo cristiano.

«¡Mezquindad de la Iglesia!—pensó—. ¡Rogar por los suyos!»

Y el micrófono le respondió en el acto:

—Roguemos por nuestros catecúmenos, los convertidos, que todavía no están con nosotros, para que el Señor abra sus oídos y sus corazones... ¡Padre nuestro...!

«¡Estos no ruegan por mí! Aunque yo quisiera convertirme, yo no sería un catecúmeno. En su lenguaje soy un apóstata. Pero, no; yo soy judío y mi ley es el Talmud...»

El micrófono volvió a responderle, y esta vez la respuesta lo inmutó:

—Roguemos por los judíos, a fin de que el Señor desgarre el velo que envuelve sus corazones y ellos también conozcan a Jesucristo. ¡Padre nuestro...! (Oficio del Viernes Santo.)

Mauricio Kohen sintió el rostro bañado de lágrimas y una turbia oración asomó a sus labios:

—¡Señor Jesucristo, en quien no creo ni quiero creer el Hijo de Dios! Ayúdame, si tienes valimiento; sálvame de esta oscura asechanza papista y confirma mi incredulidad.

—¡La medianoche!—exclamó el locutor—. Va a comenzar el santo sacrificio de la misa, en memoria del sacrificio del Calvario. Después de la consagración, trescientos sacerdotes, con copones, distribuirán la Sagrada Comunión. No sois vosotros los que venís a Cristo; es El mismo quien os saldrá a buscar por las calles, por las plazas, por los zaguanes...

Kohen no quiso perder aquel espectáculo, que renovaría escenas de los tiempos evangélicos.

Descendió de su balcón y se metió en el torrente, murmurando un versículo del profeta Ezequiel: «Iré en busca de la oveja extraviada y levantaré lo que estaba caído.» (Ez., 34, 16.)

¿En busca suya, acaso? ¡No; en busca suya, no! El no creía ni quería creer en el dueño de la viña que buscaba obreros en todas partes y a toda hora.

El mismo Ezequiel parecía hablar de él cuando decía: «Y la casa de Israel no querrá escucharte, porque tienes la frente dura y el corazón empedernido.» (Ez., 3, 7.)

Avanzó con los otros, lentamente, hacia la plaza de Mayo, firme en su rebeldía, más anegados sus pensamientos por aquel mar impetuoso.

El locutor habló de nuevo:

—Dentro de pocos instantes comenzarán las comuniones. Recuerdo y advierto a mis hermanos que ninguno se acerque a recibir el santísimo cuerpo de Cristo sin la preparación debida, es decir, sin haberse antes confesado.

Silencio que subía hasta las estrellas. La muchedumbre era un océano de contrición profunda y silenciosa.

—No hay pecado que no se perdone—clamaba el locutor—. Por los crímenes más desenfrenados que la imaginación pueda concebir, por los delitos más nefandos que el corazón pueda desear, han satisfecho ya las manos y los pies de Cristo, clavado en la cruz y muerto para salvarnos. ¿Quién será tan necio esta noche que escupa la sangre de Cristo?... ¡La elevación! ¡De rodillas, hermanos míos, adoremos la hostia!

Volvió la voz vibrante y fervorosa a hacer la advertencia:

—No hay pecado que no se perdone. Si alguno no ha tenido tiempo de confesarse, puede hacerlo ahora con cualquier sacerdote, en la calle misma. Por excepcional disposición de la Santa Sede, esta noche todos los sacerdotes pueden absolver todos los casos, hasta los reservadísimos. Esta facultad extraordinaria, jamás concedida con tal amplitud, es para que nadie quede hoy sin recibir a Cristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida.

En ese momento Buenos Aires presenció el milagro que había de marcar esa noche como la más asombrosa de sus noches. Vióse a hombres que se apartaban de las filas, se dirigían a cualquiera de los sacerdotes que marchaban entre la multitud, y se confesaban allí mismo, en plena calle o al pie de una columna, o en un zaguán, o en el rincón de un café, o en el umbral de un negocio, de rodillas o en pie. Y fueron miles de miles los que borraron así los pecados.

Y Mauricio Kohen fué uno de ellos.

El locutor acababa de pronunciar las palabras de Jesús en el Evangelio de San Juan: «El que come de este pan vivirá eternamente.» (Juan, 6, 52.)

Y él se sintió traspasado por el ardiente dardo de la gracia y gimió desde el fondo de sus entrañas doloridas: «¡Señor, ayuda mi incredulidad! Yo también comeré de tu carne para no morir...»

Se acercó a un sacerdote y se confesó bajo las arcadas del Cabildo, frente a la plaza de Mayo. Se levantó con el rostro en lágrimas y se aproximó donde daban la comunión.

Como había anunciado el locutor, trescientos sacerdotes recogieron los copones de hostias recién consagradas en los cuatro altares de la plaza y empezaron a distribuirlas.

Pero no fué posible dar una hostia a cada comulgante, porque no hubiera alcanzado, y fué preciso fraccionarlas y repartir sus pedazos.

Y como la columna humana se extendía en una distancia enorme, muchos sacerdotes descendieron al subterráneo llevando, por primera vez en el mundo, en aquellos trenes veloces y modernísimos, el Pan que confiere la vida eterna. Lo cual nadie se había imaginado que pudiera ocurrir.

Se acabaron las hostias a las dos de la mañana y hubo que llamar precipitadamente a algunos sacerdotes para que celebrasen en la catedral, ya que la consagración no puede ser hecha fuera de la misa. Y se consagraron y se distribuyeron esa noche 209.000 formas.

Eran las cuatro, clareaba el 12 de octubre y aun seguían los hombres confesándose en las calles y comulgando en la avenida, en un trayecto de dos kilómetros de plaza a plaza.

A esa hora se retiró Mauricio Kohen, deslumbrado por la nueva luz y hallando dulzura en el desesperado grito de Juliano el Apóstata: «¡Venciste, Galileo!»

Porque es dulce declararse vencido del Amor.

(Ilustración de Mampaso.)

